

Enemigo innúmero



Carlos Soto

PLAYA DE ÁKABA

Narrativa



Carlos Soto Femenía

Enemigo innúmero

ePUB v1.0

SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Primera edición: mayo, 2013
© Carlos Soto Femenía, 2013
© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.
Diseño cubierta: Enerio Polanco ©
Ilustración de Cubierta: Xavier Lara ©
Maquetación: atrislab
Impresión: Gràfiques Campàs
ISBN: 978-84-941025-3-0
Depósito Legal: M-12267-2013
ISBN Epub: 978-84-941025-4-7
<http://playadeakaba.com>
info@playadeakaba.com

Para Alejandro, sin duda
Y para Eduardo Calvo, amigo siempre

La vida es una cacería incesante, donde los seres, unas veces cazadores y otras cazados, se disputan las piltrafas de una horrible presa. Es una historia natural del dolor, que se resume así: querer sin motivo, sufrir siempre, luchar de continuo y después morir... Y así sucesivamente por los siglos de los siglos, hasta que nuestro planeta se haga trizas.

ARTHURS CHOPENHAUER
El amor, las mujeres y la muerte

Un asunto pendiente

Paseaba Castellana abajo después de comer cuando vi un puesto ambulante de globos. Hacía un frío que fosilizaba. Por los auriculares que llevaba encajados en las orejas sonaba *Always look on the bright side of life*

¹

y pensé en un ejército de niños con globos desfilando por la calzada, avanzando en sentido contrario al mío en formación y al unísono, silbando y tumbando la cabeza a derecha e izquierda. La imagen fue fugaz, como un relámpago que cruzara este espacio turbio e inagotable de los hombres.

Eran las cuatro o las cinco de la tarde y llevaba en el estómago setecientos gramos de entrecot de buey, dos cafés y dos copas de coñac. Estaba en esa fase letárgica de la digestión, encarando las peores horas del día y zarandeado por el palpito lento y sordo que proporciona el coñac, cuando se me antojó comprar globos. No uno; se me antojó comprar todos los globos. Sin duda eran un buen regalo para aquel al que iba a visitar aquella tarde, pero además también a mí me apetecía tenerlos en las manos y olvidar excepcionalmente mi edad y mi furia. Sentir que alguna fuerza tiraba de mí hacia el cielo. Me senté en un banco al otro lado del paseo, justo enfrente del puesto ambulante. El hombre que atendía detrás del carrito se metía las manos en el abrigo, se balanceaba un poco sobre sus piernas y estiraba la espalda hacia atrás para espantar el frío. Su descripción era difícil. Era un homínido; evolucionado, tal vez. Un aborigen, digamos. Tenía las aletas de la nariz asustadas hacia la jeta, se le veían un poco los dientes y exhibía una mueca de asco permanente. Era de esos hombres a los que a uno le gusta comprarles algo; a los que antes de acercarse, el cliente ya presiente que va a ocasionarles una molestia. Suerte por el frío, pensé. El frío purifica, conserva y protege. El frío salva, el fuego destruye. Un aborigen, decía; raza blanca.

Se dio cuenta desde el principio de que me había sentado frente a él y lo observaba. Su cara de asco reflejaba mi mirada con oficio, curtida por el áspero, cuando no ingrato, cuando no demoledor avatar de la venta ambulante. Entretenía el tiempo con rutinas periódicas también aprendidas, siempre en el mismo orden e invirtiendo en ellas cada vez la misma dedicación. Se balanceaba, bajaba la cabeza, simulaba apartar alguna porquería del suelo con la punta del zapato, levantaba la cabeza; sus ojos caían sobre mí en primer lugar, como de pasada, y se desviaban a su derecha. Oteaba, volvía a inspeccionar el suelo y caminaba después hacia la izquierda; alzaba la mirada para otear lo mismo que a la derecha, o sea, nada, y me daba el perfil para regresar al punto de partida, el centro de gravedad del chiringuito. Después se acercaba al árbol que había detrás, apoyaba allí la espalda y la cabeza y me examinaba de nuevo. No me desafiaba ni me requería en ningún sentido. Se fijaba en mí como se fijaba en la calle, sin interés y sin propósito, tan sólo manifestando su asco indiscriminado de forma espontánea.

En la media hora que pasé vigilando su negocio no le compraron un solo globo. Entonces me puse en pie, me quité los auriculares de las orejas y caminé hacia él. No me perdió de vista hasta que llegué y le saludé.

—¿Qué precio tiene un globo? —le pregunté.

Rió para sí y me respondió:

—Ha tardado en decidirse... Tampoco es tan caro —volvió a reír; yo sonreí—. Cinco euros.

—Menos mal que no es tan caro —me burlé.

—Precio de mercado, amigo, ¿qué quiere que le diga?

—¿De qué mercado?

Yo no había dejado de sonreír pero él entendió que en mi pregunta había algún desfase; de conversación, de entendimiento.

—¿Cómo que de qué mercado? El de la calle, el mercado de todos los mortales. ¿De qué mercado va a ser?

—¿Usted y yo estamos en el mismo mercado?

—En el mismo.

—¿Y a usted cada globo también le cuesta cinco euros?

Contrajo los labios y distrajo su atención hacia el paseo para apaciguar una impaciencia emergente.

—Yo vendo globos, ¿sabe? —me aclaró, y se adelantó un poco, pendiente de mi capacidad para establecer una relación entre su condición de vendedor y un precio menor para él de los globos.

—Eso me ha parecido.

—Yo vendo globos y usted, si quiere, los compra. Esto es así. Estamos en el mismo mercado, pero usted está a un lado y yo al otro. El que vende tiene que comprar a un precio más bajo que el del cliente que le compra a él, en eso consiste el negocio, ¿comprende?

—Deme tiempo.

—El que necesite —sonrió sin reservas, seguro ahora de estar participando de alguna broma o de mi raro sentido del humor.

—¿Cuánto le cuesta a usted un globo?

Esta vez ya me miró de otro modo. Su sonrisa se espesó. Entornó un poco los párpados, contrariado.

—¿Usted de dónde sale?

—¿Ha leído *La tercera expedición*

?

?

—¿La tercera qué?

—*La tercera expedición*. Es un cuento. Como *Blancanieves*, aunque sin enanos.

No ocultó su irritación; sin embargo aquel oficio aprendido durante años impidió que perdiera los papeles y optó por seguirme la corriente.

—No, no lo he leído. Es importante, supongo...

—Como respirar. Podría darle algún referente cinematográfico. *Solaris*. ¿Ha visto *Solaris*? No hablo ya de la versión de Tarkovsky; pongamos la versión tremenda de Clooney... Me basta con que recuerde algo...

—¿George Clooney?

—Sí —respondí alentado—, el guapo. ¿La ha visto?

—No lo recuerdo.

—Vaya. En fin, la película no es una adaptación de *La tercera expedición*, sino de una novela homónima, pero esta novela es a su vez, entre otras cosas, un magnífico trasunto de *La tercera expedición*. Podría mencionarle otra película, esta sí una adaptación del cuento. *Journey to the Seventh Planet*, se titula. Es antigua, de los años cincuenta. ¿La ha visto por casualidad? —El hombre invertía cierto esfuerzo en contenerse—. ¿No?

—Escuche...

—¿Podemos tutearnos?

—Mire, amigo —quería hacerse entender; le costaba sofocar el malestar—, no quisiera que se lo tomara a mal pero tengo un negocio que atender. Sé que puede no parecer un negocio, pero lo es. No veo necesario que nos tuteemos porque la relación entre usted y yo no tiene pinta de ir a prolongarse en el tiempo. El caso es que yo vendo globos y usted me ha preguntado el precio. Se lo he dado y en el punto en el que estamos no tiene más que decirme si quiere uno o no. Eso es todo.

—Usted me ha preguntado de dónde salía yo.

—Era una forma de hablar. No me interesa saber de dónde sale, créame. Quiero saber si me va a comprar un globo o no.

—Si le compro dos, ¿me regala el tercero?

—Sí. Si me compra dos le regalo otro. ¿Quiere dos?

No había empleado mucho tiempo para responder. Con aquella respuesta yo ya sabía que cada globo le costaba a él menos de la mitad del precio al que lo vendía. El razonamiento era rápido: descontado el coste de los tres globos, su beneficio tenía que ser mayor por vender dos que por vender uno, lógicamente, aunque fuese poco mayor; en caso contrario no me habría dicho que sí; y ese beneficio sólo podía ser mayor si su precio de coste era inferior a los dos euros y medio.

—¿Cuántos globos tiene ahí detrás?

—¿En total?

—En total.

Se dio la vuelta y los contó.

—Treinta y cinco.

Hice cálculos sucesivos y le propuse:

—Le pago veinte y me los llevo todos.

No fue tan rápido con esta otra oferta, tuvo que meditar un poco. La aceptaría porque el criterio que había aplicado era similar al de mi oferta anterior. Por la compra de dos pares de globos yo ya sabía que me daría seis; sabiendo que le costaban menos de la mitad de mi precio, si le compraba un quinto podía pedirle que me regalara otro, es decir, por la compra de cinco me podría llevar ocho y él ganaría un poco más que si sólo le compraba cuatro y me llevaba seis, por poco que fuera. A partir de ahí su margen de beneficio podía ser tan escaso como para rechazar más ofertas de aquel tipo. Para continuar sacando provecho de mi compra debía manejar cantidades superiores. Por ejemplo, si le compraba cinco y cinco, ya sabía que me llevaría dieciséis; en principio diez globos era una cantidad por la que podía justificar pedir un globo más de regalo, lo que se traduciría en pagar diez y llevarme diecisiete; y repetir la operación, para pagar veinte y llevarme uno más que el doble de la oferta de diez, o sea, treinta y cinco. Así además mi oferta cuadraba en cantidad con los globos que le quedaban.

Dada su hartura, fundada, tuve la certeza de que aquel hombre a aquellas alturas me habría vendido todos los globos aunque no hubiera obtenido beneficio.

—Vengan esos cien —zanjó, poniéndome la mano delante con la palma abierta hacia arriba. Pudiera ser que hasta que viera el dinero no se creyese que mi oferta iba en serio.

Saqué dos billetes de cincuenta pero antes de depositarlos en su mano di por hecho que el vendedor debía asumir como parte del trato que le explicase de dónde salía yo, pues había sido él quien me había interrogado al respecto y aunque nuestra relación, aquella que él había pronosticado que no iría más allá de aquella transacción, no tuviera futuro, no es elegante ir dejando flecos sueltos por el mundo. Cuando uno está ultimando sus horas y sus asuntos con idea de pasar a mejor o peor vida, o en definitiva, para dejar al menos esta vida miserable, como yo, tiene que liquidar cuanto se interponga en su camino.

—Soy John Black

³

—le informé—. Salí de la Tierra y emprendí un viaje hacia un planeta extraño al que ya he llegado. Mi misión es tratar de comprender a sus habitantes si los hay. Cuento con una licencia, que es destruirlos por completo si no logro mi objetivo, o lo que es lo mismo, si no los comprendo.

—Ajá —murmuró él, estudiándome como si en efecto yo procediese de otro planeta—. ¿Y cómo va ese objetivo?

—Bueno, desde que llegué no he dejado de hacer uso de esa licencia, no sé si eso contesta su pregunta.

Extendí el brazo para darle los cien pavos y él los cogió despacio, recelando todavía de que aquello terminase ahí. Los metió en un bolsillo interior de su abrigo y empezó a darme globos. Llevaba ya quince cuando se detuvo. Me miró y enseguida desestimó el motivo que le había llevado a hacerlo; reanudó la entrega.

–Dígame... –le exhorté.

Me miró otra vez, dubitativo, con la mueca de asco acentuada por un brote de curiosidad.

–¿Puedo saber para qué quiere treinta y cinco globos? –se atrevió.

–Para repartirlos.

–¿Los treinta y cinco?

–Me harían falta millones. El enemigo se localiza mejor con un globo en la mano, se ve de lejos.

¿Ha disparado alguna vez?

–En la mili.

–¿Contra algo vivo?

–No.

–¿Ni siquiera contra un patito?

–Contra nada vivo.

–Naturalmente, si lo hubiera hecho no estaría vendiendo globos.

–¿Cazar es incompatible con vender globos?

–Mi primera pregunta no se refería a los patitos.

Con una urgencia inocultable por perderme de vista el hombre se afanó en darme más globos. Estábamos en ello cuando oí a mi espalda una vocecita infantil.

–No tengo todo el día –protestaba.

Al volverme vi a una abuelita de cuento y a un niño que no debía de rebasar el metro veinte cogido de su mano. La mujer era poco más alta que el niño, tenía el cabello blanco, ondulado y peinado con volumen; llevaba unas gafas de concha que resaltaban el candor y la belleza de sus ojos azules. Un tic le hacía fruncir los labios y moverlos a un lado y al otro de la boca, como si estuviera estirando un mostacho que no tenía. Miraba al frente, con lejanía, ocupada en pensamientos que no tenían que ver conmigo ni con el vendedor de globos. El niño era moreno, de cara ancha y redondeada. Sus ojos eran negros, también redondos y grandes como hostias. Él me miraba a mí sin ninguna expresión, sin obligación de darme más información que la que ya me había dado al advertirme de que no tenía todo el día.

Al percatarse la abuela de mi perplejidad y de mi concentración en el niño, se inclinó hacia él y le aleccionó:

–No está bien hacer ostentación de tu fuerza, Carlitines. Recuerda además que siempre hay alguien más fuerte que tú.

El niño dejó que la mujer se irguiera y volviera a mirar al frente, distraída con alguna otra cosa que seguía sin encontrarse entre nosotros. Él, con sus ojos clavados en los míos, con la misma expresión neutra, contestó:

–No es el caso, abuela –hizo una pausa, ponderó mi envergadura y añadió–: Sé cómo tratar a los tipos como éste, descuida.

En lo que a mí concernía apenas podía hacer otra cosa que enarcar las cejas. Estaba tan atónito que a duras penas se me ocurría qué decir o hacer. El vendedor continuaba dispensándome globos mientras los ojos del niño y los míos mantenían un pulso pacífico. Desde algún punto remoto de mi cerebro distinguía algo familiar en ellos, en aquellas pupilas negras como fosas. Había en sus ojos reflejos que no eran de inocencia. Carlitines no era un desconocido para mí, lo detectaban mi instinto, mis simas animales; y sin embargo no se habían despertado mis alertas. Aquel niño no era lo que parecía ser o no era sólo eso, y no obstante, de manera novedosa, no provocaba en mí ninguna sensación de peligro.

Le expliqué casi excusándome que había comprado todos los globos antes de que él llegase y acerté a ofrecerle un par de ellos de regalo. La abuelita no se fijaba en nosotros ni nos atendía, el vendedor comenzó a recoger sus bártulos a una velocidad de vértigo y en unos instantes tuve la impresión de que el niño y yo estábamos solos en muchos metros a la redonda. Me encontraba bien a su lado, no quería que se marchase ni que transcurriera el tiempo. De hecho me dije que el sentimiento que embargara a John Black al poner el pie en Marte y encontrarse con sus seres queridos, muertos en la Tierra y resucitados en el planeta rojo, tenía que ser equiparable; no sin razón el título original del cuento era *Mars is Heaven*. No existía una paz como aquella en el mundo que yo conocía y aquella paz la traía él. Los treinta y cinco globos tiraban de mis brazos hacia arriba, creí que iba a echarme a volar.

—¿Quieres los globos? —le insistí.

—Lo que de verdad quiero —confesó él— es que mi abuela siempre esté viva y que nunca se vaya de mi lado, pero sé que eso no es posible porque dentro de unos años sufrirá un derrame cerebral en otra ciudad y caerá desplomada al suelo mientras cruza una calle. Entonces me daré cuenta por primera vez de que esta vida es una mierda y seré el niño más triste del mundo. El globo es un capricho que ella me quiere dar. También me compra unas tiras de cartón de unos diez centímetros de longitud divididas transversalmente en otras seis o siete tiras que llevan adheridas en uno de sus lados bolitas de fósforo. Cuando frotas el fósforo contra una superficie rugosa prende, petardea y huele muy bien. Pero eso me lo compra en la otra ciudad, cuando voy a verla en vacaciones, en esa ciudad en la que morirá sin tiempo de despedirse de mí. Vamos a dejar esto porque se me está formando un nudo en la garganta y no podré contener las lágrimas y si eso sucede te prometo, ya que mi abuela no me deja jurar, que te voy a tocar la cara hasta que pierdas el mundo de vista. Acabemos con esto, te lo digo por tu bien. Dame los globos que me quieras dar de una maldita vez porque tengo que irme con ella y no dejarla sola, tengo que pensar aunque sepa que es mentira que la fatalidad de que vaya a cruzar la calle de otra ciudad no se va a producir y sólo forma parte de mis tontas ocurrencias.

Alargó el brazo hacia mí y le tendí a mi vez mi brazo derecho. Habría allí quince o veinte globos.

—Cógelos todos, si quieres —le propuse.

Él dudó, luego se volvió hacia su abuela buscando autorización; por fin me dio la espalda sin coger ninguno y se marcharon.

—Dime de qué te conozco —alcancé a pedirle.

—Ya hablaremos —le oí.

Mientras se alejaban, vi que la abuela le miraba y sonreía; lo hacía como sonríen las abuelas a sus nietos, perdidamente enamorada, feliz para la eternidad. Vi que él no se daba cuenta. Me recorrió un estremecimiento y pensé que no había mejor lugar para mí que aquél al que ellos se dirigían, fuera cual fuese.

Tan atónito como antes, sin recuperarme del todo ni explicarme aquel fenómeno sobrenatural, me quedé pasmado mientras ellos desaparecían paseo abajo. Pude figurarme mi aspecto ridículo en medio de la avenida, con los brazos en cruz izados por los globos, con aquel frío que cortaba la piel y sucumbiendo a una melancolía que sin exagerar no me visitaba desde hacía como mínimo un par de décadas.

Tal fue la conmoción que había sufrido con el niño que anduve desorientado como un memo alrededor de una hora, sin atender las señales de tráfico ni escuchar los berridos de algún que otro conductor acalorado. Cuando volví en mí, y podría decirlo así siendo estricto, estaba sentado en la estación de Atocha como quien espera a alguien que llegará en un tren al azar. No sabía qué hacía allí, no sabía de un modo feaciente cómo había llegado ni sabía qué había pasado con la mayor parte de los globos que había comprado al vendedor con cara de asco. Me quedaban cuatro. Llegué a considerar que tal vez en lugar de haber perdido la chaveta durante una hora a raíz de la aparición real y alucinante del niño, la secuencia podía haber sido la

contraria, esto es, que a raíz de que mi cerebro me hubiera jugado una mala pasada, había creído presenciar la aparición del niño y de su abuela, siendo eso y el resto una mera continuación del extravío.

En cualquiera de los dos casos, habiéndome vuelto chalado antes de ver a Carlitines o habiéndolo hecho después, era algo nuevo en mi andadura y eso, para mi solaz y muy lejos de preocuparme, me abría las puertas de un mundo inesperado y misterioso, de una dimensión insondable dentro de un mundo ya extraño que de por sí escapaba a todas luces de mi comprensión. Si hasta ese momento mi vida reciente, desde que era un expedicionario, se había reducido a un uso discrecional de mi licencia, de mi arma, con probabilidad ahora esa arma no sería suficiente. A partir de ahora pudiera ser que no bastara con aniquilar a los seres humanos; que mis transformaciones en un animal feroz y despiadado no fuesen el final de la cadena; pudiera ser que el calvo me siguiera suministrando más y más pastillas, que mis transformaciones en animal al consumirlas fueran tan frecuentes como para arrasas ciudades enteras, que me moviese por el planeta permanentemente cubierto de sangre, y que eso, que hasta hoy constituía el único final del proyecto, no fuese más que un tránsito hacia otro proyecto; el de la locura, que no sería sino pureza: el de la pérdida irreversible de la conciencia. Seguí los ojos de todos aquellos que pasaban por delante de mí caminando y sonriendo a la vista de los globos; sostuve sus miradas hasta que aflojaron y las apartaron de mí. No necesitaba pretextos para convertirme en animal y arrancarles a todos el corazón, ni razones, porque hacía ya tiempo que había llegado a la última, la de desistir de entenderlos, de mirarlos y tenerlos en consideración. El mundo era un planeta árido sobre el que proliferaba un polvo con el nombre de hombre y nadie que dispusiera de las gafas adecuadas como yo, aquellas que me proporcionaba el calvo Turner en forma de pastillas, el oculista, el visionario, el médico de la expedición, se dejaría cegar por ese polvo. Los hombres, cándidos, no suponían mayor problema que el del guijarro que se cuele en el zapato. Y yo deambulaba entre ellos con el arma siempre cargada, tratando de explorar aquel mundo hasta sus confines y renunciando a abandonar una misión sagrada mientras me quedara aliento.

Por tanto ahora, tras el incidente del niño, cabía la posibilidad de que mi exploración hubiera detectado algo diferente de tantos hombres, de tantas toneladas de ceniza, y de ahí mi ánimo. El de avistar agua en el desierto. Contra todo pronóstico y toda esperanza, mi tesón quizá me condujese a un oasis espiritual. Que perdiese la cordura por el camino no sería en ese caso sino un lance deleznable y lo asumiría con tanto gusto como pasión.

Estaba cansado y solo, pero seguía sin necesitar a nadie.

Tenía que ir a matar a Münsen, era un asunto pendiente del animal que había en mí. Aparte de la matanza arbitraria de terceros que nunca había descuidado, había dedicado los últimos meses a acabar con la vida de mis amigos y el único que me quedaba en la lista era él. Maté a Emilie, a Andrea y a Madom, en ese orden. Ahora que aún soy capaz (cómo río), ahora que aún no me he vuelto loco, puedo recordarlo.

Todo comenzó... (no, no empezaré así, era una broma).

Los cinco éramos amigos, sin más, en mayor o menor medida. Un día glorioso conocí a Turner, fue Andrea quien me lo presentó. En aquel entonces follábamos juntos (Andrea y yo, no con Turner) y ella era dada a consumir drogas de todo tipo que él le proporcionaba. Ese día, una vez nos dejó Andrea para atender al resto de los invitados de su fiesta, Turner me tomó del brazo y me llevó al jardín. Era una noche luminosa, el cielo estaba despejado y juraría que hasta vimos una estrella fugaz. El calvo era un tipo siniestro, demacrado, alto y delgado, y nunca le vi con una indumentaria que permitiese dilucidar su silueta; iba enfundado sin excepción en abrigos o gabardinas de color negro, hiciera frío o calor, y sus ojos brillaban fulgurantes muy al fondo de sus cuencas. Era feo de cojones y rara vez hablaba.

A la luz de la luna en el jardín, me estudió en silencio.

“No me irás a dar un beso”, le previne.

Él no se inmutó. Continuó inmóvil, atento, como si yo no hubiera abierto la boca. Al cabo de unos segundos me ofreció las pastillas.

Unos días antes yo le había pedido a Andrea que intercediese por mí con su camello, pues repito que Turner no era más que eso en aquella época, un traficante, para que me facilitase alguna droga distinta de la basura habitual. Aquel pastillero dorado que me entregaba era por tanto un producto distinto, envuelto además en un halo de incertidumbre, puesto que si tenía que creer lo que aquel espectro calvo me decía no había sido introducido aún en el mercado ni tenían datos acerca de cuáles pudieran ser sus efectos a largo plazo. No sólo era distinto; era exclusivo. A él parecía serle indiferente que yo lo aceptase o no. Era lo que yo había pedido, me dijo.

Lo cogí.

A partir de la primera pastilla mi vida y mi percepción de ella cambiaron. No fue un cambio paulatino; muy al contrario, fue instantáneo y deslumbrante.

Me convertí en un animal, y no en un sentido figurado. Aprendí a amar la naturaleza y a odiar a los hombres. Si he de ser fiel a lo que experimenté, no lo aprendí: lo entendí; porque no hubo un desarrollo, no se trató de un proceso sino de un reconocimiento inmediato del mundo. Las sensaciones de pronto me desbordaban, cuanto había conocido pasó a ser poco menos que irreconocible. Los olores me perforaban, las imágenes me cegaban y los sonidos se multiplicaban en mis tímpanos sin que mi cerebro desatendiera una sola de las voces, músicas o mensajes. No tenía que interpretar cada minucia que llegaba a mí porque el universo entero había entrado de golpe en mi cabeza. Y así como entendí aquello, sin titubeos, sin sombras, entendí también con pasmosa lucidez que la raza humana debía ser erradicada de aquel nuevo mundo. Aunque era fácil reunir al menos una decena de razones que lo justificaran, aunque a cualquiera que no se hallase en mi situación de privilegio le sería suficiente con aplicar el sentido común para llegar a la misma conclusión, holgaban entonces en mí razones y conclusiones: me lo decía el corazón. Éste se había expandido de tal manera que en mi interior no quedaba nada más; no había tripas ni músculo. Yo ahora era piel, sangre y corazón, absolutamente nada más. Y el hombre sobraba sin consideración, era así.

Sufrí mi primera transformación al cabo de unos días. Mi cuerpo creció, se endureció y se cubrió de vello; mis mandíbulas se ensancharon y alargaron y mis dientes se afilaron como cuchillos. Mi sangre se convirtió en cólera, mi corazón la propulsaba y mis venas irrigaban con ella cada milímetro de mi carne. Podía volar, correr sin ser visto, sin gravedad, sin leyes y sin límite. Y en ese punto empecé a matar; sin otro tipo de gravedad, de leyes y de límite. Con rotundo placer. Oh, hermano, con qué placer.

No hubo dilemas ni remordimiento. Fue una metamorfosis.

Asumido que ni tan siquiera la vida animal está exenta de rigores, reconocí, claro, que mis amigos formaban parte de aquella humanidad que ahora tenía que exterminar. Tampoco resultó ser un problema. Caerían como todos los demás; a lo sumo podía plantearme que dicha caída gozase de ciertas prebendas, no muchas, dado que se trataba de una ejecución y no de un juicio. Si bien no había perdido mi pasado ni cuanta sensibilidad acarrease éste consigo, el peso que podía atribuirle ahora a ese pasado y a esa sensibilidad era liviano. El destino de mis amigos no se vería marcado por ningún factor atenuante, sino por mi merced caprichosa. Ejecución, no juicio. Biología, no ética. Verdad, no quimera.

Tres años después de la bienaventuranza de mi comunión con las pastillas, derramados por el camino muchos litros de sangre de gente cualquiera, me volví más huraño e irascible; saber que en mis manos había un poder prodigioso no me libraba de mis flaquezas; lo quisiera o no parte de mí sería humana hasta el fin de mis días, puesto que el advenimiento sobrevino a quien ya era un hombre. Aquellos tres años, por tanto, aparte de haberme proporcionado una dicha

inenarrable, terminaron por hacer mella en mi ánimo. El cansancio, incluso el agotamiento, me llevaron a pensar en mi propia muerte, lo que no dejaba de ser una forma encubierta de deseársela. Hasta de ser un ángel se cansa uno.

Ya que a Madom, mi mejor amigo, lo iba a matar de todos modos, se me ocurrió que sería una buena jugada no ya darle una oportunidad, sino convertirlo en uno de los míos para equiparar nuestras fuerzas. Ciertamente es que en mi decisión no primó tanto lo primero como lo segundo, y el motivo que me llevó a plantearme equilibrar nuestras fuerzas era tan simple como el hecho de haber tomado conciencia de que mi agotamiento y mi hastío sólo podrían cesar ya con mi muerte, por un lado, y haber tomado conciencia también de que sólo alguien con mis facultades animales podría acabar conmigo, por otro. Como se sabe, no hay mayor humillación que la de ser vencido por alguien más débil (cabe alguna justicia poética, pero en el reino animal, libre de sandeces de ese estilo, no es siquiera concebible). En consecuencia de cara a mi final, apremiante para mí en algún punto cercano del camino, debía estar preparado, y no se me ocurrió mejor solución que la de crear a otro animal. Que eso además a él, alguien que había sido importante en mi vida, le diese una oportunidad de sobrevivir era algo colateral, estimable (no en calidad de justicia poética; sí en calidad de dato). Respaldaba mi decisión.

No quería decir con lo anterior que llegado el momento fuera a abandonarme, bajar los brazos y esperar a que el bueno de Madom me arrancase la cabeza. De acuerdo con la nobleza animal a la que antes aludía hay imperativos inviolables y dejarse matar así, como ser vencido por alguien más débil, no es admisible. Tendría que haber luchado, y dada mi constitución física y la experiencia que para entonces habría ganado, siempre mayor que la suya, la suerte de la lid con probabilidad caería de mi parte.

Hablé con Turner y acordé con él un método para hacer llegar a Madom las pastillas sin que éste se enterase de que yo andaba detrás del asunto. Que Turner no tuviera escrúpulos a cambio de una suma negociable de dinero y que Madom fuera dado, como yo, a consumir drogas, hacían que tal asunto no fuese complejo. Le indiqué al calvo cómo proceder y así lo hizo. Dos años más tarde maté a Emilie y a Andrea. A continuación me enfrenté a Madom y también acabé con él. Fueron operaciones matemáticas en las que según lo previsto no hubo sorpresas.

Eso ocurrió hace unos meses. Y en mi lista, como anunciaba al principio, quedaba un nombre. Münsen era el propietario del local de copas que habíamos frecuentado Madom y yo desde hacía muchos años. Tantos años transcurridos, su tolerancia a nuestros excesos y una bondad natural que rebotaba por sus orejas hicieron de él uno más del grupo. Para ciertas cuestiones, sobre todo de índole sentimental, no había mejor interlocutor que el alemán. La coja Emilie en trances críticos había encontrado en él la acogida y el apoyo que con Madom, por falta de confianza, y conmigo, por pudor, no había encontrado. Era un elemento importante del grupo y acudíamos con regularidad a visitarlo; fueron incontables las borracheras que los tres llegamos a asociar con su cara.

Durante la última semana me había acercado un par de noches a su local y estaba cerrado. No era normal. Por suerte sabía dónde vivía y tomé un taxi. El taxista se asomó al retrovisor repetidamente para clavar sus ojos en los globos. Admití que una mole como yo podía no guardar armonía visual con cuatro globitos de colores.

—¿Le extraña que lleve globos?

El conductor sacudió la cabeza.

—¿Perdón?

—Los globos, que si le parecen inadecuados para una bestia como yo.

—Lo siento, no, estaba despistado —sonrió, meditó algo y agregó—: Tengo a uno de mis sobrinos en el hospital, estaba pensando en él; en la planta infantil hay tantos globos que hay que abrirse paso entre ellos para llegar a la habitación.

—¿Qué le pasa a su sobrino?

–Neumonía, se le ha complicado.

–¿Qué edad tiene?

–Ocho años.

–¿Cree en monstruos?

–¿Cómo?

–Que si su sobrino cree todavía que los monstruos existen.

Dudó. Me buscó en el retrovisor.

–Supongo que sí.

–Entonces no debe preocuparse. Los niños que creen en monstruos siempre se salvan, se lo digo yo. Al final sólo se salvan los niños que creen en monstruos y los propios monstruos. La fe humana es poderosa. No el hecho de creer, no se confunda, sólo la fe. ¿Ha visto usted alguna película de Drácula?

Continuaba en el retrovisor.

–Alguna he visto, sí...

–¿Por qué cree que el monstruo huye cuando se le enseña el crucifijo?

–Porque teme a Dios, no sé.

–Dios no existe, no puede dar por hecho que un monstruo crea en Dios, ¿no le parece? La misma existencia del monstruo descarta la posibilidad de Dios, pura ontología. No voy a entrar en eso ahora porque ya es usted mayorcito. El tema es que la cruz simboliza la fe. Que sea una cruz y no la estrella de David es una cuestión estrictamente cultural. ¿Cree que si el monstruo viera la estrella de David no saldría corriendo?

–No he visto ninguna película de Drácula en la que aparezca la estrella de David.

–No le he preguntado eso. ¿Ha visto alguna película del hombre lobo?

–El hombre lobo no teme al crucifijo.

–No, no teme al crucifijo, pero no se lo digo por eso. Que usted haya visto películas del hombre lobo y no del hombre oso se debe también a una cuestión cultural. ¿Sabe que en ciertas culturas el monstruo se representa con la figura del oso en lugar de la del lobo? ¿Lo sabía?

–No.

–Pues así es. Así como en otras se representa con otros animales. La cultura nos ayuda a crear imágenes para que no naveguemos constantemente por la abstracción, nos volveríamos locos. La cruz de la que huye el monstruo no es la imagen de Dios, es el símbolo de la fe. La fe es la imaginación y es la abstracción, es disponer de dinero para poder hacer una apuesta; la creencia es una plasmación cultural en un símbolo, es haber apostado ya. ¿Entiende la diferencia? ¿Le estoy mareando?

–¿Eh?

–Que existe el hombre animal, no el hombre lobo. Que el monstruo huye de la fe, no de Dios. Que sólo se salvan los niños que aún creen en monstruos. Su sobrino se salvará, aún no ha cogido las joyas.

–¿Qué joyas?

–Aquéllas con las que nos soborna el mundo.

Vi en el retrovisor que su cerebro empezaba a reblandecerse como el de Nietzsche. Lo dejé estar. Llegamos al destino y le pagué la carrera. Antes de despedirme le pedí que eligiera dos de los globos para su sobrino.

–Se lo agradezco mucho –me dijo–. Se los haré llegar de su parte. ¿Cómo se llama usted?

–John Black. Estoy perdido en este planeta y no sé si debe de quedar vivo algún otro miembro de mi expedición. Sé que vive un miembro de una expedición anterior, se llama Turner, y me ayuda cuanto puede, pero en el fondo creo que estoy solo. No descuide a su sobrino, no deje que coja nunca las joyas.

Casi tuve que meterle dos hostias al taxista para que cerrara la boca y se largara. Ya ajustaría cuentas con él en otra ocasión, porque tenía que matarlo como al resto de los hombres. Esta vez él tenía una misión, como yo, y hay que respetar a los que tienen una misión.

El edificio en el que vivía Münsen era antiguo y la fachada hacía tiempo que necesitaba ser restaurada. Cuando entré en el portal me crucé con un negro de dos metros que me informó de que el ascensor no funcionaba mientras sonreía en dirección a los globos. Subí las tres plantas a pie y pulsé el timbre. Si algo no había sido Münsen en su vida era rápido. Cualquiera otro habría pensado que no había nadie en casa.

Al abrirse la puerta me vino a la cara un chorro huracanado de calor y de hedor. La lengua de fuego que salía por aquella puerta me abrasaba y el hedor me aturdió.

–¿Qué coño estás haciendo, Mun, asando un ñu?

Me costaba hasta respirar, sentía los pulmones colapsados.

–Te lo digo en serio, ¿de dónde sale ese olor?

El alemán no se había arrojado a mis brazos como habría sido de esperar después de cinco años. Era evidente que había estado pensando en mí. Su aspecto era lúgubre.

–Es vinagre –respondió.

–¿Vinagre?

–He hervido vinagre en una cafetera.

–¿Y si explota?

–Lo he hecho con la cafetera destapada, animal.

–¿Para qué sirve hervir vinagre en una cafetera, Mun? –se lo pregunté verdaderamente intrigado.

–Para descalcificarla y en general para eliminar cualquier otra mierda sedimentada.

Lo miré incrédulo.

–Cómprate otra, tío. No puedes gasearte de esta manera, hay formas más sencillas de morir.

Algo cambió en su cara cuando oyó aquello, lo percibí gracias a mi portentosa capacidad sensorial. Se apartó y me franqueó el paso. Me condujo después al comedor y me ofreció asiento. Él se sentó en el sofá, frente a mí, bajó la calefacción con un mando a distancia, recuperó el porro del cenicero y fumó sin decir nada, contemplándome, contemplando más bien los globos cuyos vivos colores estrellaban aquella atmósfera amarillenta. Luego empujó la botella de whisky hacia mí.

–Sírvete, ya sabes.

Münsen estaba herido. Sabía o había sospechado alguna vez que yo podía tener parte o toda la responsabilidad de las muertes de nuestros amigos. Solté los globos, que quedaron pegados al techo como dos espermatozoides en busca de útero, me levanté, fui a por el vaso, regresé, me senté, me serví y encendí un cigarrillo. Di un primer sorbo y le reproché:

–No nos has hecho mucho caso ni a mí ni a mis globos.

–A los globos sí.

–Me parecieron más adecuados que un ramo de flores. No porque me tomaras por maricón, es que con las flores hoy día uno pasa por panoli. Es inevitable. Ahora se estilan los *tuppersex*. ¿Sabes lo que son?

–Más o menos.

–Es más coherente. Cuando dentro de unos años los hombres llevemos falda y las mujeres no se maquillen, tendremos una sociedad más realista. El mundo será más tenebroso.

–Eso es difícil –aseguró.

Me eché a reír.

–No lo es, hazme caso.

–El mundo no puede ser más tenebroso –me volvió a asegurar.

–Cuando las mujeres salgan a la calle a cara descubierta lo será, escucha a tus mayores.

Fumó otra vez, un tanto desconocido para mí, esperando. La muerte de nuestros amigos estaba presente en medio de los dos y condensaba el aire.

—¿Empiezas tú o empiezo yo? —le consulté.

—Empieza tú, a lo mejor me convences de algo.

—No he venido a convencerte de nada.

—Lo sé.

—¿A qué crees que he venido?

Abrió los labios para fumar y volvió a cerrarlos. Sabía a qué había ido allí. Era una buena persona pero no era imbécil, habría atado cabos sin gran esfuerzo.

Sobre la mesa había un mapa y sobre él, en una esquina, lo que parecía ser un billete de embarque.

—¿Te ibas a algún sitio?

—No podía esperar mucho más.

—Siento haber tardado tanto. No ha sido intencionado, tenía que despejarme un poco. Tú has visto *Barton Fink*, ¿no?

—La he visto.

—Pues algo así como cuando el loco se ausenta y le dice a Barton que había problemas en la Central.

Asintió.

Bajé la cabeza para exhalar el humo. No me hacía feliz mi misión en su caso, Münsen no era el vendedor de globos. Parte de su grandeza descansaba en la evidencia de que no me lo iba a poner fácil y no estaba pensando en ese momento en una facilidad física. Esperé por si quería decirme algo. Si yo lo invitaba a hacerlo no lo haría. Por dignidad, por lealtad a quienes murieron.

—¿Un viaje a?

—Un crucero.

—Ah, pero ¿hay cruceros en invierno?

—Cruceros y ofertas de vacaciones, y de piscinas climatizadas. De lo que se te ocurra.

Cogió el billete de embarque y sacó un tríptico de entre unas hojas. Lo abrió sin mirarme y me explicó que era un crucero por el Mediterráneo de una semana. Un crucero de *singles*, o sea, de gente sola. Separados, solteros, divorciados o viudos. Menudo personal. Me habría echado a reír si no hubiera sido porque intuí que Münsen estaba a punto de echarse a llorar. No por lo que fuera a sucederle, sino por su incomprensión, por el dolor que no había merecido. Evitó las lágrimas quedándose callado.

—Verás, Mun, eres de las pocas personas por las que sería capaz de volver otro día, pero no puedo hacer excepciones.

—No quiero que las hagas.

—Seré cuidadoso, entonces.

—Tampoco quiero que lo seas.

Apuré el whisky y me serví otro vaso. Prolongar aquello no tenía ningún sentido. A él desde luego no le iba a hacer ningún bien. No levantaba la cabeza, no me iba a pedir explicaciones ni iba a luchar. Bebí y pensé en los otros, en los amigos. Encendí otro cigarrillo y le informé:

—Es el último cigarro que fumo aquí.

Por fin levantó la cabeza, no del todo. Sus ojos estaban más rojos de lo que pudiera justificar el hachís. Y había algo más en ellos que sus ganas de llorar. Rabia contenida, deduje. Si lograba que me agrediera todo sería más sencillo, pero no iba a provocarle.

—¿Hay algo que quieras saber? —le ofrecí.

Münsen estaba ahora repentinamente furioso. Las venas de su cuello se habían hinchado.

—Quiero saber por qué tuviste que matar también a Elvira.

—¿Quién era Elvira?

—La empleada de Emilie.

—No fui yo.

Resopló y bajó de nuevo la testuz. Cogió su vaso, lo vació y masculló:

—¿De qué sirve ahora que me mientas?

—No te estoy mintiendo, Mun. No fui yo.

A menos que él me hiciera una pregunta concreta que me forzara a contarle que Madom también había sido un animal y que podía haberla matado él, no iba a hacerlo. El pobre lo entendería aún menos.

Mis músculos se tensaron, el vello animal brotó con suavidad de mi piel. Mis garras se crisparon y mis colmillos desbordaron mis labios. Un rumor gutural salía de mi garganta con el paso del aire al entrar y salir de mis pulmones. Él lo oyó y no se atrevió a mirarme a los ojos. Antes de que cayeran sus lágrimas, porque ahora el miedo no le permitiría contenerlas, lancé mi brazo hacia su pecho y mis dedos atravesaron su corazón. Sentí su calor en mi mano como fuego. Las suyas se cerraron alrededor de mi brazo como tenazas. Por encima de cualquier otra cosa pensé que nunca olvidaría aquel olor a vinagre.

Antes de marcharme cogí el mapa, el tríptico y el billete de embarque del crucero que planeaba hacer Münsen. Tanto en su situación, aguardando indefinidamente a alguien sin saber si aparecería, como en la mía, con una tarea inabarcable por delante y una ciudad que ya no contenía nada para mí que la distinguiera de las del resto del mundo, un viaje por mar se me antojaba lo más indicado. Más allá del tópico por demás acertado de poner mar de por medio cuando se impone una ruptura, me fascinaba imaginar mis carnes balanceándose al son de las olas, estar cercado por el agua acotando así mi campo de caza y librarme de la incómoda obligación de fijar cada mañana un lugar que recorrer y devastar; me fascinaba imaginar que el mundo por unos días se habría reducido a un número finito de metros cúbicos y que mi misión tal vez durante el viaje, aunque sólo fuera durante el viaje, tenía algún viso de tocar a su fin. Me seducía la oportunidad de relajarme, de zambullirme en una falacia provisional, de dejarme llevar. De ser John Black.

Mi amigo, delante de mí, acababa de ausentarse y yo tenía ocasión de ocupar su plaza en el barco. Lo primero que descarté fue usar su identidad puesto que si por cualquier contingencia alguien descubriera su cadáver, la perspicacia podía llevar a quienes se dedican a esclarecer asesinatos a esperarme en uno de los puertos del itinerario. Por el mismo motivo debía destruir su billete y cualquier rastro a mi alcance del crucero en ciernes. Metí los papeles en mi bolsillo para deshacerme de ellos más tarde y anoté el número de teléfono de la agencia de viajes. Contrataría el mismo crucero si eso era factible por una tonta cuestión estética o de reconocimiento de deuda para con Mun. Haría el viaje por él, ya que ahora él no podía hacerlo, y lo haría por mí, viendo con mis ojos lo que los suyos no verían; las matanzas que los suyos, aunque hubieran ido, no habrían visto. Lo haría todo con mis ojos, que estaban destinados a ver lo que nadie —dado que Madom, el otro animal, también había muerto— llegaría siquiera a imaginar.

Al salir a la calle, aún frescas mis facultades sensoriales y ansioso mi corazón, vi los suelos sembrados, cubiertos de joyas. Sobre las aceras, sobre las calzadas. La gente reía, se divertía y cargaba alhajas en sacos, bolsos y coches. Algunos hozaban. El negro de dos metros con el que me había cruzado al llegar se retorció de éxtasis sobre un montón de ellas. Sus pupilas brillaban con más intensidad que el oro y los diamantes.

—¿No quieres ninguna, hermano? —me preguntó sonriendo.

—No, hermano —le contesté—. Yo prefiero morir de otra manera —esto último no lo oyó; lo dije en voz muy baja, casi inaudible incluso para mí, resignado a la esterilidad de mis advertencias a los hombres.

1

La vida de Brian, Monty Python.

2

Crónicas Marcianas, Ray Bradbury.

3

Capitán de *La tercera expedición. Crónicas marcianas*, Ray Bradbury.

Las profundidades de la Tierra

Mi guerra abierta contra la humanidad comenzó cuando me convertí en un animal, hacía un lustro, gracias a las pastillas milagrosas que me proporcionó Turner; pero ahora me había convertido, también, en un expedicionario de un planeta por desentrañar. Ambas cosas se complementaban. Se trataba de dos evoluciones.

Cuando el capitán de *La tercera expedición* a Marte, John Black, puso un pie en aquel planeta acompañado por el navegante Lustig y el arqueólogo Hinkston, ya habían visto desde la nave que el planeta era idéntico en apariencia al planeta del que procedían, la Tierra. Antes de abandonar la nave hicieron toda clase de conjeturas al respecto, pero a pesar de presentir un peligro inmensurable y seguro, dada la imposibilidad de que dos planetas tan alejados entre sí y de condiciones tan disímiles hubieran desarrollado el mismo entorno natural y también construcciones artificiales con la misma concepción de arquitectura, con los mismos materiales de construcción; a pesar de oír lejanamente una canción que ya habían oído en la Tierra; a pesar de que creciese la misma vida vegetal, los mismos brotes de hierba, geranios, álamos, arces y castaños; y a pesar de que todo, en general, guardase una fidelidad milimétrica con su planeta de origen, abandonaron la nave. Ciertamente es que otros trece tripulantes habían recibido órdenes de no hacerlo y de huir al menor contratiempo, pero ellos tres, desoyendo todo principio básico de supervivencia, descendieron.

Ése es el carácter indiscutible y sagrado que poseen las misiones.

Por el mismo motivo, con la misma obediencia ciega a la que me obligaba mi misión de expedicionario poco menos que filantrópico de no creer que en los hombres acababa la esperanza; con la misma fe en que no todo en ellos tenía que ser horrible y vacío; con la misma intuición, en suma, de que más allá de aquella pavorosa masa social tenía que haber alguna excelencia recóndita en el hecho de que la inteligencia hubiese surgido y aún existiese, me levantaba cada mañana de la cama, me aseaba y ponía los pies en la calle. Poner los pies en la calle era la misma audacia que acometiera John Black al poner los suyos en Marte. No había diferencia sustancial. John Black y yo éramos el mismo hombre.

Cada día la calle era un espacio de otro planeta en el que yo reconocía estructuras arquitectónicas, símbolos, árboles, vehículos. Pero no me dejaba engañar por unos escenarios impecables en los que era imposible encontrar fisuras. Sabía que aquello era falso. Mi problema tal vez fuera la forma de buscar.

Como no podía ser de otra manera puesto que se trataba de su adaptación al cine, en la película *Journey to the seventh planet* se reproducía una situación semejante a la de *La tercera expedición*: Los astronautas llegan a Urano y se encuentran con un bosque y un cielo iguales que los de la Tierra. Más adelante, durante su exploración a pie por el planeta, ven y reconocen objetos, lugares y pretendidas personas que formaron parte de sus vidas. Ante esos hechos inexplicables emprenden una aventura para esclarecerlos, pero en este caso el problema se resuelve con una simplicidad decepcionante. Con lo vasto que parece ser el bosque por el que transitan, en muy poco tiempo dan con una burbuja, o un campo de fuerza, como la denomina uno de los viajeros, camuflado detrás de unos matorrales. La burbuja no es sino una capa que separa la ilusión que están experimentando, del verdadero planeta al que han llegado, frío y formado en su mayor parte por un conglomerado laberíntico de composiciones sólidas de amoníaco. Atravesada esa capa, acceden a una cueva en cuyo interior habita un ente con poderes psíquicos extraordinarios. Él es el responsable del sondeo en la mente de los tripulantes para la creación virtual de su mundo, de sus fobias y de sus obsesiones.

En *La tercera expedición* también se crea una ilusión y también ésta, en algún punto, se desvanece, permitiéndonos ver el horror que se esconde detrás. Aparece una fisura. En este caso es brillante, horrorosa y sobrecogedora. Pero se llega a un desenlace y el problema, al igual que en la película, se resuelve.

Yo, en mi planeta particular, no había dado con ninguna fisura. En la película ésta quedaba de manifiesto en la burda burbuja que separaba los dos mundos. En el cuento lo hacía cuando el alienígena que encarnaba al hermano de John Black, confirmando la súbita sospecha de éste acerca de su identidad, se descubría a sí mismo. John Black, aterrorizado por la sospecha de que quien estaba a su lado, aunque lo pareciera, no era su hermano, pretendía huir; en ese momento el marciano dejaba de fingir, recuperaba su identidad alienígena y le preguntaba con frialdad: *¿Adónde vas?* Y ahí terminaba todo.

En las dos historias los protagonistas se daban de bruces con el enemigo. En la mía convivía con ellos, pero ninguno se descubría ante mí. Ninguno me preguntaba *Adónde vas*. Al contrario de lo que le ocurría a John Black yo deambulaba por un mundo enemigo cuyo mayor poder era el de no revelar que lo era. Cuando caminaba por las calles todos los transeúntes me vigilaban y observaban pero cuando me daba la vuelta lograban siempre disimularlo. Eran más rápidos que yo. O más listos. O más hábiles. Nunca había descubierto a ninguno y aun así sabía quiénes eran. Mi sufrimiento, por tanto, era mucho más insoportable que el de los astronautas. La capacidad que tenían mis enemigos para producirme dolor era infinita, porque nunca reconocerían que eran ellos quienes me lo producían.

Primero, gracias a las pastillas y desde mi vertiente animal, descubrí al enemigo y aprendí a combatirlo; a eliminarlo. Después descubrí que mi enemigo es en realidad invencible por número y por planteamiento de batalla. Y desde entonces busco denodadamente la fisura, el resquicio que me permita conocerlo sin dejar de combatirlo, sin dejar de transformarme en animal para despedazarlo. Sin dejar de pedirle, exigirle o suplicarle, mientras lo descuartizo, que reconozca que es mi enemigo.

Hora y lugar: 15.00h. Puerto de Barcelona. Música en mis orejas: *Don't bring me down*

[4](#)

. Equipaje: maleta de puta madre con ruedas comprada para la ocasión, documento nacional de identidad, pasaporte en regla aunque no haga falta, mil quinientos pavos, tarjetas de crédito varias, tarjeta magnética para realizar pagos en el barco, billete de embarque, ropa en la maleta, zapatos y accesorios de aseo. Alrededores: mucha gente, demasiada, ruidos, voces, risas. Objetivo: Promesa del Mar, paquebote de trescientos metros de eslora, cincuenta metros de manga y ciento cuarenta mil toneladas de bicho, catorce alturas. Continente: yo, Viggo, el Gordo en su forma humana. Contenido: tres ginebras, el animal, muy furioso, John Black, sereno, impresiones y pensamientos de ambos mezclados, aparición corta en el recuerdo de Münsen y del olor a vinagre, de la estación de Atocha, del niño de los globos, Carlitines. Dudas y preguntas, una por encima de todo, cuando el animal se desorienta y al capitán se le hiela el corazón: *¿Adónde vas? / ¿Cómo? / Te he dicho que adónde piensas que vas*

[5](#)

.
En el centro del barco había una gran avenida interior diseñada para el paseo y la admiración de los pasajeros. A lo largo de ella se distribuían motivos ornamentales y luces de colores llamativos. A un lado y a otro, tiendas de ropa, de joyas, barras de bar e incluso pequeños espacios para ubicar mesas y sillas. La avenida ocupaba varias alturas del barco y en puntos simétricos había escaleras y ascensores. Aquél era un pedazo de ciudad en miniatura. Al final de la avenida se abría el comedor, también de varias alturas. En plantas inferiores se repartían una pista de patinaje, un puñado de bares temáticos, una discoteca y un teatro. Y en plantas superiores, los camarotes; más arriba aún, a cielo descubierto, se hallaban las piscinas, una pista de minigolf, una hamburguesería, un gimnasio y un solárium.

Por fidelidad a Münsen yo había reservado una cabina de la misma categoría que la que había reservado él. De las cuatro clases disponibles la mía era de la tercera en calidad ascendente y constaba de veinticinco metros cuadrados de habitáculo más un balcón, para que me diera la brisa en la cara. Enmoquetada, equipada con cama doble, televisión, salón diminuto y, lo más

importante, minibar. Allí dentro y fuera, por las instalaciones del barco, echaría pocas cosas de menos. Era de prever que con esa idea se había concebido, pero más allá de su propósito a corto plazo pensé que podría quedarme allí durante mucho tiempo sin la menor añoranza de pisar tierra firme. En aquella bestia había capacidad para unas tres mil personas, muchas más de las que yo soportaría ver. De modo que en aquella versión reducida del mundo tendría lo mismo que tenía en el gran mundo y como obsequio, lo que no dejaba de ser ventaja e inconveniente de forma simultánea, todo estaría a mi alcance. Y al decir todo quería decir, claro, todos.

Vacíé la maleta, coloqué su contenido en los distintos departamentos del armario y me lavé las manos. En el espejo había un tipo inopinadamente impaciente, acaso inquieto, consciente de que aunque en lo esencial nada hubiera cambiado el hábitat era nuevo y tenía límites muy definidos. Al margen de la exploración relativa que yo pudiera poner en práctica dentro de tales confines absolutos, aquella nave, aquel pequeño mundo haría una exploración relativa por las aguas absolutas del mar. El mar lo haría por el planeta y el planeta lo haría por el universo. Y así *in aeternum*, fuera de lo conocido y de lo creído. Todo movimiento era exploración. El movimiento de mis párpados, mi mirada, el pulso de mis venas.

Me tumbé en la cama y cerré los ojos.

Me despertó una vibración sorda un par de horas más tarde. La promesa zarpaba. Salí al balcón, que quiso la casualidad que diese al puerto, y desde la altura de mi cubierta, la séptima, vi cúmulos de gente muy pequeña en tierra despidiéndose de otra gente del barco con abundante aparato gestual. Alguno hasta caminaba por el puerto en la misma dirección que tomaba el buque, al igual que lo haría con un tren. En varios minutos los perdimos. Sentí al verlos desaparecer que mi vida tomaba rumbo hacia un destino menos polucionado, sólo fuera por la garantía de que al salir de mi habitación no podía tropezarme con más de tres mil seres vivos, siempre los mismos durante aquella semana bendita. No, me equivocaba. Haríamos escala en cuatro o cinco puertos más y en ellos acogeríamos y nos desprenderíamos de un número determinado de viajeros. En fin, me contenté con no poder tropezarme con más de tres mil seres vivos mientras estuviésemos navegando, que ya era algo. Hacía tan sólo un día habría firmado por mucho menos.

Sobre una mesilla había un esquema plastificado del barco con una sección longitudinal donde se detallaba la localización de cada sala o atracción. Debajo había una guía de horarios para los actos de asueto a los que se invitaba a acudir al viajero así como de los horarios y turnos de almuerzos, desayunos y cenas.

Me di una ducha caliente y salí del camarote. Doblé un par de esquinas y llegué a una barandilla desde la que se contemplaba dos plantas más abajo la avenida que ya conocía. Tomé un ascensor y salí en la cubierta once, la de las piscinas. Había gente paseando por doquier. Busqué una escalera y subí a la siguiente cubierta, la que al cabo más frecuentaría en mi viaje por ser la planta superior con mayor número de metros cuadrados a cielo descubierto. Pasé junto a las mesas y bancos exteriores de la hamburguesería y llegué a un puente. A mi izquierda, hacia el interior y el centro del barco, se veían las piscinas de la planta inferior. A la derecha, monstruoso, carnosos y colosales, explotaba el mar. Ráfagas alternas de aire frío y tibio me abofeteaban la cara y exudaban salitre. Silbaba en mis oídos el viento, la esperanza de un viaje singular, trepidante y ensordecedor, el olvido transitorio, piadoso, de pertenecer a ninguna especie. Sentí únicamente que estaba allí y que nada más estaba.

Un grupo de cuatro hombres tardó poco en joderme la ensoñación al pasar a mi espalda entre risotadas. Me volví, los vi, y por encima de ellos reparé en el anillo de cristal del que debía de ser el bar-mirador, dos plantas aún por encima de la mía, en la cubierta más alta de las accesibles que había examinado en el esquema. De un vistazo tracé el recorrido para alcanzar esa cubierta y lo seguí.

Al entrar me sorprendió la interrupción instantánea del viento, como si una aspiración mágica me hubiese arrastrado a una cámara hermética. El bar tenía forma circular y había una buena ocupación. En el centro se encontraba la barra principal y alrededor de ella había dos círculos concéntricos de mesas y sillas; el círculo exterior estaba pegado a los cristales que se veían desde fuera. Fui hasta allí y me senté. Las vistas eran espectaculares; tanto que costaba unos segundos adaptarse a ellas. Andaba en ello, asimilando la curvatura del planeta, cuando oí a mi izquierda al camarero.

—Ginebra —respondí—. Sola.

—¿En vaso ancho o de tubo?

—Ancho —contesté; lo examiné con envidia—. ¿Usted siempre trabaja aquí?

—Siempre —sonrió, adivinando lo que le habrían dicho un millar de veces; tenía ese acento neutro de los políglotas; y se anticipó—: Un privilegio, así es, pero a todo se acostumbra uno.

—¿No se marea? ¿No se acojona?

—Basta con no mirar hacia afuera.

—¿Cómo puede evitarlo? Quiero decir, teniendo eso delante de sus narices, ¿cómo puede mirar a otro sitio?

—La costumbre, le decía.

—La costumbre —repetí, pensando; me volví de nuevo hacia el cristal—. Vaso ancho, sí.

Trajo mi consumición y bebí sin lograr apartar los ojos de las aguas cerúleas. Mi atención se deslizó por aquella planicie hasta el horizonte. No sé el tiempo que estuve allí, pero al servirme el camarero una copa más me fijé en que el bar se había quedado vacío.

—¿Qué ha pasado con la gente que había aquí?

—Han bajado al salón de eventos, a la convocatoria.

—¿Para qué se hace la convocatoria?

—Se organizan las actividades, es una buena ocasión para hacer amigos.

Vací el vaso de un trago sin otro remedio.

—¿En qué consisten esas actividades?

—Hay de todo tipo.

—¿Ha participado usted en alguna?

—Yo estoy trabajando, señor.

—¿Participaría si pudiera?

Me sonrió. Después consultó:

—¿Otra ginebra?

—Por favor.

Entré en el comedor a la hora estipulada para la cena. Si el fragor de cubiertos y voces ya debía de poner a prueba cualquier oído normal, para el mío, especialmente agudo, devino un cataclismo. Mezclado con centenares de imágenes vertiginosas de colores, cuerpos, formas geométricas compuestas por mesas de distintos tamaños, camareros arriba y abajo, y parte de la gente todavía buscando acomodo, fue un impacto notable.

La superficie de la sala era circular como lo era casi todo en aquel barco y se expandía en dos alturas más en forma de herraduras horizontales sobre la planta principal. Salvo excepciones las mesas eran de diez y de cinco comensales, oblongas las primeras y redondas las segundas. Se reconocía con facilidad a quienes ya llevaban más de un día de viaje, italianos, franceses y de otras nacionalidades. Aquél era un crucero de trazado cíclico y en cada escala embarcaban nuevos pasajeros y desembarcaban quienes regresaban a su punto de origen. Los veteranos ocupaban sus plazas y conversaban con quienes habían trabado amistad o conocimiento. Los recién llegados como yo pululábamos por la sala como gansos torciendo el pescuezo y siguiendo el rastro del resto de gansos, que en su mayoría hablaba español.

Inspeccioné el lugar para hacer la difícil elección inicial de una mesa. Por lo usual la plaza que uno da en ocupar el primer día tiende a ser la definitiva y eso conlleva que el resto de comensales suela ser también definitivo. Las mesas no hablan, pero los que se sientan a ellas sí. Una mala elección entonces podía convertirse en los días siguientes en un motivo para la inapetencia, el ayuno y hasta la náusea. Subí a la planta superior, seleccionando los ángulos desde los que menos seres humanos se pudieran ver y tras unos minutos de creciente desazón di con una mesa apartada para cinco a la que ya había dos mujeres sentadas; una pareja de hombre y mujer se encontraba en el trámite de pedirles permiso para compartirla con ellas. Era mi ocasión. La relación entre los cuatro comenzaba apenas a fraguarse y mi intervención ahora no sería la intromisión que sí habría sido unos minutos más tarde, cuando ya fueran amiguitos. Mi alivio fue sólo relativo. El trastorno de elegir mesa fue suplido por el trastorno de tener que hablar con alguien.

Me encaminé hacia allí y toqué base cuando el hombre, el último en agacharse, depositaba sus posaderas en la silla.

—¿Les importa? —pregunté, señalando el asiento que quedaba libre.

Las dos mujeres que ocupaban la mesa desde el principio me invitaron a sentarme. El hombre, serio, objetó:

—A mí sí me importa.

Acto seguido rompió a reír, mirando compulsiva e intermitentemente a las tres mujeres. Yo no me moví ni me reí.

—No se lo preguntaba a usted —le repliqué.

Cuando dejó de reír, reí yo, con ganas. Las tres mujeres me siguieron y él, por fin, con la demora justa para quedar en evidencia, también lo hizo. Empezaba bien con aquel cretino. En realidad hube de reconocer que lejos de deprimirme aquello me estimuló. Antes de tener que plantearme matarlos a todos, cosa que haría tarde o temprano, había conseguido de un modo fortuito un foco, una diana en la que concentrarme.

Supe que la más hermosa de las dos mujeres, que era también la más joven, se llamaba Eva. Era pelirroja, de cabello largo y liso y de rasgos delicados; su piel era pálida, de aquel tipo que expuesta al sol enrojece con escándalo. Su acompañante le debía de sacar a bote pronto unos diez años, bordeaba la cuarentena. Tenía un rostro caballuno y estaba muy delgada; en sus ojos se leía que en la vida había hecho daño a nadie y deduje que su amiga Eva con seguridad se confiaba a ella, también por su edad, a la hora de moverse por el mundo. Se llamaba Silvia. La mujer que acompañaba al cretino, por el contrario, no era de fiar. No sólo por haberse reído antes con los demás de su propio amigo. Su silencio y su mirada rota transmitían el resentimiento de quien sin ser lo suficientemente vieja ya no espera nada de la vida; de quien no tiene suficiente experiencia para haber destilado el desencanto y lo ha ido convirtiendo en hiel. De edad próxima a la de Silvia y a diferencia de aquélla, tenía las tripas emponzoñadas. Esa mujer, *Amalia* para mayor alegría, vendería sin pestañear a su madre por tener una arruga menos. Y cerrando la mesa quedaba Anselmo, lelo en concordancia asonante, servil hacia aquel vestigio de mujer y soplapollas hasta la indignidad. Era de corta estatura y poco agraciado; su calvicie, mitigada por algunos mechones dispersos de cabello, le confería por añadidura una apariencia insana entre el vicio y la enfermedad.

Silvia tomó la iniciativa en las charlas preliminares. Cuando me llegó el turno la mujer me preguntó:

—¿Usted viaja solo?

—Como una rata.

Quedaron todos a la espera por si decía algo más. Entonces añadí:

—Todos mis amigos han muerto.

Silvia se echó despacio hacia atrás abriendo un poco la boca, lamentándolo en la línea que marcan los buenos modales. Eva bajó los ojos cuando la miré y Anselmo volvió la cabeza hacia Amalia, la única de la mesa que no se había alterado. Ella me observaba fría y desabrida, calculando hasta dónde podía estar mintiendo. Era una pajarraca de cuidado. Sin desviar tampoco mi mirada de ella proseguí como si estuviéramos los dos solos:

–Han muerto asesinados. De hecho he embarcado en este crucero porque era lo que quería hacer el último de ellos. Me dio tantos detalles que entendí que debía venir por él.

–¿Cómo murieron? –preguntó Amalia impertérrita.

–No sé si hablar de eso es lo más apropiado en esta mesa. Sobre todo antes de cenar...

–Por mí no hay inconveniente –apuntó Anselmo a mi derecha.

Eva no sabía muy bien dónde meterse y Silvia seguía con la misma expresión que al oír que todos mis amigos habían muerto: espantada.

–Será mejor que cambiemos de tema –sugerí.

–Continúe –insistió Amalia, desafiante; sus pupilas eran dos agujeros muy sucios.

Anselmo la secundó:

–Sí, continúe. ¿Qué les ocurrió?

–¿Les importa a ustedes si continúo? –consulté a las otras dos.

Silvia y Eva negaron con la cabeza.

–Pues bien, entonces se lo diré –volví a enfocar a Amalia, cuyos ojos se mostraban todavía más sucios; quizá por estar más abiertos; o por despedir más negrura–. Una de mis amigas murió desnucada, a otra le partieron el cuello, a otro lo descuartizaron y al último, el que quería emprender este crucero, le atravesaron el corazón.

–Qué barbaridad –se azoró Silvia.

Anselmo se recostó contra el respaldo y se volvió otra vez hacia su amiga. Ésta se adelantó, apoyó los brazos en la mesa y se compadeció de mí:

–Debió de ser muy duro para usted.

–Mucho, no se puede hacer idea.

–¿Detuvieron al asesino?

–No.

–Oh –exclamó Silvia sin querer.

–¿Y saben quién fue? ¿Sabe usted quién fue? –Amalia había dado con una veta en mi drama.

–Sí. Un hijo de puta sin corazón, y perdonen la expresión. Pero no le cogerán.

–¿Cómo lo sabe?

–Lo sé porque se ha convertido en un expedicionario. Donde él ha ido no hay ley.

–¿Cómo que no hay ley? –se emocionó Anselmo– No lo entiendo. ¿Se ha hecho mercenario o algo así?

–Exacto. Se ha hecho mercenario. Asesino profesional.

Se quedó embobado e insatisfecho. Amalia torció imperceptiblemente la boca antes de incidir:

–No se ofenda, pero... –echó un vistazo de reojo a cada lado de la mesa, clamando a la sensatez y al buen juicio–: la historia que nos está contando es un poco extraña.

–Lo es, no me ofendo. Tan extraña que a veces ni yo mismo puedo enfrentarme a ella; a veces no sé ni dónde estoy, créame. Nadie ha pasado por lo que yo he pasado. Lo único que sé y de lo que puedo estar seguro es de que estoy solo en este planeta.

–Bueno –medió Silvia–. Ahora está aquí, en el barco. Puede ser que las cosas cambien para usted, debe animarse.

–Claro –habló Eva por primera vez–. Aquí encontrará amigos.

–Eso es lo que pone en el folleto comercial –reí.

Ellas dos titubearon y rieron conmigo. Los otros dos sonrieron, pero Amalia me hizo saber sin palabras que no se creía nada de lo que les había contado. Uno de los problemas de aquella

mujer era que ya no se creería nada en su vida, fuera conmigo o con otros. En su interior no quedaba combustible y la energía de la que se nutría era su propia fibra, que se iría consumiendo paulatinamente hasta dejarla hueca.

El primer plato llegó en el momento idóneo. Un *carpaccio* de ternera que hizo las delicias de un depredador en pujante excitación como yo y de una muchacha pelirroja y apocada como Eva. Se diría que las finas lonchas de carne en vez de seguir camino hacia mi estómago se iban volatilizandoy ya por mi esófago, absorbidas por la sed de sangre de mis órganos y en especial de mi cerebro. Mi delectación iba en proporción directa al desdén y los rictus de repugnancia de Amalia. Me aseguré mientras ella me contemplaba de hacerle llegar mis gemidos al comer. Cuando abría los ojos tras una pantomima de degustación, los abría en su dirección. Sirvió para que los demás rieran, divertidos, y ella cruzase conmigo un rencor mudo. Pactamos así un desprecio mutuo cargado de porvenir.

Antes de que llegara el segundo plato la tensión en la mesa había disminuido. Pasamos al tuteo sin sobresaltos y Silvia se soltó el pelo. Nos enteramos de que ella y Eva eran compañeras de trabajo en una biblioteca pública y de que amaban los libros por encima de cualquier otra cosa. Anselmo dio muestras por su parte de cierta desenvoltura para las relaciones sociales colaborando en una conversación sobre un tema que escapaba de sus dominios, intentando aportar algo a ella por poco o inútil que fuera. Averiguamos que para él en cuestión de libros todo era *muy curioso*, desde *Finnegans Wake* hasta las fábulas de Esopo. Amalia, para cubrirse de gloria, presumió con necio orgullo de no haber leído un solo libro en su vida.

Salvo para ella, la cosa fluía. De hecho Anselmo descuidó de forma temeraria la servidumbre que le rendía. Era indudable que la mujer, a juzgar por su mirada y sus labios fruncidos, se lo haría pagar con creces. Cuando sus ojos coléricos retornaban a nosotros, desprevenidos, se encontraban con la insolencia de los míos. Creo que nada entonces podía herirla de igual manera, el daño que le infligía aquello era severo.

La velada discurrió en aquellos términos, adjudicándose Silvia y Anselmo el peso de la conversación y aportando los demás alguna intervención de vez en cuando. Pero la cosa cambió cuando llegó el postre. Amalia se llevó la mano a la frente, se deslizó hacia atrás y descansó la cabeza en el respaldo de la silla. Anselmo fue el primero en preocuparse por ella y le siguió Silvia. Eva y yo la escrutamos a distancia, tan explícitamente escépticos e indiferentes con respecto a su afectación que poco más y nos echamos a reír. Al fin, alentado Anselmo por los ñoños achaques de la mujer, le propuso que se retirara a su camarote. Por supuesto él la acompañaría.

Soñando yo en secreto con que aquella mujer ocupara otra mesa en la próxima sesión de comedor la vimos alejarse apoyada en la sombra de un hombre que no tenía ni tendría suerte en la vida. Aquello no había acabado para él. En la intimidad del camarote Amalia le iba a dar lo suyo, que no sería poco. La desatención a la que la había sometido no se iba a saldar con una disculpa por parte del lechuguino; harían falta, además, muchos juramentos.

La pelirroja y yo nos sonreímos y arremetimos contra la macedonia. Silvia, primero indecisa, se sumó al festín. Eran dos mujeres transparentes y podía ver a través de ellas. La ceremonia de la cena bien podría haber sido un lindo receso que me retrotrajera a la zona blanca y prehistórica de mi vida, cuando yo también era transparente y estaba rodeado por compañeros y amigos que también eran transparentes; cuando éramos volúmenes de agua que reaccionaban al exterior con temblores líquidos, que inundaban al abrazar, que se vaciaban al ser lastimados; la cena bien podría haber sido una recuperación de huellas, de muchachos y de hombres vividos, de todos los Gordos que he ido siendo. De mucho pasado y de mucha luz.

Pero no. La cena al final no fue eso.

El astronauta John Black estaba sentado a una mesa redonda dentro de su traje espacial hablando con dos mujeres llamadas Eva y Silvia. Comía macedonia a través de su casco

inmaterial y aparentaba conversar con ellas y disfrutar de su compañía, pero en realidad lo que hacía era analizarlas a conciencia. La misión del capitán, por su propia integridad y por la de su tripulación, era descubrir la fisura de aquel mundo irreal para que ese descubrimiento les permitiera a él y a los suyos, si quedaba alguno en pie, porque habían perdido el contacto, saber a qué se estaban enfrentando. Aquel planeta creaba criaturas que formaban parte del pasado de los astronautas y las enviaba al encuentro con ellos. Aquellas dos mujeres transparentes eran criaturas que formaban parte del pasado de alguno de los compañeros de Black, puesto que él no las conocía, y no obstante eso no le ayudaba a relajarse. Al contrario, lo enervaba más. Si ya era imposible localizar la fisura en uno de los seres conocidos, cuyos gestos, voces y movimientos estaban memorizados, cuánto más lo era en seres desconocidos; en los fantasmas de otros.

Echó un vistazo por encima de su hombro hacia el comedor y se dio cuenta a la vista de aquella multitud de la cantidad de fantasmas que se habían ido reproduciendo, algunos de los cuales ahora fingían, allí, abajo, a los lados, italianos, franceses, españoles, que estaban terminando de cenar. La creación de fantasmas era la riqueza inagotable del planeta. Y los cerebros de los otros expedicionarios y el suyo propio habían demostrado ser abrumadoramente prolíficos.

Pero la fisura no podía encontrarse en los fantasmas. Eran criaturas perfectas y de hecho constituían el cebo. Había que fijarse en otros sitios de los que el cebo le distraía. Había que buscar la rudimentaria burbuja de la película del séptimo planeta y cruzarla, detrás de ella estaba el creador de enemigos. Había que internarse en una cueva a doscientos grados bajo cero y buscar el origen de la ilusión, sólo así habría una oportunidad para salvarse. La burbuja tenía que ser la propia Tierra. Había que perforarla para llegar al núcleo. Había que llegar cayera quien cayera y por cualquier medio a las profundidades de la Tierra. Si sobre su superficie se extendía la ilusión, en su centro debía de hallarse la razón.

Tomó café con Eva y Silvia. Después le invitaron a acompañarlas al salón de baile, donde se había convocado un concurso por parejas dos horas antes en la organización de eventos. Lo cierto era que John Black no se veía en la pista de baile con el uniforme de astronauta. Tampoco se veía en la pista sin él. Lo cierto era que John Black sólo se veía surcando el espacio y el silencio en una noche que lo sería para siempre, persiguiendo tan pronto las profundidades de la Tierra como las profundidades del universo. La misión para la que había nacido aquel hombre era la de dar con la fisura y atravesarla. La suya era la misión de mirar al diablo de cara, tratar de comprenderlo y destruirlo si no lo conseguía. Con lo que rechazó la invitación.

A pesar de todo las acompañó hasta allí, embutido en su uniforme y caminando ingravidamente por los pasillos del barco como lo haría un buzo por el fondo del mar o un astronauta por la luna. Ya en la sala se despidió de ellas desde la puerta, evitando dar una zancada dentro de un territorio enemigo plagado de entes hostiles.

—¿Por qué no te quedas? —le propuso Silvia.

—Sí, por qué no te quedas —se animó Eva.

—Me tengo que ir —alegó John Black.

—¿Adónde vas?

De repente la ilusión quedó paralizada. Fueron décimas de segundo pero John Black tuvo tiempo en esas décimas de experimentar el mayor horror de su vida. Los rostros de las mujeres, los de los bailarines que ensayaban a su espalda, los de los tres hombres que pasaban por el corredor en aquel momento, quedaron despojados de la máscara de los seres queridos. Sus caras se mostraron descarnadas y tendinosas, las cuencas de sus ojos quedaron huecas, sus facciones y sus siluetas insinuaron líneas de evolución inhumanas. Eran seres diferentes. Era la primera vez que los veía como en realidad eran y el pánico que le embargó lo había paralizado también a él. Podía ver, aunque no moverse; entender, aunque no actuar; temer, aunque no huir.

Después el movimiento regresó. Los bailarines siguieron ensayando y los tres hombres pasaron de largo por el pasillo. Eva y Silvia detectaron que algo angustiaba al capitán.

—¿Estás bien? —se interesó la criatura del pelo rojo.

—Bien, sí —masculló él.

—Cualquiera lo diría —apreció la de aspecto caballuno, y ambas rieron.

Sus risas le encogieron el pecho, le faltó la respiración. Entonces se dio la vuelta y se marchó por el pasillo sin despedirse.

En el cuento de Bradbury había sido: *¿Adónde vas? / ¿Qué? / He dicho que adónde piensas que vas / A beber un trago de agua / Pero no tienes sed / Sí, sí, tengo sed / No, no tienes sed*. Hay que recordar que justo antes de ese diálogo John Black se ha acostado en su habitación juvenil, con su hermano muerto y ahora resucitado por virtud de Marte en la cama de al lado, y han apagado la luz. Se encuentra en un estado de felicidad incomparable, de regreso a edades cercanas a su adolescencia. Y entonces, porque el mal sea una necesidad, porque sea inevitable, surge espontáneamente en su cerebro la duda de si su hermano es en verdad su hermano o es un impostor disfrazado, un marciano, un extraterrestre cuyo objetivo es acabar con él. Y resulta ser el marciano que acaba con él. Pero, ¿era ese *marciano-que-acaba-con-él* un marciano que había usado bien sus armas y había sabido engañar y atacar en el instante apropiado o era ese *marciano-que-acaba-con-él* una criatura de la imaginación del capitán, que se había ido creando con cada uno de sus pensamientos en un planeta cuya peculiaridad consistía casualmente en que el pensamiento cobrara vida? O dicho de otra manera, ¿la criatura asesina era un producto de una naturaleza que se regía por leyes y designios irrefutables y ajenos al astronauta o era una criatura creada por un astronauta que en plena libertad de pensamiento elegía, de entre los millones de elecciones que puede hacer el que crea, la idea de concebir un monstruo; un monstruo que además sería un enemigo directo y que acabaría con él; es decir, que sería su monstruo?

El peor síntoma de los seres humanos era que un hombre por iniciativa propia, pudiendo crear ángeles, creara demonios.

En otra película, *Forbidden Planet*, los humanos llegan a una constelación con una estrella principal llamada Alter. En Alter 4, el cuarto planeta de la constelación, al que ellos se dirigen, una fuerza invisible y demoledora acaba con los seres inteligentes que lo pisan. Allí hay una ciudad de otra civilización que se automantiene, pero desierta. Y descubren al fin que la civilización que la ocupaba alcanzó tal poder mental que terminó también por crear sus propios monstruos: una fuerza invisible que arrasó entonces toda vida inteligente y que amenazaba con arrasar ahora a los astronautas. Los monstruos del ID, decían en la película: los monstruos del subconsciente. A la hora de crear, con un grado de inteligencia superior al de los humanos, esa civilización da en crear el mismo *marciano-que-acaba-con-John-Black*. Ahí pudiera haber una prueba de que no sería sólo el hombre el que creara monstruos. Tendríamos, pues, que pudiendo los seres inteligentes crear ángeles, crearían demonios; ése sería el peor síntoma no ya de los hombres, sino de los seres inteligentes.

Pero era lo mismo. Que fuera un síntoma sólo del hombre o, por extensión, de los seres inteligentes, era lo mismo.

En efecto en el cuento había sido: *Pero no tienes sed / Sí, sí, tengo sed / No, no tienes sed*. En la realidad del crucero por el Mediterráneo había sido: *¿Estás bien? / Bien, sí / Cualquiera lo diría (y las risas)*. La contundencia y el pánico hondo que producía la última frase del alienígena (No, no tienes sed) no era comparable en dureza a las risas de las mujeres, pero existía un paralelismo innegable en la táctica de los enemigos: primero interrogaban al humano acerca de algo que ellos ya sabían; forzaban al humano a mentir, en un caso por supervivencia, en el otro por convención social; y al cabo concluían haciéndole saber, unas con sus risas y otro con su

negativa, que ellos sabían que mentía. A partir de esa revelación se iba a desencadenar la tragedia.

Por eso John Black se dio la vuelta y se marchó de la sala de baile sin despedirse. Huyó, no podría decirse de mejor forma. Y en la desesperación de su huida, acolchada por el uniforme de astronauta en una atmósfera que no era la suya y en la que por tanto se desplazaba con torpeza y lentitud, había un ridículo clamoroso. Así como el enemigo, sabiéndose vencedor, preguntaba sólo por el placer de ver mentir al humano, también actuaba, sabiéndose vencedor, sólo por el placer de verle huir.

John Black no dejó de apremiarse hasta hallarse muy lejos de las dos mujeres. Y cuando volvió a salir al aire libre, en la planta de las piscinas, jadeó.

Me costó un buen rato despojarme del uniforme de astronauta porque cuanto mayor empeño ponía, mayor era mi sensación de estar flotando, de ir a perder pie y alejarme del barco por el aire. Aun habiéndolo logrado, notaba un peso indisoluble lastrando mi pensamiento, como si al moverme un John Black moribundo se arrastrara detrás de mí, quejumbroso, lastimado y llorón. Caminé decidido hacia el bar-mirador y entré. La luz era suave y se adivinaban bultos en mesas que se perdían en la penumbra. Pocos bultos. El camarero que me había atendido en mi visita anterior se encontraba debajo de un foco que iluminaba la barra y charlaba con otro cliente. En cuanto puse un pie en el bar miró en mi dirección y me sonrió. El cliente lo imitó. Me acerqué a ellos tenso, preparado para cualquier agresión alienígena. Esta vez, eso sí, mis fuerzas habían crecido; de haber habido lucha nadie habría salido bien parado.

—Veo que no se ha animado con ninguna actividad —observó el camarero—. El momento estrella de las actividades es después de la cena.

—He estado a punto de entrar en la sala de baile, pero no he caído en la trampa.

Rió con naturalidad. Aquella criatura ya sabía que yo no había caído en la trampa, alguien se lo había hecho saber; su sistema de comunicación era muy rápido.

—¿Ginebra en vaso ancho?

—Whisky, mejor.

Mientras lo servía, señaló al hombre con el que estaba hablando y comentó:

—Este caballero tampoco es partidario de las actividades en grupo.

El caballero llevaba el pelo engominado y vestía un traje de ochocientos pavos. Estaba delgado y era consciente de su atractivo. Sin embargo no había ostentación ni signos de imbecilidad; su sonrisa era dulce y afable. Lo estaba examinando cuando oí a mi espalda los lamentos de un John Black moribundo. Creía haberme deshecho de él, pero el astronauta había reptado por la cubierta y por las escaleras detrás de mí y me había alcanzado.

Me concentré de nuevo en el caballero. Era un primer espada, ahora lo veía con claridad. Eva y Silvia se habían comunicado con el camarero y le habían informado de que yo no había caído en su trampa. Entonces aquella inteligencia superior que creaba enemigos desde alguna gruta de las profundidades de la Tierra había creado al caballero engominado para hacerme caer en otra trampa. Era muy difícil escapar de ellos; había una conciencia colectiva que los mantenía a todos al corriente de los acontecimientos.

Aquél era un primer espada, un adversario de primer orden, porque en otras circunstancias y en primera instancia, lejos del barco, en tierra firme, yo quizá habría tenido la tentación de fiarme de él. Me senté con ellos; huir habría sido un error, podrían haberse abalanzado sobre mí. Aquellas criaturas tenían una debilidad: no atacaban hasta que el ser humano manifestaba de algún modo haberlas descubierto. Y todo ello a pesar de que supieran lo que pasaba por mi cabeza. Podían saber que yo estaba al tanto de su impostura, pero hasta que mi pensamiento se materializara en alguna expresión de temor o pronunciase una frase que probara que los había desenmascarado, ellos no se descubrirían realmente ante mí. Eso había sucedido con Eva y Silvia: al salir corriendo de la sala de baile, al materializar mi horror por el descubrimiento,

ellas tomaron su forma alienígena y transmitieron las imágenes por telepatía a todos los demás, a la comunidad. La comunidad me preparó a un ejemplar de su raza y lo sentó en la barra del bar-mirador, debajo del mismo foco que iluminaba al camarero; y la elección del ejemplar era acertada, una vez más hacían alarde de ese conocimiento profundo de mis convicciones íntimas. Un ejemplar hembra no habría tenido nada que hacer conmigo. Entre los hombres los hay todavía sin madurar; entre ellos se puede encontrar a alguno que aún crea en monstruos, como yo, y que del mundo se lleve sólo las joyas que no haya sabido rechazar, no las que ha querido. Pero además aquel hombre, con esa ventaja intrínseca, no era un subnormal. Y se sumaba a esas dos virtudes una tercera, vital: no llamaba la atención. La llamaba cuando uno se ponía a su lado.

Era un gran oponente.

—¿Así que tampoco le convencen los bailes?

—No —contestó, entre perezoso y risueño.

—¿Ha cenado?

—Tampoco.

No había cenado porque los alienígenas lo habían colocado allí después de que Eva y Silvia dieran la alarma en la sala de baile, y eso había sido después de cenar, hacía un rato.

—¿Tiene pareja? —le pregunté.

Volvió a sonreír. Su mohín sugería que decidía confiar en mí, por qué no:

—Trato de no tenerla.

—Si lo consigue, publíquelo. Se forrará. ¿Y lo trata desde hace mucho tiempo?

—Desde que subí al barco.

—Ah, está huyendo, entonces...

Se lo pensó:

—Sí, algo así, puedo reconocerlo. ¿Usted también huye?

—Desde que nací. Antes no sabía de lo que huía y ahora sí. Prefiero saberlo. Mejor saber de lo que se huye, por horroroso que sea. Usted también lo sabe, puede estar contento.

—¿Está casado? —me replicó.

—No.

—¿Lo ha estado?

Negué con la cabeza. Me devolvía cada pregunta, pero estaba a gusto conmigo. Yo no quería que me contara lo de su mujer.

—Mi matrimonio es una mierda —me dijo—. Mi trabajo es una mierda. Y me voy. Me quedo en Sicilia, no volveré.

—¿Por qué en Sicilia?

—Porque es el punto más alejado.

De su casa, supuse. Me preguntaba si aquellas criaturas creían haber tenido un pasado cuando lo contaban. Aquellas criaturas eran falsas y estaban vivas. Era una mala combinación, porque un ser vivo no puede saber que es mentira y pretender seguir estando vivo. O no debería pretenderlo.

El camarero se mantenía en las inmediaciones. El otro me estuvo largando lindezas y miserias de su mujer y de su trabajo. Ahora era él quien hablaba. Soltó lo suyo, hasta quedarse harto, y cuando terminó adoptó un aire risueño y se quedó a la expectativa.

—Terrible —le confesé.

—¿Lo entiende? ¿Entiende por qué Sicilia?

—Entiendo. Aunque Oceanía está más lejos, yo miraría a ver.

—¿Le parece gracioso?

—No se moleste, lo digo en serio. Si es cuestión de kilómetros, yo no me quedaría corto. Qué le cuesta estirar la huida, ya puestos, si eso le va a dar más tranquilidad.

Bebió de su vaso y pidió otra copa al camarero. Pedí otro whisky también. Aquella representación carnal sentada a la barra estaba sumida en un trance de separación de su mujer y no había fisura en su ejecución del papel. En cambio, en cuanto yo por palabra u obra le demostrase que no creía en la representación, ésta se acabaría. Según la teoría, aquel ser vivo falso desaparecería y habría aparecido la fisura, el auténtico marciano.

Parecía haber dado con la solución de mi problema, entonces, pero también había algo que me confundía, lo que no dejaba de ser un reparo a mi logro; y tenía su gravedad. Descubrir la fisura me habría debido proporcionar una satisfacción instantánea y no había sido así en la sala de baile. La causa estaba en aquel inconveniente, en aquella duda que revoloteaba delante de mis narices como un moscardón. ¿No me estaría dejando invadir por John Black en mayor grado del que sería deseable y en consecuencia mis pensamientos estaban siendo infectados por los suyos también más allá de lo que sería deseable? La alegoría de su expedición a Marte, siendo una imagen especular de mi expedición por este planeta, ¿llevaba implícito, en tanto que imagen especular, que la resolución de su problema debía ser la misma que la resolución del mío? Esto es: que él descubriera a los marcianos farsantes al dudar de su veracidad, ¿significaba que yo debería descubrirlos de la misma forma y con el mismo método? O por último: ¿era posible que mi visión infernal de la sala de baile hubiera sido en verdad una alucinación, surgida inconscientemente en mi cerebro al oír la pregunta clave *Adónde vas?*

La cosa volvía a complicarse. Había perdido la costumbre de enfrentarme a tantas dudas. Si algo me había dado el animal era la facultad de no dudar. Empezaba a sentirme como una víctima de un naufragio. Y espoleadas por el oleaje, perturbadoras, brotaron más dudas: si todo era ficción, ¿lo habían sido mis amigos, Münsen, Madom, los otros? ¿Habían sido marcianos caídos en la lucha, representando con fidelidad su papel hasta el final? ¿Iba a reencontrarme con Münsen? ¿La minuciosidad de la actuación marciana llegaba al punto de hacer hervir vinagre en una cafetera aunque yo no hubiera llegado todavía a la casa del alemán?

El caballero engominado no había vuelto a decir palabra y había dado buena cuenta de su bebida. Apuré la mía y pedimos otra vez.

—¿De qué huye usted? —me preguntó.

—Uf —cavilé—. De la gente mala, qué decirle... De los monstruos. ¿Ha leído *Frankenstein*?

—Sí.

—No joda.

—Se puede leer. *Drácula*, no se puede leer.

—Así es. Pues yo soy el monstruo de Frankenstein. Al final me cogerán, pero cada minuto lo empleo en huir de los verdaderos monstruos. Mi mayor desgracia es no poder correr. ¿Se da cuenta de la maldad de Mary Shelley al darle a una criatura que siempre tendrá que huir la maniobrabilidad de un trozo de madera? Esa criatura ha sido creada para sufrir siempre, desde que abre los ojos hasta que deja de existir. En el cine ha pasado lo mismo: sólo recibe hostias. Yo estoy en la misma situación: la naturaleza me ha creado para sufrir, y también me ha dotado de unas formas que como puede observar no facilitan la huida. No huyo lo suficientemente deprisa, por eso nunca dejaré de huir. Los monstruos me alcanzan.

Como si me hubiera oído, a mi espalda el moribundo John Black se retrepó por la barra y exhausto alcanzó a colgarse de mi hombro. Vi su mano allí posada y me la sacudí de encima. Luego coceé un poco hacia atrás para apartarlo de mí.

—Si usted es como Frankenstein, usted es un monstruo —dedujo el caballero.

—De los peores.

—Igual que los otros...

—Mi monstruosidad es natural. La de los otros no. Tiene que ver con las joyas, algún día puedo explicárselo.

Se echó a reír. El camarero vino a sonreír, lo había escuchado todo. Acudió para lo que pudiera hacer falta.

No estaba yendo bien.

—¿Ha leído *La tercera expedición*?

—Sí —escupió.

Clavé los ojos en él. La probabilidad de encontrar a un hombre en un bar que hubiera leído *Frankenstein* y *La tercera expedición* era nula. Esa imposibilidad fue la que me devolvió al estado de alerta, a la ansiedad que había sufrido en la sala de baile.

Me había descuidado, de ahí el puñetazo que acababa de encajar. El detalle de que mi contertulio asegurara haber leído también *La tercera expedición* era mucho más revelador de lo que parecía. Si era verdad que había leído el cuento, reforzaba la hipótesis de que aquel hombre había sido creado expresamente por aquella inteligencia marciana para que yo me lo encontrara. Si era mentira, era todavía peor: mentía para que yo supiera que lo hacía. Para obligarme a caer en la trampa de descubrir la farsa y ser destruido por los alienígenas de faz tendinosa.

No podía maniobrar. Ahondar en su lectura del cuento podía reportarme mayores disgustos. Mis escapatorias no estaban funcionando con un espécimen como él. Pero planteado el asunto con detenimiento el personaje temible no era el caballero engominado, sino el camarero, como el mayordomo de las novelas de misterio. El engominado era el actor principal y daba la cara; el camarero, sabiendo lo mismo que el otro, procuraba no entorpecer. Y no se podía desdeñar que había sido él quien había urdido el escenario en el que me presentarían a la criatura que me tendría que engañar. Aquel foco iluminándolos, aquella barra recortada por la luz, aquella sonrisa del camarero, aquella invitación a reunirme con ellos, con los enemigos... Y a fin de cuentas estaba allí, con ellos.

—¿Por qué me ha preguntado si lo había leído? —insistió.

Los dos enemigos me miraban, esperando mi respuesta, cada uno sonriendo a su manera. La sonrisa del camarero me produjo un escalofrío. Ahora en el guión venía lo de *Voy a beber un trago de agua / Pero no tienes sed / Sí, sí, tengo sed / No, no tienes sed*. Después de eso se desencadenaría la tragedia.

No me atreví. Era un mal día para mí. Andaba muy disperso, impresionado aún por el espectáculo que había presenciado o creído presenciar en la sala de baile.

—Le he preguntado si lo había leído porque me siento igual que el protagonista, atrapado en un espejismo. Tengo pocas opciones de salir de él pero saldré, la ficción no podrá conmigo.

El camarero desvió la mirada y se retiró. El otro desvió la suya hacia su vaso y la abandonó allí. No hubo réplica esta vez, como si hubieran captado al vuelo mis ganas de zanjar la conversación o me estuvieran dando por chiflado.

Pateé a John Black en el suelo antes de irme, me pillaba de camino.

Ya tirado en mi cama, desbordado por aquel festival nocturno de impresiones y sospechas espeluznantes, reflexioné acerca de la preponderancia que empezaba a adquirir en mi interior el expedicionario en detrimento del animal. El animal nunca habría huido. Se diría que la eliminación de Münsen a manos de ese animal había sido algo más que el final de un plan trazado. Que por debajo de mi conciencia, mientras actuaba entonces como ejecutor, en mi cerebro se hubiera ido dibujando otro paisaje.

El expedicionario, en boca del profesor Morbius

⁶

, no sería más que uno de los monstruos del ID, es decir, de mi subconsciente. Un ente del que yo no podría defenderme puesto que había sido creado por mí y en consecuencia estaba al corriente de todas mis intenciones, mis secretos y mis vulnerabilidades. Que se habría ido formando y robusteciendo minuto a minuto, cebado sin cesar por una energía que no se

detiene jamás, por ese subconsciente que no es otra cosa que una inteligencia que no maniobra, que no especula, que no está al servicio de su dueño. El monstruo no tiene por qué ser siempre una alimaña en guardia a punto de saltar sobre otro para matarlo; puede ser con toda lógica un parásito que vive de su huésped, con paciencia y la tendencia biológica de irlo depauperando.

Más relajado, reconocí que en mi interior habitaban dos criaturas capaces de hacer de mí lo que se les antojara, el animal y el expedicionario. La preocupación, o la inquietud, provenía de la ampliación de mi perspectiva. Cuando uno es poseído por un solo monstruo, y pongamos en primer lugar al animal en términos cronológicos, es indoloro compartir con él cada célula y cada sensación; a decir verdad ese fenómeno me dotaba de mayor fuerza y mayor convicción para no dudar de mi misión de exterminio de la raza humana. Sin embargo reparar en que además de él, en mis adentros tomaba protagonismo otra clase de monstruo bien diferenciado en su forma de proceder, me obligaba a compartir también con la nueva criatura mis células, sensaciones y deseos.

Muchas criaturas con las que compartir. A menos que la causa fuera que me faltase hábito de manejarme con ambos, a menos que todavía no me hubiese adaptado a esa convivencia nueva a tres bandas y fuese sólo cuestión de tiempo, tenía un problema.

Ser animal era mucho más fácil, sí. Su método era directo. Su misión era apagar interruptores hasta que no quedara ninguno. Apagar todas las luces. Que no quedara ningún hombre vivo. Ésa era la solución total. Era una misión de acción, física. La del astronauta era una misión de prospección, mental.

Ser animal era mucho más fácil, dónde iba a parar. Cuando uno está perdido en el mundo y no lo comprende, mejor moverse, empezar a sacudir, repartir a diestro y siniestro; mejor eso que mantenerse quieto y arriesgarse a recibir algún guantazo.

Mediaba un sueño de dos horas entre mi preocupación por las ilusiones y el momento presente y aún estaba tirado sobre mi cama. Mis formas animales, brutales y velludas se exhibían pletóricas en la soledad de mi lecho. De reajo, atisbando por el área periférica de mi vista el color pardo de mi cuerpo, viajaba a través de la puerta de cristal que daba al balcón. Surcaba la noche sobrevolando un mar compacto como un puño y de dimensiones desorbitadas, que me acogía, me aislaba y me abrazaba. En aquel vientre de madre no existía el pensamiento; sí existían en cambio las evocaciones, las imágenes bellísimas de todos mis amigos muertos, la perfección plástica del rompecabezas que componían sus cadáveres. En mi memoria, como en una marmita de bruja, bullían rostros, voces y lugares que no se resignaban a ser olvidados.

Caminé hasta aquella puerta sin notar el suelo a mis pies, la abrí y me dejé acariciar por el aire con olor a mar. Millones de hebras de plata flotaban sobre el agua en la línea que iba de mis ojos a la luna. Salí al balcón, apoyé mis manos en la barandilla y recité con calma los nombres de todos mis amigos, salmodiándolos, ofrendándolos uno a uno a aquella carne líquida de dios. Aquél era su destino, seguro, porque era el mío. Nadie que contemplara aquel mar y tuviera alma podría sustraerse a él.

Yo estaba sentado en el fondo de aquel mar, sobre el lodo, hablando con un mero de treinta kilos y mirando hacia arriba la panza imponente del barco al pasar. El mero abría y cerraba la boca. Le pregunté:

—¿Tú sabes dónde están las profundidades de la Tierra?

El pez, boqueando como si articulara, me dijo:

—Ah, pero ¿no son éstas?

[4](#)

Discovery, Electric Light Orchestra.

[5](#)

La tercera expedición. Crónicas Marcianas, Ray Bradbury.

[6](#)

Personaje de *Forbidden Planet*.

Salí de mi habitación a eso de las nueve de la mañana. En medio del pasillo, a un par de metros a mi derecha, había un hombre quieto y sonriente. Me miraba descaradamente a los ojos como si me hubiera estado esperando. Su belleza era excepcional; su cabello caía largo, rubio y rizado hasta sus hombros; sus ojos eran grandes y azules y su sonrisa se destacaba, luminosa e invencible, del resto de su cuerpo. Tendría diez o quince años menos que yo.

Le sostuve la mirada hasta que la situación empezó a hacerse incómoda y entonces le sonreí también; era la forma de conectar con él. En respuesta se adelantó, me tendió la mano y se presentó:

–Silver Surfer.

–Nada menos –se la estreché, encantado.

–Veo que me conoce.

–Bueno, el que yo conozco tiene la piel plateada y atraviesa el espacio montado en una tabla de surf también plateada, no sé si estamos hablando del mismo tipo.

Entornó un poco los párpados y estiró más los labios. Luego asintió. Me reconocía que así era, que estábamos hablando de la misma criatura. No sabía si reír o llorar. Reír, porque no era posible que los alienígenas pretendieran hacerme caer en otra trampa enviándome a una caricatura o a un desquiciado; o llorar, porque me lo creía; en efecto creía que aquel ser era Silver Surfer. Él me invitaba a hacerlo y yo estaba padeciendo la época más influenciada de mi existencia. Yo había sido y era la excelencia de la cadena de la vida: el animal. Y mi juicio sin embargo, sobre el que ya podía enumerar unas cuantas reservas, zozobraba.

–¿Su nombre? –inquirió el superhéroe.

–Viggo.

No dijo nada. Me puse a su lado, en pose confidencial, y le sondeé en voz baja:

–¿Alguna misión o algo?

–Algo. Voy de incógnito.

–Conmigo no le ha ido muy bien.

–Le he revelado mi identidad porque puedo confiar en usted.

–¿Por qué?

–Por la energía cósmica. Su energía es la mía, estoy dentro de usted.

Miré al frente, como él, haciéndome cargo de la situación.

–¿En serio está dentro de mí?

–En el mismo centro.

–¿Ve a alguien más por ahí?

–No tenemos mucho tiempo –cabeceó señalando la puerta entreabierta del camarote que estaba junto al mío–. Mi hermano va a salir y cuando lo haga no podremos hablar. No se preocupe, tendremos más ocasiones. Lo importante es que no contradiga a mi hermano.

–Silver Surfer no tiene hermanos.

–Ya, pero puedo transformar la materia. Fecundé un óvulo de su madre y después me convertí en el óvulo fecundado. Me gestó ella, por eso Iván cree que soy su hermano.

–¿Y hace mucho de eso?

–Treinta y nueve años.

–Siempre de incógnito...

–No, mi identidad la conocen unos cuantos, seres reales e irreales. Usted, mi hermano, los Cuatro Fantásticos

8

, Thor

9

...

–Dígame sólo los reales.

–Los Cuatro Fantásticos, Thor...

–Los irreales.

–Usted, mi hermano, un policía, un médico de un centro de desintoxicación, gente de la que me puedo fiar. Gente en cuyo interior estoy yo.

–¿Por qué se mantiene de incógnito durante treinta y nueve años?

–Atienda. Mi hermano le va a contar que consumo psilocibina. Le va a contar que se hizo cargo de mi tutela hace ocho años, cuando murió mi madre y yo dispendiaba su fortuna con mis vicios; por cierto que se hizo cargo también de la fortuna y la administra a su antojo. Para él soy un caso perdido pero todo va bien. Cree que cuida de mí. La cosa funciona, sígale la corriente. Lo conozco aunque no sea real.

–¿Consume usted psilocibina?

–No. Un amigo mío se hace pasar por químico y le vende cápsulas de placebo a mi hermano como si se tratara de psilocibina. Él cree que la consumo y eso me da unas horas de libertad. Entro en contacto con el cosmos, me hago plateado y lo atravieso sobre mi tabla. Necesito hacerlo. Él está convencido de que alucino y no me interrumpe; a cambio yo tampoco le molesto con la fortuna. Antes sí la derrochaba, antes de que él tomara mi tutela.

–Su hermano actúa por propio interés, claramente.

–No más que cualquier otro.

Como si le hubiera dado el pie, el hermano de Silver Surfer salió de detrás de aquella puerta entreabierta, irrumpió en el pasillo y la cerró. Nos echó una ojeada y se dirigió hacia mí con ímpetu. Me lanzó su mano mientras exclamaba su nombre. La apreté y le dije el mío. Tenía la misma cara que Stalin en una foto en blanco y negro y de perfil que recordaba de algún libro de texto. Una mata de pelo leonina, un bigote de dos dedos de grosor y unos ojos penetrantes. Orondo, recio como una mula. Más bajo que nosotros dos. Físicamente era el polo opuesto a su hermano. Su pelo era negro y sus ojos oscuros.

–Ha conocido a mi hermano... –se temió.

–Así es.

–Lo siento, le habrá contado que es Estela Plateada.

–Silver Surfer.

–Le pega a las pastillas.

–Cápsulas.

Se apartó y me examinó. Sonrió por primera vez.

–No parece que esté usted escandalizado –me agradeció.

–Yo también le pego a las pastillas.

–Vaya. ¿Y queda en trance, en línea con el universo y del todo inútil para el mundo?

–Nunca he sido útil para el mundo, en ningún estado físico o mental.

Se apartó otra vez para examinarme. Caviló.

–¿Le parece bien lo que hace mi hermano, drogarse y arruinar su vida?

–¿Puede hacer otra cosa? –cruzó las manos a su espalda y rió; me estudiaba sin disimulo–
¿Usted no se droga?

–Con cápsulas de papel. Schopenhauer.

–Debe de pasarlo mal.

–Cuando se entienden las cosas no se pasa mal, se asume. Cuando no se entienden, como le ocurre a mi hermano, se sufre. Cuanto más se sufre menos se entiende.

–Usted lo entiende, entonces, entiendo.

–Lo que necesito.

–¿Me puede explicar lo que entiende?

–Cada uno necesita saber cosas distintas y debe entenderlas por sí mismo.

Silver Surfer no había dejado de sonreír desde que estábamos juntos. Ahora se distraía posando los ojos en las paredes, el techo, la ventana que ambos tenían a la espalda y yo tenía de cara. Él estaba acostumbrado a oír a Iván y conocía el discurso. La belleza de aquel hombre, flamante, ígnea, nos envolvía a los tres, nos cubría de energía estelar.

—¿Cómo puedo saber lo que busco? —me interesé.

—Esa pregunta es la mejor prueba de que ya lo está buscando, no puede hacer más. Saberlo no le va a ayudar a buscarlo mejor. Sólo se necesita saberlo cuando se encuentra, pero eso no es problema, porque cuando se encuentra, se sabe. Es la misma cosa.

—Por eso le decía. Su hermano está buscando y su camino es otro, no puede reprocharle que no haya encontrado lo que busca.

Salir en defensa del rubio originó de pronto un microclima de malestar. Los dos dejaron de sonreír. Iván, manifiestamente molesto, echó a andar por el pasillo. Yo me puse a su altura y su hermano nos siguió rezagado.

—Hace mucho que cuido de él —adujo—, no es fácil, lo he recogido de unos cuantos sitios más tirado que un trapo. Nunca me ha importado hacerlo porque aunque suene idiota es sangre de mi sangre, pero me avergüenza que lo hayan visto así como me avergonzaría que me hubieran visto a mí. Confío en que pueda entenderlo sin hacer preguntas. Por suerte gozamos de una situación económica desahogada y gracias a eso he podido encargarme de él. Me duele que dilapide su salud. Esa forma de buscar que tiene, por llamarla de alguna manera, no lleva a ningún sitio. Él huye, no busca.

—Es lo mismo, Iván, y no se moleste.

Tampoco se tomó a bien aquel comentario e imprimió más brío a sus zancadas. Dejé que el otro me alcanzara. Me sonrió, recordándome que ya me había advertido de que no contrariara a su hermano, y siguió sonriendo con aquellos labios femeninos, dulces, rosados y húmedos. Pasé a tutearlo.

—¿Puedo preguntarte por qué elegiste a su madre para que te gestara en vez de a otra mujer? Él es mayor que tú, ya existía cuando hiciste la elección. Quiero decir, podrías haber elegido cualquier otra familia.

—Él era un niño todavía... Es cierto que ya leía a Schopenhauer. Un niño que lee a Schopenhauer matará a alguien en el futuro y su humor no puede ser otro. El caso es que aquel día yo regresaba de uno de mis viajes por las estrellas y fijé un punto de retorno al azar. Aterricé en el prado de una mansión campestre. Había áreas con ganado y gente charlando entre la hierba. El joven Iván iba caminando por un paseo con un libro abierto entre las manos, sin bigote. Pensé que era un buen lugar, pastoral y benigno.

—Esa mansión no era española...

—Peruana.

—No tenéis acento.

—Sólo nos relacionábamos con españoles.

—Tu hermano te envidia.

No hizo comentarios. Se asomó a una ventana para inspeccionar el cielo. El otro trotaba y nos sacaba ya ocho o nueve metros.

—Oye, y ¿cómo fecundaste el óvulo?

—Usando la energía cósmica.

—Por lo que veo la energía cósmica es algo así como Dios, ¿no?

—No, no hay Dios.

—Como semen universal, entonces, como células madre universales.

—Es un lugar en el que todo sucede. Es el espacio.

—¿Podrías llevarme un día contigo en la tabla?

—Silver Surfer no necesita respirar, tú sí.

–Tengo un traje espacial.

–De poco serviría tu traje en el sol.

–¿Has estado en Urano? ¿Has visto allí a alguno de tus seres queridos?

–¿Por qué allí?

–Un palpito.

–No he vuelto a ver a ninguno de mis seres queridos en ningún sitio. Galactus iba a devorar mi planeta y me ofrecí a él a cambio de que no lo hiciera. Me dio parte de su poder cósmico y me nombró su heraldo; debía encontrar planetas vivos para él que saciaran su hambre. Mi piel es indestructible, puedo reconstruirme aunque me despedacen. Al principio fui un esclavo ciego de mi señor, pero al cabo de un tiempo recuperé mi conciencia. Mis poderes no eran nada lejos de Shalla Bal, la hembra a quien había dejado en mi planeta y no podía olvidar. Me rebelé, me enfrenté con Galactus, salvé vuestro planeta de él. Y sigo sin saber si ha respetado su palabra de no devorar mi planeta o ha cambiado de parecer y Shalla Bal ya no existe. Estoy de incógnito porque busco el momento en que Galactus esté lejos de aquí para marcharme. Le gusta el Sistema Solar.

–Como tardes mucho más, Shalla Bal morirá de vieja.

–Estos años no son nada para nosotros.

Silver Surfer era un pedazo de Galactus, una forma pura de la galaxia, no era raro que su hermano le envidiase. Éste iba a la cabeza, entrando ya en la única de las tres salas que servían desayuno y que permanecía abierta. Había mesas vacías. Ocupamos una que no quedaba cerca de nadie. Iván se surtió de tal cantidad de viandas que apenas bastó una mesa para depositar su cargamento. Surfer y yo nos agenciamos varios cafés.

El doble de Stalin sobrellevaba bien el hecho de que le observasen; sus movimientos eran sacudidas; al final de cada gesto su rostro siempre quedaba tenso; fruncía el ceño; era rudo, esperpéntico, peleón. El bigote saltaba y se agitaba continuamente, acompañando la masticación o coronando algún ademán.

Ya había deglutido la mitad de lo que había recolectado cuando apoyó las dos manos en el borde de la mesa y estiró los brazos echando la espalda hacia atrás. Desde aquella distancia escrutó a su hermano y dijo:

–Micha, este hombre cree que me equivoco contigo.

Surfer puso cara de que le daba un poco igual, pero dejó de sonreír. Yo jamás perdonaría al cerdo de Iván aquella vileza. Borrar la sonrisa de la cara de Surfer era invocar a la oscuridad, la irrupción de las tinieblas.

El bigote volvía a saltar como una tarántula inquieta. No podía dejar de pensar que aquel enano hijo de puta había provocado que Surfer dejara de sonreír. Dramático, porque la sonrisa del rubio era de las pocas cosas que me estaban aliviando de un viaje proceloso, plagado de amenazas de los alienígenas, plagado de alienígenas; de un viaje tenebroso por los entresijos de aquel barco que no era sino una versión reducida del infierno. Ahí había aparecido la sonrisa de Surfer, cálida, estilizada, cautivadora, para proporcionarme un gran placer y rescatarme del abismo. Era un enviado de las estrellas. Mi alma de astronauta sabía lo que significaba eso. Era una criatura bendita. Un alienígena de Zenn-la, no lo olvidemos, pero un alienígena redentor.

Aunque la grandeza de Silver Surfer no venía dada por su belleza inmaculada ni por su compromiso mesiánico de proteger la Tierra. Su grandeza, universal, venía dada por su tragedia, igualmente universal, y por su soledad. Surfer era el ser que estaba más solo del universo; había pactado con Galactus ser su siervo a cambio de que el ente cósmico no devorase su planeta, pero ese pacto le obligaría en adelante a buscar más planetas con vida para Galactus y a ofrecérselos, por la eternidad, sabedor de que allá donde fuera Surfer, el rastreador, llegaría después Galactus, el cazador. En el remoto caso de que consiguiera salir de la Tierra, estaba condenado a no poder volver a Zenn-La, puesto que si lo hacía en condición de heraldo de

Galactus éste podía interpretar que su siervo le ofrecía el planeta para devorarlo, y si bien una vez, al pactar antes con él, lo respetó, no tenía por qué volver a hacerlo.

Su tragedia no acababa en su soledad. Al igual que yo, Silver Surfer estaba atrapado en un planeta cuyos habitantes eran incomprensibles para él. Ése era el corazón de la auténtica tragedia. La suya y la mía eran la misma, pero nuestra reacción contra ella era contraria. El animal que subyacía en mí compensaba su incomprensión de los hombres destruyéndolos. Surfer, en cambio, lo hacía protegiéndolos. Sin comprenderlos, se había rebelado contra su señor y continuaba enfrentado a él por ellos. Y sin comprenderlos, como yo, estaba encerrado con ellos, soportándolos, como yo, detestándolos, como yo, y rogando al cielo con postración que los hiciera picadillo. Pero los defendía. Del mismo modo que defendió ya a sus congéneres cuando pactó con Galactus para librarlos de su amenaza.

Su afán protector se extendía incluso más allá en el tiempo. Cuando en el futuro consiguiera con la ayuda de los Cuatro Fantásticos escapar de la Tierra, Surfer regresaría a Zenn-la porque necesitaría saber si Galactus había pulverizado su planeta como venganza por su traición. Y cuando comprobara que así había sido, que ni Zenn-la ni su amada Shalla Bal existían ya, en lugar de plantearse barrer todos los planetas de la galaxia con su poder, se plantearía otra vez protegerlos; desde entonces Silver Surfer se investiría con el peliagudo título de defensor del universo. Eso decía la historia oficial. Cuanto mayor fuera la adversidad, mayor sería la entrega y el sacrificio.

Pensé que en el fondo el humanoide plateado no era bueno ni malo; su destino era proteger y habría protegido igual a los seres humanos que a un rebaño de cabras: su naturaleza le conminaba a ello. En consecuencia y por simple regla de tres, mi naturaleza me conminaba a mí a destruir, e igual habría destruido a los hombres por no comprenderlos que a los ángeles por tener alas.

Pero no, ahí diferíamos. Mi naturaleza no era destruir. Mi furia asesina era un licor que sólo se destilaba en los alambiques humanos. Sólo el hombre podía provocarme aquellas náuseas. Sólo el hombre podía sacar provecho de la soledad extrema de un superhéroe como el que tenía a mi lado. En la última página de un episodio de Silver Surfer llamado *Parábola*, un heraldo desesperanzado contempla la Tierra desde el espacio; permanece inmóvil sobre su tabla, erguido, cabizbajo y sideralmente triste; en su pensamiento se leen las siguientes frases: "Vuelo en mi tabla. No importa cuán lejos, no importa cuán rápido. No tengo destino. Iré allá donde los vientos del azar me lleven. He conocido la embriagadora exaltación de la victoria. He conocido el corrosivo dolor de la derrota. Pero nunca dejaré de buscar un oasis de cordura en este desierto de demencia que los hombres llaman Tierra. Porque el peor destino, entre los incontables mundos de las infinitas estrellas... es el de estar siempre solo."

[10](#)

Ahora la tragedia metafísica del rubio se abatía sobre nosotros tres como una bruma densa y azul, muda como el espacio. El cerdo cabrón de Iván había abierto aquel agujero sospechoso que tenía debajo del bigote y había expelido un sortilegio para inmovilizar a su hermano. Surfer se había quedado sin fuerzas. Tal vez en sus profundidades estuviese atareado sofocando ese primer impulso de maldecir a los hombres, aunque diera igual porque al cabo no haría otra cosa que protegerlos, tal vez se estaba consumiendo en un esfuerzo sin parangón por mantener la serenidad y seguir perdonando, o tal vez en otro orden de cosas tan sólo se estaba ahogando en las aguas de aquella soledad infinita a la que estaba predestinado. Yo no podía obviar el hecho de que a aquellas alturas, a pesar de que él aún no supiera que Zenn-La había sido devorado por Galactus, Surfer era el único alienígena vivo de su especie. Y por tanto no podía obviar el hecho de que todo lo que le quedaba en el universo a aquella figura plateada y perfecta eran los hombres.

Cuando me transformaba en un animal no había dudas ni confusión: mi misión era empezar a matar y no parar de hacerlo. Limpio. Resolutivo. Infalible. Sin embargo cuando se apoderaba de mí John Black, la más reciente e incierta de mis identidades, las líneas no estaban tan claras, brotaban las dudas y, muy en especial, me angustiaba esa acérrima obsesión que se apoderaba de mí por desenmascarar a los hombres; no creyéndomelos ni creyéndoles, algún rincón insensato de mi ser me invitaba a buscarles explicación. Ver la masa alienígena que se escondía debajo de su piel era sólo una de las explicaciones; no ver alienígenas, sino material hecho de sueños, familiares, amigos, amantes, fallecidos y no fallecidos, era otra de las explicaciones.

Pero para Surfer, desangelado y desvaído en aquella mesa, yo intuía que no había explicaciones posibles. Él creía directamente en el hombre, por lo que no buscaba explicaciones más allá de ellos. Cuando en *Parábola* va a enfrentarse a Galactus en un combate en extremo desigual, defiende: “Si rehuimos la batalla porque la esperanza de victoria es escasa, ¿dónde está entonces el valor? Siempre será el ideal el que nos mueva, no las posibilidades.” Tal declaración de principios la aplicaba también a esa voluntad infructuosa de comprender a los hombres.

Estábamos llegando a Mónaco. Se apreciaba una línea de tierra por la ventana y el revuelo a mi espalda de los pasajeros que se precipitaban a abandonar el comedor. Me dirigí a Iván:

—¿Van ustedes a bajar?

—Ésa era la idea —consultó con la mirada a su hermano; éste ni decía ni desdecía, continuaba postrado al abrigo de la niebla—. ¿Usted se queda aquí?

—Tengo que hacerlo. ¿Quién me asegura que quienes gobiernan este buque no van a aprovechar la ocasión de que yo esté en tierra para zarpar sin mí?

—¿Cómo? —Iván se echó a reír; incrédulo y sonriente, me preguntó—: ¿Cree que son ésas sus intenciones?

—Entre otras muchas hipótesis aterradoras.

—Yo también me quedo en el barco —sentenció el rubio.

Iván protestó:

—A qué viene eso ahora —hizo una pausa; primero cubrió su cara de severidad; después la relajó y con fingida templanza volvió a interpelar a su hermano—: ¿Es que no te encuentras bien? ¿Necesitas algo, quizá?

Surfer sonrió; primero con algo de amargura; después su sonrisa empezó a parecerse a aquella que a mí me había hecho feliz. En poco tiempo recuperó la luz. Renacido, esplendoroso de nuevo, repitió a Iván que no bajaría con él a tierra.

—Está bien —se contuvo éste—, si no quieres bajar no voy a obligarte. Sólo dime por qué no quieres bajar.

—Me quedo con este señor a defender el fuerte.

El otro mugió aunque no insistió. Terminó de comer, se enderezó y nos miró a los dos con lástima. Bebía agua. A través del vaso su bigote se multiplicaba y avanzaba hacia nosotros con cada trago, grande, ampuloso, tentacular. Las cerdas de aquel mostacho estaban dotadas de sistema nervioso, de red sanguínea y de aparato digestivo. Era un bigote muscularmente tonificado. Tenerlo unido a la piel debía de ser equivalente a tener un hermano siamés.

Cuando Iván se cansó de perdonarnos la vida se puso en pie, cerró la conversación con un lacónico “Bien” y salió de la sala. Surfer me indicó con la cabeza que le siguiera y fuimos tras él. Todas las mujeres con las que nos cruzamos se follaron a mi compañero con los ojos. Él no se daba cuenta de nada; caminaba o volaba en línea recta y era ajeno a cuanto acontecía a su alrededor. Era un trozo de cosmos, seguro, y fluía por el espacio como un gas.

Por los pasillos circulaba un montón de gente, todos en sentido contrario al nuestro. Había una excursión programada a Montecarlo y no querían perdérsela. Yo iba a una excursión no programada con un viajero del espacio a cuyo lado tal vez pudiera acariciar el infinito. Siempre me he prohibido despreciar a los demás por su falta de ambición o de coraje; entre otras cosas

porque muchos de ellos ni siquiera saben que la vida es una cuestión de coraje y de miedo. A alguien que no nada porque no sabe que se está ahogando, no puedo culparlo. Ni puedo culpar a alguien que se deja morir. Lo que puedo hacer por él es acelerar el proceso y quitarlo yo de en medio, y estoy en ello, no desatiendo mis deberes, pero esa misión es lenta y extenuante, y ahora lo que necesitaba era lo que tenía delante: aquel cuerpo de melena rubia que recorría los pasillos sin tocar el suelo, un viaje a lo desconocido, un soplo de aire fresco subido a una tabla de surf.

Llegamos a su habitación y entramos detrás de Iván. El mostachudo estaba mosqueado con nosotros y nos eludía. Surfer y yo nos sentamos en la cama y lo observamos. Fue hasta el escritorio, cogió una cartera, comprobó que en ella estaba todo lo que buscaba, se la metió en el bolsillo trasero del pantalón y cruzó la habitación hacia el armario. Sacó de él una chaqueta, la dobló sobre su brazo y se quedó pensativo. Después echó a andar con paso resuelto y se fue del camarote.

El portazo fue como un estallido que nos despidiera fuera de la atmósfera. De pronto me vi flotando en el vacío; el rubio flotaba junto a mí con los brazos y las piernas abiertos. Luego bajamos otra vez al camarote. Se levantó, cogió un reproductor de música USB y lo conectó a unos altavoces cojonudos que ya tenía desplegados y encendidos en el escritorio.

—¿Te pongo una canción?

—Eso suena muy romántico.

—A ver... —accionó el reproductor.

Me puso una canción de un grupo llamado Silversurfer, *Hart nach vorn*. Bien. En correspondencia, saqué mi reproductor del bolsillo, desconecté el suyo, conecté el mío y le puse *Toxicity*, de System Of A Down. Bien. La cosa iba tomando color. Habíamos intercambiado ya unas cuantas canciones más cuando el héroe dio media vuelta y caminó hacia el fondo de la habitación. Hurgó en una bolsa de viaje, cogió algo y regresó. Había gente singular como él que estaba indultada de realidad. Envidiaba mezquinamente, tal vez con la misma ruindad que su hermano, a aquella figura cuyos únicos ejercicios de equilibrio se ejecutaban en una realidad que tan sólo conocía él. En mi realidad, la de los hombres, él no hacía ejercicios y graciosamente caía o levitaba.

—Perdona, ¿bebes algo? —reparó.

—Un número variable de ginebras, puedes empezar poniéndome una.

En el escritorio, debajo de los altavoces, había algunas hojas impresas. En la que quedaba a la vista podía leerse:

SILVER SURFER (O.S.)

[11](#)

What of this planet, Master?

GALACTUS (O.S.)

I gave a promise once, to an
honorable man. That planet is not
for such as we.

—Ahí me acabo de convertir en Silver Surfer —me informó el rubio por encima de mi hombro, en alusión al papel que estaba leyendo—. Ahí es cuando nazco como siervo de Galactus y, en mi inconsciencia, mi primer acto de servidumbre es ofrecerle a mi amo mi propio planeta, Zenn-la. Pero él ha hecho un pacto de no agresión con Norrin Radd, que era yo antes de ser Silver Surfer, de respetar ese planeta, con lo que no sucede nada. Galactus respeta su palabra. En el fondo Galactus no me ha traicionado nunca. Soy yo, quien le ha traicionado a él. Y más de una vez. Habiendo incumplido yo mi parte del trato es bochornoso para mí, por no decir denigrante, blandir contra él esa exigencia ética de que haya dejado mi planeta intacto.

—Para que fuera bochornoso deberíamos estar seguros de que Galactus tiene capacidad y deseo de traicionar, ¿no te parece?

—¿Uhn?

—Que sólo sería bochornoso si te comparases con alguien que siendo víctima como tú de una necesidad o un deseo de traición, lo supera en aras de un compromiso contraído. Es decir, que para que la comparación sea bochornosa tú tienes que haber sucumbido a tus flaquezas y el otro tiene que haber superado las tuyas, pero tenemos que cerciorarnos de que el otro tiene flaquezas, ¿no? Porque si no las tiene, que no lo creo porque es un ente cósmico más allá del bien y del mal, no ha hecho ningún esfuerzo por vencerlas y de esa manera la comparación nos lleva a poner juntas a dos criaturas de distinta naturaleza. No habría bochorno en ese caso. Podrías seguir exigiéndole que Zenn-la continúe intacto aun habiéndole traicionado.

—No creo que él lo entienda así.

—No debes preocuparte por lo que entienda una criatura cuyo cerebro funciona de otro modo.

—Sí mientras sus reacciones puedan perjudicarme.

—Tampoco puedes prever ninguna reacción de él, no sabes cómo funciona.

—El pacto supo hacerlo. Hay que suponer que conoce las consecuencias de romperlo.

—Puede ser.

—Por tanto no puedo exigirle nada. Tengo que confiar en que sea por milagro, piedad o descuido, que no por mérito mío, Zenn-la todavía exista.

Había nostalgia en su semblante, rescoldos debajo de la piel. Le apunté:

—A los que no somos superhéroes eso es lo que nos pasa cada mañana al abrir los ojos, ni más ni menos. Confiamos en que la realidad no sea mucho peor que la que conocimos al cerrarlos, no se puede esperar mucho más puesto que la realidad es inimaginable para nosotros. Figúrate que cada vez que cerrara los ojos tuviera que enfrentarme al horror de saber que al día siguiente pudiera despertar, por ejemplo, rodeado de demonios. ¿A quién podría acusar de haberme engañado?

Apuré la ginebra que me había puesto el expedicionario interestelar. Le veía vacilar, disolverse en el sentimiento de culpa por su traición y sus consecuencias.

—En un episodio de Tom y Jerry —le conté—, el ratón consigue clonar al gato. Le hace aparecer cada vez que quiere al principio de una cinta transportadora. Esa cinta se mueve siempre en un solo sentido, hacia el mismo punto, y en ese punto, cada vez, un hachazo parte en dos al gato. Lo que hace el ratón es crear repetidamente al gato y colocarlo al principio de esa cinta; y cada vez que el ratón quiere, cada vez que el gato nace, es llevado entre alaridos hacia el hacha y es descuartizado. La acción se repite sin cesar.

—¿Eso pasa en un episodio de Tom y Jerry?

—Cuando pienso en lo aterradora que es la historia, me pregunto qué pensará el público al que van dirigidos esos dibujos animados. Igual para ellos es tan natural como que el gato y el ratón de repente se hicieran amigos. La atrocidad que supone la vida es tan natural como cualquier nimiedad, que caiga una hoja, que me pongas otra ginebra. Por favor.

Me escuchaba. Se acababa de liar un porro y se disponía a encenderlo, pero me escuchaba con atención. El fragor de pasajeros que bajaban a tierra había desaparecido de los pasillos. Debían de estar ya todos pisando suelo lejos, benevolentes. Podía haber ocurrido lo que en el episodio del ratón y el gato: que esos viajeros en lugar de alejarse de mí, decidieran que lo mejor era arrojar a mi cuello para hacerme morir de pánico, y que eso se repitiera cada vez que al rubio o a Galactus les diera por crearme y ponerme en una cinta transportadora. ¿A quién podría acusar de haberme engañado?

No tenía derecho a protestar. El humo del canuto se esponjaba entre los dos. Proseguí.

—Los niños sólo se ríen de la putada que le está haciendo el ratón al gato, que por cierto sería asunto de otra discusión, porque la putada no es baladí. Hemos de creer que no piensan más

allá y por consiguiente no contemplan aquella barbaridad de nacer sólo para ser destruido a continuación, eternamente. Digamos que eso es lo que no contemplan, la eternidad. La eternidad o en general el tiempo es lo que confiere ese carácter atroz a lo natural. Los niños ven la realidad tal y como es: plana; los adultos vemos una perspectiva. Si le quitas perspectiva a tu tragedia verás como todo se reduce a ser un siervo privilegiado de un ente cósmico. Precioso. Otros lo tenemos peor.

–Shalla Bal forma parte de esa perspectiva que tendría que eliminar.

–También yo tengo a un animal y a John Black pendientes de mí. También tengo prejuicios.

–¿Quiénes son?

–Criaturas incuestionables, como Silver Surfer. Formas de navegar. Uno con traje y el otro desnudo.

–¿Ése era el traje espacial que tenías?

–Ése.

–¿Adónde has ido con él?

–Bueno, he llegado hasta aquí, no sé si te parece poco.

–Una hazaña. Estás hablando con alguien capaz de superar la velocidad de la luz, y habida cuenta de la distancia recorrida he de reconocer que sigue siendo una carambola haber dado con este planeta. La probabilidad de que este planeta exista en el universo es tan baja que a efectos matemáticos prácticos se podría decir que no existe. Llegar aquí es una medalla en el historial de tu traje.

Me adelanté en el asiento y me atreví:

–Quiero hacerte dos preguntas. De viajero intrépido a viajero intrépido.

–Hazlas.

–¿Qué opinas de los alienígenas?

–Alienígenas somos todos. ¿A qué alienígenas te refieres?

–A los habitantes de este planeta.

–Te podría decir que si ya es difícil que exista el planeta en el universo, más difícil es que existan sus habitantes, pero sería un error porque el planeta es todo lo que contiene y también es sus transformaciones, de forma que los habitantes son igual de improbables que el planeta. Son parte de él.

–¿Son una amenaza para ti?

–No, para el universo. Improbables, te repito. Azarosos. Imprevisibles.

–No los comprendes...

–No.

–Y eso te afecta...

–Sí, no te puedo dar una razón. No me identifico tanto con ellos como para que me afecte ni me merecen tanta lástima.

–Por qué los defendiste de Galactus, entonces.

–Coincidió con una recuperación brusca de mi conciencia. Yo atraje a Galactus hacia este planeta para que lo absorbiera, pero me tropecé con los Cuatro Fantásticos y me ayudaron a recuperar esa conciencia que había perdido. Era un siervo frío y vacío y ellos me rehabilitaron como ser libre. No defendí a estas criaturas de Galactus tanto por ellas como por el remordimiento que sufrí al recapacitar acerca de los planetas que ya había colaborado a destruir. Fue un acto reflejo.

–La Mujer Invisible

[12](#)

te cogió por banda y te lavó la cabeza.

–Me entendí mejor con ella que con los otros.

–Ésa era mi segunda pregunta. ¿Cómo puede ser que Silver Surfer, el superhéroe con mayor vocación de profundidad de Marvel, tome contacto con la Tierra a través del equipo de superhéroes más mentecatos de toda la mitología Marvel, es decir, los Cuatro Fantásticos?

–Planos, sólo, como la mirada de los niños.

–Míster Fantástico viene a ser un trasunto de Michael Landon, la Mujer Invisible es una estrecha, la Antorcha Humana es un chaval de instituto crecido y la Cosa es el payaso más lamentable de toda la factoría de superhéroes.

Se rió. Me tomé otra ginebra de pie frente al minibar mientras él se liaba el segundo porro. Hablar con aquel otro alienígena me tranquilizaba, le restaba mordacidad a la broma de que el hombre fuera la única criatura viva del cosmos. El porro me trajo a la mente el encuentro con Münsen. Fue bueno hasta para morir. Si él también había sido un alienígena enemigo o no, era algo que a aquellas alturas no iba a descubrir y tampoco era relevante.

Recién servida mi ginebra, me senté a su lado a esperar el momento en que sacara su tabla de surf y me invitara a viajar por las estrellas. En la habitación olía a loción de afeitarse.

–¿Quién es John Black? –me sorprendió.

–Aquello en lo que me he convertido. Un astronauta desdichado, desnortado, siempre alerta en la batalla contra los alienígenas. Que ya no se cree nada porque no hay nada sino ellos. John Black es el único que conoce la mentira.

–Algún día regresarás a tu planeta y olvidarás esto.

–No sé de cuál provengo. Siempre tengo la sensación de que he venido a caer aquí camino de algún otro sitio. Casual otra vez. El planeta casual, aquí todo sin excepción es casual.

Cuando acabó de fumar sacó una cápsula del bolsillo de la camisa, que era lo que había ido a buscar antes en la bolsa del fondo de la habitación, la abrió y repartió el contenido entre los dos casquillos. Se metió uno de ellos en la boca y me ofreció el otro. No pude comparar la cantidad que me había asignado a mí con la que se había reservado para él, puesto que ya se la había tragado. Me metí aquello en la boca y pegué un sorbo de ginebra. Surfer me sonreía como lo haría quien me guiara hacia un tesoro. Le cogí del brazo y me acerqué a él:

–Me tienes que hacer un favor –le pedí.

–Qué favor.

–Devolverle este planeta a Galactus, él sabe lo que hay que hacer con él.

–¿Y qué hago después?

–Largarte.

Cabeceó hacia atrás, hacia el balcón, y me preguntó:

–¿Y qué hay de ellos?

Le sonreí como si esta vez me tocara a mí guiarle a él hacia un tesoro, pero no le gustó la ruta que le proponía. Su naturaleza le llevaría a pensar permanentemente en ellos. No haría una maniobra que les pusiese en peligro, era inútil. Seguiría defendiendo el planeta sin saber por qué lo hacía.

A los veinte minutos de tomarme mi parte de la cápsula empecé a ver brotes de algas saliendo por las paredes, esqueletos de naufragos mecidos por el agua en el fondo del mar en que se había transformado el camarote. Diversos animales marinos se acercaban a mi cara para mirarme con parsimonia y muy vaga curiosidad; luego se marchaban y venían otros. Pasó un pulpo. Al cabo de un rato pasaron sus tentáculos. Luego llegó el mero que yo ya conocía y le pregunté una vez más:

–Oye, y ¿dices que éstas son las profundidades de la Tierra?

El mero mostró sus agallas y protestó:

–¿Vas a estar todo el día tocando los cojones?

–Qué grosería, ¿no?

—Grosería no, si fuera grosero me daría la vuelta y me iría. Éstas son las profundidades, claro que lo son. La burbuja de la película del séptimo planeta es el mar. En algún fondo abisal debería de esconderse el megamarciano que juega con tus sesos, pero yo no lo he visto nunca. Los peces no pensamos ni nos inquietamos porque vivimos en el agua, que es la materia del megamarciano. El megamarciano es el agua, ése tiene que ser el motivo por el que no lo encuentras. En *Solaris* el megamarciano también es líquido. Cubre el planeta y se mueve. ¿Has leído *Solaris*?

—Sí.

—¿Y has visto alguna película de Drácula?

—Alguna.

—¿Sabes por qué el monstruo huye de la cruz?

—Porque es el símbolo de la fe.

—Muy bien, mi pequeño saltamontes —aprobó; después, con malicia, se burló—: ¿Qué ha pasado con el pavo del bar?

—¿Qué pavo?

—No te hagas el olvidadizo.

Se refería al hombre engominado que había conocido en el bar-mirador la noche anterior. Tuve que contestarle:

—Me han tendido una buena trampa. No he caído, pero cada trampa es mejor que la anterior, estrechan el cerco. El hombre del bar asegura haber leído *Frankenstein* y *La tercera expedición*. No uno de los dos textos, que ya es para hacer una fiesta, sino los dos.

—¿Dónde está la trampa?

—¿Tú los has leído?

—Yo soy un mero.

—Los hombres también.

—¿Quieres decir que la probabilidad de haber dado con un hombre así es tan baja que a efectos matemáticos prácticos casi podría decirse que no existe? —planteó el pez.

—Eso es.

—Pero eso ya lo ha dicho el flipado que tienes al lado hablando de la escasa probabilidad que hay de que este planeta exista en el universo. También te ha dicho que lo que ocurra en este planeta no es todavía más improbable de lo que ya lo es él de por sí; te ha dicho que el planeta es lo que contiene y sus transformaciones, y que eso ya está incluido en su escasa probabilidad de existir. Según ese razonamiento, encontrarse con el pavo del bar no es más improbable que el hecho de que este planeta exista. Si el planeta existe, que es imposible, ¿por qué y cómo va a ser más improbable que exista en él un pavo que ha leído esos dos textos? ¿Por qué y cómo va a ser más improbable que estés hablando con un pez?

Me volví hacia el flipado de al lado. Yo estaba sumergido en el agua, un agua muy fría, pero él estaba fuera de ella tumbado al sol en un islote de arena. De su cuerpo emanaba luz. Allá arriba el aire era una cortina dorada y se adivinaban ráfagas de calor vaporosas azotando el islote. Sobre la cabeza de Surfer el disco del sol se rompía en furiosos estallidos amarillos. Al dirigirme a él mi voz subió a la superficie en forma de burbujas. Tenía mucho frío, más del que podía controlar. Hablé otra vez y escuché la nada. La oscuridad del fondo del mar ascendía hacia mí y rodeaba mis pies. Noté en ellos cierta presión. Apenas podía moverme, hacía esfuerzos por flexionar mis extremidades pero era inútil, mis músculos estaban congelados. Si aquello era una forma de morir, no era mala, tenía cierta descarnada justicia. Me tranquilicé, el frío ya no estrangulaba mi cuerpo, había entrado en él y hasta mi discernimiento se iba deshaciendo.

Entonces alcancé a ver, entre la neblina que había aparecido ante mis ojos, que mi amigo Surfer me miraba desde allá arriba, apoyaba su codo izquierdo en la arena y sumergía su brazo derecho hacia mí. Habría jurado que nos separaban varios metros y sin embargo su mano

tendida se encontraba a pocos centímetros de la mía. Fuera del agua Silver Surfer sonreía, incandescente. La parte de su brazo que estaba sumergida, en cambio, era gris. Mi somnolencia y mi parálisis impedían que estirase mi propia mano para asir la suya y ser salvado. Tampoco me importaba, venía a ser un grado más de exigencia de aquella justicia natural que sería mi muerte. Contemplaba adormecido aquel brazo de ceniza que me aguardaba y al que supe de pronto que no llegaría nunca. A punto ya de cerrar los ojos, avisté, porque no podía precisar distancias, la bella cara del superhéroe también sumergida en el agua y también transformada en ceniza. Movía los labios hacia mí, hablándome sin que yo pudiera oírle. La superficie del mar dibujaba un cerco alrededor de su rostro convirtiéndolo en una máscara. Los latidos de mi corazón se espaciaban.

De repente Surfer introdujo toda la cabeza en el agua y sentí que su mano férrea rodeaba mi mano dormida. Tiró de mí. Ahora yo no era el Gordo, sino un feto a punto de nacer que se desplazaba por el líquido amniótico para ser escupido a la Tierra.

Al salir del agua el calor del sol quemó primero mi mano, de la que tiraba Surfer, después mi brazo, mi hombro y por fin mi cabeza. El calor era tan intenso que temí que mis ojos y mi cerebro estallaran. Superado el primer minuto, yací sobre la arena al lado del humanoide de las estrellas. Mi piel fue recuperando sensibilidad. El proceso entrañaba tal placer sensorial que no me atrevía ni a respirar. Mi primer acto una vez pude moverme fue coger y soltar puñados de arena con las palmas de las manos hacia abajo, antes incluso de abrir los ojos. El primer acto de algunos cuando nacen, como mi amigo el flipado, es ofrecer su planeta a un ente cósmico que se lo va a merendar. El primer acto de otros, como yo, es coger y soltar puñados de arena.

Abrí los ojos. Palpé a mi derecha y toqué la piel suave y los músculos turgentes de quien me había librado de la muerte. Su misión era la de proteger, tanto a los humanos como a un rebaño de cabras. En contacto con el mío su brazo me transmitía andanadas de calor aún más intensas que las que cruzaban el aire. La luz serpenteaba. No sabía cómo podía serpentear la luz, pero lo hacía, lo veía. Dejé caer la cabeza hacia mi lado izquierdo. La arena de la que hacía un minuto apenas había un metro lineal hasta el agua, se extendía ahora por una planicie sin fin formando dunas aquí y allá. Casi en el horizonte un hilo de mar plateado parecía no haberme tragado nunca. Al dejar caer la cabeza hacia el lado derecho vi el perfil de Surfer recortado contra el cielo, envuelto por aquellas corrientes sinuosas que yo era capaz de apreciar en la luz. Tenía los párpados cerrados y sonreía. No dormía, porque su brazo y su mano tocaban los míos y se movían en coordinación con ellos. El contacto de nuestra piel era el idioma más preciso y explícito que cupiera imaginar. Gracias a él al final lo entendí. Consistía en cerrar los ojos. La tabla era el propio Surfer y bastaba con tocarle para subirse a ella. Entonces nos vi a los dos, a él ya sobre la tabla a un metro de distancia del suelo y con un brazo tendido hacia mí. Subí con su ayuda como al salir del mar. Me erguí sobre la tabla y puse mis manos sobre sus hombros. Él las retiró de allí, las pasó por debajo de sus brazos y tiró enérgicamente hacia delante hasta aplastarme contra su espalda. Abrazado a su pecho percibí que la tabla se movía. Los primeros metros de la ascensión sólo me vi afectado por el vértigo, pero cuanto mayor era la altura mayor era la velocidad, de manera que a los veinticinco o treinta metros del suelo, sin querer, empecé a gritar. Crecieron la velocidad, la distancia que me separaba del suelo y mis gritos. Llegué a gritar a pleno pulmón. Alcanzamos gran altura; después dejamos de ascender y volamos en paralelo a la superficie de la Tierra. A aquella velocidad demencial desfilaron ante mis ojos paisajes terrestres y acuáticos que superponían sus contornos. Tuve la impresión de estar registrando la Tierra entera en mi cerebro; la impresión de que mi compañero había puesto a mi servicio uno de sus dones para que yo alcanzara metas que no habría podido alcanzar como hombre. La velocidad no disminuía, y en lugar de ir calmándome, cada segundo era presa de una tensión mayor. El aire inundaba mi boca como un chorro de agua a presión, con tal violencia que no sólo aplastaba mi aliento al gritar, sino que entraba hasta mi garganta

como una cuña que fuera a descoyuntar mis mandíbulas y abrirme en canal. Entonces apreté los dientes cuanto pude. Mis carrillos palmeaban contra mi dentadura; temí que se desgajaran de mi cara. Me abrazaba con todas mis fuerzas al navegante; si otro chorro de aire hallara un resquicio entre su espalda y mi pecho me arrancaría de su lado como un pedazo de ropa. Caería hacia atrás y me haría más y más pequeño. La aceleración era tal que mis manos y mis antebrazos empezaban a desprenderse del torso de Silver Surfer. Él puso sus manos sobre mis antebrazos con normalidad, sin luchar contra el viento, las afianzó allí y se inclinó unos grados hacia delante. Como consecuencia de esa inclinación la aceleración creció y perdí el mundo de vista. La única idea que ocupaba mi cabeza era la convicción de que el próximo instante sería el de mi desintegración.

Jamás al lado del heraldo de Galactus tuve frío. En la desmesura del viaje, en el viento glacial de aquel vuelo supersónico, su cuerpo le proporcionaba al mío el calor exacto que éste necesitaba para sentirse bien. Me llegó una ola de aquel calor, y otra. Era una sucesión cadenciosa, mecánica. Sentí que en mi interior mis células se derretían; sentí que de mi masa fundida emergía una nueva expresión de vida, inyectada de poder, de la potencia absoluta de los dioses. Eyaculé con el mayor éxtasis que había experimentado nunca.

Juraría que el orgasmo duró horas. Mi entrepierna irradiaba espasmos de placer que barrían mi cuerpo como ondas concéntricas. Que me agotaban. Que lograron al cabo adormecerme en un húmedo delirio.

No sabría tampoco determinar el tiempo que consumí en mi desaparición, pero cuando reaparecí en el mundo cual gato de Tom y Jerry que colocaran en la cinta transportadora, lo primero que vi al final de ella no fue un hacha que fuera a partirme en dos, sino la cara sensual y alegre del joven rubio que había conocido felizmente en el crucero. Me desabrascé de él mientras él me miraba y sonreía, sedado. Yo soplé mientras le sonreía a él, reconociéndole con aquel gesto mi euforia por el viaje.

—¿Este es el placebo que ese amigo tuyo que se hace pasar por químico le vende a tu hermano? —le pregunté.

Antes de que lo hiciera yo, rió él con ganas. Asintió.

Comprobé con desagrado que en mi pantalón había una mancha de semen de proporciones inconfesables, pero ya era tarde. El rubio tenía clavadas las pupilas allí, en el epicentro de la mancha, y eso le animaba a reír todavía más. Estábamos en ello, ahogándonos de risa, cuando me fijé en la información horaria del panel de control de los altavoces.

—¿Puede ser que hayan pasado siete horas? —exclamé.

El rubio, que había dejado de reír y respiraba, volvió a asentir y a reír.

—¿No debería haber vuelto ya Iván? —me preocupé.

Él no podía hablar, reía. Además lo hacía de manera contagiosa. Me levanté, le señalé la mancha de mis pantalones también sin dejar de reír y le hice ademán de que me iba a mi camarote. Él se frotó los ojos con los dedos pulgar y corazón para no verme y darse un respiro, pero las contracciones involuntarias de su estómago lo sacudían sin descanso.

Abrí la puerta, reí y salí.

[7](#)

Superhéroe de Marvel Comics. Oriundo de un planeta llamado Zenn-la, Norrin Radd es convertido en Silver Surfer por Galactus, un ente cósmico que se nutre de planetas con algún tipo de vida en su interior. Silver Surfer será su heraldo y surcará el universo en busca de planetas para él.

[8](#)

Marvel Comics

[9](#)

Marvel Comics

[10](#)

Parábola. Stan Lee, Moebius.

[11](#)

Guión para la serie animada THE SILVER SURFER. THE ORIGIN OF THE SILVER SURFER: PART ONE, (#1875-01), WRITTEN BY LARRY BRODY, REV. PAGES 1/08/97.

[12](#)

Miembro de Los Cuatro Fantásticos. Los demás son Mister Fantástico, también conocido como el Hombre Elástico; la Cosa y la Antorcha Humana.

Me despertaron unos nudillazos atronadores contra la puerta de mi camarote.

Mientras me incorporaba en la cama sentí que algo había cambiado. Algo que latía por debajo de aquel despertar desapacible. Los recuerdos de mi experiencia con el rubio venían a mí como efluvios aromáticos aderezados con el olor seco y penetrante de la loción de afeitar. Casaban mal aquellos recuerdos con la putada de tener que atender los nudillazos de la puerta. La abrí malhumorado. Ante mí tenía a Iván con la columna vertebral estirada hasta casi sobresalir por detrás de su cabeza, enhiesto, rocoso. Tras él el pasillo reventaba sacudido por la belleza rutilante de Silver Surfer. Verlo allí hizo que mi capacidad pulmonar creciese, que salir a la aciaga expedición por el mundo volviese a ser mi misión, que de pronto volviera a haber posibilidad de que viajáramos juntos.

—Después de cenar iremos a la discoteca —me anunció Iván; le sonreí y bromeé improvisando dos movimientos de baile, como dos fintas de púgil; Surfer siguió mi broma, invisible para su hermano, levantando los brazos al aire y contoneándose un poco, femenino, centro de gravedad, núcleo de la Tierra. Iván sólo movió los labios para no ser descortés, pero yo ya sabía que no acataba la broma al igual que no acataba que Surfer le hubiera instado a llamar a mi puerta para invitarme a ir con ellos a la discoteca—. Música de los 80 y los 90, mi hermano insiste en que ese tipo de música es de su gusto.

Antes de que tuviera que formular formalmente la invitación, acepté. Me informó de que eran las ocho y diez de la tarde y de que si me daba prisa todavía podía llegar al segundo turno de comedor para la cena. Ellos iban hacia allá.

Cerré la puerta, fui al baño y me metí debajo de la ducha. Tercera ducha aquel día, tercer chorro de agua muy caliente. Las condensaciones de vapor me devolvieron a la neblina de la primera parte del viaje con la psilocibina, cuando yo estaba solo y congelado sumergido en el mar y el humanoide plateado estaba tendido en un islote al sol. Mi cuerpo entero temblaba al recordarlo, a causa del frío que aún tenía clavado en la médula espinal y que anulaba el efecto del agua caliente, a causa de las sensaciones multiplicadas en el vuelo sobre la tabla, a causa de las nuevas vías de prospección del mundo que abría el superhéroe para mí.

Salí de la bañera y cumplí con mi deber de examinarme en el espejo después de cada ducha. Me erguí, serio y tenso. No estaba en edad de explorar nuevos territorios; no me venía grande, pero sí largo. Esa repentina ilusión amorosa que me ruborizaba no estaba prevista en los manuales de los expedicionarios; se daba por hecho que eran hombres curtidos y sin escrúpulos, insensibles hacia todo aquello que proviniese del otro lado de su punto de mira. Desde detrás de mí, también reflejado en el espejo y con el semblante huraño, el animal me reprendía agitando el índice por aquella veleidad de juventud y de ingenuidad. El astronauta no decía nada; flotaba por el cuarto de baño entre las nubes de vapor. Yo mismo también me reprendí por aquella resurrección extemporánea. No andaba persiguiendo precisamente el milagro de volver a la vida, sino más bien lo opuesto. La aparición de Silver Surfer en mi vida la alteraba hasta lo desaconsejable. Todos en el baño coincidíamos, los tres, aunque el astronauta fingiera no participar del conciliábulo.

Cerré los ojos. En mi sesera volvieron a reproducirse al azar imágenes e impresiones de mi experiencia con la psilocibina. Aún me ensordecía el fragor del viento contra mi cara, me abrumaba el calor y el tacto de aquel cuerpo de plata creado para volar. Me sonrojaba aún el placer de yacer juntos en la arena bajo un sol abrasador, mi entrega sin paliativos, el orgasmo, mi polla desbordante. Volví a sentir la arena entre mis dedos, volví a advertir los destellos metálicos que despedía la silueta sinuosa de mi amigo.

Abrí los ojos y no me moví: la cabeza del animal estaba ya sobre mi hombro y me miraba en el espejo. Su pelo hirsuto rozaba mi mejilla; oía el ronquido sordo de su garganta al respirar; había

un murmullo líquido en su boca cuando enseñaba los dientes. Lo aparté de un manotazo y fui hacia la puerta; allí cosí al astronauta a rodillazos hasta que también lo aparté de mi camino. Cogí el reproductor USB, me clavé los auriculares en las orejas, di una vuelta con el cable a mi cuello y lo dejé colgando mientras me vestía. Seleccioné *Toxicity* otra vez y otra vez se me puso gorda. Luego escuché *Step aside*

[14](#)

. Estaba preparado.

Entré en el comedor y subí a la primera planta. Exploré el bosque de mesas en busca de Iván y del rubio. Sin éxito, llegué a la mía. Las dos muchachas se alegraron de verme. Anselmo no tanto, aunque lo disimuló. La atracción de la noche era la ausencia de la arpía, Amalia.

–Anselma no ha venido... –aprecié.

–Ni creo que venga –contestó Anselmo–. Anselma al menos no lo creo.

–¿Le ha pasado algo?

–Se llama Amalia.

–Hostia. No ha venido, digo.

–Lleva todo el día mareada.

–El mar, esas olas, ese vaivén que a todos nos aturde. No me digas que no ha podido bajar a tierra –lamenté con tono de fastidio.

Nos quedamos mirándonos, valorando si hacernos daño. Me senté y tomé las manos de las mujeres. Eva sonreía, hermosa y candorosamente enigmática. La otra estrechó mi mano entre las suyas y tardó poco en remitirse a mi espantada de la sala de baile:

–¿Qué pasó ayer?

–Me dio un aire. Senilidad, se llama. Disculpad a un viejo achacoso.

–Saliste casi corriendo.

–El traje no me dejaba correr más.

–¿El traje? –me preguntó, echando una ojeada al que llevaba puesto.

–Llevaba otro. Ayer llevaba uno especial.

–¿Especial para qué? –preguntó Anselmo dejando la boca un poco abierta y pidiendo a voces que le arrancara el espinazo.

–Especial para no estar con los seres vivos equivocados.

Me prometí que si aquel tío mantenía la sonrisa tal vez optara por no vapulearlo delante de las dos señoritas. Si se daba por aludido y esgrimía alguna suerte de victimismo, lo despellejaría. Anselmo no sólo sostuvo la sonrisa; la usó para cambiar el mensaje; de repente Anselmo no era Anselmo, sino un alienígena que estaba esperando que yo confesase lo que sabía de ellos para abalanzarse sobre mí y matarme.

–¿Acaso somos seres equivocados? –apuntó vilmente.

Me recorrió un escalofrío. No era el momento ni estaba en condiciones de echar a correr como la noche anterior. No podía dejarme enredar en una trampa simple.

–Te das por aludido con suma facilidad. Debe de ser esa disposición hacia la vida, hacia los demás, hacia ciertas mujeres frías.

–No me has respondido –seguía sonriendo, hábil, sorprendentemente peligroso.

–No sé si sois seres equivocados, es algo que todavía tengo que averiguar.

–Lo sospechas, entonces.

–No te recomiendo que conozcas todas mis sospechas.

Se lo pensó y se replegó. Al fin se desinfló en su asiento.

–¿Qué tal estás hoy? –se interesó Silvia soltándome la mano.

–La verdad es que hoy estoy bastante boba –le dije.

Las dos rieron. Mi estado de ánimo estaba en sintonía con aquellas risas musicales y limpias. El otro se mantenía al acecho y desde su silla no perdía detalle de lo que pasaba en la mesa. Con

todas aquellas criaturas uno nunca sabía si corría mayor riesgo con quienes se expresaban con simpatía, como las niñas, o con quienes propendían arteramente al enfrentamiento, como la arpía o el palomo. Aunque en profundidad el riesgo era el mismo, enmascarado, más o menos encubierto en función de sus intereses o de sus estrategias.

Me sorprendí de nuevo rastreando el comedor.

Cenamos sin novedad. Las dos mujeres nos contaron de forma recurrente su experiencia en la sala de baile de la que yo salí huyendo y sus impresiones de su visita a Montecarlo. Aquel viaje estaba resultando ser más apasionante de lo que habían previsto. ¿Eso se podía prever? Anselmo abrió la boca pocas veces y las veces que lo hizo me afané en disuadirle de volver a hacerlo. La primera vez le pregunté si Amalia le había dado lo suyo ahí abajo, en la intimidad del camarote. La segunda vez le pregunté si Amalia le había dado lo suyo en la intimidad, ahí abajo, en el camarote. La tercera vez le pregunté algo equivalente sin que las chicas se contuvieran ya al reír. No hubo más incidentes.

El tiempo pasó con pereza hasta que llegaron los postres. Mientras Silvia sorbía de su copa de helado, por encima de su hombro vi acercarse por el pasillo a Silver Surfer. Al principio pensé que se trataba de una jugada de mi mente enferma, pero la figura pétrea de Stalin unos metros más allá me animó a considerar la aparición como cierta. Alguien capaz de sonreír de la manera en que lo bordaba mi amigo no hacía falta que supiera hablar. Aun así, llegó, saludó a mis compañeros de mesa mientras rozaba sutilmente mi hombro y me propuso:

–Pasamos a recogerte en media hora...

–En media hora –asentí, grácil como una libélula.

Anselmo nos diseccionaba con los ojos cargados de veneno, alguien debía arrogarse el papel de indeseable en ausencia de la perra de su amiga. Silvia había dejado de sorber y observaba al rubio con deseo y con distancia, sin ambición. Eva, en cambio, no había tenido tiempo de cerrar los labios ni de reponerse. Habría apostado mi mano a que por debajo de la ropa le temblaba hasta el ombligo.

Surfer se marchó. Deduje que la mesa de Iván y del rubio quedaba cerca, en mi misma planta.

Fui a mi camarote. Tenía por delante unos veinte minutos antes de que pasaran a buscarme. Preferí no hacer nada, sólo esperar. Tumbado sobre la cama con los ojos cerrados fantaseé con que el barco se hundía.

Las tinieblas de la discoteca se rompían a mi izquierda, en una zona de barras repartidas en plataformas a distintas alturas, y también a mi derecha, foso abajo, sobre el escenario y la pista de baile. La sesión no había empezado. Apestosas melodías de piano ahogaban el rumor de la gente. Aquel agujero estaba atestado, había humanos por doquier moviéndose entre las sombras, en las barras y en sus inmediaciones, por los pasillos y las escaleras, entre las mesas de la sala, de pie, sentados, haciendo el pino.

A un par de metros un imbécil le gritó a otro:

–Parece una fiesta de fin de curso, ¿que no?

Trataba de no pensar en matar ni en morir. La cosa no iba a ser fácil. Iván abría camino y Surfer me arrastraba tras él. En unos minutos tuve una ginebra en la mano. Surfer pidió cerveza y su hermano coñac. En una discoteca uno podía elegir pasarlo mal de muchas maneras, pero si se quería alcanzar un éxito incomparable no había más que pasarse la noche bebiendo coñacs. Apuramos las consumiciones, pedimos otras y nos aventuramos hacia el patio de mesas. Conquistamos una dejándonos la piel, a tres filas o alturas de distancia de la pista de baile. En esa pista un corrillo de espontáneos entre los que sin duda se encontraba el melómano especialista en la música de los 80 y los 90, la calentapollas a la que volvían loca los pinchadiscos y un surtido grupo de gente que alguna vez había actuado de pinchadiscos en un acto vecinal, se arracimaba alrededor del verdadero pinchadiscos de la velada, quien pertrechaba sus bártulos sobre una tarima alzada medio metro del suelo.

No habían transcurrido ni cinco minutos desde que me había sentado cuando noté que alguien me tocaba el hombro. Las quijadas equinas de Silvia salieron de las sombras hacia mí. Me quedé mirándola anonadado, buscándole explicación a su presencia allí, reubicándome a mí mismo. De las mismas sombras y deslizándose sobre la espalda de Silvia, salió en esta ocasión la cara de Eva. Lucía un rubor inocultable y una expresión de pura dulzura.

–¿Cómo es posible? –acerté a preguntar–. ¿Veis en la oscuridad?

–Eva os ha visto entrar.

El plural me recordó a mis compañeros y reparé en qué era lo que había llevado a las dos mujeres a buscarme por aquella cueva. El imán. El rubio sólo tenía que sonreír para que el mundo fuera suyo. Lo celebré. También era la luz más diáfana del lugar, por otra parte, y las criaturas con una sensibilidad singular como Eva podían dejarse atraer al caer en su campo de influencia, aun sin haber premeditado aquel encuentro fortuito. Aquel asalto. Las mujeres habían oído en la cena al rubio citarse conmigo. Dentro de los límites del barco y a una hora concreta las posibilidades de que se celebraran muchos eventos eran bajas; con un repaso somero de la guía facilitada por la organización las dos mujeres sabrían, como supieron, dónde encontrarnos.

No me planteé si me hacía gracia o no que ellas asistiesen a la sesión de arqueología musical con nosotros. Me volví hacia los otros para inspeccionar sus caras. Para el rubio todo iba bien; sonreía con solvencia, capaz de querer a alguien más. Iván se había puesto de pie y aguardaba también sonriente a que le presentara a mis amigas. Ellas, inclinadas hacia mí, estaban a la altura del canijo de Iván. Cogí a Silvia de la mano y la atraje hacia el asiento que quedaba a mi derecha, cerrando el arco; a Eva, con idea de hacerla feliz, le sugerí que se sentara en el otro extremo, es decir, al lado de Surfer. La prueba de que el reparto de invitadas era el correcto la tenía a mi izquierda, en un Iván marchito y aislado entre su hermano y yo; pugnaba por salir a flote, por encaramarse al asiento o a mí para quedar a la vista.

Silvia me señaló las escaleras. Ahora de la oscuridad salía Anselmo con tres vasos entre sus dedos y las cejas arrugadas en señal de máxima concentración. Logró depositar los vasos en la mesa sin derramar líquido y respiró hondo hacia nosotros. Antes de que pudiera objetar nada a la fatalidad de que aquel hombre se quedase, él ya había estrechado las manos de los hermanos y se había presentado. Le observé con los ojos entornados y ofuscado por su desfachatez, por su inoportunidad y por mi mala suerte.

Se frotó las manos, no supe si por estar ya sentado a la derecha de Silvia o para restregarme con insolencia la afrenta que suponía tener que compartir espacio con él.

–Bueno, que empiece ya, ¿no? –exclamó.

–Sí –colaboró un Iván penosamente despistado.

Surfer estaba susurrando alguna delicia a los oídos de Eva. Silvia miraba complacida a su amiga y yo seguía enconado por la intrusión de Anselmo.

–¿Anselma se encuentra mejor? –le pregunté.

–Amalia se encuentra mejor, sí.

–¿Te ha dejado venir?

No contestó. Entonces sonó una explosión. El pinchadiscos recogió el micrófono que se le había caído, pidió disculpas levantando una mano y se dirigió al público. Las melodías de piano se apagaron y aquel pavo, conocido en el mundillo según propio testimonio con el sobrenombre de B. Shock, nos transportó a paisajes y escenarios maravillosos de los que sabía que nadie del auditorio se había olvidado. De hecho sabía que ninguno de los que estábamos allí había asistido a la velada tan sólo por diversión. Todos estábamos allí por lo mismo, por algo que nos unía, por la música, por las edades compartidas, por los amores y las esperanzas hechos primera vez. B. Shock nos advirtió de que aquella sala se iba a convertir en una caldera, *sic*, de recuerdos y de que él se iba a encargar de que en ningún momento faltase leña. Pidió por fin

que nadie se bajara del tren hasta que llegáramos a destino y después, pergeñando una sonrisa maléfica y mediada la pausa precisa, aseguró que sabía que nadie lo haría, que sabía que nadie de allí abandonaría nunca el tren. ¿O no era así? ¿O estaba equivocadoooo?

Orientó el micrófono hacia el público y un clamor juvenil resquebrajó el casco de la nave. Varios imbéciles silbaron, siempre hay un imbécil que silba. Crucé la mirada con Surfer y acudió en mi auxilio. Por debajo de la barriga de Iván, que jaleaba aún en pie coreado enfáticamente por Anselmo, el rubio acercó desde el otro lado del sillón su cabeza a la mía y me sugirió:

–¿Quieres una bebida espirituosa?

Me lo pensé, tentado.

–Otras siete horas no –opuse.

–Sólo cuatro luces. Los puntos cardinales, para no perder el norte.

Eva no dejaba de sonreír; en dirección a la pista, bebiendo, sin beber; cuando sus ojos se topaban con los de Silvia se convulsionaban de brillo.

–Te acompaño –me animé.

Salí con él al pasillo y ascendimos. Los accesos se habían despejado pero las barras continuaban abarrotadas. Primero pasé a mi amigo su copa. La puso a la altura de su cinturón y con los dedos de la otra mano soltó o espolvoreó algo en su interior. Me la devolvió y le pasé mi copa. Repitió el pase de magia y nos repartimos todas las consumiciones del grupo. Mientras regresábamos a nuestro sitio sonó la primera canción de la noche, *Enola Gay*

[15](#)

. El personal se emocionó. Por el patio de mesas empezaron a brotar bultos negros que se ponían de inmediato a bailar. En nuestra propia isla Iván continuaba en pie y se mecía con los ojos cerrados. Anselmo también estaba en pie, en mangas de camisa, y bailaba con una copa vacía entre los dedos. A decir verdad la composición me acojonó un poco. Estuve por proponerle a Surfer que nos largáramos de allí los dos pero Silvia me agarró en cuanto me puse a su alcance. La mujer huía de Anselmo y no quería tener contacto con el del bigote, tal y como me reconoció. Era una muchacha prudente y sensata.

La oí mientras bebía, y cuanto más la oía, más bebía.

Al cabo de un cuarto de hora la cabeza de B. Shock se hizo tan grande como la pista de baile.

Con voz estruendosa nos anunció que la siguiente canción, *Souvenir*

[16](#)

, era una edición especial de Moby. Los acordes de piano reverberaron por la cámara del huevo que era la discoteca y se transmitieron al mar. Vi al mero de perfil, parapetado entre algas, vigilándome mientras las notas lo hacían vibrar.

–Ésta sí que es bonita –festejó Silvia. Al mismo tiempo descansó una mano en mi muslo.

El gesto podía parecer inocente, pero lo cierto era que un alienígena estaba tocando mi pierna con su pata. La realidad era ésa. Eran más peligrosos los alienígenas que se expresaban con amabilidad, como las dos mujeres, que los que propendían al enfrentamiento, como Anselmo y la otra, sí; mucho más peligrosos. Silvia se dejó ir al son de la música y busqué a Surfer. Me angustié sobremanera comprobar que su sitio estaba vacío. Silvia percutió con un dedo en mi hombro y no dejó de hacerlo hasta que me di la vuelta. Si ya comenzaba a sufrir algún mareo, sentí vértigo cuando vi las caras deformadas de Silvia y Anselmo tan cerca de la mía. Me decían algo pero no les entendía ni quería hacerlo. “Que se va”, oí de repente a la mujer caballo; “Que Anselmo se va”. No sabía con claridad si Anselmo pretendía despedirse de mí, si me estaban pidiendo mi opinión al respecto o si se trataba de una nueva celada. Se acercaban y se alejaban de mí, una y otra vez.

–¿Te vas? –farfullé.

–Me voy ya, sí.

Me ofreció su mano y la apreté.

–¿Toque de queda?

No me contestó. Dio dos besos a Silvia y dedicó medio minuto a manotear hacia la pista de baile; trataba de despedirse de alguien que no le veía. Moví la cabeza en la dirección a la que apuntaba y ahí estaba el rubio, cogido de la cintura de Eva en medio del fregado. Iván, babosamente conmovido, admirándolos, me gritó:

—*La elección circumspecta*

[17](#)

.

—¿Eh?

—Circumspecta. *La elección circumspecta*. Schopenhauer.

Ante mi estolidez se acercó a mi oreja para explicármelo pero sus palabras se perdían entre la música y el barullo de la gente. Lo separé de mi lado y le indiqué por señas que no le oía. Él me contempló con la sonrisa congelada, tal vez resentido, levantó el índice y engoló la voz para sentenciar: Schopenhauer. Luego meneó el mostacho y bebió un sorbo dorado de coñac. Unas aguas bellísimas, las de su copa; de tonos cobrizos, de fauna sagrada, de meros sesudos con escamas de oro, de profundidades de la Tierra del color de la miel.

Cualquier cosa que enfocasen mis ojos crecía bruscamente o amenazaba con echármese encima. Eran dos lupas. También mis oídos empezaron a recoger indiscriminadamente cualquier sonido, hasta el más nimio y desechable. Recibía de forma alborotada mucha más información de la que podía asimilar. Mi cerebro era un sentido más que me bombardeaba con delirios recogidos de mi pasado. Demasiada información, me decía, evocando la vida plana. Demasiada perspectiva y demasiada proyección. Tuve que volver atrás: olvidarme de que para conjugar lenguaje siempre había tiempos, olvidarme de que existía nadie más. Vida. Plana. Yo. Presente. Ojos cerrados.

Estoy en medio de la pista de baile y bailo a golpe de hombro, como un autómatas. Recojo una pierna u otra poniendo en práctica los rituales de esta tribu a la que parezco pertenecer. Energía. Nada de ideas, nada de pensar. Una muchacha de mi instituto que ha acudido a la fiesta por orden de los alienígenas me mira con cara de borracha, pero con la cara de borracha de las muchachas de instituto, perdonable, deliciosa, y baila delante de mí también a golpes, contrayéndose y estirándose como si con cada toque de bombo le dieran un puñetazo en la barriga. El suyo es un baile de cintura y de cadera. El mío es un baile de piernas y de hombros. Somos dos relojes que destrozan el tiempo. Noto que peso poco. El traje de astronauta ha brotado de mis entrañas como una pompa de jabón. Cuando vuelvo a fijarme, delante de mí no tengo a la muchacha de instituto, sino a Silver Surfer, que cansado apoya su brazo en mi hombro y me invita:

—¿Vamos a ver al monstruo?

Yo ya sé, y es la primera vez que lo sé, que hay una atracción en el barco que es la de ir a ver a un monstruo recluido en una cámara inaccesible; la única forma de entrar en esa cámara es saliendo al exterior, fuera de la nave y del mar, a un pedazo de tierra firme que llevan en secreto todos los barcos en algún punto de su tripa.

—Creo que lo del monstruo es una treta de los alienígenas —le repongo.

—¿Una treta? —el rubio empieza a reírse de mí, se para y añade—: Rediez.

Entonces casi se cae por el suelo de la risa. Me encanta oír su risa y caminar por el túnel de tierra que conduce a la caverna del monstruo. Atravesamos la oscuridad con nuestras copas en la mano como si fuéramos a mear al baño de la discoteca. Al final del túnel nos aguarda una azafata insinuante detrás de un atril.

—¿Monstruo? —nos consulta.

—O dos —contesta el rubio, y ríe; cuando se calma, se friega los ojos y concluye—: Pardiez, qué noche.

La azafata sonríe conmigo mientras asistimos a un nuevo acceso de risa de mi amigo y me pregunta:

–¿Qué le pasa?

–Que tiene miedo.

–¿Del monstruo?

–No, de la treta de los alienígenas.

Sin volvernós, oímos cómo Surfer cae al suelo y se retuerce por él.

–Entonces lo sabéis... –aventura ella.

–¿Qué?

–Lo de la treta.

–¿Te puedo hacer una pregunta como alienígena?

La azafata hace un gesto de aburrimiento, se transfigura en un monstruo alienígena y apoya dos tentáculos en el atril con resignación.

Están ahí; reacciono; recupero la perspectiva, tomo proyección y echo mano de los tiempos; me pongo en guardia. Vuelvo al estado en alerta, dejo el presente, vuelvo al futuro o al pasado.

–¿Qué pregunta? –cedió.

–¿Hay alguna forma de destruirlos a todos?

–¿Es ésa tu misión?

–Ésa.

–También era la misión del monstruo –señaló con un apéndice azul y viscoso a su espalda.

Tomé del brazo al rubio, que ya se recuperaba a mi izquierda, y echamos a andar por la caverna. En sus revolcones por el suelo no había derramado una sola gota de su copa.

Desde una cornisa de tierra nos asomamos a una hondonada diez metros por debajo de nuestros pies. La hondonada era un jardín y el monstruo era una versión gigantesca del animal en que me convertía yo.

Él daba vueltas sobre sí mismo en el centro de una piscina, rodeado por una legión de mujeres rubias con la piel muy blanca. Estaban de pie al borde de la piscina y cuchicheaban entre ellas; reían algunas, otras miraban al monstruo con lástima. El torso del monstruo sobresalía del agua porque medía seis metros y con cada giro con los brazos abiertos rozaba a algunas de las mujeres. Su cara estaba orientada hacia arriba y parecía feliz. Las mujeres se arrojaban al agua y nadaban jovialmente. Una de ellas detenía al monstruo con un gesto de la mano, nadaba hasta él, introducía las manos en su pecho y se abría paso por el esternón hasta meterse dentro de su cuerpo. Después sacaba las piernas fuera, se sentaba sobre las costillas y sacaba también la cabeza. Allí sentada, con el culo embutido en el esternón, ensangrentada, mientras el monstruo la miraba desde arriba, susurraba algo a las demás. Ahora todas miraban con lástima a la bestia pero ésta sonreía de nuevo y de nuevo empezaba a girar.

Luego él estaba tumbado sobre el césped y ellas jugaban a saltar por encima de su pecho. La gracia del juego consistía en que la que le caía encima era tragada vorazmente. Cuando ocurría, todas gritaban con los ojos desencajados.

Lo que me sobrecogió fue descubrir a dos alienígenas allí abajo. Al margen de la piscina y de las mujeres, entre la oscuridad que crecía hacia las paredes de tierra de aquel socavón había dos tumbonas, y sobre ellas, dos alienígenas que departían acerca del espectáculo que estaban presenciando. Uno de ellos, más largo y con un color de piel violáceo, me resultó familiar. No conocía a muchas criaturas violetas, pero en aquella había algo familiar, seguro. Pregunté a Surfer al respecto y se encogió de hombros. Entonces le mandé afuera para que pidiese a la azafata que nos pusiera el espectáculo en versión humana, no alienígena. A los pocos minutos de salir él, los dos alienígenas cobraron forma humana, el monstruo se quedó como estaba y las mujeres tomaron formas alienígenas. Tuve otro estremecimiento, y no porque aquella escena me revelase que los alienígenas me tenían controlado mientras yo creía estar exterminando a la

raza humana, no porque debiese interpretar que aquello que yo matase o hubiera matado fuese en realidad un puñado de alienígenas sin importancia. Me estremecí porque el pretendido humano cuya facha alienígena me había resultado familiar era ni más ni menos que el camarero solícito del bar-mirador. El que me había presentado al hombre engominado que había leído *Frankenstein* y *La tercera expedición*. No pude confirmar que el otro fuera el hombre engominado porque sobre él la oscuridad era casi total; veía su brazo, el codo, parte de su pierna.

Surfer me hizo un ademán para que saliéramos de allí y le obedecí. Pasó su brazo por mi hombro y caminó conmigo hacia la salida confortándome, dándome calor. Dejamos atrás a la azafata, que se retorció de risa llamándonos “malandrines”, y llené mi pecho de aire. Mis puños se cerraron y volví a apretar los dientes, signos inequívocos de que empezaba a recuperar el orgullo.

Cuando regresamos a la discoteca la sala se había convertido en un espacio a cielo abierto, en un paraje tapizado de hierba al que concurrían todos los adolescentes de los alrededores antes, después o durante sus clases. Vi más extensiones de hierba. El sol. Sonaba una versión de club de *Tainted Love*. Los chicos se reunían en grupos con carpetas, libros y mochilas, y charlaban. La mayoría no sabía qué hacía allí, unos se divertían y otros se aburrían, unos se movían con la música y otros aguantaban el tipo tiesos como palos, pero nadie se iba. Era necesario que el bosque humano estuviera poblado y que la carne joven encontrara eco en la carne joven, que la vida agitara las miradas y los olores como semillas y que éstas cayesen por fuerza en terreno fértil, que los que estaban aprendiendo a amar pudieran saber con sólo echar un vistazo a quiénes tendrían que amar. Era necesario que los que iban a abandonar el paraíso se reuniesen y permaneciesen juntos porque en adelante iban a amar y por tanto iban a estar absolutamente solos.

Me deleité tocando un cabello que al abrir los ojos resultó ser el de Silvia. Me miró de reojo. Le hacía gracia aquello y lo consentía con buen humor. Al incorporarme quiso saber si me estaba divirtiendo. Asentí. Iván se había quitado la chaqueta y se había remangado la camisa. En su muñeca relucía medio kilo de reloj de oro. La cara congestionada y el sudor que le corría por ella eran los de un hombre que estaba a punto de implosionar. A pesar de todo no dejaba de bailar; aunque la atmósfera lo aplastara, él no dejaría de patear el suelo hasta que sonase la última canción, era de ese tipo.

Volví la pelota hacia la pista. Busqué los parajes verdes, que ya no estaban allí. A cambio vi una horda de criaturas con formas humanas que danzaban y rodeaban a mi amigo. Debajo de ellas, de las lorzas de grasa, de los maquillajes excesivos, de la renuncia o la desilusión, maligna, dañina y arraigada ya en ellas; debajo del deterioro, del desengaño, del polvo, debían de estar las muchachas a las que yo tendría que haber amado; las que estuvieron conmigo cuando abandonamos el paraíso, las del bosque humano en el que fuimos sacudidos por una lluvia de semillas.

Pero no estaban. Debajo de ellas no había otra cosa que seres desconocidos.

Por fin Silver Surfer se unió a nosotros y su energía cósmica nos alcanzó a todos. Eva en particular se había hecho tres veces más hermosa sólo por haber estado junto a él. Mientras llegaban a sus asientos pude notar el calor de sus cuerpos y fijarme en sus manos cogidas. Silvia se desplazó hasta el extremo del arco de butacas; aprovechando el espacio dejado a mi derecha por ella y por Anselmo todos corrimos plaza y media en ese sentido. Surfer se agrupó con Iván y conmigo. Necesitábamos líquido. Su hermano se puso en pie de un brinco y consultó a las dos mujeres por sus bebidas.

Más o menos ésa fue la tónica durante un tiempo que no podría determinar: Iván se preocupaba de vigilar los niveles de las copas e iba reponiéndolos; las mujeres a veces se nos

tiraban encima para contarnos algo que a juzgar por sus risas tenía mucha gracia pero que yo nunca oía. Yo a veces estaba y a veces no estaba. Y Surfer, invariable, implacablemente, sonreía. En un momento dado me percaté de que había movimiento a mi alrededor. Traté sin éxito de abrir los ojos y me encarné en el monstruo que dejaba que las doncellas saltasen por encima de él; que se las comía si cometían cualquier equivocación. Creo que rugí, y digo creo porque ese recuerdo coincide con el instante en que Iván me dio una soberana hostia. No tenía nada que decir ya que la hostia sirvió a su propósito, que era devolverme a la discoteca, pero que Iván me hubiera abofeteado la cara era cuando menos ultrajante. La cabeza de Silvia reposaba en mi hombro derecho; estaba fulminada y tenía el aspecto de una potrilla extenuada. Había pasado mucho tiempo, durante el cual hube de suponer que yo había estado tan fulminado como ella.

—¿Qué pasa? —le grité a Iván.

—Vámonos —lo repitió varias veces y cada vez que lo hizo lo acompañó de un movimiento marcial con el antebrazo, como si estuviese dando órdenes al Ejército Rojo.

Habían vuelto las apestosas melodías de piano. B. Shock estaba recibiendo la enhorabuena personalizada de cada uno de los asistentes a la sesión. Advertí con preocupación que el rubio había vuelto a desaparecer. Señalé su asiento e Iván me aclaró:

—Con Eva.

Me froté la cara, despertamos a Silvia con un derroche impagable de paciencia y nos arrastramos pasillo arriba hacia la salida. Fui hasta el camarote de Iván manteniendo a Silvia en pie. Al llegar la arrojé sobre la cama y me tendí en el sofá. Iván no sabía dónde estaba porque de repente la oscuridad había vuelto o yo había vuelto a ella.

Estaba muy cansado. Desde que había entrado en contacto con Silver Surfer todo habían sido viajes espaciales, y si bien debía reconocer que era una atracción para privilegiados no terminaba de convencerme a mí mismo de que ése fuera el privilegio que yo necesitaba. Asimismo, lo que en principio al embarcar había tomado por una bendición, esto es, reducir mi espectro de alimañas a un escenario moderado de unas tres mil personas, tampoco había acabado de ser un factor que jugara a mi favor. El espectro se había reducido, así era, y además la densidad de enemigos era más alta, lo que facilitaba la caza, pero la concentración les favorecía a ellos en mayor medida que a mí. La dispersión y la multiplicidad de alienígenas en tierra firme mermaban su capacidad de organización. Aquí en el barco todos ellos tenían al enemigo cerca y todos ellos estaban cerca los unos de los otros. Era cuestión de tiempo que en ese polvorín saltara una chispa.

No estaba contento, por tanto. Ni podía decir que estuviera tranquilo.

Una cosa sí debía agradecer, y ésta era mi obligación en aquel entorno hostil de hallar una solución definitiva; lo que debía agradecer a aquel crucero y al bueno de Münsen era que me habían colocado en tan ingrata posición que tenía que emplearme a fondo para salir de ella. Porque no había más opción: los alienígenas estaban detrás de la puerta.

Incluso a mi alrededor en aquel mismo camarote.

Me empeñé en abrir los ojos y lo conseguí. Lo que vi me hizo dudar una vez más. Iván se había bajado los pantalones y estaba de rodillas a los pies de la cama. Silvia estaba fuera de combate y yacía bocarriba en ella, desplazada del centro en el que yo la había dejado. Sus caderas caían sobre el pie de cama y sus piernas desnudas quedaban al aire sujetas por las manazas de Iván. Éste se inclinaba hacia delante y hundía la cabeza en lo que no podía ser otra cosa que su coño. Desde mi vasto desconocimiento de los alienígenas, podía admitir que su don para vencer fuera fruto de una larga adaptación para la supervivencia. Podía entender que sus artes para la guerra fueran mucho más elaboradas que la mía, pues mi caso era el de un animal primitivo y visceral. Admitiendo eso, que los alienígenas fueran un dechado de virtudes para la guerra, podía entender que aquella guarrada que estaba perpetrando Iván fuera un acto calculado que escenificaban para que yo lo viera; no estaba en mi ánimo ni a mi alcance dilucidar la intención

alienígena de que yo lo presenciara. Cuando Münsen hirvió vinagre no entendí por qué lo había hecho, pero siempre supe que lo había hecho para que aquel hedor se me incrustara en las narices. Me resultaba difícil creer que un alienígena hirviera vinagre por propia iniciativa, así como que le comiera el coño a una mujer que en realidad era otro alienígena disfrazado. Entendía, por tanto, que aquellas acciones no eran excentricidad o miseria, respectivamente, de los seres humanos, sino acciones planeadas por unos seres inhumanos, inteligentes y habilidosos que estaban acostumbrados a la guerra y a la victoria.

Había otra manera de interpretarlo. La primera alternativa, la que yo abrazaba, era aquella de los seres de la guerra; la otra alternativa era desoladora. Era tan aterradora como pensar que no había seres alienígenas y que todo lo que ocurría en mi vida y alrededor de ella era, tan sólo, humano.

No tenía miedo a los alienígenas. Tenía miedo de que los alienígenas fueran sólo producto de mi imaginación. Y era un miedo sobrenatural, porque eso significaría que volvía a ser un animal solo.

—¿Es la primera vez que haces esto? —le pregunté al cerdo de Iván.

Saltó hacia atrás, subió sus pantalones y se quedó mirándome, lívido como un muerto. Levantó un poco la barbilla y adoptó un aire insostenible de autoridad moral. Las puntas del bigote estaban mojadas, no quise saber si de saliva o de algo más. Los párpados me pesaban y dejé que se cerraran.

Sí, lo había hecho más veces. Se lo había visto en la cara. Y habría apostado a que en todas ellas había usado a Silver Surfer de reclamo.

[13](#)

Soft Cell.

[14](#)

Heroes & Zeroes, Clawfinger.

[15](#)

Orchestral Manoeuvres in the Dark.

[16](#)

Orchestral Manoeuvres in the Dark.

[17](#)

El amor, las mujeres y la muerte. Schopenhauer.

Máquinas de supervivencia

Abrí los ojos sobre las seis de la mañana. Silvia ya no estaba en el camarote, debía de haber salido zumbando de un escenario que desde luego no animaba a quedarse; conmigo tirado en un sofá a su izquierda y el mostachudo repantigado y roncando en un sillón a su derecha, la noche no tenía pinta de haber sido memorable; si a eso se le sumaba cierta amnesia, cierto sentido de culpa y la opacidad mental derivada de la resaca, daba por seguro que Silvia habría abandonado el barco de haberle sido factible. Aún no lo era, factible, porque llegábamos a Livorno a las ocho. Quedaban dos horas para tocar tierra.

Del rubio y de la pelirroja no había pistas. Si Eva y Silvia compartían camarote, que era lo razonable, esta última no convenía que entrase en él hasta que el rubio hubiera salido, por lo que probablemente se encontraría hecha una ruina en algún rincón del barco vigilando a distancia su camarote para ver salir de él a Surfer. El nuevo día despertaba deprimente salvo tal vez para el rubio y la pelirroja. Me levanté y fui a recluirme en mi propio camarote.

Allí el aire entraba por la puerta del balcón y propagaba un pernicioso olor a mar. Era un olor sexual de ser caliente y gigantesco generado por enormes hormonas marinas, embriagador, que emanaba del agua a través de una piel que en mi imaginación abría unos poros como cráteres. El mar olía a mujer, a peces, a ostras, a trimetilamina. Sentía el empuje contenido de aquella bestia bajo mis pies, sus ondulaciones, su carne líquida, maleable y prieta.

Caí rendido en la cama y dormí tres horas más.

Después salí de mi camarote vestido de John Black.

Me acerqué a las piscinas. Había gente; por las hamacas, sentados, exhibiéndose, solazándose, parlotteando. Elegí la hamaca más apartada en el otro extremo del parque. El sol se frotaba contra mis párpados y el cielo era amarillo. Pasó un buen rato hasta que reparé sobresaltado en que no debía exponerme de aquella manera ante cualquier enemigo que pudiera pasar por ahí. Entonces algo se interpuso entre el sol y yo; de pronto el cielo no me llegaba. Abrí los ojos despacio. El disco amarillo estaba eclipsado por la figura negra de un hombre. No tuve miedo; ya antes de identificarle sabía que ese hombre no era bueno para mí, pero también sabía que en aquel momento no me infligiría daño. Sabía las dos cosas del mismo modo irracional.

—¿Todo bien? —le oí.

Era la voz neutra del camarero del bar-mirador. Se inclinó hacia mí y entre los dos se formó una campana de sombra. Me fijé por primera vez en que iba rapado. Su sonrisa era la misma que la de la azafata que nos atendió a Surfer y a mí cuando fuimos en mi alucinación a la cueva del monstruo. Además me acordé de haberle visto a él también allí abajo, en las tumbonas del foso de la bestia, charlando con otro alienígena al que al final no pude identificar. De inmediato me pregunté y a continuación le pregunté a él qué era lo que hacía delante de mí, tapándome el sol con toda impunidad y dándome a entender que ellos se presentaban ante el enemigo cuando les venía en gana. Lo del enemigo aseguró no haberlo entendido; estaba allí porque me había visto desde el bar antes de retirarse en su cambio de turno, que era ahora. ¿Podía ser que aparte de no gustarme los eventos festivos que se organizaran en el crucero tampoco me gustara bajar a tierra en las distintas ciudades de destino? Lo mío era patológico. El camarero nunca había conocido un caso tan divertido. Eso fue lo que dijo, que le parecía divertido. También dijo que no quería importunar y que ya nos veríamos. No supe si su expresión era amable o abyecta ni pude encontrar en él asomo alguno de fisura. En su representación impecable aquel enemigo nunca reconocería que era mi enemigo.

La luz volvió a golpearme la cara y le vi alejarse. ¿Cómo debían de comportarse entre ellos cuando yo no los veía? ¿Cómo debían de ser sus conversaciones cuando yo no los oía? Paralela a la realidad que yo discernía, había una realidad alienígena que jamás alcanzaría a conocer porque mis sentidos eran diferentes de los suyos; esa realidad ya estaba sucediendo y lo hacía fuera de mi alcance. Una lucha que en mi realidad, en términos objetivos, estuviera igualada,

podía ser una lucha desigual en la otra realidad. Al desenvolverse los alienígenas en ambas realidades gozaban de doble información. Para mí era equivalente a tener dos contrincantes a la vez, uno visible y el otro no. Cuanta mayor conciencia tomaba de aquellos monstruos mayor desaliento sentía.

Comprobé que sobre mi posición, en consonancia con la explicación del camarero, quedaban los ventanales del bar-mirador y presentí que alguien me observaba desde allí. En el acto pensé en el alienígena que acompañaba al camarero en el foso de la bestia, el que no había podido identificar, y en el acto asocié su cara a la del hombre engominado. Salí de la zona de hamacas, subí las escaleras y ya en la planta superior, en una de las mesas de la hamburguesería, vi sentado a Carlitines. Se me olvidaron el bar-mirador y el alienígena. Pensé en globos, en la abuela del niño y en su cabello blanco. Las mesas y los bancos estaban soldados a una barra metálica fijada a la cubierta que corría paralela al parapeto de la borda. Carlitines apoyaba un brazo en la barandilla del pretil y miraba un paisaje añil, interminable, de agua y encabritados penachos de espuma.

Al llegar yo a su mesa se volvió y no me invitó a sentarme. Posó en mí la redondez de sus ojos con cara de continuar contemplando el paisaje.

—¿Qué pasa? —me saludó al fin.

—Aquí, descocado, buscando pareja en este cruce de gordas y gordos.

Con los labios hizo un mohín y asintió un par de veces bovinamente, como si tuviera frente a él a un perfecto imbécil.

—Veo que tú también has perdido el control —le insinué.

No se movió. Al igual que Surfer poseía la capacidad de hacerme volar, aquellos ojos poseían la capacidad de hacerme admitir que tal vez mi menda fuera un perfecto imbécil. Estaba en ello, planteándomelo, cuando vino un camarero. Dejó un vaso de líquido naranja delante del niño y se quedó mirándome como si estuviera frente a un perfecto imbécil. Yo parecía obligado a creer que lo era y me relajé. Pedí ginebra pero el camarero no se dio por aludido ni dejó de escudriñarme. Aguanté el reto con estoicismo hasta que dio un respingo, recuperándose de una especie de despiste, y se marchó.

No me molesté por lo que acababa de pasar. Un explorador no se debía dejar influir por lo que ocurriera al otro lado de su punto de mira. Un explorador se adaptaría para sobrevivir.

—¿En qué piensas, Holden Caulfield

[18](#)

? —le pregunté.

—En una ardilla.

Me reí, no pude hacer otra cosa. Bebió de su vaso sin acabar de interesarse por mí.

—¿Es una adivinanza?

—No, es algo horrible que haré dentro de unos años.

—¿Matarás una ardilla, quizá?

—Sí.

—¿Y eso es lo que será horrible?

—Sí.

Me tomé mi tiempo para adaptarme más. Matar una ardilla podía ser horrible para un niño de la edad que aparentaba Carlitines, pero Carlitines no tenía la edad que aparentaba, y si la tenía, no tenía los conocimientos propios de esa edad. Ésa era una de las pocas conclusiones, o mejor, corazonadas que podía extraer de sus apariciones fantasmagóricas. Si por una parte estaba seguro de que él sabía más de lo que dejaba traslucir, por otra lo estaba también de que sí sentía con la pasión de la edad que aparentaba. Era una combinación arriesgada porque saber ciertas cosas no era bueno para el corazón de un niño. Pudiera ser por eso que Carlitines

atendiera sin comprender y que observara el paisaje eléctrico del mar con el mismo estupor con que observaba mi rostro.

–Seremos tres niños que se adentrarán en el bosque en busca de aventuras –comenzó con tono intrigante–. Los otros dos serán hermanos, uno de mi edad y mi estatura y el otro más pequeño. El lugar será una de las manchas boscosas que quedan por las afueras de Madrid. Los dos niños mayores llevaremos una escopeta de perdigones cada uno y entraremos en el bosque con las armas cargadas.

Vi fugazmente a todos los animalillos del bosque corriendo despavoridos, fuera de sí, con ojos grandes y redondos como melocotones. Se lo dije al niño.

–Si fueras un animalillo no te burlarías.

–No me burlo, palabra de honor. Los veo correr.

–Porque correrán. Todo se alejará de nosotros, incluso el bosque, que se plegará y se retorcerá hasta convertirse en un cono de colores y de aromas de árboles. Estaremos lejos de todo porque seremos libres para cazar, que equivaldrá a ser libres para matar. En nuestros corazones de niño nunca se habrá desatado un deseo más ardiente ni morboso. Caminaremos entre los árboles con los sentidos agitados, buscando algo vivo, cualquier cosa, para matarlo. Pájaros, lagartos. Dará igual porque nuestras venas estarán llenas de deseo y de rugido, de alguna forma de odio, de sangre ciega. Aunque no nos pongamos a gritar de excitación, yo estaré a punto de hacerlo. Me contendré y sofocaré los jadeos, el vértigo; cerraré la boca seca y guardaré silencio. Avanzaremos bosque adentro escopetas en ristre, por el cono esquivo de colores y de aromas de árboles; yo marcharé el primero para no ver a los otros y sentirme solo, para desplegar aquel instinto en el que pondré todo mi ser y que nunca podré defender ante nadie.

Bebí líquido naranja con la pajita y me miró como si yo jamás pudiera dejar de ser imbécil.

–Caminaremos durante un buen rato sin ver una maldita rata –prosiguió–. El niño pequeño propondrá que volvamos a casa, nosotros no le haremos caso y los tres seguiremos progresando. En la clandestinidad el tiempo se mide más despacio, me parecerá que llevamos una eternidad trotando por el bosque cuando veremos asomar la silueta de una ardilla en la copa de un árbol. Después vendrá saltando hacia nosotros de rama en rama, con tal agilidad y sigilo que nos dejará boquiabiertos. Se detendrá sobre nuestras cabezas y desde allí nos contemplará, respaldada por círculos verdes y poblados racimos de sol. Me llamará la atención la suavidad visible de su pelaje, las proporciones de su cara y de sus ojos. También que no se mueva un milímetro y que nos mire con esa transparencia tonta de animalillo. Volveré la cabeza a mi izquierda; el más pequeño tendrá la suya levantada hacia la ardilla y no cerrará la boca durante un rato; el otro bajará la mirada de la copa del árbol y la dejará caer en la mía. Ninguno pronunciará palabra y sin embargo nos estaremos haciendo la misma pregunta el uno a los otros y cada uno a sí mismo. Estaremos pensando en límites, en prohibiciones, en autoridades, en alguna calidad moral, pero lo que en verdad nos conmoverá serán la clandestinidad y el ansia irrefrenable de abatir al azar un montón de carne caliente. Nos miraremos durante poco tiempo pero también me parecerá una eternidad. Después levantaré el cañón y efectuaré el primer disparo.

–Bueno, pues asunto resuelto, ¿no? Tampoco es tan terrible.

–Lo será; que no te des cuenta sólo demuestra lo embrutecido que estás. El otro efectuará el segundo disparo y el niño pequeño protestará sin que los dos mayores le hagamos el menor caso. Cada balín que le meteremos a la ardilla hará que esa nube de protestas, ruegos y lamentos crezca a nuestras espaldas. La situación se prolongará y el otro fenómeno y yo le acabaremos metiendo a la puta ardilla veinticinco balines cada uno. Se nos irá un poco de las manos. Cincuenta disparos, con sus segundos de demora y ejecución, son muchos segundos para un cazador joven.

–¿Es una alegoría o algo así?

–No, es una ardilla. A la que acribillaremos despiadadamente. La destrozaremos a perdigonazos con unos balines fabricados para matar piezas más pequeñas, que no serán letales de forma unitaria y que prolongarán la agonía del animal lo indecible; al final el sonido de los impactos ya no será sordo, sino húmedo; veremos más de una salpicadura de sangre y hasta algún jirón de tejidos que saldrá desgarrado de su cuerpo. El bicho caerá a nuestros pies como un trapo mojado. Luego miraré al otro asesino y con precipitación ocultaremos el cuerpo tibio, sedoso y empapado de la ardilla en un hueco entre dos rocas. Yo taparé la boca del hueco con una piedra y nos observaremos los tres en silencio. Pensaré que el tiempo de repente cunde más y que algo en mi interior, sombríamente, ha quedado saciado. Ninguno de los tres hablará en el camino de vuelta. Ni después, reunidos ya con nuestros respectivos padres. Cuando me vaya de allí veré desde la ventanilla del coche una extensión verde que lo tapa todo.

–Ajá –asentí–. Doy por hecho que voy a equivocarme, pero quizá la cosa fuera tan fácil como no pegarle ningún tiro a la ardilla. Cuando llegue el momento, claro.

–¿Qué conseguiremos con eso?

–¿No matarla, tal vez?

Se encogió de hombros. No estábamos hablando de lo mismo. Constaté que matar o no a la ardilla no era lo terrible para él. Lo sería el placer que experimentaría al hacerlo, entonces. O la fatalidad de que tuviera que haber testigos cuando gozara de aquel placer furtivo tan íntimo. No sabía, no me interesaba. Qué podía haber de terrible en la actuación de un niño cuando a mí se me estaban echando encima todos los alienígenas del averno. Eso sí era terrible. Y mi sed.

–¿Crees que el camarero me habrá entendido cuando le he pedido la bebida? –le consulté.

Me ofreció su vaso, me lo puso delante de las narices. Lo rechacé pero volvió a ponerlo delante de mis narices. Me di cuenta de lo que me estaba enseñando. Sobre el líquido naranja de su vaso flotaba un muñequito, una ardilla con la nariz roja que sonreía a carrillos llenos.

–¿Qué es eso? –le pregunté.

–Un cubito de hielo para niños. Por fuera son de plástico y están llenos de agua. Los congelan y los sirven en las bebidas infantiles. A que es graciosa, la puta ardilla –celebró con alegría la simpatía del muñeco y a continuación se dirigió a mí bruscamente transfigurado–: Hace falta muy mala hostia para traerme precisamente ese cubito.

Su última frase entró en mi cerebro y completó alguna otra frase que ya debía de encontrarse por allí, puesto que a mi alrededor se hizo la luz. Actuó como una llave. Carlitines no desconfiaba de la casualidad de que le hubiera tocado una ardilla en lugar de cualquier otro cubito con forma de animalito; denunciaba sin duda una intencionalidad tras ese cubito.

–Han sido los alienígenas –le sugerí. La frase salió de mi boca sin mi participación.

–Podría ser.

–¿Has tenido más contactos?

–¿Con los alienígenas? ¿Tú has tenido muchos? ¿Te parece normal que un viejo con los huevos pelados como tú vaya contando batallitas de marcianos? Seguro que en tu juventud viste un ovni; y debes de tener una foto.

–Cada uno cuenta las batallitas que le pican, pueden ser de marcianos o de ardillas. Si no han sido los alienígenas, ¿quién se supone que ha puesto el cubito en tu vaso?

–La casualidad.

Le diseccioné con los ojos.

–Hace un minuto has dicho que hacía falta mala hostia para ponerte ese cubito en la bebida. ¿En qué quedamos? ¿Es casualidad o lo ha puesto alguien con mala hostia?

–Lo ha puesto alguien con mala hostia, desde luego, pero no ha sido ningún marciano.

–¿Entonces?

–Lo más evidente.

–El camarero –probé; él me guiñó un ojo–. ¿Qué puede tener contra ti el camarero?

–Nada, obedece órdenes.

–¿De quién?

–Del mismo de quien las recibo yo.

Me eché hacia atrás y reí un poco, con gusto.

–¿Ves como al final todo esto era una adivinanza?

–Cualquier cosa puede reducirse a una adivinanza, Gordo, no seas tan listo que tendré que pedir ayuda.

–O sea que el que os da órdenes a los dos le ha ordenado a él molestarte con lo de la ardilla.

–Tal cual.

–¿Tienes algo que ver con el camarero del bar-mirador y el tío de la gomina?

–No.

–Pero sabes de quiénes te estoy hablando.

–Lo sé –se acercó a la mesa para apurar el vaso–. ¿Quién te dice a ti que son alienígenas? El de la gomina tiene una pinta de hombre-de-negro que tira de espaldas. Yo que tú le daría un par de vueltas, a ver si va a resultar que tenemos aquí más gente de la que hemos invitado.

Reí otra vez y él se puso en pie para marcharse. Añadió:

–Ah, y el camarero te ha entendido, pero ya se ha ido.

–¿Adónde se ha ido?

–¿Me lo preguntas a mí?

Me froté los ojos y pensé que podía ser bueno que Carlitines desapareciera.

–¿Por qué la primera vez que nos vimos no cogiste ningún globo de los que te ofrecí?

–Por si eran joyas.

–¿Qué joyas?

–Las que tú dices que no hay que coger.

–Las joyas no las doy yo. Los globos no eran joyas.

–Corría el riesgo de que te volvieras un bicharraco y me pegaras cuatro bocados. Por si acaso.

–Entonces sabes lo del animal...

–Sí, yo también sé algo de bicharracos.

Antes de colocarse los auriculares en las orejas me sonrió. Cuando pasó por mi lado oí un violín. Más gente de la que hemos invitado.

La frase resonó en mi cabeza como la cuerda del violín, cortando circunvoluciones, fileteándome el seso. Era importante preguntarse por la identidad del tipo que daba las órdenes al camarero de la hamburguesería y al niño, naturalmente; tan importante como eso, aunque no lo pareciera, era averiguar por qué el vaso vacío del niño no estaba ahora en la mesa. Desde que había subido a aquel barco me encontraba sepultado por cosas importantes. Era importante saber dónde estaba ahora Silver Surfer y con quién estaría derrochando su virtud. Lo era también oler un mar voluptuoso preñado de sal y de olores verdes. Era importante pensar en mí, en el animal desatendido, en el astronauta desolado y temeroso. Había tantos frentes importantes que al final ninguno de ellos lo era de forma sobresaliente. El sol volvía a ser amarillo y calentaba mis párpados; por más criaturas que se interpusieran entre él y yo la luz y el calor se mantenían; por más parajes tenebrosos que cruzara, mi camino era el correcto, me lo decían la estanquidad de mi uniforme, mi levedad angelical y la brújula que llevaba entre mis guantes. Me lo decía también una fe inquebrantable que me sostenía en los trances de abatimiento: mi fe en mí.

Cuando entré en el bar-mirador me entristeció la visión gris de la ciudad a través del cristal. Por suerte sólo existía en el lado de babor. Me senté en el otro lado y eché una ojeada a la sala. Ya empezaba a lamentar no haberme encontrado con el hombre de la gomina cuando me percaté de que él sí me había localizado a mí. Estaba en la barra central, en aquel lado de babor, detrás de unos tiradores de cerveza. Me levantó su copa y acepté emocionado la invitación.

Mientras caminaba hacia él me dije a mí mismo que los hombres de barra siempre están en la barra y que por tanto coincidir con él allí a horas tan tempranas no era en principio algo de lo que debiera desconfiar. Y si lo era me la tenía que traer floja. De lo que debía desconfiar meridianamente era de él, no de los factores que nos habían reunido; había una trama alienígena organizada que se encargaría de que los factores siempre fueran los idóneos para sus intereses. Aquel sujeto me esperaba, y me esperaría, aquí o en cualquier otro escenario. Me senté a su lado, los dos de espaldas a la ciudad.

—¿Se divierte? —comenzó él.

—¿En el crucero?

—No, el día de su cumpleaños.

—Me entretengo. Divertirme, lo que se dice divertirme, no me estoy divirtiendo nada, pero tampoco tengo tiempo.

—Podría visitar alguna ciudad...

—¿Para qué?

—Veo que hoy ha venido conciliador.

—¿El otro día no lo fui?

Se puso a reír. Era una risa de cuatro whiskys. Pronto para llevar cuatro. Él sí estaba conciliador. Reduje la velocidad y le pedí una ginebra al músculo con piercing que frotaba vasos detrás de la barra. Ése no era peligroso. Había muchos alienígenas como aquél, escasos de talento y/o habilidad, deficientes. No debía haber resquemor hacia ellos. No eran alienígenas con mayores facultades para el disfraz ni tenían otros cometidos, no, eran deficientes. Cómo reí. Probé la ginebra y entre las dos quejas que solía sacar a relucir elegí la segunda, que la ginebra estaba caliente.

—¿Quiere hielo?

—A estas horas la ginebra se toma sin hielo, como el aguardiente. No es la ginebra lo que no está bien.

El músculo se quedó quieto delante de mí, devotamente atento y voluntarioso, como si captar algo de lo que se cocía a su alrededor estuviera dentro de sus aptitudes.

—El tiempo —le ladré—, lo que no está bien es el tiempo, ¿lo entiendes?

No me contestó.

—La ginebra está como tiene que estar. Sois tú y el tiempo los que no estáis a punto. Al tiempo le hace falta frío y a ti te hace falta casi todo.

Se alejó enojado guardándome la mirada. La ofensa la sintió. Uno podía no saber sumar, pero sabría detectar, reconocer o crear a un enemigo. Uno podía no saber leer, pero sabría follar. Todos, incluso el babuino mutante de detrás de la barra, éramos supervivientes y sabíamos, porque era connatural, follar, comer, ofendernos y hasta reír, o luchar hasta la muerte en condiciones extremas. Sabíamos procrear aunque no supiésemos educar. Sentir, aunque no supiésemos amar. Mentir, aunque no supiésemos salvarnos.

—¿Qué le ha hecho el muchacho? —intercedió el hombre-de-negro cuando el otro ya no nos oía.

—Me ha guiñado un ojo, algo así como muy cariñoso, no sé si me explico.

—¿Está bromeando?

—Desde ahí no ha podido verlo, un escándalo mayúsculo.

No quiso replicar. Tampoco me creía, eso lo aceptábamos los dos.

—¿Cómo habría actuado usted?

—Habría conciliado con él —contestó—, no hay otra opción.

—¿Discutir con él? ¿Matarlo?

—Ésa es la reacción del fanático.

—¿Qué fanático?

Se ladeó hacia mí y sonrió.

–Si la vida consiste, pongamos, en poco más que encontrarse con personas y conciliar, existe el peligro de toparse con un fanático. Uno se encuentra con una persona, concilia y sigue su camino hacia otra persona, con la que vuelve a conciliar; y así sucesivamente. Siempre hay un punto de encuentro. Cuando das con alguien con quien no llegas a un punto de encuentro, te has encontrado con un fanático, y entonces no hay más solución que matarse. Si te topas con un fanático, mal asunto.

–A lo mejor el fanático eres tú –le planteé–, y el infeliz que tú creías fanático es sólo el primer hombre que se ha atrevido a plantarte cara.

Se rió otra vez. Agregué:

–A lo mejor los demás callaron y conciliaron por miedo. Que no haya punto de encuentro no implica que el fanático sea el otro.

–Sí, qué más da.

–¿Puedo preguntarle cuál es su profesión?

–Editor. Era editor –mi sonrisa le interrumpió–. ¿Es gracioso?

–Al contrario, eso explica un par de cosas. Escuche –le tomé por el brazo–, es usted muy bueno –a su extrañeza respondí echándome despacio hacia atrás y asintiendo con convicción; los cinco whiskys por los que él iba con probabilidad estarían asintiendo también a mi alrededor–. Sus superiores deben de estar muy contentos con usted.

–Ya no tengo superiores.

–La huida, claro, lo olvidaba. ¿Lo ha abandonado todo?

–¿Cómo se llama?

–Viggo, si le dijera John Black no me creería. Se acuerda de John Black, supongo, ese astronauta al que le gusta recibir. En realidad si se piensa bien a todos los astronautas les gusta recibir. Quién si no iría al espacio en una nave espacial, y no lo digo por la aventura rematadamente incierta de salir al espacio, sino por la temeridad de meterse en un artefacto construido por el hombre. ¿Ha leído *Los infinitos*?

–¿De Banville?

–No, de Philip K. Dick.

Puso ojos vaporosos, musitó:

–Me suena –rió, inseguro, ido, con rastros de modorra.

–¿Está hablando en serio? ¿Sólo le suena?

Me dijo que sí.

–Tres astronautas descienden a un planeta semejante a la Tierra, pero despoblado. Mientras se preguntan por qué no hay signo de vida cuando las condiciones se antojan favorables, descubren que están siendo objeto de radiaciones provenientes del planeta. Aunque huyen en la nave, ya es tarde, están afectados por ellas y mutan físicamente. En sólo unas horas pierden las uñas, el pelo, los dientes y la vista. Sin embargo aquello no es una corrupción, es una evolución. Desarrollan la sensibilidad de los dedos y la capacidad intelectual. ¿Le suena más?

–Algo más. ¿Es muy importante?

–Qué.

–El cuento. ¿Me lo va a contar entero?

–Ya lo he soltado, llega tarde. Le advierto que ahora mismo se me ocurren muy pocas cosas más interesantes de las que hablar. Tampoco tengo por qué hablar. ¿Le molesta que hablemos del cuento?

–Quería saber si debía prestar especial atención, hablaba para mí. Lo he entendido, lo recuerdo: aterrizan, reciben la radiación, huyen, mutan y evolucionan.

–Ahí estamos. Pero es hacia el final de la historia cuando se dan cuenta de que es una evolución, hasta entonces las pasan canutas porque se han transformado en monstruos y van de regreso a la Tierra. Van hacia el único punto del universo conocido en el que pueden ser considerados

monstruos. Un amigo mío también las está pasando canutas porque dentro de unos años matará a una ardilla. Yo le he recomendado que cuando llegue la ocasión no la mate y de esa forma podrá dejar de sufrir, pero lo que le he dicho no le servía. Lo mismo se les podría haber dicho a los astronautas del cuento: no volváis a la Tierra y no seréis monstruos. Me temo que también habría sido en balde. Matar a la ardilla y volver a la Tierra es obligado hacerlo, ni siquiera saber de su perjuicio podrá impedirlo. Somos esclavos de fuerzas oscuras, eso es seguro. Pídale un whisky al muñeco hinchable, le veo decaído; a usted, no al muñeco.

Movió la cabeza, hizo un gesto con dos dedos y al punto apareció el macaco. Me seducía el brillo de su piel, la armónica coordinación de sus músculos y su desplazamiento bajo aquella piel como anacondas emergiendo y zigzagueando por el lodo, con esa lubricidad y ese poder. Le alargué mi vaso y lo tomó sin echarme siquiera una ojeada. Al devolverme la copa rodeé su mano con la mía. Noté cómo se tensaron los tendones bajo mis dedos, vi cómo se apretaron sus mandíbulas y percibí un leve temblor en su brazo. No conseguí adivinar si en su indignación, hasta en su ira, había un punto de fragilidad. Se deshizo de mi presa con un movimiento de muñeca y se alejó de nosotros.

—No he visto que el muchacho le dedicara ninguna sonrisa cariñosa —me reprochó el editor—. ¿Puede ser que le cogiera usted la mano?

—El muchacho y yo estamos destinados a encontrarnos, ésa es su ardilla particular.

Caí en que no sabía su nombre.

—Barrell —me contestó—; no le busque sentido porque es un seudónimo.

—Suenan serio y selecto.

—¿Verdad?

—¿Lo que lleva en el pelo es gomina?

—Espuma.

—Entonces esconde usted una identidad... Al seudónimo, me refiero.

Desde una sonrisa lacia, adormecida y etílica Barrell se preguntaba quién era yo. El muchacho, en el otro extremo de la barra, me daba un perfil huraño y remolón. Yo, con mi segunda ginebra, pensaba en los cincuenta balines que le iban a meter los chavales a la ardilla.

—¿Por qué quería hablarme del cuento? —dudó el editor.

—Porque habla de monstruos. Usted me preguntó el otro día si yo era un monstruo y le dije que sí. Pero lo soy aquí, en este planeta. Si me voy, ya no lo soy. Eso es lo que viene a enseñarnos el cuento.

Se rió y negó con la cabeza. Aquél era un punto de interrupción o al menos así lo subrayaron sus ojos, hipnóticos de pronto como los de un búho. Se acercó a mí y con la sonrisa pulposa me replicó:

—No, no me lo has contado por eso.

Pese a que todo apuntaba hacia alguna maquinación, no me intimidó. Acepté encantado el tuteo. Era mío.

—Te lo estás pasando en grande —le espeté.

—He bebido lo suficiente.

—No, no te lo contaba por eso, tienes razón, Los infinitos no es un cuento de monstruos circunstanciales. Te lo contaba por los hámsteres.

Con los ojos otra vez velados admitió recordar que en efecto había ratones en la historia. Le refresqué las ideas:

—Lo primero que hacen los astronautas al tomar tierra en el planeta es exponer a unos hámsteres a su atmósfera. En cuanto se percatan de que los ratones se han quedado tiesos en sus jaulas emprenden la huida. Incluso alguno de los astronautas o los tres llegan a quedarse también rígidos temporalmente. Al recuperarse, los astronautas empiezan a experimentar cambios físicos hasta que se convierten en monstruos. Cuando uno de ellos descubre que no se

están pudriendo, sino que están evolucionando, dejan de ser monstruos y pasan a ser hombres del mañana u hombres del futuro. El caso es que han evolucionado, ¿estamos de acuerdo en eso? –esperé en vano que el editor dijera algo; abría y cerraba los dedos alrededor de su vaso para no perder contacto con la realidad; reconsideré si el tuteo y la borrachera formarían parte de una artimaña de la que debiera cuidarme o tan sólo habían sido consecuencia y causa, tal como parecía, de un patinazo de neuronas–. Catalizada por la radiación, la evolución que experimentan los astronautas en unas horas es equivalente a la de miles de años en la Tierra, y aun así, encarnando al hombre del futuro, presumiblemente a salvo de los comportamientos más salvajes y atávicos, insuflado de inteligencia, los humanos no pueden librarse del egoísmo, esa virtud irrenunciable, y se enfrentan entre sí. ¿Lo recuerdas? ¿Estás aquí?

–Sí –recordó o confirmó Barrell.

–Pero entonces aparecen unos seres superiores –avancé.

–Los hámsteres –exclamó abriendo los ojos.

–Los hámsteres –concedí; le examiné; fuera cierta su embriaguez o falsa, e incluso más allá de eso, fuera cierta su identidad alienígena o falsa y, más allá de eso, fuera cierto que me encontrara ante un enemigo desalmado o falso, habría jurado que aquel hombre no me había mentado desde que entré en el bar; aun así, no me fiaba de él, cómo iba a poder hacerlo si era editor; es broma, cómo río; cómo iba a poder fiarme de él si llevaba espuma en el pelo; era broma de nuevo; no me fiaba de él porque era un hijo de puta alienígena que en cuanto me despistara me hincaría sus huecos tentáculos en el pecho para chuparme las entrañas–. Aparecen unos ratones que al haber sufrido las radiaciones del planeta antes de que las sufrieran los astronautas, les llevan camino ganado. Los ratones han evolucionado más en proporción absoluta y en proporción relativa y se han convertido en manchas de energía; han desarrollado inteligencia y gracias a una capacidad intelectual superior interrumpen la lucha entre los humanos, les dan cuenta de la situación y les devuelven por arte de magia a su estado físico anterior a la evolución, es decir, al de hombres ordinarios. Los pobres ratones no tienen más remedio que despojar a los astronautas de su evolución para evitar que sean todavía más dañinos de lo que ya lo eran. Y de paso les devuelven su aspecto, el corriente, el de los hombres que no son monstruos, para que regresen a la Tierra sin miedo a ser considerados distintos. ¿Has pensado que tal vez el hombre nunca evoluciona porque hay al menos una inteligencia superior, no divina por necesidad, que en cuanto nos ve asomar el hocico hacia esa evolución nos lo aplasta de una hostia? ¿Crees, dicho de otro modo, que el hombre no se ha extinguido todavía porque algún otro ente lo tutela? Dicho de la manera más directa: ¿Eres un hámster, Barrell?

Complacido, con los labios rojos y húmedos y la mirada diluida en éter, Barrell podía no estar escuchándome.

–Philip K. Dick estaba todo el día colocado –murmuró.

Un motivo más para desconfiar de Barrell. Estaba en la conversación y sí que me estaba escuchando, atento como una cobra.

–Por eso escribía esas cosas tan interesantes –defendí yo; le lancé una sonrisa picarona al camarero y le pedí con la testuz que se acercara; vino enfurruñado, guarrón; antes de que llegara le desafié–: Ponte unas copas del tiempo, a ver si esta vez con un poco de suerte las sirves frías. Pon tres, ¿aceptas invitaciones de clientes?

–No, señor, esto no es un club de carretera...

Los dos rompieron a reír y yo me sentí excluido. Iba a ser víctima de una desacostumbrada sensación de ridículo, pero me fui antes. Salí al exterior como buen astronauta, ordené el universo a mi alrededor y presté oído a la burla maligna del megamarciano que manejaba a aquellos dos y del que ya me había prevenido el mero, ese otro amigo mío. La risa y la empatía que habían brotado entre aquellos dos pájaros no eran una fisura y en cambio sí eran una

desvergonzada declaración de guerra, de fronteras que yo no podía traspasar. Miré al espacio pero Surfer no iba a aparecer surcándolo sobre su tabla, andaba malogrando sus dones con alienígenas deficientes. Estaba solo. Con piadosa indulgencia hacia mí mismo echaba vistazos a mi espalda por si regresaba alguno de mis compañeros de expedición.

John Black estaba solo y permanecía en suspensión en el aire a unos palmos del suelo. Las risas ya decadentes se oían a través de la radio de su casco. Su voz salió al exterior filtrada por algún dispositivo electrónico:

–Vengo en son de paz –anunció a las desconocidas criaturas–. Ahora bien, os advierto que ante el menor signo de hostilidad reaccionaré con violencia, no conocéis al animal que hay en mí.

Pausadamente la atmósfera de la Tierra devolvió al camarero su pose anodina y a Barrell su sonrisa. Volvían a escucharle, uno a disgusto y el otro escéptico.

–No te pongas así –ronroneó el editor–. Tienes que entender que al chico no le gustan los señores de cierta edad.

La risa volvió a entrecortarse al entrar en el casco. El camarero resopló y casi silbó al contenerse; Barrell relinchaba. Después, más solemne, apuntilló:

–El verdadero motivo por el que se debe recordar ese cuento es por la idea de que toda criatura lleva en sí el hilo de la evolución, tal como dice uno de los astronautas. ¿Sí?

El macaco se marchó. John Black se propulsó con los cañones de aire del traje hasta quedar enfrente al editor.

–Sí –admitió–; digamos que ésa es una de las ideas.

–Lo que les lleva a esa conclusión es el hecho de haber evolucionado sin haber estado expuestos a factores externos, ya que todo transcurre en el mismo entorno, en la nave. Como el medio no ha sido relevante en su tremenda evolución entienden que ésta no obedece a un proceso de adaptación, sino a una expresión, a una exteriorización natural del ser humano. La llevamos dentro.

–¿Todo eso lo has recordado de repente?

–¿Sabes algo de selección natural?

–¿De Darwin?

–No, de Dawkins –se regodeaba devolviéndome mis preguntas, mis chascarrillos–. En nuestro interior llevamos un germen, que es el que manda, el gen. Los seres vivos sólo somos medios para la transmisión de esos genes; somos sus vehículos, meras máquinas de supervivencia. Nos habitan porque no hay desarrollado un medio mejor para albergarlos. La evolución humana se produce orquestada por ellos para mejorar su hábitat o sus fines, pero el objeto genuino sobre el que actúa la evolución es el gen. Nosotros somos el coche del que cambian cuando saltan a través de los espermatozoides y los óvulos a otras máquinas de supervivencia que luego nacerán. ¿Puedes imaginar al gen invadiendo a un feto?

–Parasitándolo.

–Sí –Barrell perdió la mirada.

El astronauta había dejado que el editor se emocionara. Entonces, con elocuente desgana, volvió a oírse su voz a través del filtro electrónico:

–Por lo que tengo leído Dawkins no tiene mucho crédito, me remito a lo que dice una auténtica máquina de pensar llamada Mario Bunge; aduce que Dawkins no sólo no es científico, sino que tampoco es divulgador, dado que las ideas que expone de la ciencia son una versión propia y por lo tanto particular. Que ni siquiera son objetivas. A mí si te digo la verdad me da igual. No necesito que nadie me diga que soy una máquina de supervivencia, es algo obvio. La duda es si esa máquina es propia o corre por cuenta ajena. La máquina de Dawkins sería más humillante para el hombre puesto que ventilaría de un plumazo su afán de protagonismo. Existiría por y para el gen y no representaría para él mucho más que los factores externos. El acierto de este tío está en el cambio de perspectiva. Ser la única criatura conocida capaz de pensar no implica

ser la criatura central o principal del universo; así como pensar no es el proceso superior de la vida. La fuerza bruta y la violencia subyacen siempre en la inteligencia y son los elementos últimos de salvación. Lo fueron en el origen del hombre y permanecen en él, agazapadas, por si falla el ejercicio de la especulación. Cuando el astronauta fracasa, regresa el animal. Cuando fracasa la comprensión, nos queda la destrucción.

—El gen es el hilo de la evolución del que habla Dick. Todo está incluido ya en él, es una definición.

—Te vuelvo a hacer la pregunta: ¿La máquina es propia u obedece a otro? ¿Hay alienígena dentro o el hombre es así de aterrador e incomprensible por mérito propio?

Barrell se balanceó; aproveché el momento para volver a mi cuerpo, cual gen invasor, y me aproximé a él para insistir:

—El hombre puede ser esclavo del gen o de otra especie que lo tutela, la cuestión es la misma. Lo controla el gen o lo controla el hámster. Desde el interior o desde el exterior. Podría no ser un esclavo, pero esa opción es racionalmente irrisoria. ¿Quién crees que hay ahí debajo, Barrell? Te repito: ¿Eres un hámster?

—Si fuera uno de ellos te volvería mudo y no podrías hacerme esas preguntas.

—Quizá tengas menos poder que los hámsteres del cuento.

—Entonces te dejaré con la duda. ¿Quieres otra copa?

—Ahora no —me froté la cara, agotado por salir de mi cuerpo y volver a entrar.

Llamó al camarero y éste le sirvió otro whisky. Mi táctica no servía con Barrell, el derrotero por el que se deslizaba la conversación le sería favorable a él. El enviado del megamarciano era poco o nada sensible a mis provocaciones y corroboré que él no tomaría en ningún caso la iniciativa. No me daría facilidades y en cambio podía verse obsequiado con cualquier desliz que propiciara mi verborrea.

—¿Cómo te llamas, chato? —le pregunté al camarero.

A regañadientes, dejando patente que responder al cliente era una imposición de su puesto de trabajo, me documentó:

—Mario.

—¿Bunge, por casualidad?

—¿Perdón? —la pregunta salió de su boca antes de procesarla; en el acto se apercibió de que la mía, para variar, no tenía mayor propósito que incomodarlo o ridiculizarle—: ¿Desea algo el señor?

No me quedaban ganas de jugar con él. Me lo estaba poniendo en bandeja, pero el otro cabrón seguía allí y a pesar de aparentar por momentos mantenerse a mucha distancia de nosotros, estaba tan cerca que casi podía sentirlo dentro de mí, como el gen. Debía retirarme, cualquier otra acción sería desventajosa.

Agarré al astronauta por los huevos y se los retorcí mil veces. Al soltarlo salió volando por la sala; sus huevos giraban como una hélice mientras él lanzaba inútiles chorros de aire para contrarrestar la propulsión genital. Se golpeó y rebotó por diversos puntos del bar hasta que su cabeza quedó atrapada entre las piernas de una mujer. El cuerpo quedó ingrávido oscilando arriba y abajo como un globo.

A la impresión de decepción de las primeras horas de la mañana se sumaba ahora la certeza demoledora de que jamás lograría poner al descubierto la amenaza alienígena, de que jamás quebraría una sola línea de aquella realidad ideada y materializada por una mente privilegiada. El camarero hinchable era tan incuestionable, tan intachable en su deficiencia como lo era Barrell en su astucia. Los bailarines de la sala de baile no podrían haber sido mejores ni más verosímiles de lo que lo habían sido, los comensales del comedor no podrían haber ejecutado una representación mejor ni más verosímil que la que habían ejecutado. Cada mónada, cada efluvio de realidad encajaba con los demás o los suplantaba sin vacíos intermedios, como si

ésta se reproduciese sin fin sobre sí misma. Era un vapor que no cesaba, un líquido espeso y ubicuo, un universo hecho de mar y de promesa.

Me despedí de la polla andante y del editor. Sabía que no me atacarían a traición mientras yo mismo no me delatara. El camarero celebraba mi marcha y Barrell la deploraba. Camino de la salida el astronauta flotó a mi derecha y corrió a mi lado sin gravedad.

–He tenido que usar el láser contra esa mujer –me informó con su voz electrónica–. Pero no la he matado.

–¿Ni siquiera la has matado?

Hubo un silencio. Oí acabar mi frase en la radio mugidora, detrás del cristal tintado de la escafandra. Mi cara y el brillo emergente de mis ojos se reflejaban en él. Echaba de menos a Silver Surfer, su ausencia se apreciaba en mi reflejo con idéntico relieve que mi nariz ganchuda.

–Mi arma no le hacía daño –se lamentó John Black; trotaba a mi lado.

Me metí el cañón láser en la boca y apreté el gatillo denodadamente.

[18](#)

El guardián entre el centeno, J. D. Salinger.

La elección circunspecta

Ellos estaban allí y yo también estaba allí. Aquella perogrullada acarreaba una verdad lacerante y cruda que a mí especialmente, por mi sensibilidad a flor de piel, por mi espíritu delicado, me sobrecogía.

No me enteraba de nada, pero sabía que el enemigo estaba ahí y que yo también estaba. Sabía que el mar nos recogía y que rodeaba el barco también por el aire, triturado en partículas; sabía que el mar era un caldo que olía a hembra, a peces, a ostras, a trimetilamina y a una siniestra fertilidad.

Entré en el comedor, subí a la primera planta y vi de lejos que mi mesa estaba ocupada por una rubia. No había nadie más sentado a ella, los otros aún no habían llegado. Aquello era una vez más sospechoso. Tanto me lo pareció que el astronauta aprovechó mi titubeo para adelantarse hacia la mesa brincando cual gacela espacial. Al acercarme, la mujer se levantó y con una sonrisa de oreja a oreja me explicó algo en alemán que tenía que ver con la mesa, puesto que la señaló reiteradamente con su índice. Pensé que aquel trozo de carne blanca era un manjar para mí, que lo habían dispuesto para mí. El astronauta, sentado entre los dos, me lanzaba risas electrónicas de manera intermitente y gesticulaba como si se estuviera masturbando.

Invité a la rubia a tomar asiento y me senté junto a ella. Alcé la mano para avisar a un camarero y le pedí una ginebra con hielo. Luego miré a la rubia, le dije *Tú qué* y pidió cerveza. En inglés. El astronauta no paraba de reírse y masturbarse sin gravedad, a cámara lenta.

–*Do you speak English?* –me preguntó.

Le podía haber dicho que sí y darle conversación, pero le dije que no. Entonces la muchacha se señaló despacio a sí misma un par de veces, se puso en pie, señaló despacio la silla otro par de veces y terminó: *OK?*

Me estaba pidiendo permiso para quedarse allí, debía de haber embarcado aquel mismo día y estaba tan perdida como lo había estado yo en mi día de embarque. Vi de reojo que el astronauta me enseñaba los dos pulgares levantados a modo de aprobación y oí su voz de máquina repitiendo: *Es mía, no me jodas, nunca te he pedido nada.*

–*It's not OK* –le solté.

Quedó un poco desorientada y amagó con ir a sentarse, pero reaccionó a media altura, se irguió y me perforó con sus ojos azules. No lo comprendía. Cogió su bolso del respaldo de la silla y se marchó. A los pocos pasos le grité:

–*It's a joke.*

Se detuvo de golpe. Dio sólo un cuarto de vuelta y así, de perfil, me miró por encima de su hombro como si el alienígena fuera yo. La oí murmurar: *What a...* Le hice señas para que retrocediera, le dediqué unas muecas y como estaba adiestrada por las fuerzas magnas siderales me mostró su lado más conciliador, aquél que habría encantado a Barrell: me sonrió. El camarero pasó por su lado y depositó nuestras bebidas en la mesa. Cogí mi vaso y lo sostuve en alto aguardando un brindis. Ella regresó sonriente, se dejó caer en la silla que había ocupado antes y exclamó:

–*So you do speak English...*

–No.

Se echó a reír y yo la acompañé. A juzgar por los ecos electrónicos que llegaban a mis oídos el astronauta estaba a punto de correrse. Agnes, dijo ella. John Black, dije yo. Otra vez se echó a reír y la risa fue menguando a medida que se recostaba en la silla. En verdad el enemigo conseguía aquello que se proponía porque yo estaba a gusto con aquella alemana alienígena. Ella también; por misión y presumí que incluso por placer.

Tuvimos tiempo de tomar una segunda ronda hasta que llegó Eva. Se acercó a nosotros como un ángel caminando entre las nubes, tales eran su aura y su primor. Saludó a la alemana mientras se sentaba y ésta le respondió en inglés.

—Está sola en el mundo —le aclaré a Eva—; he pensado que podemos acogerla y darle cariño, pero si te molesta la saco a patadas.

—No —contestó con timidez—, está bien. ¿La acabas de conocer?

—Yo a ella sí. Ella ya sabía de mí.

La pelirroja me sonreía de corazón a mucha distancia del barco, obnubilada, enterrada a mucha profundidad en la vida. En su cara había una capa arcillosa de felicidad y en su cerebro no me costó intuir que se contoneaba alguna esencia plateada.

—¿Sabes dónde está? —la abordé.

—No —se retrajo al decirlo; no supe si por vergüenza al percatarse de la transparencia de su pensamiento o por decepción al constatar que yo tampoco sabía dónde se encontraba Surfer.

Antes de que yo pudiera detectarlos Anselmo y Amalia se abalanzaron sobre nosotros. Tuve que inclinarme a un lado cuando él se nos tiró encima para saludar y presentarse a la rubia. Pensé que me atacaba. El astronauta no tuvo tanta suerte y acabó en el suelo ayudado por un rodillazo de aquel energúmeno en las costillas. Amalia era un espectro andante y una máscara inmisericorde de desdén. Moviendo apenas los labios le preguntó a Eva:

—¿Silvia no viene?

—No, ella también tiene derecho a estar mal.

Me sorprendió aquella pulla de la pelirroja, no tan sutil como descarada, y más que la perpetrara con cara de pajarito. Compartía conmigo el desprecio por Amalia, y su marasmo mental a causa de Silver Surfer, otra afición que también compartía conmigo, no era óbice para manifestarlo. Me gustaba porque en su ternura, tenía valor. También era francamente bella en términos objetivos. Era un material refinado y valioso que podía proporcionar a cualquiera, hombre, mujer o animal, un gran festín.

Para mi tranquilidad Anselmo hablaba un par de idiomas y se enzarzó con la rubia en una conversación en alemán para mí inaccesible. El entorno era paradisíaco: Anselmo se centró en la alemana, Eva y yo nos mirábamos y Amalia estaba sola.

—¿Qué habría pasado si Silvia hubiera venido? —me interrogó la arpía.

No entendí la pregunta. Consulté a Eva con la mirada y ella cabeceó señalándome a la rubia. Que qué habría pasado si Silvia llega a venir y no hay sillas para todos, ya que Agnes ocupaba su plaza, eso era lo que quería decir Amalia.

—Bueno —comencé—, ése es un problema sencillo para un camarero. Se le llama, se le expone y él habilita un cubierto más en la mesa cagando leches, antes de que acabes la exposición. Un camarero es un hombre que dedica su vida a servir a los demás aquello que no pueden encontrar en otro sitio, es algo más que un confesor y un terapeuta. Es un druida y debes confiar en el druida. Si lo haces, tendrás lo que necesitas; en caso contrario verás marcianos por todas partes y te hundirás en un mundo de dolor. Es lo que me pasa a mí, pero tú no sabes ni de qué te estoy hablando. Tú, querida, o no has tomado una copa en tu vida o te las has tomado todas, seguro que no me discutes uno de los dos extremos. No hay de qué preocuparse si un camarero anda cerca. La rubia y yo nos estábamos poniendo tibios, ¿puedo invitaros a un copazo? —incluí a Eva con un golpe de cabeza—. Si me dices que no aceptas invitaciones de clientes me tiro por la borda, hoy ya me han rechazado.

—¿De clientes? —se indignó—. ¿Que si no acepto invitaciones de clientes? —a Amalia, cuando se enfadaba, se le abrían las narices como a una cerda; si se le hubieran abierto como a una ardilla unos niños buenos se habrían cruzado con ella un mal día, el primero en que fueran a matar, y le habrían metido cincuenta balines en el cuerpo. Amalia no era buena y por eso había sobrevivido hasta ahora quién sabía a costa de cuántas ardillas. Una persona normal necesitaba un druida, ella necesitaba un matarife.

—El que me ha rechazado es un camarero y yo era en ese momento su cliente —le expliqué.

—¿Te ha rechazado un camarero? —se escandalizó y burló; por primera vez la oí reír.

Tontear con aquella mujer era tocar las orillas de ese delirio humano que lo absorbía todo. Desgracia como la suya por ser quien era habría sido motivo suficiente para cualquiera para rociarse de gasolina y prenderse fuego. Sin embargo la soslayaba y todavía encontraba razones para reírse de mí. Había un gen humano, seguro, capaz de representar en su máquina de supervivencia un brote de locura y capaz, además, de coordinarlo con los brotes de locura del resto de los humanos de forma que encajase con ellos para que pareciera que no sucedía nada. Amalia era una mala puta.

Aún reía cuando le respondí:

—Me ha rechazado un camarero, como lo oyes. Lo que no sabe ese camarero es que será mío tarde o temprano. ¿Te puedo preguntar qué es lo que te hace tanta gracia? ¿No te gustan los camareros?

Su risa era femenina y límpida.

—Ya no sé a quién le gustan más... —esta vez se dobló de risa.

Yo también reí a golpes. Eva lo hizo como un hámster de *Los infinitos* y temí que con su poder nos devolviera a Amalia y a mí a una evolución anterior en la que no fuéramos monstruos.

—Te hago falta —me reveló el astronauta—, ábreme tu corazón.

De repente allí había mucha gente. Acaso hubiera más de la que habíamos invitado como había predicho Carlitines. Por si fuera poco la alemana se había desinhibido con un Anselmo incontenible y se hacía notar en toda su envergadura de superestructura teutona, gesticulando al hablar y echándose adelante y atrás en su silla.

Debía convencer a Silver Surfer de que permitiera a Galactus devorar este planeta, era un flujo natural y necesario, una búsqueda de equilibrio. Al fin y al cabo el rubio tenía que considerar que estaba traicionando a su señor, con quien había contraído un compromiso a cambio de que éste no devorase el planeta Zenn-la. Silver Surfer tenía sentido como siervo de Galactus surcando el espacio en busca de planetas con vida para él. No tenía sentido como tripulante de aquel barco y protegiendo a la humanidad.

—Amelia —le dije; no me corrigió—, tu forma de pensar te conduce a un final agónico. Los músculos y la piel del camarero eran configuraciones bellísimas de la naturaleza y quien diga lo contrario miente. Si no sucumbes por tu forma de pensar lo harás por tu ineptitud. No es que hayas llegado antes que los demás y te aburras; es que te has quedado atrás, sola, y además no entiendes. El camarero era maravilloso y te puedo asegurar que obraría milagros en un cuerpo estragado y suplicante como el tuyo. Todavía no me has dicho si aceptas mi invitación.

—Por qué no —se sonreía todavía y se pasaba un dedo por debajo de los ojos.

Consumimos esa ronda y silencios racheados. Anselmo y Agnes habían montado un club privado de atención y simpatía recíprocas y se alejaban de nosotros. Comí desganado, sin hablar demasiado, sin estar allí.

Esperábamos el café. Eva lucía; era oro fundido, una estrella en eclosión que me retrotraía al islote de fuego que había compartido con Silver Surfer. Los dos concurríamos en una forma de amor hacia el vigilante del universo. Me vinieron a la mente las praderas habitadas por adolescentes que también eclosionan, el aire que los mece entre las esporas, los primeros metros cúbicos de vacío y de soledad que les trae un futuro que surge. Mis entrañas se hicieron agua; en ellas vi nadar al gen, al espermatozoide, a la anaconda. Vi la vida fusiforme que nos navega y nos empala, el puño del niño que rompe la placenta.

—Ábreme tu corazón —repetía el astronauta—, déjame entrar.

—Silvia no está bien, entonces —susurré a Eva.

—Me ha dicho que estaba muy cansada. Estaba rara, ¿pasó algo? —había despertado su curiosidad— ¿Por qué me preguntas por Silvia?

Rió tontamente. Aunque Amalia pudiera cazar alguna de nuestras frases procurábamos que no lo hiciera. Eva se contenía hasta al reír, pero insistió en saber algo más al respecto de su amiga y tuve que contestar:

–Porque no es normal que en un crucero tan relajante como éste haya tantas bajas. A ver si hay algún influjo maligno...

–¿Pasó algo?

–No te sabría decir, la mayor parte de la noche estuve en coma y Silvia por lo que recuerdo también.

Me estaba llevando la taza de café a los labios cuando se apagaron las luces del comedor. Se propagó un rumor emergente por las mesas, hubo algún grito y algún silbido, siempre había un imbécil que silbaba. Un cañonazo de luz procedente de la planta inferior se estrelló en vertical contra la cúpula central del techo y en ella se repartió como por el sombrero de una seta. A mí me bastó con estirarme a mi izquierda para ver lo que ocurría. Montones de gente se desplazaron en la oscuridad hacia las barandillas de las plantas superiores. Amalia flotó por detrás de Eva hasta nuestra barandilla, tenía un rostro tan pálido y enfermizo que se distinguía del resto de los fantasmas del comedor. Se deslizaba por el aire sobre las puntas de sus apéndices. Me miró en la oscuridad con cara inexpresiva y sentí que algo me roía el alma: el alienígena que se vestía de Amalia me estaba libando. Después dejó de hacerlo para concentrarse en el espectáculo de abajo. En la planta principal estaban celebrando un cumpleaños; me pregunté cómo se las arreglarían para hacer el numerito cuando el festejado ocupara una mesa que no estuviera en la pista central. En medio de aquella ilusión circense ver el rostro de Eva acercándose a mí en la oscuridad me produjo un efecto poco menos que alucinógeno.

–Tengo que verle –me confesó; si yo, que había dejado de creer, me sentía fascinado por Silver Surfer, qué no sentiría por él aquella muchacha todavía con olor a hierba, a la que además el surfista habría llevado a las estrellas durante la noche anterior. Ver a una mujer desenmascarada no era tan insólito como ver a un alienígena desenmascarado, pero casi. En su entrega, derrochando feromonas, la pelirroja era una vulva abierta al mundo que se ofrecía a mí carnosa, vibrante y lubricada. Su actitud delataba una voluntad y una necesidad contumaces de compartir de nuevo espacio con el rubio. No se le podía reprochar. Presionó más–: ¿Has hablado con él?

–¿De qué?

–No sé, de lo que sea... ¿Habéis planeado algo para más tarde?

Me puse en guardia e intenté eludir la pregunta.

–La última persona que le vio con vida es usted, señorita. Nosotros aún le estamos buscando.

–Podríamos hacer algo –sugirió, desvalida; la mirada ansiosa la hacía más agresiva y más excitante.

Alguien intervino.

–¿Os apetece que vayamos esta noche a *La Catedral*? Es un bar gótico que hay más abajo, Agnes se apunta.

El mundo era un artefacto complejo y cruel. Empezaba yo a encontrarme a salvo y casi a gusto en la penumbra que compartía con Eva, cuando aparecía por sorpresa desde las tinieblas el careto de Anselmo, quien se había apartado de la rubia para hacernos aquella invitación. Se reforzaba el aspecto alucinógeno de aquel escenario, sepulcral, con aquellas dos caras recortadas en la oscuridad.

–Depende –contesté yo–. ¿Anselma también va?

–La primera.

–Entonces no voy.

–Venga, sí, lo pasaremos bien –animó el rostro derretido de Eva; daba por hecho que el héroe de plata iría de mi mano allá donde yo fuera, sueño más que infundado.

El astronauta no paraba de pajearse tirado en medio de la mesa. *Oh, sí, Gordo, vamos aLa Catedral. No dejemos de ir, compañero, la rubia es mía y le voy a dar con todo lo gordo, le voy a poner la pila. Presiento que enLa Catedraldescubriremos el secreto de la humanidad. O de algo. Debemos ir, forma parte de nuestra misión. Oh, Gordo, sí, vamos.*

Allí había mucha, mucha gente. Carlitines sabía lo que decía.

Mi fuga del comedor se vio auspiciada por la parafernalia de la celebración del cumpleaños. Mi despedida, exceptuando el par de exabruptos que le escupí a Amalia, se redujo a tomar la mano de Eva y estrecharla con delicadeza. Ella no dijo nada, pero sus ojos titilaron como una vela. Con mi ausencia quedaba huérfana de esperanza. Si Surfer había reanimado en mí una fe ya residual y moribunda, Eva llevaba escrito en su cara que no compartiría el resto de su vida con nadie que no fuera el rubio. Las esporas, la vulva pringosa y caliente, los mecanismos biológicos que regulaban la reproducción y por tanto la supervivencia de la especie, la llevaban a tomar ese tipo de determinaciones. Como me explicaría horas más tarde el pelotudo de Iván, era lo que el pelotudo de Schopenhauer definía como la elección circunspecta.

Me marché de allí sin pronunciar me acerca de la cita en *La Catedral*, era urgente que me apartara de aquellas criaturas. Tenía que estar solo, dormir y darme un baño de espuma, que fue ni más ni menos lo que hice. A eso de las ocho de la tarde reparé en una nota de papel que habían deslizado por debajo de la puerta de mi camarote. En ella se leía lo siguiente:

A las 10 en La Catedral. Vamos todos y me gustaría que tú también vinieses. No faltes.

No iba firmada. Era una nueva trampa. Todo tropiezo o encuentro con los alienígenas era para ellos una oportunidad más de acabar conmigo. No conocía la letra de nadie, con lo que no sabía quién me había escrito la nota. En principio Eva era la única candidata verosímil pero ella no sabía cuál era mi habitación. Del grupo, sólo Iván y Surfer lo sabían. Me resistía a pensar que el autor fuera el rubio. Al hacerlo sentía en mi interior un calor irrefrenable, como si me hubiera salido también una vulva entre las piernas que se fuera hinchando y calentando progresivamente con cada imagen de él que me venía a la cabeza. De no sofocar mis fantasías habría acabado sentado sobre ella sin que mis pies tuvieran contacto con el suelo.

Me calmé y recapacité. De una forma o de otra Surfer o Iván tenían relación con la nota. La habían deslizado ellos o le habían dicho a alguien bajo qué puerta hacerlo. Sin embargo lo importante para mí no era tanto quiénes fueran el amanuense ni el emisario como la certeza de que si Surfer había tenido noticia de la convocatoria no renunciaría a asistir. Vamos todos, decía la nota. Y llegados a ese punto, si había algún motivo de peso que justificara que Surfer no asistiera, no podía provenir sino de Iván. Pongamos que éste tal vez, entre las posibilidades previsibles, no quisiera coincidir conmigo puesto que yo había presenciado su pequeña infamia con Silvia. El primer pensamiento de un bebedor al despertar se remite siempre a sus últimos momentos de consciencia y los suyos sin ninguna duda aún le debían de estar atormentando.

Tenía que anticiparme; si me resignaba a acudir a la cita y confiar en que Iván no pusiera reparos a Surfer para ir, había muchas probabilidades de que aquella noche no viera al rubio, tal como había ocurrido en la comida con Silvia, acaso avergonzada por razones similares a las que pudiera tener el bigotudo. Ellos, los alienígenas, también se habían anticipado. No habían esperado a que yo me presentase aquella noche en el comedor a la hora de cenar, cosa que por cierto no tenía intención de hacer, para hacerme llegar la invitación. Me la habían traído a casa. Del mismo modo yo no esperaría hasta las diez para saber si aquellos dos iban a ir a *La Catedral*; a las nueve y media estaría aporreando su puerta y si por casualidad estuvieran dentro, vendrían, a fe mía.

Me puse los cascos y me relajé en la cama. Hice una ruta musical con Eduardo Benavente, nadie mejor que él para evitar que mis sesos se disiparan en vaguedades. *Me miro en el espejo y soy feliz*

[19](#)

/ Y no pienso nunca en nadie más que en mí. Concentración. Y me baño en agua fría sin parar / Y me corto con cuchillas de afeitar. Más concentración. Encerrado en mi casa / Todo me da igual / Ya no necesito a nadie / No saldré jamás. Concentración total.

Después elegí otra canción que hablaba de hermanos siameses, de máquinas de supervivencia condenadas a superar cualquier avatar, del vértigo y de la levedad de su paupérrima condición contenedora, que hablaba incluso de dioses o demiurgos dubitativos (*Los genes se han equivocado*

[20](#)

*/ Es un error no eliminado / El cirujano no ha querido / Finalizar lo comenzado), y que hablaba del destino aciago de esas máquinas en particular y de la humanidad en general, de su unión con la criatura que las habitaba y portaba la evolución, fuera gen o alienígena, y de su sumisión y dependencia de ella (*Vivir va a sernos muy difícil / Pero no hay otra salida / Unidos en un solo cuerpo / Unidos para toda la vida*).*

Todavía elegí una tercera canción que daba más detalles acerca de la tortura que entrañaba para una máquina de supervivencia asimilar y aceptar cabalmente su avatar concreto. Empezando por la confusión (*Siento algo dentro de mi cuerpo*

[21](#)

*/ (...)/ Siento algo que se mueve dentro / No sé bien lo que siento), continuando con la dolorosa asunción de sus parámetros biológicos (*Tengo un pasajero / Dentro de mi cuerpo / La sangre me está ardiendo / Algo se me mueve dentro / Tengo ganas de vomitar / Creo que lo voy a echar*) y terminando con el único plan de acción viable para una máquina cuyo asombroso poder para adaptarse a la vida no servirá para paliar ni impedir su insignificancia, su práctica inexistencia en el universo, su cualidad de criatura auxiliar para fines que no cuentan con ella (*No puedo más / Ya me estoy cansando / No aguanto más / Tengo que matarlo*).*

No iba a incluir más canciones en mi selección, pero sucumbí al capricho de recoger una muestra más, ilustrativa del devenir postrero de una máquina concienciada de sí misma y en posesión de un plan de acción. En una sociedad provista con tales máquinas, se producirían escenas premonitorias (*Falta en la carnicería*

[22](#)

*/ Un cuchillo de cocina) y se crearían nuevas y útiles costumbres (*En el viejo matadero / Se oye un ruido chirriante / Alguien hace horas extras / Hay un fuerte olor a sangre*). En el *Tractatus logico-philosophicus* de Parálisis Permanente acerca de las máquinas de supervivencia no faltaba ninguna de las proposiciones nucleares que pudieran haber dictado otras voces autorizadas y de formación tan dispar como Schopenhauer, John Black o el puto ratón de Tom y Jerry. En quince minutos con aquella música se habían condensado las voces de todos aquellos egregios compañeros de viaje en un canto dulce de sirenas. A su son, yo ahora navegaba bajo el sol y río abajo en una embarcación ligera de vela. Mi piel se rendía al calor y en mis oídos ululaba el canto de las sirenas de las orillas. Mis ojos se cauterizaban al contemplar el horizonte en llamas al que me dirigía, el mar tumultuoso que me aguardaba al final de mi periplo por el agua dulce.*

A la hora prevista, acicalado, guapo como un caballito de carreras, di tres golpes en la puerta de los hermanos peruanos. Abrieron Iván y su temor a que fuera yo el que estaba detrás de la puerta. Me quedé quieto y callado mientras él tragaba saliva. Aquel hombrecillo tenía planta y gesto para abordar situaciones comprometidas como aquélla, pero no para hacer frente a un agresor como yo. No estaba en mi ánimo, en cualquier caso, despedazarlo en ningún sentido. Él

era la máquina de supervivencia más próxima a la máquina de supervivencia plateada y no tenía para mí otro valor que el instrumental.

Di un paso al frente y dejé caer mi mano sobre su hombro.

–Qué haces, pirata –le voceé–. Me han pasado una notita por debajo de la puerta en la que me informan de que a las diez tenemos un abordaje, no sé si te ha puesto al tanto el contramaestre –miré con descaro a su alrededor–. ¿Estás sola?

Contaba con aquellos primeros gorgoteos que emitió. No convenía que él hablase. Husmeé:

–¿Te has deshecho de tu hermano y no me has dicho nada?

–Está con aquélla, la pelirroja.

–No me digas –exclamé; el tesón de Eva, una mujer encendida, había tenido recompensa; no había que olvidar que la fuerza que la nutría era el sueño de perpetuidad de toda una especie–. ¿Cómo se han encontrado?

–Nos estaba esperando asomada por la borda, nos vio regresar esta tarde al barco.

–Los viejos métodos no fallan. ¿Quién me ha escrito la nota?

–Mi hermano.

–No me digas otra vez.

–Ella insistió.

–Acabas de romperme el hechizo. ¿Qué hacemos, los esperamos aquí o allí?

–No, yo no...

No le dejé continuar. Le chisté y le tomé por un brazo.

–Tú, conmigo –aplaqué su primer forcejeo presionando más con mis dedos, asentí un par de veces y le hice ademán de que nos íbamos; luego solté su brazo para posar las dos manos en sus hombros y mirarle a los ojos–. Vamos –le aseguré.

Tuvo algún vahído, algún reparo que no blandió. Entendió que sería peor persistir en la idea de no venir conmigo. Se palpó los bolsillos traseros del pantalón y el delantero de la camisa, se acercó al escritorio, cogió la chaqueta de la silla y todavía tuvo tiempo de pasar por el baño y volver con un libro de mano en una funda aterciopelada de color azul oscuro. Yo lo seguía alucinado, admirado por sus rutinas y por su disciplina. Se puso la chaqueta, se metió el libro en un bolsillo interior y se quedó plantado delante de mí, listo, en formación de revista.

Ya en el pasillo le rodeé los hombros con el brazo y comenzamos a andar.

–¿Es Schopenhauer?

–¿Eh?

–El librito que has sacado del baño, ¿es Schopenhauer? –me contesté yo mismo–: Por supuesto. Te digo una cosa, Iván, si metes a Schopenhauer en el cuarto de baño le vas a perder el respeto. Tienes una tendencia escatológica que me preocupa. ¿Era necesario que trajeras el librito contigo? Te digo otra cosa, Iván, sacar a Schopenhauer a tomar el aire es arriesgarse a que se ponga su traje de astronauta y eche a volar para no volver. Dime, me interesa, ¿tenías que traerlo?

–Sí, lo de antes... *La elección circumspecta*, ¿te acuerdas?

–Ajá. Pero sin que te lo tomes a mal, y te lo digo con cariño, ¿te he pedido en algún momento que me lo expliques? Aun habiéndolo hecho, que no ha sido así, ¿hace falta que traigas el librito? ¿No te lo sabes? –chasqueé la lengua–: Ay, ay.

–Es una edición especial, me lo regaló mi madre –argumentó; lo sacó del bolsillo y me lo enseñó–. Lo llevo a todas partes, no pesa, es papel de cebolla.

En términos teóricos, un psicópata armado paseando por la calle era más inofensivo que Iván paseando por cualquier lado con su librito. Si el primero tendría un deseo patológico que saciar, Iván nunca quedaría saciado. Lo de Iván no tenía remedio. Los genes se habían equivocado, era un error no eliminado y el cirujano no había querido finalizar lo comenzado. Qué podía hacer el cirujano con semejante pastel. Vivir iba a serle muy difícil, pero no había otra salida.

–Es como un libro de cabecera –se defendió–, tú sabes lo que quiero decir.

–Sí, claro, como un diccionario espiritual.

–Eso es. Verás, hazme una pregunta.

–¿Dónde está tu hermano?

–No, me refiero a algo más..., cómo decir, trascendental.

–No hay nada más trascendental para mí. Quieres decir que te haga alguna pregunta seria, de fuste, de las que no importa cuál sea la respuesta porque no se podrá contrastar ni comprobar. Veamos, sí, pongamos que vuelves a ser un niño cabezón y sin bigote que se adentra en la selva peruana con dos amiguitos indígenas. Que ellos llevan cerbatanas y tú un rifle de pequeño calibre y que os han dado permiso para ir a cazar cualquier cosa. Es la primera vez que lo hacéis y os tiemblan hasta los higadillos. Entonces aparece una ardilla en un árbol; bueno, ardillas por allí no sé; digamos que aparece un tucán –él no se rió, pero yo sí–. Con sigilo, pegas la culata del rifle a la jeta y apuntas. Disparar iría contra tus principios, pero al tocarlo con tu dedo el gatillo se convierte en el pezón de una teta muy caliente, en sangre que te hierve. Disparas y fallas, como no podía ser de otra manera. Con el segundo disparo le arrancas unas plumas al bicho, que se te queda mirando como un páfilo, y por fin le empiezan a llover dardos y balines a discreción. Llegas un momento, por debajo del sudor, de las pulsaciones aceleradas del corazón, entre el mar de plumas que flotan por el aire, en que no sabrás de ningún modo qué es peor: continuar o detenerte. Y nadie puede ayudarte a tomar una decisión. ¿Qué haces?

–Continuar.

–Lo has pensado poco.

–No hay nada que pensar. *La vida es una guerra sin tregua, y se muere con las armas en la mano*

[23](#)

.

Tiró de librito y me lo abrió por una página. Leyó para mí exactamente aquella frase.

–Ya –admití–. Pero el caso del pajarraco no es un asunto de vida o muerte para ti, puedes dejar de disparar cuando quieras. No te estás defendiendo de nada.

–Schopenhauer no habla de defensa.

–Ah.

Un psicópata armado era a Iván lo que un *boyscout* a Bigfoot. De una conclusión, extraía la causa para una acción. Era peligroso entendiera o no entendiera. Y lo peor tal vez fuera que en su anormalidad, en su atolondramiento irreversible, había dado con la clave. La vida es una guerra sin tregua y se muere con las armas en la mano, pero no estamos hablando de defensa.

Entramos en *La Catedral*. Colores y luces rojos y negros, arcos ojivales, ventanales ciegos, penumbras, velas, barras y mesas de madera, cuadros de escenas cinematográficas, Maila Nurmi, Tor Johnson, Lon Chaney Jr. Debajo de la primera barra había una escalera que daba acceso a la planta inferior. Desde arriba se atisbaba parte de una pista de baile reducida, tétrica, anaranjada, con llamas pintadas en el suelo.

Sonaba The Cure.

Nos atendió una mujer parecida a David Bowie. Tenía bonitas manos, de las que hacían a uno plantearse darles una segunda oportunidad. A las mujeres, decía. Me reí como una comadreja. Uy, uy, qué patinazos me sobrevenían. Era la tensión, el abrazo asfixiante de todos los alienígenas del barco, mi concentración mirándome en el espejo y siendo feliz, dándome baños de agua fría sin parar y cortándome con cuchillas de afeitar. Tararará, rarán, tararará, rarán. Me puso una ginebra soberbia, proverbialmente fría, con aquellas preciosas manos. El pequeño genocida reincidió con el coñac. No era extraño que aquello le llevara a la postre a comerle la entrepierna a Silvia, a la misma Amalia o a una tortuga marina, si se terciara.

–Tengo otra pregunta de fuste, entonces –le anuncié–: Pon que eres un error genético, un error de la naturaleza. Qué hago contigo yo, que no soy un error.

–Me eliminas.

–Joder.

Iván era un aniquilador.

Hojeó y atrajo mi atención sobre el libro abierto. El texto estaba subrayado y había anotaciones en los márgenes. La frase que me señalaba su dedazo rezaba así: *En el fondo, toda individualidad es un error especial, una equivocación, algo que no debiera existir, y el verdadero objetivo de la vida es librarnos de él*

²⁴

. El viejo Schopenhauer ya lo veía de lejos. Pensé en el tiempo desperdiciado... Por qué sabiendo lo que había que hacer ya entonces, e incluso antes de él, no se había hecho. Por qué cuando Schopenhauer flotaba con su traje de astronauta por el mundo para certificar que nada tenía solución, no hizo uso del arma definitiva del expedicionario. Por qué no hizo limpieza y nos dejó el camino despejado a los que tendríamos que venir luego.

–Una visión inquietante, la suya –peroró el bigotudo.

–Lo más inquietante que hay aquí eres tú, Iván. Seguido por Anselma. Deberíais conoceros más y fugaros.

–La vida es una sucesión de actuaciones inútiles, ¿sabes?

–Se me ha pasado por la cabeza.

–Nada de lo que hagamos servirá para nada, ¿entiendes?

–Entiendo. Pero no servirá para el individuo. Para la especie sí, ¿no?

–Exacto –se estimuló el enano; se echó atrás para examinarme; no estaba del todo seguro de que me estuviera burlando de él–. El fin es la especie. El propio egoísmo es un arma de la especie. Si se piensa bien es evidente.

–Evidente.

–El individuo nace, actúa sin saber por qué lo hace y perece. Así siempre, ¿te imaginas?

–Te olvidas del dolor...

–¿Cómo?

–Que tal como lo cuentas el que nace, actúa y perece podría ser Bugs Bunny. Si te olvidas del dolor y del sufrimiento te olvidas de la gracia, con eso tenemos algo más trágico entre las manos y podemos entretenernos. Hasta que llegue la muerte tenemos que cagarnos de miedo, en eso consiste. Nacemos, actuamos sin saber por qué, sufrimos y morimos.

–Tú has leído a Schopenhauer.

–No, eso lo aprendí en un episodio de Tom y Jerry. Una cinta transportadora, un hacha, no sé si has tenido el gusto de verlo. Aunque un episodio de Tom y Jerry no se puede subrayar y ahí lo tienes jodido para poner tus notitas. El gato nace, se dirige sin opción hacia el hacha y al final del cuento queda partido en dos. La gracia está en dos cosas: en que durante todo el trayecto sufre porque no pierde de vista el hacha, y en que ese proceso va a repetirse hasta la eternidad, una vez tras otra, siempre igual y siempre de nuevo, siempre descubriendo el gato el pánico y sin oportunidad de aprender que la próxima vez que nazca debe cerrar los ojos.

–¿Eso sale en un episodio de Tom y Jerry?

–Eres el segundo que me hace esa pregunta. Sí, eso sale.

–¿Es un episodio especial?

–¿De papel de cebolla? No, ésa es sólo una de las putadas que le hace el ratón al gato, una de tantas. La escena en sí no creo que dure un minuto. Está perfectamente integrada en esa filosofía de la serie de dedicar un personaje su vida a machacar despiadadamente al otro. Tom y Jerry es una serie filosófica. Ética, por precisar un poco. ¿Has leído *Solaris*?

–Sí.

—¿Crees que el tema principal es la ética?

—No.

—¿Qué harías si Solaris te devolviera a Silvia dormidita y abierta de piernas, preparada para que le comieras eso que tanto te gusta?

El latigazo lo sacudió físicamente. Se encogió y ruborizó hasta no parecerse a Iván el bigotudo.

—No te lo tomes a la tremenda —le tranquilicé—, a mí me la pela lo que hagas cuando crees que nadie te ve. No es una pregunta malintencionada, es una pregunta directa; la que te puede poner en situación para responderme si Solaris te parece que hable sobre la ética.

—No sé a qué viene —se revolvió; se estiró y recuperó la pose; el apuro permanecía; balbuceó—: Nunca había... No sabría...

—Que me da igual.

Tragó saliva, se estiró más y con voz queda me reprochó:

—No me crees.

—No te puedo creer porque mientes como un bellaco. No es verdad y no me vas a convencer de que lo es. Olvídalo y contéstame.

—¿Por qué tengo que contestar a alguien que no me cree?

—Buena pregunta —le reconocí; en unos segundos rehízo a medias su dignidad. Estaba muy incómodo; miró un par de veces a derecha e izquierda para comprobar que el mundo no se había venido abajo y se fue animando—. ¿Vas a contestarme o qué? —le acució.

—¿Para que no me creas?

—¿Qué tendrá que ver eso con la respuesta? No me seas cretino, Iván.

—Solaris es una novela en la que se hacen realidad los sueños y los recuerdos. Habla de algo algo más que de la ética, habla de la creación. Así lo veo yo. Habla de otros mundos y otras posibilidades.

—¿Ves como tienes que librarte de prejuicios y hablar con el corazón? Así es, habla de la creación, pero no habla de otros mundos ni de otras posibilidades. No hay otros. Hay éste y sin posibilidades. Hay los fantasmas, que pertenecen a los expedicionarios y siempre les han pertenecido. La creación verdadera la hacen los hombres, Solaris sólo pone los medios. Y ahí llegamos a otra puntualización sobre lo que acabas de decir: aunque puedan hacerse realidad, los sueños bonitos no llegan a producirse. Sólo se producen las pesadillas y lo hacen de forma infinita. ¿Te da la impresión de que alguno de los personajes sea feliz con su creación?

—No.

—Porque lo que crean son demonios. Una tara de los seres inteligentes es que pudiendo crear ángeles crean demonios, eso te lo digo yo. Sus propios demonios, lo que es más grave. En *Forbidden Planet* también queda claro. ¿Has visto la película? —negó con la cabeza—. Un clásico. Sale un Leslie Nielsen que es para matarlo, al hijo de puta. Pues ahí también queda claro. La película está basada en *La Tempestad*

[25](#)

, ¿la has leído también?

—¿Quieres que te pase una lista de lo que he leído?

Me eché a reír. El amor propio bullía. La impotencia y la vergüenza rebosaban el barrilete que era Iván para dar paso a unas aguas más sucias de hombrecillo irascible en trance de cabreo.

—Sobre la ética, compañero —le repetí—. Solaris versa sobre la ética.

—Bien.

—¿Bien? —reí un poco más—. No eludirás la cuestión: ¿qué harías si Solaris te devolviera a Silvia?

Se envalentonó y se acercó a mí rígido como un palo. En escorzo, me recomendó:

—No vuelvas a pronunciar ese nombre.

—¿Es una amenaza?

—Tómatelo como quieras.

Me quedé estupefacto. Contuve una carcajada.

—¿Me estás amenazando en serio?

—No te estoy amenazando, pero si sigues por ahí no acabará bien.

—¿Qué no acabará bien? —aún no podía creerlo—. ¿Lo nuestro? ¿La velada? No me asustes...

Se apalancó con los dos brazos en la barra, dejó caer la cabeza entre ellos para mirar al suelo y bufó.

—No te alteres —condescendí—. Piensa que todo lo que hagamos es inútil, lo dice Schopenhauer. Y es inútil para el individuo, no para la especie.

Para darle tiempo y un respiro, continué:

—Ya que no quieres contarme lo que harías si Solaris te devolviera a Silvia, te lo contaré yo: huir. Eso es lo que harías. ¿Pero cómo podrías huir, encerrado en una nave espacial? No podrías, tendrías que enfrentarte para siempre a una Silvia inocente que no te recriminaría nada, o sí. Aunque lograras cada vez expulsarla al espacio exterior, volvería a aparecer por obra y gracia de Solaris. Tú serías el gato, Solaris sería el ratón y Silvia sería el hacha. ¿No sería algo así?

Iván había cedido y se rendía a mi antojo. Sabía que había perdido mi respeto, si alguna vez se lo había tenido, y no podía esperar que volviera a tenérselo. A partir de ahí aguantaría lo que hiciera falta.

—Sí —murmuró—, supongo que sería algo así.

—De los demonios propios sólo cabe huir, son invencibles. Aunque por otro lado sabemos que de los demonios propios no se puede huir... Estamos encerrados en la nave, recuerda, en nuestros cuerpos. Es decir, debemos huir de ellos pero no podemos hacerlo. ¿Cómo acaba entonces la historia? Para el individuo no parece que acabe bien. ¿Acaba bien para la especie?

—¿Por qué no hablamos de otra cosa?

—Estoy hablando de ti. Lo menos que podrías hacer es prestar oído y cerrar la boca. Te voy a responder yo: Los individuos que se enfrentan a sus propios demonios se aplastarán a sí mismos y por tanto no son interesantes para la especie; puede prescindir de ellos. La especie se beneficia de la diversidad. ¿Hasta aquí bien?

—Bien.

—Pues dime, mi pequeño Iván: si la evolución es una depuración y la especie descarta a aquellos individuos que no le son interesantes para sus fines, como tú, si tienes asumido que eres poco menos que la viruta que se usa para un embalaje, ¿por qué sufres de esa manera cuando te recuerdo que has violado a Silvia?

Se dirigió a mí lívido, más rendido que antes, pidiendo clemencia:

—Déjalo ya, por favor.

—Es un círculo vicioso, ¿te das cuenta? ¿Por qué creas a tus demonios cuando te menciono a Silvia? Al hacerlo, sucumbirás y no serás interesante para la especie. Al mencionarte yo a Silvia deberías mantenerte frío como el hielo, ése es el modo de sobrevivir: no involucrarse ni dejarse involucrar en este mundo penoso. En realidad no involucrarse ni participar sería lo más fácil porque requiere menor esfuerzo, pero no es así. Hay una ética que sale de entre tus dos huevos como una raíz y se clava en la tierra. Desde ese momento, desde la primera chupada de agua y minerales que hace la raíz, estás perdido. Participas y la jodes.

Le di un codazo y le animé a vaciar su vaso para tomar otra ronda. Los dos lo hicimos. Si no hubiera ido contra mis principios, me habría apiadado de él. Cabizbajo, inmóvil, se refugiaba en el mutismo; cuanto más durara, mayor probabilidad había de que yo le compadeciera y cambiara de tema.

—¿Solaris habla de la ética o no? —le recordé.

Me miró con los ojos secos y tristes. Llamó a la camarera y se metió una mano en el bolsillo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

La camarera acudió e Iván le tendió la tarjeta magnética para pagar las copas.

–Tu hermano está a punto de llegar con una caravana de amazonas, quédate. Nos olvidamos de Solaris.

Mis palabras bien podían haber sido una invocación: a los tres segundos de pronunciarlas vi bajar por la escalera de entrada a Surfer, a Anselmo y a tres mujeres. Silvia no estaba entre ellas. John Black estaba encaramado a la espalda de la alemana y se agitaba y balanceaba como un jinete en pleno rodeo.

–Es una pena –le resumí– que esa veta exterminadora tan prometedor que he descubierto que tienes se malogre por culpa de fruslerías como la ética, pero, bien mirado, qué no se echa a perder por culpa de la ética –al hilo de mi frase Iván hojeó otra vez el libro–. Si vuelves a pasarme el librito te hago papilla –le advertí.

Surfer vino derecho hacia mí con un semblante que se redibujaba con cada golpe de luz, que se rehacía obedeciendo el modelo de un sueño, esta vez sí, forjado y alojado en mi cerebro. Me tocó un hombro, estrechó mi mano y por toda consigna me espetó:

–¿Qué?

Iván se adelantó hacia el grupo y se presentó impunemente a Amalia y a la alemana. También el enano chapurreaba el alemán. Eva se acercó y me besó en la mejilla. Era un remanso de paz y de amor, como si acabara de parir un hijo. Iván volvió, se colocó entre ella y el rubio, los abrazó y me sonrió como una madre que sabe que la especie está a salvo y en buenas manos.

Los otros tomaron asiento en perpendicular a mí, al doblar la barra. Desde allí me saludaron con mayor y menor alegría. Iván recuperó su silla a mi lado, Surfer se sentó a continuación y la última en colocarse fue Eva, ya en la esquina, malhadadamente cerca de Amalia a vuelta de columna.

–Ésa es la elección circunspecta –me subrayó el pequeño Stalin–. ¿Has visto una pareja más avenida que mi hermano y la pelirroja? ¿Te has fijado en ellos?

–En él, más bien...

–Es una elección meditada, ponderada y sentida, que surge de un impulso inconsciente. Es la elección más acertada en atención a las circunstancias con que se cuenta. Es espontánea, correcta, pero es, por encima de todo, infalible. Las circunstancias posteriores determinarán en la práctica las consecuencias de la elección, pero la elección en sí es infalible porque no hay otra mejor y ocurra lo que ocurra, a favor o en detrimento de la pareja que elige, será bueno para la especie. ¿Lo pillas?

–¿Perdón? –me reí. Él también lo hizo, inmerso todavía en aquella complacencia existencial del individuo que pertenece a un grupo.

–Es la historia de la vida. Hay motores, y mientras no se paren los motores esto no se acaba.

–Ya.

Tal como se había planteado la reunión, Iván y yo éramos prescindibles. Los jóvenes se divertían y a los pocos minutos se habían olvidado de nosotros dos.

–Es la elección... eficaz –sentenció el hombre con bigote.

–Que sí.

Antes no había querido que se fuera porque tenía más cera para él, quería zumbarle un poco más, pero de pronto me sentí extenuado. Agradecí que Iván cogiera su copa y se alejara a bailar el agua a la alemana. Era lo mismo que hacía el astronauta desde que la había conocido. John Black, a pesar de su integridad y su preparación militar, era vulnerable a los encantamientos de aquel planeta como lo había sido a las artes mágicas de Marte, donde al cabo resultara asesinado por un alienígena morfológicamente idéntico a su hermano. No había razón para suponer que en esta nueva andadura su expedición no fracasara y yo debía estar preparado para ello. Podía sucederle entonces, con la chaveta trastornada por la espectacular composición de carne alemana contra la que se restregaba, o más tarde, cuando menos indicios hubiera para preverlo.

Los dedos nudosos de un camarero preparaban dos copas delante de mí. Mi mirada se extravió entre ellos como lo habría hecho entre las ramas de un bosque. Eran deformes, rápidos. Aquello no habría tenido nada de extraordinario de no haber sido por el tipo de hielo que usaron para las bebidas.

El camarero colocó las dos copas en una bandeja y salió con ella de la barra, la rodeó, pasó por detrás de mí y se perdió por la escalera hacia la planta inferior, la de las llamas pintadas en el suelo. Apuré mi copa, comprobé que la gente con la que me encontraba no me tenía en cuenta para nada y bajé tras él. La escalera era rústica, de madera maciza. Abajo reinaba una penumbra que de nuevo me hizo sentir mal; las sombras parecían moverse, densas y vaporosas como humo en expansión. No había nadie, para mayor extrañeza, salvo el camarero y los ocupantes de una mesa a la que se dirigía. Su espalda me impedía verlos. Presentí que tenía que acercarme también a aquella mesa y averiguar quiénes, además de Carlitines, podían solicitar, o merecer a juicio del camarero, que en sus bebidas se usara hielo con forma de ardillas mofletudas. Sirvió las copas y se retiró. La mujer me daba la espalda y se interponía entre el hombre y yo. Me costó avanzar. Mis pies estaban lastrados; las sombras, también nubosas por el suelo, se espesaban para transformarse en una suerte de lodo. A duras penas di un paso tras otro y progresé por aquella ciénaga hasta situarme a unos cuatro metros de la espalda de la mujer.

Fue entonces cuando me percaté de que aquella cabeza y aquel cabello me resultaban familiares. Di un paso más a un lado y en el preciso instante en que comenzaba a ver el rostro del hombre, la oí reír a ella. Identifiqué al mismo tiempo la risa de ella y el rostro de él. Se trataba de Madom y de Andrea, respectivamente el último hombre a quien tuve por amigo, al que convertí también en animal por medio de las pastillas de Turner, y a quien ajusticié en una lucha encarnizada; y la última mujer con quien conviví, mi elección circunspecta, la más hermosa de las zorras y a quien también ajusticié partiéndole el cuello. Descubrí, además, a qué se debía la familiaridad que yo advertía en Carlitines: Madom había sido Carlitines en su edad adulta.

Ocurrió todo en décimas de segundo. Me perdí en los mofletes de hielo que flotaban en sus copas como hacía unos minutos me había perdido en los dedos huesudos de un camarero que a buen seguro no existía. Levanté los ojos hacia Madom despacio, sin miedo, sin el tiempo transcurrido, y me encontré con los suyos. Me miraba sin rencor. Sus pupilas pertenecían a otro mundo, al espacio y a la nada. Eran las pupilas de Carlitines contemplando el horizonte asomado por la borda, cuando todavía no me contaba tragedias como la de acribillar a un animal en un bosque. Después esos ojos cambiaron y se tiñeron de espanto, recordaron a la ardilla y me señalaron, sin otra indicación que un cambio de dirección, que había algo a mi espalda. Andrea se dio la vuelta hacia mí y compuso al verme un rictus de pánico indescriptible. La mano que se posó en mi hombro me sobresaltó. Me volví y tropecé con la sonrisa reconfortante de Surfer. Una Eva expectante estaba parapetada detrás de él como un animalillo temeroso.

—¿Qué haces aquí plantado? —se preocupó el rubio.

—La mesa.

—¿Qué pasa con la mesa? —dejó pasar unos segundos antes de anunciarme—: Está vacía.

Constaté que así era. Mi cabeza estaba hueca, deshabitada.

—¿Qué pasa? —insistió.

Quise responder pero las palabras no salían de mi boca.

—Algo va mal —mascullé; las sombras danzaban a nuestro alrededor como olas.

—¿Qué va mal?

Meforcé en buscar una respuesta que también me sirviera a mí. No di con ninguna y reconocí, consternado:

–No lo sé.

Mi aspecto debía de ser el de un niño antes de echarse a llorar, el de una ardilla a punto de ser acribillada.

[19](#)

Autosuficiencia, Parálisis Permanente.

[20](#)

Unidos, Parálisis Permanente.

[21](#)

Tengo un pasajero, Parálisis Permanente.

[22](#)

Un día en Texas, Parálisis Permanente.

[23](#)

El amor, las mujeres y la muerte. Schopenhauer.

[24](#)

El amor, las mujeres y la muerte. Schopenhauer.

[25](#)

W. Shakespeare.

Insectos en el terrario

Al despertar a la mañana siguiente ya sabía que tocaba conciliábulo en el cuarto de baño. Asistimos sólo el animal y yo, el astronauta no se presentó.

En aquella improvisada sala de reuniones escaseaba la luz. Era amarillenta, a diferencia de la luz blanca del resto del camarote, y se me ocurrió que tal vez por eso el animal había elegido aquel habitáculo como guarida. O porque en ningún otro sitio del camarote había espejo.

En un pasaje de *Forbidden Planet*, cuando el Dr. Morbius le muestra a Leslie Nielsen las maravillas que creó la extinta civilización que había habitado aquel planeta, llega un momento en el que va a mostrarle el núcleo del prodigio, el origen de todo aquel milagro. Ese núcleo parece ser un ingenio energético cuyo aspecto o representación va a visualizarse en la pantalla de un terminal. Enfrente de esa pantalla, hay otra en la que se proyecta una imagen especular de la primera. Morbius les recomienda a los astronautas que miren la imagen especular y no a la primera pantalla, puesto que no se puede mirar a la bestia directamente a los ojos. Algo así me sucedía a mí con el animal. En la película no se decía, creo, qué ocurriría si los astronautas miraran hacia la primera pantalla. O sí, me suena alguna monserga del tipo *no se puede blablá y seguir estando vivo*. Sea como fuere, con la advertencia bastaba, cualquiera intuye que no conviene mirar al demonio directamente a los ojos.

Comunicarme con él a través del espejo no era imprescindible, pero me daba tranquilidad. Cuando me acechaba por la espalda y ponía la roca que era su cara junto a la mía, pasando las quijadas por encima de mi hombro y sin dejar de mirarnos ambos por el espejo, sin parpadear, me invadía una excitación ingobernable. Oía su respiración y olía su aliento. Había un ronquido hondo y cavernoso en sus pulmones. Su respiración reverberaba. Cuando estaba a mi lado algo vibraba a mi alrededor, lo notaba en la piel: eran ondas, emanaciones de fuerza bruta.

Ahora él estaba apoyado de espaldas contra la puerta y tenía los brazos cruzados. Pensé en el espíritu aniquilador del bigotudo y en el infierno pintado en el suelo.

—Llegamos a Civitavecchia —le anuncié.

No dijo nada.

—Voy a bajar con toda esta partida de enemigos. ¿Algún plan?

Vino, se quedó parado a medio metro de mí, entrelazó las zarpas a la altura del bajo vientre y propuso:

—Digo yo que habrá que empezar a hacer algo, con el carahuevo no avanzas.

—¿El carahuevo es el astronauta?

—No, la hija del capitán.

—Matándolos de uno en uno tampoco avanzo.

—Sí avanzas, uno menos es uno menos.

Imaginé el barco en llamas, a gente carbonizada.

—No —me replicó él, leyéndome el pensamiento—, asados no.

Comenzó a asomar entre sus dientes una masa carnosa que me produjo gran repugnancia. Quería apartar los ojos de ella pero no pude hacerlo. El animal abrió la boca y el trozo de carne se desplegó y tomó forma. Una lengua cárdena, babosa y gruesa se irguió, se ahuecó y relamió los belfos. El gesto era muy sucio, una expresión de lascivia. Los chasquidos pastosos que provenían de aquel fastuoso aparato bucal sugerían agujeros oscuros, pozos, túneles; sugerían pantanos, cuevas insondables e inundadas; sugerían eco, carne y agua; coños gigantes, tripas.

—La sangre —me aleccionó—, tiene que ser fresca.

Tenía razón, siempre la tenía. No había nada como la sangre fresca para calmar la sed esencial. No había experiencia equiparable a la de segar una vida. Era, en efecto, un paso más, un avance que por contra no estaba logrando en mis expediciones con el carahuevo.

–Esto es un gabinete de crisis –me explicó–. Tienes que salir de aquí con alguna determinación tomada, eres viejo para perder el tiempo. A mí me da igual, yo estoy donde tengo que estar y no tengo que tomar decisiones.

Se pegó a mi espalda. Noté la dureza de su musculatura, envidié su libertad al actuar sin hacer uso de la razón. Alargó la lengua hacia adelante, unos dedos más allá de mi perfil, y la curvó hacia mi sien. El olor era repugnante y malsano, no lo identificaba con ningún otro del mundo.

–¿Cómo has llegado a esta situación? –me compadeció–. ¿Has creído algo de lo que te ha contado el carapijo?

–¿El astronauta?

–No, la hija del capitán.

–No me ha contado nada.

–Tampoco yo te estoy contando nada. Tú me entiendes, ¿has creído algo de lo que representa?

–No.

–¿Te ha reportado algo?

–Sensaciones –me callé un momento; un destello cruzó mi cabeza–. ¿Qué ha sido del sobrino del taxista?

–¿De quién?

–De la hija del capitán –reí–. Del sobrino del taxista, el niño que estaba en el hospital, al que le envié unos globos por medio del taxista, que era su tío.

–¿Te ha dado un aire?

Le sonreí en el espejo.

–El chaval creía en monstruos como tú y yo, no puede haberle ido mal. ¿Tienes alguna noticia?

–Mis noticias son las mismas que las tuyas, Tom. No tienes que perder la concentración: *me miro en el espejo y soy feliz*. Te iría bien ceñirte a tus orígenes, a tu primer episodio como gato condenado al dolor. ¿Recuerdas cuál era? Uno de 1940 que se llama *El gato se gana el zapatazo*. Se rió y continuó:

–No me digas que no es para partirse. Fíjate, además, en la orfebrería del tiempo verbal. No es que el gato se lo ganara, el zapatazo, es que se lo gana. Cada vez que el gato pasa por tu mente, se lo gana. Ha nacido para eso. Como con lo del hacha y la cinta transportadora, no sé si eso te pillará más cerca.

No podía resistirme a la imagen cegadora del barco en llamas. Decenas de instantáneas espeluznantes, caóticas, se fundían en mis sesos. Estaba de acuerdo con el animal: había que empezar a hacer algo. Con el astronauta no sólo no avanzaba, sino que ni siquiera actuaba. Aún me seguía preguntando qué había ocurrido cuando acompañara a Eva y a Silvia a la sala de baile. Tuve la fisura delante de mis narices y huí, no podía decirse de otra manera porque no había un verbo más apropiado. Huí cuando no recordaba ya lo que significaba huir de un ser vivo.

John Black me había desviado de mi objetivo, me había distraído de mi tarea de saneamiento planetario.

–¿Cuándo apareció? –me preguntó la bestia; le brillaban los ojos como bengalas.

Hice memoria:

–Con el mar. El astronauta apareció cuando me embarqué.

–¿No sería antes?

–Sí, es verdad, poco antes de conocer a Carlitines. Pero eso ahora no me preocupa.

–¿Qué te preocupa?

–Lo de ayer: Madom y Andrea.

–Hasta ahora habías estado en contacto con el niño y no te había preocupado.

–Carlitines es el niño Madom, yo no le conocí.

–Te preocupan los fantasmas, entonces.

–Tampoco eran fantasmas, eran ellos.

–Tú mismo los mataste.

–No tiene que ver con eso. Eran ellos y lo eran tanto como lo habían sido en vida.

–Síndrome *Solaris*, si entras en ese círculo estás perdido. Tienes que pensar que haya lo que haya, si ejecutas bien tu misión, habrá lo que quieras que haya. *Solaris* es una bendición; fueron los hombres los que lo convirtieron en una maldición –hubo un silencio–. ¿Por qué te preocupan Madom y Andrea?

Medité, como horas antes, y di con la misma, aterradora, única respuesta:

–No lo sé.

Mi aspecto, esta vez lo constaté en el espejo, era el de un niño antes de echarse a llorar, el de una ardilla a punto de ser acribillada.

Puse pie en tierra después de que lo hiciera Surfer. Abandonar el barco reportaba, como a la inversa, una dosis de mareo; el cuerpo sabía que había cambiado de medio. En el muelle aguardaban los autocares para las reses y tomamos el que se dirigiría a Villa Borghese. Entre las opciones que nos habían planteado los monitores era la única cuyo destino era un entorno natural. Me senté el último. Delante de mí se sentó Eva y a su izquierda, encogida junto a la ventanilla, una Silvia esquiva que bien sabía lo que había sucedido la infausta noche que compartió conmigo y con Iván, bien recordaba algo significativo de aquello. No sólo nos evitaba a él y a mí, su vergüenza era más gregaria; era la mujer ultrajada de la tribu y sería expulsada si los demás llegaran a saber toda la verdad. A nuestra derecha, al otro lado del pasillo, se sentaron, delante, Amalia y Anselmo, y detrás, a mi altura, Surfer e Iván. Iván también lamía ventanilla, casualmente la opuesta en diagonal a la que lamía Silvia.

Por suerte el talante en buena paradoja estólido de la guía que permanecía en pie junto al conductor, que repetía la misma información siempre cuatro veces, una por idioma, su talante inane, decía, desfallecido, propició que el trayecto hasta el parque fuera llevadero. El resto de pasajeros tampoco parecía entusiasmado con la aventura. Contribuía al sopor el hecho de que el día fuera muy gris. Peñascos redondeados, serpientes de plomo y gasas blancas arremolinadas, eso era lo que había en el cielo. Era una plancha metálica abollada y corroída que escupía espumarajos blancos por sus heridas. Tiré mis ojos a la derecha y delimité el rectángulo que comprendía parte de ese cielo y el perfil de Silver Surfer. La plata fluía, fundida, entre las nubes y el rubio. La piel del vigilante del universo se revestía de un ungüento mágico.

Por la derecha del cuadro que observaba con deleite irrumpió el mostacho disoluto de Iván, el enano. El daño que me produjo ver a aquel hijo de puta inmiscuyendo su puerco bigote en las mieles argentícas de mi héroe fue indescriptible. Ver aquellas cerdas, que eran como millones de extremidades más de Iván, malignas, invasivas y una vez más tentaculares, verlas palpando el espacio como patas de araña arracimadas, me nubló la razón. Iba a levantarme para matarle cuando me fijé en que el cabrón estaba hablando conmigo. Hizo ademán de ir a repetirme algo y oí:

–¿A la Galería?

Le escruté con rabia.

–¿Qué dices?

–Que si vas a ir a ver los cuadros de la Galería Borghese, Caravaggio, Bernini...

–¿Tú vas?

Se retrajo. Retiró el proceloso bigote unos centímetros hacia atrás.

–Yo voy –exclamó Anselmo, vuelto sobre su respaldo; puso la mano en el hombro de Amalia, que no se volvió, y agregó–: Y Amalia también. No es lo nuestro, pero nos gusta la pintura.

En un acto reflejo me pregunté qué significaría aquel lo nuestro para Anselmo. Al margen de esa incógnita, agradecí su ayuda. Lo que tienen los bocazas es que siempre te lo ponen fácil: ya no necesitaba saber si Iván iba a ir a la galería, sobraba con saber que irían Anselmo y Amalia.

–Yo no iré –me escabullí–, tengo entendido que en algún lugar del parque hay un lago con patitos.

Con la mirada fija en el respaldo de la butaca de Amalia, Surfer sonrió y asintió a mis palabras. Eva no podía verle porque supuestamente estaba debatiendo con su amiga caballo si se apuntaban al carro de los cuadros o no. Decidieron que sí y cuando Eva se volvió como si en su cara amaneciera ya era tarde para echarse atrás. Todos menos el rubio estábamos pendientes de ella. Trató de consultar con él, pero él no le devolvió la mirada.

Se apuntaron al carro y eso originó una suerte de jolgorio. Grupal. Mi héroe en cambio dormitaba y yo me complacía en la visión del mar de *Solaris*, en las aguas grises que eran el cielo y su perfil en la superficie de la ventanilla. Iván retuvo su bigote con correa corta y yo pude disfrutar a pierna suelta de aquel paisaje de nubes, de héroes y de acero.

El autocar frenó cansinamente en cuanto entramos en Villa Borghese. Ya antes de desalojar el vehículo vi a través de la luna frontal que la alemana estaba en tierra, acompañada por un tipo barbudo con gafas redondas y pantalones de campana, e interpreté por sus caras, por sus festejos al localizarnos, que llevaban tiempo esperándonos. Me enteré después de que la alemana conocía a aquel individuo desde su época universitaria y de que él había ido a buscarla al puerto, como era natural, un par de horas antes de que nosotros emprendiésemos nuestra excursión. Habrían pasado por el estudio del artista, porque aquél era un artista, cantaba a millas, y un artista no puede tener sino un estudio, habrían echado un par de polvos por los buenos tiempos, habrían desayunado mientras se ponían al corriente de las novedades en sus vidas y habrían partido hacia el parque para recibirnos cargados de amor, de paz y de buen rollo.

El astronauta sin embargo estaba abatido y cabizbajo, sentado en un banco de madera a unos metros de la pareja. Su arma de rayos láser pendía humeante de su mano, incandescente, al borde de la fundición. Apeados todos del autocar y mediados los saludos de rigor, el barbudo se ofreció para hacernos de guía por la galería, lo suyo sí era la pintura. Dio por hecho que todos hablábamos inglés y en ese idioma se dirigió a nosotros, descartando sin explicación usar el italiano. A un lado, en un aparte con tintes dramáticos, con voces sofocadas y gestos contenidos, Eva había tomado el antebrazo de Surfer con ambas manos y tiraba de él para reforzar aquello que le estuviera recriminando o aquello a lo que le estuviera animando. Él no se movía, no padecía ni participaba en la historia. La pelirroja pronto se vio apremiada por su amiga, que la requirió a media distancia para unirse las dos al grupo que caminaba ya hacia la galería. El rubio se quedó donde estaba, es decir, conmigo. Me sentí orgulloso de él. Como me sentí responsable, aunque no lo fuera, de la tragedia del astronauta llorón. Su misión, no cabía olvidarlo, era entender a los habitantes de este planeta o exterminarlos, si no conseguía lo primero. Lo primero era imposible, y por tanto el porvenir de su misión reposaría en la potencia y la contundencia de su arma. Pero le ocurría lo mismo que a Schopenhauer: sus armas eran ineficaces, no traspasaban la piel de los hombres. Por eso no había habido ningún expedicionario ni ningún schopenhauer que hubiera resuelto el problema. La potencia, la energía fulminante que resuelve problemas, la tenía yo escondida en mis manos, debajo del vello que pugnaba por volver a cubrirlas. La energía providencial que me era propia me capacitaba para enmendar gran parte de aquel entuerto. Uno menos era uno menos y eso siempre era un avance.

Encendí un cigarrillo y eché un vistazo al plano del que nos habían provisto en el barco. Lo plegué y fui hacia el rubio. Él sonreía como si algo le hiciera gracia.

–¿De qué te ríes?

–De ti.

–¿De qué hemisferio?

–Del hemisferio sur –rió a borbotones y se tapó los ojos con la mano–. Lo siento, no te mosquees –acababa de reír y respiraba.

Surfer estaba recordando y se estaba mofando de mi corrida en nuestra sesión de psilocibina. A mí inesperadamente empezó a crecerme la polla. Me complacía que aquella visión celestial que tenía delante compartiera un lugar íntimo conmigo y me complacía a razón de centímetro por segundo. Mis carnes más pudendas se calentaron, hincharon y proyectaron. Mientras mi interlocutor parecía percatarse de aquella agitación por mi hemisferio sur, le consulté, sin tomar partido:

–¿Por qué la has pateado?

–¿A Eva? No lo sé, no soy lo que busca.

–¿Por qué no se lo has dicho antes?

–Porque antes no sabía lo que buscaba.

–¿Qué has tomado?

–Fumado. Bien.

Nos reímos. Abandonamos al astronauta a su desconuelo y tomamos una calleja de uno de los sectores ajardinados. Pasamos por otra llamada Nino Rota y aún por otra. Al fin, entre el amasijo de tonalidades verdes en que había devenido el paseo, emergió el agua. El lago era un espejo de hojas verdes y marrones, de nervaduras, de ramas y copas erguidas al cielo, de trazos firmes de ambición orgánica por la supervivencia. El aire se llenó de colores. El firmamento licuado y metálico cerraba los ángulos, las zonas vacías.

Antes de que yo abriese la boca, Surfer me sorprendió con la siguiente pregunta:

–¿Estás mejor?

Demostraba una sensibilidad fuera de lo común; por fuerza aquello tenía que deberse a la excelencia biológica de los héroes y los vigilantes del universo. Me había confesado que entre sus poderes se contaba el de no perder nunca de vista a los hombres y ése era un don especial. Incluso para mí, entregado día a día a la estrecha vigilancia de la humanidad, era una tarea irrealizable.

–¿De qué tendría que estar mejor?

–De lo que pasara anoche, allí abajo.

Volví a fumar. Él no podía haber visto a Madom y a Andrea porque en teoría ambos, como Carlitines o el astronauta, sólo se manifestaban para mí. No obstante llegué a dudarlo. Quién me aseguraba que entre aquellos poderes cósmicos que poseía mi amigo no se contaba también el de desentrañar las pesadillas ajenas.

Saltamos la verja que circundaba el lago y nos acomodamos sobre el césped. Aquel día no había patitos o yo no los vi. Dos botarates remaban enamorados hacia una isleta central en la que se erigía un templo de Esculapio.

Quería estar allí. Era la primera vez que compartía la tierra con Surfer. Me tumbé bocarriba. La hierba rozaba mis orejas. Imaginé que una ninfa se tiraba encima de mi barriga para hacerme la mamada de mi vida. Iba caliente, de ese modo becerro y tontorrón de los sábados por la tarde. Tenía a mi lado a un rubio excelso y pronto regresaríamos al mar. No había más ideas en mi mente. A mi alrededor, silencio.

Bajé la guardia, sensación perturbadora y adictiva donde las haya. Precizando un poco más, la bajé por primera vez desde que había embarcado. La rendición estética ante una criatura como la que yacía a mi lado me hacía presentir que no había peligro. La sensación es la primera razón, como le dijo la abuela de Carlitines a éste cuando él le confesó lo que había hecho con la ardilla. La transcripción de un fragmento de la conversación podría haber sido: *¿Qué conclusión has sacado de esto, cariño? / Que lo que he hecho está mal / ¿Qué sensación has sacado de esto? / No lo sé / Pues tu problema será averiguar eso, porque lo que sabes no te sirve / ¿Lo que sirve es lo que se siente? / Los hombres aprenden lo que tienen que saber para después hacer lo que les*

haga sentir mejor / Ah / La sensación es la primera razón, cariño, y si obtienes placer haciendo algo con lo que los demás no obtienen placer, no te irá bien / Ah. ¿Me matarán, a lo mejor? / No hará falta, hijo, ya estarás muerto.

–¿Entonces la chochona está mejor que ayer o no? –insistió el objeto de mi deseo.

–Yo ya estoy muerto, hijo.

–Ah.

Me había dado la contrarréplica correcta. Ah era la respuesta correcta, propia de quien tuviera entre sus poderes el de leer el pensamiento. Pero no iba a bucear en esas aguas. El momento y la situación idílicos que estaba disfrutando con el rubio hacían que sus poderes, fueran cuales fueran, desmerecieran mi curiosidad. En un aspecto práctico conocerlos no haría que nada avanzase y lo único que me interesaba entonces era que algo avanzase.

–Tenemos que hablar –le invité.

–Tendré que huir también a la galería...

–No hace falta, es rápido. De Galactus.

–¿Qué pasa con Galactus?

–Que tienes que quitarte de en medio. Galactus se tiene que comer todo esto cuanto antes. Eso era. ¿Has visto si ha sido rápido?

–Ha sido rápido, sí.

–¿Y qué?

–¿De Galactus?

–No, de la hija del capitán.

–¿De quién?

No leía mi pensamiento. O no lo leía todo.

–De Galactus, claro. ¿Qué?

–Uf. Pues que no puedo. No puedo quitarme de en medio y que se coma todo esto.

No volvería a preguntarle por qué. Ya sabía que mi ansia por apagar luces era en él un ansia por encenderlas. Podíamos ser dos máquinas de supervivencia con misiones opuestas, pero esa diferencia no existiría entre nuestros genes egoístas porque su misión sería la misma, o sea, evolucionar, y a la evolución le tocaba ampliamente las narices seleccionarme a mí o seleccionarlo a él. Le quitaba un poco de morbo al asunto, la verdad.

–No seas cabezona –le reproché–. No puedes tener a Galactus ahí fuera indefinida e injustificadamente.

–Es lo que hay.

Surfer no cedería.

–Tenemos que hablar –le repetí.

Ladeó la cabeza sobre la hierba y abrió un poco los ojos.

–¿Qué quieres? –se quejó con mimo–. ¿Por qué quieres que le deje pasar?

–Por tantas razones, querida... Qué decirte. La justicia. La paz. Hay tantas razones que no sabría por cuál empezar.

–Ahí está bien. No toques.

–¿Qué tendría que pasar para que Galactus tuviera vía libre?

–Que yo no estuviera aquí, no hay otro requisito.

–¿Ninguno?

–Ninguno.

–Tendremos que hacerte picadillo, entonces...

–No hay más opciones –cotorreó; luego caviló, sonrió y me miró–: ¿Serías capaz de matarme?

–Soy capaz de hacerte papilla en tres minutos, y el tercero sería para recuperar el aliento.

Orientó la cabeza hacia las nubes y cerró los ojos. No había nada que hacer. Y a mi pesar su influencia, tan próximo él a mí, tan apabullante, me atoraba. Él no cambiaría de opinión, pero

además yo no podía hacer nada para remediarlo, junto a él me quedaba flojo como un adolescente en su primera cita.

Me enojaba que el único habitante de este planeta al que no tenía obligación de matar me forzase a hacerlo, pero no debía tomármelo como algo personal.

Sacudí la cabeza para despejarme. No quería pensar en mi misión teniendo a Surfer a mi lado, mucho menos cuando no hubiera cerca más carne de cañón que la suya. A pesar de que mi deber fuera debilitar su resistencia en lo que concernía a Galactus, mi cuerpo me decía que era momento de yacer con él. Su presencia redefinía o borraba mis objetivos. Me relajaba.

—¿Galactus tiene forma? —le pregunté.

—¿Forma?

—Sí, ¿es material?, ¿tiene un aspecto que yo pueda barruntar si tú me lo describes?

—Está dibujado, lo puedes ver en los tebeos.

—¿Es así, como está dibujado?

—Para ti sí.

—He leído que cuando a Jack Kirby le encargaron crear a Galactus, lo dibujó a él y te dibujó a ti, y que cuando el guionista le preguntó, señalándote a ti en el papel, qué coño era eso, Kirby le argumentó que un ente de la dimensión de Galactus debía ir precedido por un heraldo que le anunciara y le abriera paso. ¿Es así? ¿Surgiste por el capricho de un dibujante?

No me contestó.

De haber sido por el guionista Stan Lee y en consonancia con lo que yo había leído, Silver Surfer no existiría. Galactus iba a ser, según el proyecto, un enemigo de la cuadrilla de papanatas que eran los Cuatro Fantásticos, nada más. El humanoide plateado no estaba previsto, vino como un hijo no deseado. ¿Alguien, empezando por Stan Lee, podía creer que aquellos cuatro monigotes anodinos serían capaces de contener a un ser inconmensurable como Galactus? Si Kirby no hubiera creado por propia iniciativa a Silver Surfer, el planeta sobre el que yo ahora contemplaba aquel lago sin patitos ya habría sido deglutido. Aunque no sería justo acusar a Kirby de haber salvado el mundo, puesto que a Galactus tal y como nosotros lo conocíamos también lo creó él. Otro dibujante habría creado a Galactus y no a Silver Surfer, pero ese Galactus no habría sido el que ahora acechaba desde detrás de aquel cielo gris. A lo mejor aquel otro Galactus no devoraría planetas.

—Dime, qué aspecto tiene —le solicité—. Descríbemelo.

—No puedes verlo como lo veo yo, es imposible.

—Dame una pista.

—¿Conoces la mitología escandinava?

—No.

—¿Sabes lo que es un *Kraken*?

—Un pulpo.

Se rió.

—Más o menos —me concedió—. Es un monstruo mitológico nórdico. Cómo sabes que es un pulpo, si no conoces la mitología.

—Por Hodgson, un escritor inglés. ¿Lo has leído?

—No. Qué contaba del *Kraken*.

—Bueno, Hodgson era un hombre obsesionado con el mar. Cuando era adolescente se escapó de casa con el sueño de embarcar en cualquier cosa que flotara y navegar hacia parajes insospechados y exóticos. Lo pillaron, pero al final se salió con la suya. Las pasó putas. No sé cuántos años duró la epopeya, alrededor de una década; cuando por fin volvió a tierra repudió aquella vida; no por el mar, sino por la ralea de gente con la que tuvo que lidiar. Te puedes imaginar el personal del que te hablo, a finales del siglo XIX. Sin embargo él no se acobardaba. Era pequeño y eso le obligaba a ejercitar sus músculos, de hecho cuando ya había descartado

ser un lobo de mar abrió un gimnasio, uno de los primeros si no el primero, y su musculatura gozó de cierta fama en Inglaterra. Era un gran tipo. Me habría gustado conocerlo, honestamente...

—¿Era guapo? —bromeó el rubio.

—Sí —le sonreí—, y de una belleza delicada, por cierto. Era un hombre delicado en todos los sentidos, no te dejes engañar por sus músculos. Nunca tuvo suerte, emprendió varios proyectos y ninguno acabó de funcionar. ¿Sabías que la primera fotografía que se conserva de un tornado en el mar es suya? El pobre se entretuvo con la fotografía para olvidar la mierda de vida que padecía en el barco. Hay una foto deliciosa con su hermana mirando el mar desde la playa. Era un soñador sin remedio, un perdedor nato. Me despierta ternura.

—¿Lo dices por su fracaso en el mar?

—No, lo digo por el fracaso de todas sus empresas en el mar y fuera de él, lo digo por el gimnasio, que tuvo que cerrarlo, por las penurias que tuvo que atravesar, por los cuatrocientos y pico rechazos que soportó de las editoriales cuando envió sus manuscritos, por la granada alemana que le cayó en plena cabeza en la primera guerra mundial y lo volatilizó, hasta el punto de no encontrarse nada de sus restos. Lo digo por eso, más que nada, pero podría decirlo por más cosas. Por su peregrinar como conferenciante para poder subsistir, por pasar a la posteridad no tanto por mérito propio, que habría sido suficiente, como por la aprobación altanera de otros escritores como Lovecraft, que le perdonaron la vida mientras bebían de su obra.

—Pobrecito Hodgson.

—Sí, pobrecito.

La vida del pequeño William fue para habérselo pensado. De esas que si se hubieran conocido antes de recorrerlas con toda seguridad no se habrían recorrido ni en sus primeros metros. Sólo un universo literario abarrotado de monstruos y fantasmas, anegado de mar y de visiones, contrarrestaba una realidad peliaguda, trágica y opresiva que no le dio respiro.

—Lo del *Kraken*, ¿me lo vas a contar o no? —me reclamó Surfer.

—Sí, lo del *Kraken*. Bueno, del *Kraken*, con propiedad, nombrándolo tal cual, no es que hablara mucho, no sé si en sus cuentos he llegado a leerlo apenas un par de veces...

—La mitología dice que trae mala suerte usar su nombre. Se alude a él, pero se evita mentarlo.

—Hay que decir que Hodgson tampoco es que se refiriera siempre al *Kraken* clásico, el pulpo gigante... Él hablaba de monstruos marinos diversos, que además siempre eran visibles de forma muy somera; los monstruos del inglés aparecían cuando escaseaba la luz, o cuando los cubría la bruma, o se dejaban adivinar tan sólo bajo la superficie del agua. A veces ni se llegaban a ver. Y los había de todas las fisonomías: cangrejos gigantes, anguilas, raros moluscos; peces no, no hablaba de peces; para que un bicho le interesara tenía que ser baboso y repulsivo hasta cierto extremo.

—Es que lo baboso tiene un sentido vital.

—Y Hodgson era un macho inexperto y apocado, diría; sostienen que acomplejado por la figura de la madre y esas cosas. Leí un bonito texto que profundizaba en eso, en la búsqueda del origen en un mar que era fuente de vida, en una exploración metafísica al epicentro del planeta, a los océanos, a lo que haciendo uso de la misma incomprensible potestad podía destruirnos así como nos había hecho nacer. Hodgson insinuaba que el mar era todopoderoso, un brebaje de creación incontrolable; nos decía al oído que si existíamos nosotros, por qué no cualquier otra cosa. Y sí, te decía, del *Kraken*: Hodgson emplea muchas páginas para darnos a conocer monstruos que no pueden ser sino el *Kraken*. Con variaciones o deformaciones. Son bichos grandes, como el barco en ocasiones, que antes o después consiguen subir a bordo y diseminar el caos. A veces el monstruo es un mutante entre pulpo y calamar —me paré y le pedí auxilio—: ¿A qué venía esto?

–Galactus.

–Sí –tuve un escalofrío–, Galactus –lo pronuncié despacio–. ¿Quieres decir que Él, nuestro agujero negro privado, ése que pende sobre nuestras cabezas, se parece a un pulpo?

–Ya te he dicho que no puedo describírtelo. Me refería más a la idea del *Kraken* que a su forma, aunque también tiene algo de su forma. No te lo puedo explicar mejor. Lo siento, pero no estás a mi nivel mental.

Cuando le miré a ras de hierba él ya me miraba a mí y reía. Reí con él, sin abrazar otra fantasía que permanecer allí por los siglos de los siglos. Le había entendido sin saberlo. El *Kraken* no se podía nombrar, por eso me había costado pronunciar el nombre de Galactus. El *Kraken* era el monstruo honorífico de la destrucción. Mi ídolo.

–¿Es baboso? –le pregunté– ¿Es repugnante?

–Mucho.

–Pero mucho, ¿cómo? Vamos.

–Es tan repugnante como puedas imaginar.

Un celo primario me puso en guardia. Pensé en Hodgson siendo arrastrado a los abismos por un *Kraken*, modalidad de muerte que habría preferido a la de volar por los aires y quedar esparcido por un trozo de tierra, sin duda. Pensé que mientras era succionado hacia las profundidades, mientras braceaba, me gritaba algo. Lo vi perderse en la oscuridad y a continuación vi a un pez nadar a toda velocidad hacia el punto en el que había desaparecido el escritor. Luego el pez salió de la oscuridad y vino nadando con rapidez hacia mí. Le veía cada vez más grande. Se quedó a un palmo de mi cara, era el mero.

–Me dice el inglés –empezó a hablar, expeliendo burbujas– que te diga que el *Kraken* no es el final.

Se quedó callado, meneando sedosamente las aletas.

–¿Algo más? –le urgí.

–No.

Dio un coletazo y se fue.

Las dos ideas principales que debía extraer de aquella sesión campestre, pues, eran que el *Kraken* no puede mencionarse y que no es el final, axiomas extrapolables a Galactus. La constatación de que Surfer no movería un dedo para ayudarme a destruir el mundo también iba a ocupar mi pensamiento y pesaría en mi ánimo, pero estaba asumido antes de pedírselo. Capaz aquel héroe de mantener a raya al devorador de mundos, qué posibilidades había podido tener yo de hacerle cambiar de parecer.

Las masas de nubes se habían oscurecido. Aún pasamos un rato allí tirados antes de que cayeran las primeras gotas de lluvia. Al volver comprobé que el astronauta no se había movido del banco de madera; el agua estallaba contra su traje impermeable y salpicaba a su alrededor. Ráfagas de personas se apuraban para llegar a los autocares. Desde la ventanilla de mi asiento, a través del cristal de una pecera, los vi regresar a todos, unos riendo, otros vociferando. Cuando atravesaban la puerta del autocar tenía la impresión de que habían atravesado una frontera entre mundos; si en el otro mundo, fuera del autocar, bajo la lluvia, eran masas de gente lejana y sin identidad, en cuanto entraban en el autocar cobraban personalidad y vida, tosían, carraspeaban. De sus ropas caían finos hilos de agua. Eran tan reales... Estaban tan cerca, los alienígenas...

De repente uno de ellos, recién nacido de la matriz lluviosa del exterior, fijó sus ojos en mí. Hubo tensión hasta que descubrí que se trataba de Amalia. Me había costado reconocerla debajo de un pelo muy mojado y una cara suavizada, más peligrosa que de costumbre, tocada por un halo de inocencia. A continuación entraron Silvia, nada favorecida por las humedades, Eva, agitada y empapada, fogosa, fecunda. Entraron todos, no hubo suerte, no perdimos a nadie.

La alemana me pidió la ventanilla, tras la cual chorreaba su amigo el gurú, y los demás tomaron asiento en sus correspondientes butacas. Mientras ellos resoplaban, admiré de nuevo su maestría para representar aquella realidad que yo me tenía que creer, coordinados todos para engañarme. Era su mejor arma. Recordé la premeditación con que Münsen hirvió vinagre para que yo lo oliera. Recordé la anticipación de Iván al bajarse los pantalones y arrodillarse para comerle el coño a Silvia, sólo para que yo lo viese al despertar y creyese que eran humanos en lugar de alienígenas. Ellos iban por delante, no los podía cazar.

Centré mi atención en el amigo de la alemana, que resistía bajo el aluvión, pero por más pendiente que estuviera de él, él no cometía equivocaciones. Miraba a la alemana y se despedía de ella, miraba a la alemana y se despedía de ella, sin error ni descuidos. Iván estaba inclinado sobre su hermano, alargándome una petaca roja. La tomé y bebí coñac. Se la devolví. Estaba vencido. Necesitaba irme y descansar. Casi me desvanecí cuando el autocar arrancó y después del primer traqueteo detecté que la mano derecha de la alemana había cogido mi mano izquierda. Me miraba como lo hubiera hecho una hermana, con cariño y con preocupación, queriendo saber algo más de mí.

Al conciliábulo vespertino, en mi camarote a la hora de la siesta, sí se presentó el astronauta. Vino acompañado por un hombre al que sujetaba por debajo de los hombros y que tenía un parecido sospechoso con Hodgson. Era Hodgson. Cada vez que abría la boca escupía chorros de agua.

—¿Dónde lo has encontrado? —me sorprendí.

Sonaron dos o tres crujidos y se oyó la radio:

—El mero me dijo dónde estaba.

Otros dos o tres crujidos cerraron el canal. El animal me miró como si alguno de los que estábamos allí dentro, menos Hodgson, obviamente, se hubiera vuelto loco. Aparté la cortinilla de la bañera y el astronauta depositó allí al escritor. Éste boqueaba y vomitaba agua. Llevaba un traje de su época, que no era la mía, y sus hebras parecían deshechas a causa del tiempo que llevaban sumergidas. Siendo rigurosos, el traje ya no debería existir, expuesto a los agentes marinos durante algunas decenas de años, pero ahí estaba, entero aún, como el propio escritor. El mar los había respetado más allá de su deber. Hodgson ni siquiera estaba muerto. El mar se le había metido dentro, eso sí, y ahora el hombre se afanaba en la ardua tarea de achicarlo. No lo conseguiría, lo sabía yo y lo sabían quienes estaban conmigo. El despropósito habría sido equivalente a la pretensión de que Surfer dejara de ser bello y plateado.

Lo dejamos descansar.

—¿Dónde cojones te habías metido? —abronqué a John Black.

—He estado por ahí, explorando.

—¿Explorando a quién?

El crujido rasposo de la radio me exasperaba. Pedí merced al animal por el espejo y él se puso a ello. Haciendo gala de gran lealtad se abalanzó sobre el astronauta. Cayeron al suelo y desaparecieron ambos de mi vista; los oí gruñir a mis pies, lamentarse y patalear. Duró un rato. Hodgson trataba de ayudar no sé a cuál de los dos, pero era rechazado una y otra vez y era devuelto con violencia a la bañera. Cuando se hizo el silencio esperé para que no se rompiera. Era importante que aquello se hubiera terminado.

—No tenemos que despistarnos —se irguió el animal, más corpulento si cabía y salpicado de sangre; los dos sabíamos que el astronauta era indestructible, como los hongos de las fantasías de Hodgson, como Silver Surfer—. Aún tenemos mucho trabajo por delante.

Se pasó el dorso de una garra por las fauces y sorbió al hacerlo.

Cuando no estaba cocido, Barrell era un tipo encantador y lo sabía. Un tipo encantador tiene bastante camino ganado si es atractivo, porque eso da la medida del ángulo con el que los demás van a abrirle la puerta.

En su encanto general y en su atractivo particular había una definición de los alienígenas. Aquella noche estaba en el bar el elenco completo, o sea, Barrell, el camarero calvo y el camarero macizo, Mario. Esta vez yo también había buscado refuerzos. Silver Surfer caminaba a mi lado como un arma letal, como el ojo demoledor de un cíclope. No había sido fácil convencerle de que me acompañara, tuve que fumarle con él tres petardos en su camarote en contrapartida antes de salir hacia el bar. Daba igual, incluso iban bien para la confrontación que me habían preparado aquellos cerdos. El flechazo de Mario hacia mi compañero no tardó en producirse. No llegó al extremo vergonzante de dejar la boca abierta porque no era un pipiolo, pero se le descolgaron los pectorales. Pocas veces había visto aquel macaco algo comparable en belleza a lo que yo llevaba a mi lado. Antes de llegar nosotros dos a la barra, el invitado especial de los alienígenas, Mario, estaba ganado para la causa. El editor también había sido alcanzado o al menos a mí me lo pareció, aunque era aún menos pipiolo que el anterior y amortiguaba mejor su expresión corporal. El calvo, en cambio, aguantaba impertérrito en su puesto. Era duro, granítico; él no tenía expresión corporal. Era una fórmula y daba un resultado. Cuando yo iba a abrir la boca para presentar a mi amigo, Barrell se adelantó, chocó la mano con él e intercambiaron nombres. Aceptó con una sonrisa el alias de Silver Surfer. Editor, rápido, cordial, curtido. El calvo se presentó a continuación sin moverse de su sitio y Mario se aprestó a frotarse la mano contra el trapo que colgaba de su cinturón antes de tendérsela al rubio, cosa que hizo delante de mis narices; sus dedos eran grandes, gordezuelos, de loca soez. Ya no me guardaba rencor por el episodio en que nos habíamos enfrentado y mordido; su gratitud, esbozada en sus ojos, condonaba cualquier afrenta.

El calvo era una máquina de supervivencia que no despegaba los pies del suelo. Colocó tres vasos en la barra, de whisky los dos primeros, para Barrell y para mí, en ese orden, y un tercer vaso de cerveza para Surfer. Se mantenía lo suficientemente alejado como para no estar encima de la conversación de sus clientes y lo suficientemente próximo para alcanzar todos sus enseres y depositar las copas en el punto exacto de la barra en que tenía que hacerlo. Era medida, fórmula y definición, no se escondía. Mario levantó dos dedos con aire de colegiala y se marchó a cubrir su segmento de bar, siete u ocho metros más allá.

–Le he contado a mi amigo Surfer lo del gen egoísta y dice que no tienes ni puta idea –vacilé a Barrell, ya sentados junto a él.

Se quedó igual que estaba. Nos echó una ojeada lenta y asintió. Preguntó:

–¿Y por qué no me lo dice él?

–No tienes ni puta idea –sentenció Surfer, escueto y enternecedor.

El editor rió. Era un alienígena con clase, había que reconocerlo, y con encanto, no fuéramos a obviarle cuando tal vez nos estuviésemos jugando la piel. Intervine yo:

–Le he contado lo tuyo con el gen y nos hemos tronchado. Como ya nos estábamos riendo antes de contárselo, no acabamos de saber si lo-tuyo-con-el-gen nos ha hecho gracia o no, pero nos hemos reído mientras se lo contaba, eso es seguro.

–Sí –apostilló el rubio, riendo.

–Y cuando le he dicho que estás huyendo de una vida atormentada también nos hemos reído.

Ahí sí que nos hemos reído de ti y a mandíbula batiente, te lo juro.

–Sí –volvió a apostillar el rubio riendo.

–Cómo os lo habéis pasado entonces, ¿no? –adivinó Barrell con cierta empatía, sin asomo de enojo.

Alineé mis ojos con los del calvo y se me fueron las ganas de reír. Su hieratismo, su gelidez, me acojonaron. Señalé mi vaso e indiqué: *Otra*. Mientras me servía la copa sin despegar los pies del suelo, guiñé un ojo a Mario, que se consumía de deseo en la otra punta de la barra. En su mohín no reconocí el desprecio de la otra noche: el rubio estaba conmigo y eso me dignificaba de algún modo ante él.

–Que el gen no es egoísta –expliqué al editor– ni se va de copas con los amigos. Que no ejerce control sobre lo que le rodea. Es una voluntad que se transmite cuando las circunstancias del entorno son favorables, ¿me entiendes? Es como el whisky que te estás bebiendo: está ahí en la copa y no hará efecto hasta que te lo bebas. Es una voluntad y sin ti no se transmitirá. ¿Me entiendes, Barrell? ¿Sí o no?

–Me cuesta.

Nos reímos los tres. Al rubio le caía bien el editor, era normal porque era un tipo con encanto, como no teníamos que pasar por alto. El calvo no movía una pestaña. Me dirigí a él:

–¿Tú lo has entendido, camarero?

–Yo no entiendo de esas cosas, señor –se excusó.

–Lo del whisky..., ¿no lo has entendido? Es fácil: el whisky está ahí y no hace nada si tú no te lo bebas. ¿Eso sí lo entiendes?

– Me cuesta, señor.

El rubio y el editor rompieron a reír a derecha e izquierda. Me uní a ellos, por qué no. Había que contribuir al entorno favorable para que el megamarciano emergiera en el cuerpo del camarero y de Barrell, para que la voluntad alienígena hiciera efecto. Aunque en realidad el entorno favorable para el megamarciano no eran ellos, sino yo. Los alienígenas eran el whisky y yo me lo estaba tomando. Su voluntad se transmitía gracias a mí.

–¿Tú has oído hablar de la evolución, camarero?

–Sí, claro.

–¿Crees que hay en eso algo más que una sucesión de eventos y de combinaciones de materia? –me quedé parado; esperaba escuchar que no entendía de eso.

–Más bien creo que en la evolución hay una intencionalidad que conduce a un fin –me aclaró. Volvimos a reír todos menos él.

–Vale –aplaudí–. Tu punto de vista es parecido al del amigo editor, es decir, vosotros opináis que hay una intención y yo opino que hay una voluntad, y mi amigo el rubio opina lo mismo que yo. Tú dirás: *hombre, es lo mismo*. No, no lo es. En tu intención se persigue un fin y en mi voluntad no.

–No quiere decir que el fin se alcance –se defendió.

–Es igual. La voluntad de la que yo hablo sólo se transmite o no.

–En una simple transmisión no hay evolución –se entrometió Barrell.

–¿Quién te dice a ti que tiene que haber evolución?

–La hay.

–No en el insecto palo de Timema.

Surfer soltó una carcajada.

–Ahora resulta –informé, respaldado por la carcajada de mi amigo– que han descubierto que ese insecto existe desde hace un millón de años y que se reproduce sin que el macho fertilice los huevos. Reproducen clones de sí mismos desde hace un millón de años, sin evolución. Cada generación es idéntica a la anterior –bebí un largo sorbo de whisky y pedí más–. Que la verdad es que uno se pregunta que para qué hay machos y hembras si no hay fecundación... Pero qué quieres que te diga, los humanos también tienen cerebro y no les sirve para nada. Supongo que habiendo machos y hembras alguna vez sonará la flauta y se producirá la fecundación, así como habiendo cerebros, alguna vez sonará la flauta y se usarán. Es terrible, ¿no estamos de acuerdo?

–¿Lo de los humanos o lo del insecto palo? –se burló el editor–. No, no lo veo terrible.

–Eso es porque no conoces un episodio de Tom y Jerry que pone los pelos de punta. Imagina que tienes un terrario con insectos palo que se reproducen y se mueren. Dejan a individuos exactamente iguales que se reproducen y se mueren exactamente igual, y así eternamente. No hay evolución ni intención, hay voluntad que se transmite. El episodio de Tom y Jerry es más cruel y más gráfico, pero en esencia se trata de lo mismo. Si sublimas más la historieta, puedes

trasladarla a organismos con evolución, como los cerdos que se crían para el consumo humano. ¿Qué más da si hay evolución o no? ¿De qué le sirve a una criatura ser evolucionada, sublimándolo al máximo, si al final va a morir y por tanto desaparecer? Vamos aún más allá, antes de que me digas ninguna tontería: sirviera o no la evolución para evitar que se produjera ese final, la muerte, ¿cambiaría en algo la historia?

—A lo mejor la evolución no serviría para cambiar la historia y sí para comprenderla.

—¿Crees que hay algo que comprender?

Silver Surfer, para sorpresa de todos, cambió con habilidad de conversación:

—Mi amigo me ha dicho que piensas quedarte en Sicilia...

Barrell cruzó un vistazo conmigo antes de contestar:

—Sí, la mía es una huida de las que necesitan destino. ¿Conoces Sicilia?

—No. La he sobrevolado, nada más.

—Yo tampoco. No sé nada de ella, pero es una isla, y desde que era niño he pensado que las islas son los lugares más alejados del mundo. Si mi huida necesita un destino, ése no puede ser otro que una isla. ¿Qué lugar elegirías tú?

—El mundo —eligió el rubio mientras apuraba su cerveza. Incluyó el vaso hacia el calvo sin mirarle y éste lo retiró; después le sirvió otro lleno.

—Un lugar muy grande, ¿no?

—No creas. Su escasa probabilidad en el universo lo hace ridículo, es tan improbable que casi no quepo en él —rió con tal dulzura que encontró eco en el editor.

—¿Qué lugar elegirías tú? —le pregunté yo al calvo.

—Yo no huiría —me sonrió—. No tiene sentido, señor.

Me fijé con descaro en sus pies, clavados al suelo, atornillados a él. Estaba de acuerdo, la huida era sólo una carrera tonta por el terrario de los insectos palo, un ignominioso pataleo a contracorriente, y finito, sobre una cinta transportadora de movimiento infinito. Un agotamiento estéril. Al enemigo había que esperarlo de cara y con los pies afianzados en el suelo, como lo hacía él.

—¿Puede ser que te haya visto recientemente en el margen de una piscina? —quise sonsacarle, recordando mi visita a la cueva del monstruo.

—¿Cuando cambié de turno, tal vez?

—No, en la cubierta de las piscinas no. El lugar al que me refiero era una cueva.

—¿Una cueva? —consultó con la mirada a los otros—. No he salido del barco en mucho tiempo, debía de ser otra persona.

Su desfachatez era de tal calibre que perdía sus límites. Daba un giro completo de forma que cualquiera habría dicho que no había habido giro. Su representación de la realidad ante mí y ante otros hipotéticos expedicionarios era tan desmesurada en medios y recursos, que no quedaba otro remedio que admitir que no había representación. Llevaban el exceso por encima de sus fronteras hasta que se perdía de vista y así el exceso dejaba de ser apreciable.

—¿Lo tienes todo preparado? —volvió a dirigirse Surfer a Barrell.

—Todo listo —aseguró aquél—. ¿Quieres ver la casa?

—¿Qué casa?

—La que he alquilado allí. Llevo mucho tiempo planeando esto, he alquilado una casa de campo y un coche.

No se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta hasta que el rubio le confirmó que quería ver la casa. Entonces sacó de él una fotografía en cuya cabecera figuraba el membrete de la empresa inmobiliaria que se la había alquilado. Era la copia de una ficha de archivo. Debajo del membrete había una bonita estampa de una casa rodeada de árboles, levantada en un terreno irregular y agreste, no urbanizado. Bajo ella había anotaciones acerca de su ubicación, de su

superficie, del número de habitaciones. Todos contemplamos como idiotas la ficha sobre la barra, incluso el camarero.

—¿En serio piensas que ahí estarás a salvo? —curioseé.

—Me he tomado mucho trabajo para pensar ahora otra cosa, ya no hay tiempo para dudas. Ahí voy me guste o no.

—Está bien —aprobó el rubio—. Podrás cuidar ovejas y todo.

El editor buscó la cara del camarero, el único que no había dicho nada, y le vimos asentir como al tutor que condesciende con las chiquilladas de sus protegidos.

—¿Tú tienes alguna casa en tierra firme? —le pregunté al calvo. Cerró los ojos, sonrió y negó con la cabeza—. Supongo que tampoco tiene sentido, ¿no?

—Para alguien como yo no lo tiene, no.

—¿Por qué?

—¿Qué haría allí? No me veo en tierra.

—Es un lobo de mar —concluyó Surfer—, ¿no te das cuenta?

Era imposible que el rubio y el camarero se enzarzaran, ambos iban un paso por delante de los demás y no atendían desplantes. Se enviaban uno a otro sonrisas inmaculadas, definiciones, voluntades blindadas, misiones incorruptibles. Doblando el acierto de la expresión, aquel alienígena era un lobo y lo era, además, de mi mar, no de otros. Era mi lobo de mar.

—Daría algo por verte de paisano —le aseguré al calvo—. ¿Puedo invitarte a una copa cuando no estés de servicio?

Comprendí que me había equivocado una vez más. Constaté que Mario, desde la otra punta de la barra, se volvía hacia mí y preví, para comprobarlo enseguida, que la respuesta del calvo no sería otra que aquella:

—Esto no es un bar de carretera, señor...

La carcajada calculada del macaco a lo lejos, la de Surfer a mi izquierda, la risa grosera de Barrell y las sacudidas de los hombros del calvo al contener una risa que nunca saldría de su boca, me abrumaron. No importaba cómo se hubiera enterado el calvo de que Mario me había despachado con la misma frase.

No estaba jugando bien aquel juego y la prueba eran mis tropiezos constantes. Yo podía ser, entre todos los que participábamos de la velada, el que tuviera un plan más frágil, el que tuviera una misión más turbia. Y eso a consecuencia, ni más ni menos, de los tumbos que daba al solapar una misión absurda de expedicionario con una misión prístina e indefectible, la del animal. El astronauta descuartizado que habíamos dejado en el baño de mi camarote era indestructible, lo sabíamos, y notaba su influencia a mi alrededor.

Me desentendí de la conversación durante los minutos siguientes. Rastreé la sala en busca de John Black sin detectarlo. Sabía que estaba allí, pero no lo encontraba. Fue al marcharnos media hora después cuando lo vi sentado a una mesa y rodeado de mujeres, bebiendo de un vaso en el que había introducido uno de los tubos de respiración de la escafandra. Me saludó levantando la mano y después la copa.

En mi habitación, con las luces apagadas y la cortina abierta, derrumbado en un sillón y encarando la luna, acorazado por un vello tupido y con las uñas afiladas, imaginaría un encuentro ocasional con el mero en las profundidades del mar. Luego el mero no estaría y en su lugar habría una mesa a la que estarían sentados, con sus cabellos suspendidos en el agua, Madom y Andrea. Mi escalofrío no se produciría al verlos a ellos sino al apercibirme de la advertencia de Madom señalando un peligro a mi espalda. Mi escalofrío se produciría a causa de su aviso, no de él.

Una actuación impecable

Cuando alguien hace las cosas bien hay que reconocerlo, y aquellos seres extraños hacían las cosas muy bien. Si hasta entonces había tenido infinidad de ocasiones para comprobarlo, todavía me quedaban filigranas por apreciar.

Comencé el día a las nueve de la mañana. La tarde anterior habíamos zarpado pronto de Civitavecchia y la previsión era llegar a Palermo a eso de las once de la mañana del día siguiente, o sea, dentro de un par de horas. Entré en el cuarto de baño. Me causó impresión ver al santo Hodgson desmadejado en la bañera, en la misma postura que lo habíamos dejado cuando lo traje el carahuevo rescatado de los fondos marinos. Podía ser sólo una sensación mía, pero su aspecto estaba aún más desmejorado. Su cabello empapado se aplastaba contra el cráneo. El color de su piel era níveo, en sentido literal, y cada conato por echarse a hablar terminaba ahogado por un borbotón de agua que salía de su garganta y se derramaba por las comisuras de sus labios. Nadie sabía más de las tinieblas del mar que aquel hombre retraído y vapuleado y sin embargo sus ojos eran transparentes. Me miraba sin esperar nada de mí, con brillo en las pupilas, víctima de su propia imaginación.

—¿Sabes lo que te hace falta, compañero? —me apiadé.

Coloqué el reproductor de música en la repisa del espejo y extraje el conector de los auriculares, de aquella manera el sonido se emitiría por el altavoz interno y ambos podríamos oír la canción que estaba buscando.

—Esto es lo que te hace falta —le aclaré—. Es la historia de un perdedor como tú o como yo, ¿sabes? Además los figuras que lo cantan son ingleses, como tú. Lo singular de esta historia es que el perdedor, cosa rara, gana. Se trata de un desgraciado cuyo sueño es conocer a una mujer a la que amar y cuidar. Tras años de soledad, un día oye una voz celestial que le anima a intentarlo con ahínco y lo intenta de esa guisa durante una semana crucial; en la canción se nombra cada día de la semana salvo el sábado. Conoce a una chica pequeña y muy guapa, *sic*, que le dice a todo que sí hasta que llega la boda, en la que también dice que sí. Bien. He de confesar que siempre he tenido unas cuantas dudas. Como tú y yo no estamos precisamente para echarnos unas risas a costa de lo que es perder y ganar no me entretendré en eso, te plantearé sólo un par de esas dudas, marginales las dos: Si una voz celestial interviene en tu vida, ¿puede considerarse que lo que hagas u ocurra en tu vida a partir de entonces es mérito o demérito tuyo? Si falta un día de la semana y se trata de una semana crucial, o aunque no lo sea, ¿puede creerse que el final es de verdad el que nos cuentan?

Al instante sonaron los acordes saltarines de *The diary of Horace Wimp*

[26](#)

. No pude reprimir un bailecito maricón mientras lo escuchaba. Si el bueno de Hodgson hubiera podido hablar me habría dicho que somos marionetas ridículas en manos de las fuerzas de la naturaleza. En todas sus historias se presentan peligros contra los que no hay defensa. El hombre está siempre acorralado y a merced de monstruosidades mucho más poderosas que él, de ahí que los escenarios donde el escritor se desarrollara mejor fuesen los barcos aislados e indefensos en medio del océano, a expensas de piratas fantasma o engendros aberrantes. También en escenarios en tierra firme, como en *La casa en el confín de la Tierra*, el protagonista está sitiado en una casa por homínidos con aspecto porcino, que se mueven por un laberinto de túneles subterráneos por los que también corre agua. Para Hodgson el hombre es un avatar volátil cuya destrucción es cuestión del capricho natural; la energía que nutre esos caprichos, con formas diversas, fluye del agua, omnipresente en sus historias. El hombre también fluye del agua y es uno más de esos caprichos. La prueba de lo anterior queda ilustrada con la muerte de Hodgson reventado por un proyectil explosivo. Esa exposición fatal a lo que no podemos controlar es uno de los motivos por los que sus personajes no tenían profundidad. Para qué. Nos dejó las descripciones, el imaginario.

En lo que tocaba al día de la semana que faltaba en la canción, el sábado, el inglés habría estado de acuerdo conmigo: se trataba de una trampa en la vida de Horace Wimp. Por lo que yo tenía entendido, fuera cierto o no, el autor de la canción había omitido el sábado porque ese día era el día del fútbol, y para un seguidor incondicional como él no había otra cosa que hacer ese día distinta de estar pendiente del fútbol. Se llamara uno Horace o Jeff.

Desestimé darle esa información a mi amigo. Que había una trampa en la historia al no hacer alusión al sábado era obvio, fuese una trampa para Horace Wimp, como mi amigo y yo queríamos creer, fuese una trampa para quien escuchara la canción. Le confié:

—Ni a ti ni a mí nos van a engañar a estas alturas. La mujer pequeña y muy guapa que encuentra Horace es una mujer-cerdo

[27](#)

Conseguí por primera vez que Hodgson sonriera. Le había recordado a sus personajes, claro.

—Son alienígenas —le puse al día—. Ésa es la jerga moderna. Los alienígenas nos rodean y no hay escapatoria. Hombres-cerdo por todas partes, chaval —señalé a mi espalda, al animal apoyado en la pared—: éste me ayuda, es un exterminador de hombres-cerdo.

Hodgson le saludó con otra sonrisa. El animal ni lo miró, me miraba a mí a través del espejo. Le aguanté la mirada y tomé una de las pastillas del calvo, las que me convertían en ese animal. Lo medité un segundo y tomé excepcionalmente una segunda pastilla, quizá fuera bueno reforzar mi carácter. El astronauta no estaba y mi concentración crecía. Cada vez tenía el camino más despejado hacia la aniquilación de alienígenas. Mi destino era la sangre, unos desafortunados percances como la aparición del carahuevo me habían desviado de la senda. No había nada que comprender de aquellos alienígenas. No había arma que pudiera con ellos, ni las de Schopenhauer ni las de los astronautas. Sólo valía mi arma: el odio de una bestia ciega y resolutiva.

Hodgson se incorporó de repente y echó un chorro de agua por la boca que me dejó asustado. Cotejé la mirada del animal, por si él lo veía normal, y me incliné hacia el escritor. Le di unas palmadas en la espalda. Estaba frío como una piedra y se desvaneció. Lo aparté con cuidado y lo senté. En el otro extremo de la bañera tenía que ducharme y lo hice.

Las dos pastillas estaban ahí dentro, un calor abrasivo corría por mi sangre. Tenía trabajo, una misión. Volvía la fiebre.

En la cafetería que ofrecía servicio de Internet había varios camareros. El que me atendió fue el mayor de ellos, un individuo enjuto y encorvado con los ojos grises que se dirigió a mí en perfecto español. La red de comunicación interna de los alienígenas era inigualable.

Para poder usar un ordenador debía comprar un paquete de minutos. Las opciones y los precios figuraban en dólares en el tríptico que abrió delante de mi menda. Elegí uno de aquellos paquetes y le di la tarjeta magnética; pedí un café triple antes de que me la devolviera y ocupé una máquina. En primer lugar abrí el servicio de mapas del buscador y localicé la calle en la que se encontraba la casa rural que había alquilado Barrell en Sicilia. En la ficha que nos había mostrado en el bar la noche anterior figuraban incluso las coordenadas de GPS, que fueron lo único que no había logrado memorizar. Tenía la provincia, Catania, la localidad, Misterbianco, y la calle y el número. No me costó localizar aquella calle al norte de Misterbianco, ni trazar el recorrido que debía seguir desde el puerto en el que íbamos a atracar, en pleno centro de Palermo. Tomé nota de un par de puntos de referencia. El recorrido era muy simple: en Palermo debía tomar la autopista Palermo-Catania, recorrer la hostia de kilómetros, alrededor de doscientos, bordear Misterbianco por el sur, atravesar una zona industrial y antes de entrar en Catania, girar a mano izquierda. No me hizo falta imprimir el plano, mi cerebro de agente comercial estaba acostumbrado a registrar los nodos de carreteras necesarios para llegar a cualquier dirección, pero es que además de eso en el coche de alquiler habría un navegador.

Centré el punto de destino en el mapa y pulsé enviar a GPS; del menú desplegable opté por el fabricante más popular; me llevó a otra página que requería que instalara el *plug-in* de ese fabricante, lo hice y obtuve las coordenadas. El siguiente paso era localizar la empresa de alquiler de coches.

En el propio puerto no había ninguna oficina de alquiler de vehículos ni puntos de información. No había servicios de ningún tipo. Supuse que al estar incrustado en la ciudad no resultaba rentable dedicar un área a esos menesteres. Probé el filtro de búsqueda de dos o tres páginas de alquiler y me fue imposible contratar un coche que me estuviera esperando en el puerto a mi llegada, cosa que se produciría en una hora y algunos minutos. Anoté los teléfonos de las empresas anunciadas en las páginas, cerré la sesión del ordenador y fui hacia el camarero de los ojos grises. Me señaló el teléfono público antes de que yo se lo pidiera. Su cara era una película de plástico que no se alteraba, al igual que la del camarero calvo del bar-mirador. Ya llevaban labrados en el rostro la sonrisa, los rasgos neutros de atención y educación. Me pregunté si su pensamiento, tanto como su cara, tendría aquella película de plástico ahormada a base de años de anticipar lo que el cliente iba a pedir. Para no dejarle totalmente satisfecho, le pregunté:

—¿Me entenderán en español?

—¿En Sicilia?

—No, en Ohio.

Estiró la sonrisa y cerró los ojos.

—No hay problema —me aseguró.

Introduje la tarjeta en el teléfono y llamé a la primera de las agencias. Me respondieron en italiano y al oírme continuaron la conversación en español. Hubo alguna reticencia cuando les exigí que el coche estuviera en el puerto en una hora, pero nada insalvable con treinta euros adicionales en concepto de disponibilidad urgente. Entre eso, los ochenta euros por día de un coche de gama media y los sesenta pavos adicionales por incluir el navegador GPS, y unos euros más que no conseguí aclarar a qué se iban a deber, ya que deliberadamente o no en aquel punto a mi interlocutora le falló el español y retomó el italiano, me soplaron doscientos pavos sin titubear. Facilité mi número de tarjeta de crédito, el nombre de la embarcación, me confirmaron que la reserva estaba aceptada y que tendría el coche en el muelle en una hora, me dieron un identificador y colgué. Los italianos cobraban en euros. En el barco cobraban en dólares. El teléfono imprimió el recibo del cargo por la llamada en dólares. Con el recibo en la mano volví a la barra, le pedí un chupito de whisky al jorobado y le consulté:

—¿Puede ser que por diez minutos de conversación me hayan clavado noventa y cuatro dólares?

—La tarifa es de ocho dólares por minuto, señor.

—Ajá —cavilé—. ¿Podía haber hecho la llamada por Internet?

—La telefonía por Internet está filtrada, no es operativa.

—No se os escapa una, ¿eh?

Sonrió cerrando los ojos, repitiendo la mueca de hacía unos minutos.

Estaba en cubierta, apoyado en la barandilla del pretil como otros centenares de pasajeros, mientras el barco atracaba en la última dársena del puerto. Era imprescindible que yo estuviera allí, asomado por la borda, antes de que aproximaran la escalinata. Tenía que ver uno a uno a todos los que abandonaran el barco. También era imprescindible que mi puesto de observación se encontrara tres plantas más arriba de la planta a la que acercaban aquella escalinata. Era la distancia justa para ver con suficiente detalle a quienes desalojaran el barco y la distancia justa para no estar dentro de las zonas masivas de tránsito.

El espectáculo que tuve que presenciar, las oleadas de cuerpos y cabezas que desfilaron ante mis ojos, llegaron a marearme. Tal congregación de criaturas insignificantes en un mundo cuya escasa probabilidad en el universo lo hacía prácticamente inexistente, tal delirio de materia

desordenada maniobrando con orden, tales signos de una razón, de una definición que trascendía aquellos cuerpecillos y los guiaba, tales indicios de que el motor responsable de todo lo que yo veía estaba allí pero era lo único que no se podía ver, tales evidencias de que no había nada que hacer a excepción de disparar a muerte por doquier; todo aquello me aturdí y a la vez reforzaba mi propósito de saneamiento.

Sólo el animal en su manifestación pura podía salir indemne de aquella sensación turbadora de humanidad.

Habría pasado media hora cuando por fin le vi poner los pies en la escalinata. Allí estaba, cumpliendo su misión, su huida hacia un mundo diferente del que había habitado. Que aquella misión le hubiera sido asignada por las altas esferas alienígenas no restaba valor a sus actos; cuanto él podía hacer era cumplir con lo encomendado de la mejor manera posible, hacer una representación ante mí en la que no hubiera una paupérrima fisura. Cumplir la misión, ejecutar el propósito.

No se podía negar que aquel tipo tenía presencia. Era apuesto y contemplarlo, al contrario de lo que sucedía con los demás, no se hacía doloroso. Dejé la contemplación y me lancé escaleras abajo. Bajé las tres plantas y la escalinata. En tierra quise localizarlo entre la turba, pero mi olfato me dijo que ya andaba lejos de allí.

Localicé en cambio al pajarito que me había enviado la empresa de alquiler de coches, que aguardaba de pie junto a un utilitario que coincidía con mi solicitud y que llevaba estampado el logotipo de la empresa en el parabrisas. Aquel muchacho era el primero al que habían podido echar el guante para aquella entrega urgente, tal vez el hijo o el sobrino de algún empleado, el recomendado de turno de algún directivo. Era barbilampiño e inexperto; en cuanto dio por hecho que su cliente era el Gordo con ojeras que caminaba hacia él comenzó a bailotear, indeciso entre dar unos pasos al frente, atrás o tenderme la mano. Me la tendió, no se la estreché, le palmeé la mejilla y le enseñé el identificador. Él no lo comprobó, acaso en su fervor emprendedor lo hubiera memorizado, y me pidió que le acompañara a la oficina a hacer el papeleo. Su español dejaba bastante que desear, su ilusión no tardaría muchos años en corromperse y su futuro a buen seguro acabaría con él. Por lo demás tenía un aspecto saludable.

Me hizo varias preguntas durante el trayecto sin que yo le contestara a ninguna. No lo hice por incomodarle, sino porque se había despertado en mí cierta ansiedad por acelerar aquellos trámites. Pensaba en el editor, en que yo tenía poco tiempo para hacer lo que tenía que hacer, apenas seis horas para estar de regreso en el muelle antes de que el barco zarpara sin mí. Recordé al punto a Silver Surfer. El chaval abrió la guantera y me señaló la documentación del coche, toqueteó el navegador que ya me estaba costando una pasta y me dio unas indicaciones a las que no atendí. En diez minutos estábamos en la oficina. Era reducida, con el espacio calculado para disponer tres mesas de escritorio de las cuales sólo una estaba ocupada. El chico rodeó esa mesa, acercó una silla y se sentó al lado de otra muchacha no mucho mayor que él. Los dos me miraban con sonrisas angelicales, con nubecillas de esporas que brotaban al trasluz alrededor de sus siluetas. Ella puso frente a mí los impresos mientras me enumeraba unas normas de uso del vehículo a las que tampoco atendí. Firmé, le guiñé un ojo a él y salí de la oficina.

Arranqué el coche, introduje las coordenadas en el navegador, coloqué los auriculares en mis orejas y seleccioné *On the run*

[28](#)

, una canción que me venía al pelo. Las calles de la ciudad eran estrechas y los autóctonos conducían de puta pena. Salí ileso de Palermo y tomé la autopista. A lo largo de treinta o cuarenta kilómetros corrí paralelo al litoral, a un mar plúmbeo que se hacía visible en algún

tramo y se solidificaba en la distancia. A continuación caí hacia el interior de la isla y el viaje se hizo más pesado. Seleccioné otra vez *On the run* y me relajé.

I'm on the run again.

I'm on the run agaaaaaaain.

En el vídeo comercial que la banda publicó en su día de aquella canción Bev Bevan, el batería, llevaba una camisa roja con lentejuelas desabotonada y con las faldas anudadas en la tripa, en plan piratón. También llevaba un medallón de oro colgado del cuello. Otro miembro de la banda levitaba tocando un violín azul. Aquellos tontos recuerdos venían a mí cuando iba en busca de un actor maligno de la trama alienígena y cuando por tanto mi concentración debía ser máxima.

Clavé los ojos en la carretera.

Mi misión era una definición. Yo era quien conducía el coche, y nadie más lo haría. Mi cuerpo era una espora, una composición química concreta que existía en el mundo acoplada a un volante y a un destino que no serían nunca el volante y el destino de otro. De mí dependía que mi definición se siguiera ejecutando. No cabría en mi cabeza pegar un volantazo y regresar al puerto. No cabría en el fin de la espora caer en tierra yerma.

Conduje pues y seguí trazando mi línea exclusiva en el espacio, más nítida con cada metro que recorría en aquel país desconocido. Si el trayecto por el interior había discurrido entre colinas y campos verdes despejados, a medida que me iba aproximando a Misterbianco el paisaje se transformaba. Núcleos de viviendas espaciados entre sí y de escasa altura se combinaban con naves industriales y centros comerciales; en aquella combinación flotaba un aire de descuido, como si cada punto construido no hubiera tenido en cuenta en absoluto las construcciones que ya existieran. Era una mezcla desasosegante. Había palmeras aisladas aquí y allá y terrenos desérticos. Aquel lugar tenía algo de *road movie* americana. Para mi disgusto la tendencia inarmónica se iba a acentuar en los kilómetros siguientes y alcanzaría el verdadero caos al final de mi viaje. Cuanto más me alejaba de las vías concurridas más crecía. En las carreteras comarcales convivían parcelas cercadas en completo batiburrillo por vallas metálicas, paredes de piedra, bloques de hormigón o ladrillo rojo visto; incluso una misma parcela podía estar cercada por todos aquellos elementos a la vez, por planchas de uralita, por un somier oxidado. En las cunetas eran frecuentes los montones de escombros. A pesar de eso no había suciedad, no era un caos insalubre; era un caos de esbozo ruinoso, de lugar a medio construir o medio derruir. De habitantes acostumbrados a eso y ocupados en otros frentes que tampoco quedaba patente cuáles pudieran ser. Había cultivo dentro de las parcelas igualmente dispar.

Tras dos horas y pico llegué a la boca de la calle en que se hallaba la casa rural de Barrell. Era una calle por la que sólo podía pasar un coche. No me quise plantear qué tendría que hacer en caso de encontrarme con otro coche en sentido contrario y entré en ella. Más uralita, más caos en las fachadas y en los vallados; en ciertas partes la vegetación invadía la calzada, en otras había esparcidos más escombros. Vi setos y olivos, enredaderas. Crucé las vías de un tren. A punto de sucumbir a la claustrofobia, di con la casa.

Era aquélla, la recordaba de la fotografía. Una verja impedía el acceso al sendero de entrada. En el interior no había ningún vehículo y las puertas y las ventanas de la casa, a veinte metros de mi posición, estaban cerradas. Bajé del coche, eché una ojeada a mi alrededor y al acercarme a la verja la vi trabada por un candado que no debía de pesar menos de un kilo.

No había contado con que el hijo de puta de Barrell no hubiera llegado al hogar. Me quedé desarmado, en blanco. Habría dado algo por verme desde fuera. Tenía que pensar deprisa, no podía quedarme allí plantado como un pasmarote. Me metí de nuevo en el coche y continué la marcha hasta que logré estacionarlo a un lado de la carretera, doscientos metros más allá. Por el retrovisor no se veía la entrada de la parcela porque había una curva entre ella y yo. Seguí pensando, deprisa. Había consumido tres de las seis horas que me había dado a mí mismo de

margen. Como buen estúpido, no había calculado que el editor tal vez habría tenido que ir a cerrar algún fleco burocrático de su nuevo lar, a abastecerse de víveres y enseres para equiparlo, a comprar un diccionario de italiano o a echar su primer polvo en tierras volcánicas. Había muchos cálculos que se me habían escapado, perdía aptitudes desde que me había sometido a la disciplina de un astronauta chiflado. A Barrell no lo esperaba ningún barco y tenía por delante tanto tiempo como se le antojara para lo que correspondiese.

Cerré los ojos y me tranquilicé.

Consulté el reloj. Me quedaban dos horas y cincuenta minutos. Recurrí a mi amigo Horace Wimp, a la imagen de la mujer-cerdo pequeña y muy guapa. La situación en que andaba metido el capullo del Gordo del retrovisor en aquella carretera era la situación en que anduvo metido Horace Wimp el sábado que no se mencionaba en la canción. Una situación que ni al mismo Horace le parecería real; en la que no habría más testigos que él mismo y el vacío. Ni voces celestiales ni mujeres-cerdo. Era una situación en la nada.

Por esa circunstancia, por mi fugacidad y mi volatilidad en aquella nada, tenía que tomar puntos de anclaje para que un golpe de aire no me llevase a la estratosfera. Contaba con el reloj, con el retrovisor, con los colmillos que lanzaban sus primeros destellos entre mis labios. Contaba con que Horace consiguió superar aquel sábado y recuperar la mentira que había perdido. Yo recuperaría el barco, el mar y a Silver Surfer. Aquella inquietud que me recorría, el sudor frío que estaba sufriendo, eran los dedos largos y fríos de la definición; de mi soledad sin el barco, sin el mar y sin Silver Surfer.

Me reí.

Tres lugareños pasaron a pie en sentido contrario al mío y cabecearon y sonrieron al verme reír. Entonces, de golpe, lo entendí todo.

Me estiré en el asiento, subí el volumen del reproductor y sonreí. Apuré lánguidamente los minutos de una espera a ciencia cierta infructuosa, arranqué el coche, di media vuelta y tomé el camino de regreso. Eché una mirada sin detenerme a la casa cerrada de Barrell, como requería la definición, y apreté el acelerador.

Se habían anticipado otra vez.

Alguien habría podido pensar que habiendo invertido el editor tanto tiempo y esfuerzo en labrarse un rol ante mí y haberlo representado con fidelidad hasta que salió del barco, sería una lástima que todo hubiera acabado de aquella manera. Si la confabulación alienígena controlaba hasta el menor de los hilos de la red, y en virtud de ese control o de cualquier otro poder que yo ignoraba, era capaz de anticiparse a los acontecimientos, cómo no habían trazado un plan de encuentro entre Barrell y yo allí, en Sicilia, donde yo iría a buscarle. Para qué, en el mismo orden de hechos incomprensibles, me habían sugerido que había una posibilidad de acabar con el editor al inducir a éste a que mostrara la fotografía de su casa la víspera de su marcha, con la dirección en la que yo podría encontrarle. En otras palabras, teniendo en cuenta el trabajo que se habían tomado para que yo entrara al trapo, por qué habían desaprovechado aquella oportunidad de hacerme frente en un lugar en el que yo estaría solo, en medio de la nada, a punto de salir volando hacia la estratosfera.

Quizá yo los estuviera subestimando al creer que no estaban al corriente de mi identidad animal. Pudiera ser que también supieran eso y supieran por tanto que habría sido una lucha desigual a mi favor. En tal caso, que Barrell no hubiera aparecido sólo habría sido una medida de prudencia ante una previsible carnicería.

Pero no, ninguna de aquellas líneas de pensamiento era correcta.

Aparentemente, en efecto, había una contradicción entre el laborioso plan de meter a Barrell en mi vida, que no había sido tarea fácil, y el hecho de sacarlo de ella cuando en teoría yo ya habría mordido el anzuelo y habría aceptado el reto de ir a buscarle. Por iniciativa propia y al

sitio que ellos habían elegido. Es decir, e insisto, cuando yo solito ya me habría metido en la emboscada.

Nada de contradicción. Podía parecerme una contradicción a mí o al mismo Barrell, que éramos criaturas solas y, por ende, relativas, pero había que alejarse en la perspectiva y ponerse en el lugar del megamarciano que era el dueño de todos los Barrell. Barrell era una espora insignificante dentro de un mar de ellas. Habían elegido que el editor cayera en tierra yerma, en contra de su definición, porque en su sacrificio había una enorme ostentación de poder. Y esa ostentación iba dirigida a mí. Había sido un toque de clase. Con aquello los alienígenas me estaban transmitiendo que lo que para mí había significado algo, Barrell, para ellos no significaba nada. Que tenían un universo de esporas flotando sobre mi cabeza y que podían permitirse el lujo de echar a perder cuantas quisieran. Volverían a atacarme cuando yo no me lo esperase con otra espora cuya escasa probabilidad en el magma de esporas la haría casi inexistente. Ésa tampoco tendría valor para ellos.

La incomparecencia del editor en la casa rural de Sicilia había sido un golpe maestro contra mí. Me habían dejado con un palmo de narices, no buscaría eufemismos. Y me habían demostrado que la capacidad alienígena para jugar conmigo era superlativa. Desde esa perspectiva cobraban significado otros acontecimientos trabajados, como la hazaña de Eva y Silvia para arrastrarme hasta la pista de baile. Había sido una oportunidad malograda más de enfrentarse a mí, cuando también había mordido el anzuelo. Aunque aquella vez fui yo el que huyó. Quién me decía que de no haberlo hecho estaría en aquel instante en el barco, abriendo la puerta de mi camarote y no criando malvas.

La luz entraba diáfana y muda en mi cueva. Las cortinas ondeaban con la brisa. Por encima del respaldo del sillón en el que yo me había tendido la noche anterior para observar la luna, sobresalía ahora una cabeza. Me daba la espalda y quienquiera que fuera sabía que yo había llegado, lo noté en los pequeños detalles, en el ligero ladeo de esa cabeza, en el movimiento de dos dedos sobre el brazo del sillón.

Repasé con los ojos la habitación por si había más sorpresas. No las había. Se cernía una paz irreal, un equilibrio entre la luz y el silencio, entre el ventanal abierto y las cortinas hinchadas. Caminé, no había alternativa, hacia el sillón y lo rodeé por la izquierda. Un Hodgson repeinado y seco, con la misma indumentaria aunque en perfecto estado, languidecía mirando el mar. Su mirada iba a ras de barandilla hasta el horizonte y las carnes más oscuras del agua. El salitre, la nostalgia o la pesadumbre del escritor y el claroscuro de la tarde conformaban una neblina ligera. Cogí una silla y me senté allí, a su vera, admirando su perfil delicado y femenino, palpando algo que emanaba de él y que llenaba aquel camarote.

—¿Puedes hablar o sigues echando agua? —me interesé.

Él rió y dos o tres chorros salieron por su boca. El agua sin embargo no cayó al suelo, quedó suspendida en masas más o menos esféricas dos palmos por encima de sus rodillas. No abandonó su postura vencida ni se animó ni se incorporó. Pensé que tenía las fuerzas justas para estar allí, gélido y deshabitado, para que yo lo viera. Entonces me miró, contrajo sus rasgos en señal de esfuerzo y trató de hablar, pero una vez más el agua salió a borbotones de su garganta. Esta vez había formado masas mayores y había quedado ingrávida a media distancia entre los dos. No intenté tocarla, no sabía si podía hacerlo. Él se derrumbó en el sillón y cerró los párpados, desmayado.

Me planteé llevarlo de vuelta a la bañera, arrojarlo por la borda o darle un masaje. Yo estaba bien con él y tranquilo. Tampoco supe si aquel hombre en realidad estaba esperando que yo hiciera algo o no. Ante la duda decidí quedarme quieto hasta que percibí que el agua empezaba a moverse. Las esferas se estiraron desde su posición hacia la mano derecha de Hodgson y dibujaron un abanico transparente. Luego el abanico se fue recogiendo hacia la mano y el agua quedó sobre ella reunida en una sola esfera.

No ocurrió nada más. El agua no volvió a moverse ni Hodgson volvió a abrir los ojos. Nos quedamos allí sentados, tal vez libres o muertos, sesteando, agotando aquel sábado que no salía en la canción, muy lejos de las voces celestiales y de las mujeres-cerdo pequeñas y muy guapas.

[26](#)

Electric Light Orchestra.

[27](#)

El nombre de los monstruos de *La casa en el confín de la Tierra es criaturas-cerdo*.

[28](#)

Electric Light Orchestra.

Vivir va a sernos muy difícil

Carlitines aguardaba mi despertar sentado a los pies de mi cama. Llevaba un birrete que le venía grande, toga y una varilla de madera en calidad de dispositivo señalador.

–Preguntaste al animal por el sobrino del taxista –comenzó–. ¿Te preocupa lo que ocurriera con él?

–Me emociona.

–¿No es uno de esos seres vivos que hay que exterminar?

–Sólo hay que exterminar a los que han cogido las joyas.

–Eres un blandito.

–El más blandito de los seres vivos, nunca me he engañado con eso.

–Ahora resulta que los que no hayan cogido las joyas son una especie protegida.

–Hasta que las cojan, sí, cosa que harán sin falta en cualquier momento.

–¿Quién determina si las han cogido o no?

–Nadie, es un hecho. Las cogen o no las cogen.

–No me convences.

Me despaché:

–Tiene una explicación muy simple. No es un silogismo, pero casi. A un niño el mundo le pertenece; un adulto, en cambio, pertenece al mundo. Los jóvenes aún no se han comprometido con la humanidad, es ésta la que les invita a hacerlo con mil promesas y argucias, y en el proceso les miente. Comoquiera que el niño no sólo tiene intacta su capacidad de creer, sino que es además pura carne de creer, cree. Y cuando se ha creído todo lo que se tenía que creer, quiere participar. Quiere parte de lo prometido, quiere las joyas porque no sabe que son falsas; las toma, y desde ese instante pasa a comprometerse y es también mentira. A partir de ahí le pertenece al mundo y se convierte en una criatura que hay que exterminar. Por lo general, ése es el paso en el que se convierte en adulto, suele coincidir. Hay adultos que no han cogido las joyas por algún raro desorden mental y niños que por el mismo motivo sí las han cogido, pero son casos marginales. Sin ser muy rigurosos, los niños no han cogido las joyas y los adultos sí.

–Tú eres uno de esos adultos que no las ha cogido por un raro desorden mental...

–Yo las cogí. Fue un calvo con unas pastillas prodigiosas el que me las extirpó.

–¿El calvo de las pastillas que te convierten en un animal?

–Ése. Me extirpó las joyas del cerebro y me dejó bucear en las aguas más profundas de mi vida.

–¿Por eso me diste las pastillas a mí también?

–Eras amigo mío. Dándotelas, te dejaba bucear en las aguas más profundas de tu vida y, por añadidura, te confería una fuerza animal que tendría que ayudarte cuando yo fuera a matarte.

–No me ayudó.

–Sí lo hizo. Yo era un animal más fuerte y experimentado que tú, no hay más.

–Si las pastillas extirparon de mí las joyas, ¿por qué tenías que matarme?

–El que ha tocado las joyas está podrido para siempre. Todo daño que se inflija a quien no las ha tocado es ilegítimo, el resto de daños son justos y necesarios.

Yo había matado a Madom, la versión adulta de Carlitines, por las razones que acababa de exponer. Actué respetuosamente hacia él y él fue un digno oponente. Ni en mí ni en el docente Carlitines debería haber rencor. Me surgió una duda:

–¿Te volveré a matar cuando crezcas y te dé otra vez las pastillas?

–Ya estoy muerto.

–Vaya.

Empezó a utilizar la varilla como si se tratase de una espada e hizo molinetes en el aire. Le pregunté:

—¿De qué me estabas avisando cuando apareciste con Andrea en el sótano del bar? En tu versión adulta, quiero decir...

Se quedó quieto y con los brazos en jarras. Sonrió. Cogió la varilla como si fuera una escopeta, se acercó a mí, me apuntó y me preguntó a su vez:

—¿Te doy miedo? —y matizó—: Imagina que eres una ardilla. ¿Te doy miedo ahora?

—No.

Se echó a reír.

—No —cedió—, no eres una ardilla. Pero tampoco eres el animal que crees ser cuando te salen los colmillos. Tu pregunta no es *¿Soy un animal y tengo una misión?* Tu pregunta es *¿Qué animal soy?*

—Ah.

—Piensa en eso. Mi pregunta no es *¿Será necesario lo que voy a hacerle a la ardilla cuando se me ponga a tiro, subrayando así la crueldad de mi acto?* No. Mi pregunta es la misma que la tuya: *¿Qué animal soy?* Si sabes qué animal eres, sabes lo que te espera.

Tomé nota, cual bestia aplicada sentadita en su pupitre.

No habría sabido explicar cómo me había dejado arrastrar aquella buena mañana, la penúltima de nuestro viaje, a la pista de patinaje del barco. Bueno, sí: Silver Surfer, mi estrella personalizada, me había persuadido. Él me había acompañado a ver a Barrell cuando yo se lo había pedido, con lo que era de recibo que yo le acompañase a él adonde él me pidiera. Por lo que pude saber, Eva era el motor de aquella intrépida aventura. Ella había organizado la actividad colectiva e incluso habría podido llegar a extorsionar a alguno de los asistentes, no quise saber a quién ni con qué artes, para que no faltara nadie. El cráneo de la pelirroja era aquellos días una piñata llena de esporas. Era sesenta kilos de materia candente, de entrañas sedientas de parir.

De acuerdo con lo que me había anticipado mi héroe, la pista de hielo no era la tundra. La temperatura del ambiente debía de rondar los quince grados, casi era agradable. En la cabina de acceso a la pista nos habían pertrechado a cada uno con un par de patines y un par de guantes. Dio igual que yo les jurara que no iba a patinar, todos me prometieron que lo haría, incluido el miembro del personal del barco que me los dio. La escenografía, la unidad de la población enemiga, seguían funcionando sin resquicios.

Algo más de cien metros cuadrados de pista congregaban a aquellas horas a un pequeño grupo de criaturas. A su alrededor había filas de asientos que ascendían en escalones. Descendimos por aquel foso como una mancha y ocupamos varios de ellos. Mientras echaba en falta en nuestro grupo a la alemana que había deshilachado los sesos del astronauta, Iván se había lanzado ya a la pista. No me costó imaginarle en las estepas rusas con las cerdas del bigote tiesas como estalactitas. Patinaba con primor, era innegable, con la desenvoltura de quien ha invertido muchas horas de su vida en aquellos ejercicios. Anselmo estaba de rodillas ajustando los patines de Amalia a sus pies y Silvia se había pegado a ellos dos con el fin de evitar al patinador estepario. Eva, entre aquellos tres y yo, tiraba de la manga de Surfer para arrastrarle filas abajo. Él se dejó llevar. En pocos minutos sentí algo extraño. Miré a mi espalda sin saber a qué se debía aquella sensación hasta que me di cuenta de que me encontraba tétrica, planetaria, universalmente solo. Mi sensación era la materialización de aquella escasa probabilidad de existir en el cosmos, la que me llevaba a la certeza de que a efectos prácticos ni yo ni ninguno de los que me rodeaban existíamos. Pensé en la descomunal carcasa exterior del barco como en la cáscara de un huevo en cuyo interior se mantenía el germen de la vida, la promesa o la definición que siempre subsistiría. Una tragedia podría acontecer de mil maneras, empezando por un naufragio, pero la definición mecería a cada cadáver, permanecería más allá de nuestra carne hinchada y hundida en los fondos marinos porque nadie sabía dónde estaba esa definición. Podía encontrarse en el agua helada, en los peces que vendrían a

mordisquearnos, en nuestro proceso biológico de corrupción. Nuestros cuerpos se desleirían en el agua como sal, pero nada se detendría ni se abriría fisura alguna. Tal vez el carácter invencible de los alienígenas y su segura victoria sobre los que no lo éramos se cimentaba simple y llanamente en el mismo principio: en actuar, en suceder, sin que hubiera detrás de esos actos o acontecimientos ninguna inteligencia portentosa. Tal vez no hubiera megamarciano ni una sola posibilidad de fisura puesto que el mundo sería una enorme pelota compacta de materia, sin huecos, sin otras desconocidas naturalezas infiltradas en ella. De ser así, mi afán por dar con la fisura alienígena sería equivalente a estar sentado frente a una piedra y aguardar, hasta el fin de los tiempos, a que se partiera por la mitad por sí misma.

Me sentía tétrica, planetaria, universalmente solo. Para mi alivio Anselmo acababa de estamparse contra el hielo en su primera tentativa de patinaje. Le oí gimotear. Silvia se apiadó de él retrocediendo sobre la punta de la cuchilla de sus patines para atenderle. Amalia, al borde de la pista, tan sólo se dio la vuelta; se quedó unos instantes a la espera, indolente, agarrada a la barandilla exterior mientras comprobaba si su siervo seguía en condiciones de continuar a su servicio. Tuve la impresión de estar asistiendo al rodaje de un capítulo de dibujos animados con personajes imaginarios que sin embargo habían brotado vivos delante de mí, en mi realidad, como hongos. El mar ejercía su influjo perturbador sobre nosotros, no tenía ninguna duda. Las ínfulas mesiánicas del astronauta cada vez se encontraban más lejos de mi pensamiento, volvía a creer en la carne, en el hielo, en las aguas. Los olores martilleaban mi nariz, los sonidos me prevenían de la ingente cantidad de elementos, y por tanto amenazas, que se movían a mi alrededor.

El rubio y la pelirroja, estos dos sí, estaban dando un espectáculo inapropiado. Se habían alejado. Eva forcejeaba sin mucho recato con un Surfer mudo y quieto que no invertía una porción de su energía en reproducir el rechazo ya manifestado en Villa Borghese. Una relación entre ella y el héroe no era posible, él se había encargado de hacérselo saber a ella, pero así como un acto impetuoso de súplica tomaba un cariz patético cuando era un hombre quien suplicaba a una mujer, en aquel caso, siendo Eva quien clamaba al viento su necesidad imperiosa de aquel hombre, la tesitura cobraba tintes heroicos e incluso conmovedores. Era lógico, puesto que una espora a punto de germinar estaba a punto de despeñarse por la tierra de los que nunca existirían. Era natural, puesto que al magma sólido que era entonces aquella mujer le habría bastado con el aliento de aquel hombre para acabar de carbonizarse de éxito.

Eva no dejaba de hablar y de plañir. Surfer se aplicó en ajustarse los patines, se puso los guantes, apartó a la mujer con mucha suavidad y se lanzó a la pista. Todas las criaturas que estaban allí palidieron por contraste con él. Su forma de deslizarse por el hielo, que no desmerecía un ápice de la destreza probada de Iván, cobraba con su físico una plasticidad extraordinaria. No pensé en cisnes, al contemplarlo, sino en la arena en la que yacimos bajo un sol que nos cegaba y que fluctuaba ante mis ojos como una colosal medusa amarilla. Su cabello rubio ondeaba y fluctuaba igualmente como una pequeña medusa amarilla y trazaba estelas en el fondo blanco del piso. Las imágenes se detenían en mi cerebro.

Pero tuvo que entrar de nuevo en cuadro el monigote mostachudo de Iván para abrazarse al rubio y patinar a su lado, con idéntico son, ejecutando piruetas aprendidas en alguna inimaginable pista de hielo peruana a la sombra de los tucanes. La profanación era imperdonable. El hombrecillo y la hidra de mil cabezas que se agitaba bajo su nariz transformaban a Surfer en un ángel capturado por el mal. Azotaban sus movimientos con derivas incorregibles hacia el infierno. Aquel abrazo entre falsos hermanos no podía ser más pernicioso para mí. El rubio estaba a salvo de incubos irrisorios, pero yo, observándole a él, era el ser más vulnerable, era la película fotográfica más sensible expuesta detrás de un diafragma abierto de par en par. Observándole a él, yo era un corazón ardiente y unas piernas separadas.

Mientras Eva escondía su cara entre las manos, afligida y abandonada, sentada fuera de la pista, Anselmo volvió a despanzurrarse contra el hielo. Silvia había olvidado temporalmente las reminiscencias del ultraje del que había sido objeto por parte de Iván, o al contrario, y reía junto a una Amalia que aunque lo intentara a arcadas, no sabía reír. Yo no habría intentado aprovecharla, lo juro, pero el mundo no me daba una sola oportunidad de reconciliarme con él. Aquel guiñol dantesco se prolongó durante muchos minutos. Casi había perdido la conciencia de estar allí cuando oí la voz sosegada del rubio en mi oreja con un timbre acuático, como el de una medusa al acercarse. Al abrir los ojos le sentí a mi lado y vi a Silvia acucillada frente a Eva, allá donde la última había quedado desmadejada a causa de una historia de amor truncada. Amalia había condescendido a prestar atención a alguien que no fuera ella misma y se había sentado a la derecha de la pelirroja, acudiendo también a su rescate. No hablaba. Dejaba hacer a la mujer caballo mientras ella palmeaba la mano de la joven. Iván y Anselmo se felicitaban mutuamente por el buen rato que habían pasado en la pista. Estaban sentados demasiado cerca de mí, dos escalones más abajo.

—¿Nos vamos ya? —se me ocurrió.

—¿No quieres patinar conmigo? —Surfer era un embaucador; su sonrisa y su mirada me envolvían.

—Yo no bailo, corazón, y menos con desconocidos.

Él sonrió más y se calló. Después puso sus dedos alrededor de mi codo y moviendo apenas los labios, musitó:

—¿No?

Apoyé mi mano en su muslo y negué con la cabeza. No confiaba en ello, pero quizá él pudiera advertir que yo precisaba salir de allí y perder todo aquello de vista.

—Vámonos, entonces —resolvió.

Eché una ojeada a las tres mujeres, todavía entregadas a un duelo vegetal, germinal, y le pregunté al rubio, señalándolas con la cabeza:

—¿No tienes que despedirte?

—¿De quién?

Salimos sin despedirnos de nadie. Era mi hombre.

Recorrimos varios pasillos. Yo me dejaba guiar por él, me era indiferente el lugar al que me llevara.

Aquel día de crucero no habría escalas, estaría dedicado en exclusiva a la navegación. Regresábamos. A la mañana siguiente atracaríamos en costas españolas y me acordaría de un Gordo que examinaba días atrás desde el muelle el barco en el que se iba a meter, con una maleta de puta madre comprada para la ocasión, con el bolsillo lleno de billetes, tarjetas y documentos, con un sentimiento de deuda por haber liquidado a un hombre que había sido amigo suyo aunque hirviera vinagre y, sobre todo, con un dilema que helaba el corazón del astronauta y paralizaba al animal: *¿Adónde vas?*

Íbamos hacia nuestros camarotes, había reconocido la ruta.

—¿Ya a sus aposentos? —le tanteé.

—No, pero allí tengo el material.

—¿Y luego?

—Al mirador, ¿te parece bien?

Me parecía ideal. Después de la jugada magistral de Barrell al no comparecer en su casa de exilio en Sicilia, ardía en deseos de enfrentarme otra vez al camarero calvo para leer con detenimiento sus ojos. Él me había ofrecido el señuelo del editor y estaba al corriente de mis más recientes actuaciones contra los alienígenas. Él, de hecho, era el personaje sobresaliente de la trama urdida contra mí. Fue el primero que vino a recibirme cuando embarqué, con el

pretexto de preguntarme qué quería beber, y sería quien se mantuviera en primera línea una vez desaparecido Barrell, allí, en la barra del bar-mirador. Sí, tenía que ir.

La parada en el camarote del rubio fue pausada principalmente porque tuvimos que fumarnos medio Marruecos, Surfer no cejó en el empeño hasta que lo conseguimos. Después nos tiramos los dos en sendos sillones y yo cerré los ojos. Deseché visiones rápidas de Iván, del grupo, e incluso de una pelirroja yerma y *fallida-para-la-especie* a la que vivir iba a resultarle muy difícil. Con los efectos del hachís y la cercanía de mi héroe el camino se hacía cuesta abajo. En lugar de oír pajaritos, oí el mar. Lo oía de verdad fluyendo por el pasillo, al otro lado de la puerta del camarote. Imaginé lenguas de agua y espuma campando por el corredor. Escuché los embates iniciales, de reconocimiento, contra la puerta. El agua se retiraba con pereza y la espuma burbujeaba sobre la moqueta. Se iba con sigilo y regresaba cada vez con mayor energía, creciendo en caudal y en rugidos. El suyo era un baile lento pero impetuoso, de dinosaurio migrando, de tentáculo de *Kraken* internándose a tientas por todos los pasillos de todas las cubiertas.

Entonces lo oí. El aroma del mar se había desplegado sobre nosotros y de repente se había dejado caer. Me rodeó. Pensé en caracolas y en pececillos de colores, en profundidades azules colapsadas de silencio. En el mero boqueando, en sirenas a las que habría amado de haberlas conocido, en los litros de sangre que había vertido y que no habían dejado rastro en la inmensidad de un mar sobrenatural, en la anatomía desmedida y fértil de aquella carne de dios. No tenía prisa. No me habría movido, no habría querido salir de allí. Fue Surfer quien me despabiló posando sus dedos en mi pierna derecha. Me levanté y le seguí, sumiso, aletargado, respirando tan despacio que podría haber dejado de hacerlo sin riesgo para mi vida.

Al abrir la puerta una cascada se vino contra nosotros. El agua de mar que había escuchado desde el sillón estaba allí, en el pasillo, y al abrir la puerta por arte de magia nos atravesó. La veía, la oía y la olía, pero no nos había tocado. Había inundado la habitación a la altura de mi cintura, sumergiendo la mayor parte de los muebles y lamiendo las paredes con pinceladas grandes y pequeñas, pero no nos había mojado ni entorpecía nuestros movimientos. Era intangible, pero estaba allí y nos engullía como una capa de niebla. Surfer no la veía. Me aguardaba junto a la puerta mientras el agua pasaba a su través y perpetuaba su rumor. Ya fuera, en el pasillo, miré a mi izquierda y descubrí cuál era la procedencia de aquel mar: Hodgson estaba unos ocho metros más allá. Deambulaba desorientado hasta que reparó en mí y me reconoció. El agua brotaba de sus pies o llegaba a ellos desde otros lugares, de manera que a su alrededor se levantaba un círculo en ebullición de corrientes encontradas. Tampoco él se veía afectado físicamente por ella. Me sonrió y me encaminé hacia él. A medida que avanzaba un murmullo lejano se iba aproximando a mí, procedía de algún punto indeterminado a espaldas del escritor. Al llegar a él le pregunté:

—¿Qué haces tú aquí?

Me respondió con un par de borbotones de agua. El rubio me escrutó y con sorna se interesó:

—¿El Hombre Invisible?

Reí.

—Este hombre fue un visionario, ahí donde no lo ves. Escribió un libro delirante. ¿Has leído *La casa en el confín de la Tierra*? O mejor dicho, ¿se encuentra ese texto en el acervo absoluto de la energía cósmica?

—Puede ser, pero la energía llega a mí hecha puré. No se distinguen trozos de nada porque sólo llega la esencia. Da por hecho que el texto ha llegado a mí, su escasa probabilidad de existir hace indiferente que esté o no en la energía.

Reanudamos camino e invité a Hodgson con la cabeza a que nos siguiera. Él había recobrado vitalidad, gesticulaba y me hablaba con aquel idioma de líquidos; expulsaba agua por la boca sin parar. Desembocamos en una galería más ancha y me apercibí de que aquel murmullo lejano

que no había dejado de oír se estaba convirtiendo en un estrépito. El agua corría por delante de nosotros y se adentraba en el final de la galería. Al llegar nosotros tres allí el estrépito se hizo mayor. Progresé solo en su dirección y me detuve únicamente cuando la barandilla de protección me impidió dar un paso más. Me hallaba en una de las balconadas suspendidas sobre la avenida principal del barco. Abajo, el paseo estaba frecuentado por el número habitual de viandantes y a uno y otro lado los comercios y los establecimientos conservaban el aspecto y la actividad de días anteriores. Sin embargo el agua llegaba desde detrás de mí, se filtraba entre los barrotes de la barandilla y saltaba al vacío con líneas y formas caprichosas. También por accesos de pasillos comunes a las balconadas corrían, se estrellaban y se precipitaban otros brazos de mar soliviantados. La acumulación de afluentes generaba cataratas sobre la avenida. En su centro se había formado una gruesa nube de agua pulverizada.

Los otros dos llegaron a mi lado y descendimos. Desde la cubierta inmediatamente superior a la de la avenida, tan cerca ya de ella que podríamos haber saltado sin partirnos una pierna, vi la superficie brillante y extensa del agua acumulada allí. Había rebasado por un par de palmos las cabezas de la gente. Bajo esa superficie se mezclaban grumos diversos de colores y de luces. Hodgson se había parado a mi lado y contemplaba el espectáculo. Luego me miró con inocencia y sonrió.

Tomamos un último impulso y nos lanzamos escaleras abajo. Me fui hundiendo en el agua con cada peldaño, embargado por una paz de pez, fría, aséptica. Poco antes de sumergirme por completo vi un gran destello. Mis ojos cruzaron la superficie del agua y se abrió ante ellos otra realidad. Bajo ella los sonidos llegaban a mí amortiguados y confusos, incluido el de las cascadas. Los labios de todas las criaturas que estaban allí se abrían sin voz. Había velas encendidas sobre la barra de un bar con aureolas irisadas. Pensé en Hodgson y me volví hacia él. Seguía sonriendo. De pronto recordó algo, se concentró y se dirigió a mí una vez más. Por primera vez le entendí:

—Entonces pude verla claramente; tres tentáculos inmensos se enroscaban por encima de la masa de algas, y entonces, bruscamente, me di cuenta de que los dos extraordinarios discos, insondables e inertes, que nos observaban justo por debajo del nivel de las aguas, eran los ojos de la criatura. Parecían estar acechándonos, inexpresivos, sobre el costado de acero del buque. Fui dibujando en mi mente la monstruosa silueta de lo que debía ser su cabeza. ¡Dios mío!, musité; ¡Se trata de alguna especie de calamar gigante! ¡Qué bestia más espantosa! ¡Qué...!

[29](#)

—O sea que hablas español... —quise decirle, pero no oí mi propia voz. Él se quedó parado como si no me comprendiera. Le hablé al rubio pero tampoco con él logré oír mi voz, ni la suya, que se apagaba en el agua en cuanto la emitía, al igual que su risa. Hodgson prosiguió.

—De repente, el capitán nos gritó que saltáramos rápidamente hacia atrás, y nosotros le obedecimos al instante. En ese mismo momento una masa enorme de algas se alzó más de seis metros en el aire, y casi una tonelada fue a caer sobre la cubierta. Acto seguido, tres de los monstruosos tentáculos se aferraron al costado del buque, y el barco se inclinó lentamente hacia babor ante el empuje de la criatura, que, literalmente, se había aupado por encima de las aguas hacia el costado de babor, dejando ver una figura monstruosa y áspera, cubierta de racimos de algas y salpicada de sangre y de un curioso líquido negruzco.

[30](#)

Conocía aquel texto, lo había leído.

Habíamos recorrido ya parte de la avenida submarina cuando Surfer me tomó del brazo y me arrastró en dirección a otras escaleras. Hodgson nos siguió y volvió a hablarme:

—Los tentáculos restallaron de un lado a otro a bordo del navío, y de repente uno de ellos se enroscó de la manera más ominosa en torno a la base del palo mayor. Esto pareció atraer a la criatura, ya que, de inmediato, los otros dos tentáculos se enrollaron también alrededor del mismo palo, tirando de él con tan terrible violencia que todas las vergas y aparejos, a pesar de

erguirse hasta casi cuarenta metros de altura, se agitaron visiblemente y el navío mismo vibró bajo los increíbles tirones de la bestia.

[31](#)

Arribamos al pie de la escalera y subimos hasta sacar la cabeza del agua. El ruido tumultuoso de las cascadas me sorprendió, así como la nube de partículas líquidas que brotaba de ellas. Eché un ojo a mi izquierda y me percaté de que Hodgson no había salido a la superficie. Volví atrás, me sumergí y lo vi, mirando a todas partes en actitud de estar buscando a alguien. Me detectó, me sonrió y profirió:

—¡Los cartuchos de dinamita!, *le grité al capitán Jeldy...*

[32](#)

Saqué otra vez la cabeza del agua, pasé por delante de Surfer y nos marchamos escaleras arriba. Tomamos un ascensor y pulsamos el botón más alto. Hodgson no nos siguió enseguida, pero lo haría.

Cuál no sería mi decepción al comprobar, entrando por fin en el bar-mirador, que el tramo de la barra que solía atender el camarero calvo estaba ocupado por otro alienígena al que no había visto hasta la fecha. El hecho de que el macizo de Mario, el otro camarero al que sí había conocido, ocupara el lugar en el que lo había dejado la última vez no atemperó mi decepción ni impidió que surgiera en mi interior una rancia sospecha. ¿Podía ser que el calvo, redoblando la maestría de Barrell al no presentarse en su casa de Sicilia, hubiera decidido o tuviera órdenes de no volver a aparecer en el bar-mirador?

Sufrí un leve sofoco, seguido por un acceso de rabia que descargué sin contemplaciones en la mirada que le envié a Mario. Éste se debatía entre la mueca que quería devolverme y la sonrisa de amor ciego que le inspiraba el rubio que me acompañaba. Conduje a ese rubio a la mesa que había ocupado yo el primer día de crucero. No oculté mi irritación. Él sonreía.

—¿Qué te pica ahora? —me soltó.

—Es largo de explicar. No lo voy a hacer.

—Mejor.

—El calvo me rehúye.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Me debe algo.

—Más gilipollas eres tú por haber llegado a esa situación, y perdona la confianza. ¿Quién se habría dejado encandilar por un desconocido que además es calvo y feo? —se rió de mí sin reprimirse—. Te queda un día —me anunció—. ¿Qué vas a hacer?

—Empezaría por descabezar al macaco —miré con desdén hacia la barra—. Eso me daría tiempo para pensar.

—¿Quieres que te lo traiga? ¿Lo llamo?

A Surfer la picardía, como casi todo, le sentaba bien. Lancé mis ojos a través del cristal. El mar respiraba, su silbido se filtraba por alguna ranura entre los ventanales. El barco era una mosca en aquel inabarcable cuero azul de elefante. Inconscientemente presté atención a un hombre que caminaba por la cubierta inferior con apremio. Sólo unos segundos más tarde reconocí en él a Hodgson. Nos buscaba. El agua lo perseguía a raudales. Él seguía siendo su destino y su origen, a sus pies nacía o moría. Al atravesar el puente que sobrevolaba la cubierta de las piscinas el agua que llegaba a él se derramó por los costados de la pasarela. Eran gigantescas lenguas de vaca que caían por un lado al mar y por el otro sobre las propias piscinas.

Pedí whisky y mi compañero cerveza. Aquel nuevo camarero alienígena ya no podía afectarme; mi interés por ellos se había disipado. Irrealizable tarea la de comprenderlos e ineficaces las armas con las que iban dotados los exploradores. Vencían por virtuosismo, por una ejecución pulcra de la palabra de cualquier dios que yo no conocía y en el que tampoco creía. Vencían por obediencia a la definición.

—Perdona —me disculpé con el rubio—, voy a auxiliar a un amigo.

—¿Al Hombre Invisible?

Me encaminé hacia la puerta del bar con la mente clara pero aún resentido, a la fuerza, contra aquella arquitectura alienígena que excedía mis límites y se burlaba de mí. Si bien había decidido ya renunciar a aquella lucha, desigual y perdida desde el principio; si bien ante la menor duda me remitiría al símil de aguardar a que una piedra se partiera por la mitad por sí misma; si bien había abandonado por fin a su suerte a un astronauta que había sucumbido a los peligros de los que ya estaba prevenido antes de iniciar su misión; si bien era libre, en definitiva, para ignorar al mundo alienígena, no me salía de los cojones resignarme a hacerlo. La pulsión sanguínea y racial del animal latía en mis tripas. En mi cerebro las palabras y los razonamientos se iban tiñendo de un color rojo que acabaría por ahogarlos. Conocía el proceso. El último escenario de mi imaginación sería un mar, un pozo, una cueva de sangre. Sería vello, uñas, garras, colmillos, fauces y odio.

Caminaba con más firmeza, ventilando mi furor a chorros por los orificios de la nariz, cuando un acontecimiento de aquella obra de ingeniería alienígena me dejó obnubilado. Tenía al camarero calvo enfrente de mí, a medio metro. Él había abierto la puerta y se disponía a entrar en el bar. Me cegó su sonrisa, en la que me mostró unos dientes que no había visto antes en todo su esplendor; también me aturdieron sus ojos, abiertos con desproporción, arrogantes en algún sentido que él y yo éramos capaces de apreciar. Fue un lapso trascendental. Estaba seguro de que no era necesario adoptar ninguna precaución, no sobrevendría ninguna agresión, pero sus ojos perforaban los míos y habían alumbrado un canal de comunicación más profundo y resbaladizo.

—¿Cambio de turno? —me adelanté.

—A las 12. El otro día coincidimos, ¿recuerda? En las hamacas...

—Cómo olvidarlo. ¿Has sabido algo de Barrell?

Fingió extrañarse con aquella pregunta.

—El señor Barrell era un cliente... —me aclaró.

—¿No mantienes contacto con ningún cliente?

—Son pasajeros, señor.

No podía haberme respondido mejor, el hijo de puta.

—Como yo también soy un pasajero no debes de tenerme en gran estima.

—En la que usted se merece, si me lo permite —había inclinado un poco la cabeza.

—Todo es falso.

—¿Perdón?

—Tu amabilidad conmigo es falsa.

—No es falsa, señor, es corporativa. Es un protocolo de la empresa. Debo ser amable y sé hacerlo. Soy amable, señor.

Sonreí porque en su respuesta había un efecto robótico que también a él le pareció gracioso. Mi sonrisa animó la suya y su semblante recobró un aire siniestro. Él no cometería errores, yo partía de esa base. Pero conservaría el canal de comunicación abierto para darme una oportunidad, a mí sí, de equivocarme. El error, si caía, lo haría siempre de mi lado, lo sabía; y aun así, cómo renunciar a usar aquel canal si al día siguiente debía desembarcar y se habría agotado mi tiempo. Se lo debía, cuando menos, a Münsen, quien había muerto para que yo ocupara una plaza en el barco por él.

—¿Has cambiado de opinión en lo de tomar una copa conmigo?

—No, señor, no está permitido.

—Eso no es un problema.

—Lo sería para mí, lo siento.

Él no podía desviarse del guión, estaba en juego la excelencia de su actuación, su hoja de servicio de obediencia a una definición inmarcesible. En ese momento una ola rompió a sus

pies. La siguieron otras, más grandes. Me retiré del camino del calvo, le sujeté la puerta y él pasó de largo. Mientras aguardaba a que Hodgson terminara de subir las escaleras y llegara hasta la puerta del bar en pos de sus aguas, me sonreí al constatar que Surfer, artera y pérfidamente, había atraído a Mario hasta nuestra mesa y estaba coqueteando con él.

Hodgson llegó, resopló y se acercó a mí. Trajo consigo aquel olor orgánico y penetrante del mar. El tufo y el burbujeo hipnótico del agua en nuestras rodillas, y la estampa tórrida de un haz de músculos llamado Mario salivando con fruición a la vera de Surfer, me pusieron muy burra. Trasvasé sangre al tejido esponjiforme de mi rabo y eché a andar para restregar su dureza contra la ropa. El escritor me siguió hasta nuestra mesa. En cuanto nos sentamos, Mario comenzó a hilvanar disculpas.

–Por mí no hace falta que te vayas –le aseguré.

Él no me afeó el gesto pero no me dirigió la palabra. Se despidió de Surfer y se marchó.

–No se te puede dejar solo –le recriminé al rubio.

–Si lo he hecho por ti, tonta.

–¿Ah, sí?

Hodgson se divertía con nuestra conversación, se tapaba la cara con la mano y reía. Las salpicaduras que salían de su boca pasaban inadvertidas frente a la marejada que tronaba debajo de nuestra mesa. El agua brotaba de allí caudalosamente y corría a nuestro alrededor. Aquel lugar era el epicentro de una marmita. La pócima nos cubría hasta las rodillas y su superficie estaba ametrallada de burbujas. La espuma caía hacia nosotros y a veces una pátina blancuzca corría de un lado de la mesa al otro. El tiempo se detuvo o pasó muy deprisa; la consecuencia en ambos casos era la conciencia de haber perdido el ritmo y el orden que regían aquel planeta. La sensación era la del astronauta que ha abandonado la nave en plena navegación, que la ve alejarse en silencio y sin obstáculos mientras él se queda solo y suspendido en el vacío. La del astronauta que mira el espacio, infinito, abierto bajo sus pies. Vertiginoso. Tal fue así que me costó algún que otro mareo concentrarme en las palabras que me estaba dedicando el rubio.

–Tienes que darme tu palabra de que te portarás como un caballero –me exigió.

–¿Vas a proponerme algo?

Me mostró un trozo de papel en el que había anotado a mano un número de cuatro cifras. El agua pasó por encima de la mesa y por encima de su mano, propiciando un efecto de lente de aumento sobre el papel. Mi primera idea regresando del espacio infinito y conociendo a Surfer, fue la de atribuir a aquel número poderes alucinógenos. Comprobé que observarlo no acababa de colocarme, de modo que decidí buscarle un significado más acorde con lo que me rodeaba. Para hacer eso tuve que volver a entrar en la nave espacial, abrocharme el cinturón de seguridad y olvidarme de que, con objetos de por medio o no, seguía suspendido y solo en el vacío.

Adiviné que aquel número era el del camarote de Mario.

Surfer se adelantó sobre la mesa y me susurró:

–Me he enterado por casualidad de que dentro de dos horas sale de turno. Y de que como está cansado, va a descansar.

El agua gorgoteaba a la altura de mis codos. En la que circulaba por encima de la mesa vi el reflejo del cuello, de la mandíbula, del cabello del rubio. Saqué mi copa del agua y bebí un trago de whisky.

Me sentía bien, arrullado por las olas y por aquel hombre bellissimo, pero sin ninguna razón miré hacia la barra y todo cambió de repente. El camarero calvo más horroroso que hubiera podido imaginar había suplantado al que yo conocía y me estaba vigilando sin vergüenza. No era posible que un rostro humano, el pactado por ambas partes en la representación, adoptara aquella expresión. Había un umbral plástico, unas limitaciones físicas. A pesar de la distancia

que había entre nosotros, percibí al camarero muy cerca de mí. Él estaba de pie en una isla en medio del mar y yo braceaba junto con otros náufragos agarrados a una mesa; sabía que él estaba más cerca de lo que parecía. Era cuestión de contacto, y lo había. Se había establecido a través de aquel canal que habían dejado abierto.

De su mensaje, aquel que yo era capaz de interpretar, lo único que ciertamente me dolió fue la burla que contenía. Había en aquella transmisión una voz honda, un poder de tal magnitud que comparado con el mío movía irremisiblemente a la risa.

Sacudí los hombros con aplomo, recuperando el porte, y abordé a Surfer:

–Fíjate en él y dime si no es un extraterrestre.

Él examinó al calvo, sonrió, asintió y mientras rompía a reír me confirmó:

–Es que si no lo es, sí que voy a tener miedo...

Se descojonó de risa delante de mí. Hodgson, en cambio, estaba demudado y eludía mis ojos. Le forcé a mirarme. Luego señalé hacia abajo para que me siguiera y se zambullera conmigo entre las olas. Una vez allí, en la intimidad subacuática, le pregunté con el mentón cuál era su opinión acerca de la cara del calvo y me respondió, recatado y gentil:

–*Era como si alguien nos mostrara súbitamente la boca de un inmenso pozo y dijera: “Eso es el Infierno”. Y uno supiera que le habían dicho la verdad.*

[33](#)

Toqué a la puerta por educación. Hay que hacerlo, lo de tocar a la puerta, el que está detrás tiene derecho a saber que estás ahí. Hay que tener siempre despejado el camino para nuestro enemigo, tiene que venir de cara y sin perderse.

Mario abrió la puerta y tiró de estómago, lo noté gracias a mis facultades animales, para camuflar la repugnancia que suponía para él que fuera yo y no otra persona el que había ido a visitarle. Sin uniforme era todavía más atractivo, llevaba una camiseta que le hacía más joven y su pelo estaba un poco revuelto. Sus músculos pectorales eran dos piezas de colección, de artesano juguetero; se mecían arriba y abajo como dos conchas soldadas al tronco.

–Vengo de parte del rubio –le anuncié; dudó.

–¿Por qué no ha venido él?

–Porque se está haciendo una paja en su camarote.

Bloqueé la puerta con el pie, técnica infalible de la vieja escuela comercial.

–Quita el pie –protestó.

–Mi amigo dice que no va a venir, que vayas tú a verle a él.

–Quita el pie –mantenía la mirada fija en el suelo.

–¿No me has oído?

–Te he oído, no me interesa.

–No seas mentirosón. Antes despéjame una curiosidad que tengo. ¿Por qué todos los de la tripulación habláis un perfecto español? –sopló, no levantó la mirada de mi pie–. Es algo que me tiene intrigado.

–El sesenta por ciento de la tripulación es española.

–¿Y eso?

–¿Quitás el pie?

–Desde que me tuteas me tratas mal. Dime por qué el sesenta por ciento sois españoles y me voy.

–Porque el puerto base está en la Península.

–Ah. Joder, el puerto base. Así hasta parece que eres alguien, a bordo de una nave que tiene puerto base. Eres como un explorador en plena misión. ¿Te sientes solo como yo?

–El pie, por favor. ¿Puedes quitar el pie?

Lo retiré. Él cerró la puerta.

Permanecimos inmóviles cada uno a un lado de la hoja, yo lo notaba a él allí y lo oía. Medio minuto más tarde me di la vuelta y eché a andar. Tenía un margen de no más de diez pasos y la reacción incontenible de los habitantes de los campos de esporas se desencadenó en el octavo de ellos: oí el chasquido de la puerta al abrirse a mi espalda. Sonreí como una mujer al humedecerse.

—¿Qué número? —me suplicó de lejos.

Mario empujó la puerta que yo había dejado entreabierta para él. Entró en mi camarote sigilosamente y permaneció un momento indeciso. El hecho de que la habitación estuviera a oscuras debió de despertar en su cabeza tanto recelo, habiendo sido yo el emisario del rubio, como lujuria, calculando que la probabilidad de que fuera el rubio quien le estuviera esperando no era baja. La probabilidad de lo bueno y de lo malo estaba repartida de forma equilibrada. Dio un pasito hacia atrás.

Yo lo vigilaba recién duchado, cubierto por un albornoz y apoyado en el quicio de la puerta del baño, a un par de metros en diagonal a su espalda. Tardó en hacer nada más.

—¿Hola? —es lo que acertó a decir.

—¿Por qué has tardado tanto?

El final de la pregunta lo pronuncié mientras golpeaba su cara con mi neceser previa y convenientemente cargado con material pesado, a saber, un frasco de perfume para hombre muy hombre, dos pastillas de jabón y un cenicero de vidrio con forma de barco que la organización había dejado en mi camarote. El segundo golpe que le asesté no supo por dónde le había venido. Aun así se incorporó. La oscuridad me dio ventaja y la aproveché con la mayor contundencia que pude reunir. Le sacudí dos puñetazos en la cara, el tercero quedó pendiente en el aire, por encima de mi hombro. Alguno de los cuatro golpes que recibió tuvo el bendito efecto de desorientarle. En el fragor del vapuleo había llegado a pensar que tendría que partirle el cráneo para que no volviera a ponerse en pie. Lo cogí del cabello y lo arrastré hacia el interior. Lo arrojé a los pies de un sillón, me senté frente a él y aguardé. La cabeza le daba algún bandazo. Se contorsionaba en el suelo como una serpiente borracha. Estaba guapo, se había vestido para la ocasión. Tan pronto me pareció que empezaba a tomar conciencia de dónde estaba y qué estaba haciendo allí le descargué el tercer puñetazo. Me eché a horcajadas encima de él con el puño en alto y por fin me juró, varias veces, que haría lo que yo le dijera.

No le di mucha cuerda, le descerrajé otra andanada de coces y felizmente dio en comprender que estaría allí hasta que a mí se me antojara, que no podía hablar más que cuando yo se lo requiriera y que nuestra cita escondía una sorpresa para mí que se desvelaría más adelante. Se le quitaron las ganas de hacer preguntas memas.

Era imposible no desearle. Le di un respiro y me congracié con él:

—¿Vas a decirme que no estás contento de estar conmigo?

Se había colocado de costado para no verme. Aún tenía esperanzas de salir de allí ileso.

—¿Te sabes el chiste del cliente que cuando la puta se está desnudando le dice: *No, no quiero nada de eso, sólo quiero hablar?*

Escupió sangre antes de murmurar:

—No, no me lo sé.

—No, no te lo sabías.

Me reí como una puerca. Qué risa. Uf. Qué tontería, de verdad. Uf.

—Pues esto es lo mismo. Si un hombre tiene a una mujer desnudándose delante de él, tiene una llave que encajar, eso no me lo vas a discutir. Por idéntica regla de tres cuando un hombre en edad de merecer, como tú, conoce a un hombre apuesto e interesante, como yo, se queda prendado de él. Somos algo más que relaciones carnales. ¿O no? —le planté mi mejor sonrisa, la de las grandes ocasiones.

Él no estaba por la labor. Mis palabras caían en saco roto y había que buscar otras fórmulas. Le di una patada con la punta del pie en el centro del muslo y aulló. Entonces le giré la cara de un guantazo para que se callara. Él se revolvió y amagó con arrojarse sobre mí, pero algo lo disuadió. Con eso dio muestras de ser un muchacho muy observador, porque las primeras evidencias en mi cara de mi transformación en animal eran lentas, siempre había sido así. Mis ojos se encendían con rapidez, tal vez el elemento principal en su detección, pero la piel tardaba más en perder su brillo y acorazarse y los huesos crecían sólo en la fase más tardía. Tal vez no habían sido los ojos los que le habían dado la pista de que no se encontraba con una persona buena, sino la resonancia pulmonar, mi respiración.

—¿Tú has leído *Solaris*? ¿La has visto? —le intimidé inclinándome en el sillón hacia él.

Ahora estaba perdido, se preguntaba si lo que estaba viendo era real. Me miró sesgadamente y bajó otra vez la cabeza. Antes lo hacía por orgullo y ahora lo hacía por miedo. Me acerqué unos centímetros más.

—La he visto —se apresuró a contestar.

—¿La de Tarkovsky o la de Soderbergh?

—La de Nirenburg —musitó, como si hubiera fallado la respuesta.

Me quedé alelado.

—¿Has visto la de Nirenburg? Es la primera versión, nadie ha visto esa película.

—Tuve un amigo ruso.

Habría querido no reír como lo hice. Le recordé con aquello que estaba con una bestia y tuvo más miedo.

—Te estás quedando conmigo. ¿Es verdad que la has visto?

No dijo nada, le pegué un empellón.

—Sí, es verdad.

—En ese caso tengo un par de preguntas que hacerte, y éstas sí te las voy a hacer. Podemos empezar con la siguiente: ¿Sabes qué es el bosón de Higgs? No. Se llama *la partícula de Dios* porque es la pieza que falta en el rompecabezas para que todo el modelo teórico de la física que se ha desarrollado en los últimos cuarenta años o más, cobre un sentido cabal. Es lo que falta para que se cierre la teoría que explica la física de partículas. Esa teoría es el Modelo Estándar. A medida que el modelo ha ido evolucionando, ha sido capaz de predecir la existencia de partículas que no se conocían. Los físicos se han puesto a buscarlas una vez predichas y las han encontrado. Pero ahora falta la última. El bosón de Higgs es una partícula que está predicha por el modelo teórico y puede ser la última que falta, al menos a efectos del modelo, pero los físicos se han gastado ya una pasta indecente y no la han encontrado todavía. Y ahora es cuando a mí se me ocurre una cosa: teniendo todos los hombres desde la cuna la experiencia al menos conceptual de la religión, que es un Modelo Estándar de puta madre, paradigmático, cómo pueden los mejores cerebros de este planeta dejarse embaucar por un modelo teórico que ya se sabe cómo acaba. Toda religión predice que la partícula Dios tiene que existir por fuerza, y eso completaría el puzzle, pero nadie la ha descubierto aún. Afortunadamente el espíritu pragmático de los científicos les ha impelido a ponerse un límite, y ése es que se van a gastar otra cantidad de pasta indecente, pero si el año siguiente no han descubierto el bosón, lo descartarán y se plantearán qué es de sus vidas en adelante. A mí me parece una postura digna: Si encontramos a Dios, nos salvamos; si no, ya veremos. Aquí no se puede hacer mucho más. Lo de la religión ya lo comentaremos otro día, que me da la risa. Ahora vamos a lo que vamos. ¿Sabes cuál es *grosso modo* la predicción que conduce al bosón? No me digas que la charla que te estoy dando no te gusta... Tu amigo ruso podía tenerla más gorda, pero yo soy tu salvación y en lo más recóndito de tu corazoncito lo sabes.

Le di un golpe con la pata. Se agitó como un conejo. Todo lo que aquel tío era de grande lo era de imberbe, por no calificarlo de otra manera. Esperaba más resistencia.

—La resistencia. Eso es lo que predice la teoría. Resulta y no me preguntes por qué, que en la evolución de la teoría de la que te hablo a los físicos no les ha preocupado demasiado la masa, que como sabes es una de las propiedades de las partículas. La masa es la resistencia a la aceleración, en pocas palabras y como tú también sabes. Ahora tenemos una pregunta encima de la mesa: ¿qué es lo que otorga masa a las partículas? Si no tuviéramos masa, viajaríamos a la velocidad de la luz. O no —me reí—. Cada movimiento encuentra una resistencia, y eso es porque tenemos masa. Es lo que nos hace estar. Tú sin ella serías una idea y estarías más cerca de la definición. No te hablo de la resistencia del aire. Antes de levantar un tanque del suelo con tus propias manos ya te encuentras con esa resistencia, ¿me entiendes? Es la masa. Pues para que las partículas subatómicas tengan masa, la única explicación es que tienen que estar inmersas en un campo de influencia que se la otorga. Ése es el campo de Higgs. Como un inmenso océano en el que estuviéramos sumergidos y que además nos atravesara. Ese campo presuntamente constante en el universo es el que nos daría masa. Ahora bien, ¿cómo lo haría? —le di un rodillazo en el hombro para comprobar que no se había dormido; al contrario, saltó como un resorte—. ¿Me estás siguiendo o me dedico a otras cosas? —no dijo nada, esperé; le di un rodillazo más fuerte y me miró con cara de niña contrariada—. Me sigues, entonces... —supuse; él guardó silencio—. Pues te lo voy a resumir y no me voy a enredar. El modelo predice que todas las partículas que tienen masa, la tienen porque un campo de influencia se la confiere. Cómo. Si una partícula tiene una onda asociada, una onda tiene una partícula asociada; es decir, la onda inconmensurable del campo de Higgs tiene que tener un bosón de Higgs. Bueno, uno no, más. Y más allá de lo conocido, han predicho que la partícula no tiene espín, que es como decir que no da vueltecitas, que no tiene carga y que tiene masa. Cómo lo han podido predecir; ahí ya no llego. Cómo puede ser que la partícula que confiere masa a las demás partículas, se dé masa también a sí misma; ahí llego menos. Incluso he leído que ya tienen un rango de masas entre las que buscar la partícula con visos de probabilidad altos de detectarla ahí. Están buscando la masa de la partícula que le da masa a las demás. Yo lo veo complicado, con el corazón en la mano. Esa partícula concreta es la mensajera entre la definición, o el campo de Higgs, y las criaturas, tú y yo sin ir más lejos. Me gustaría que la encontrarán, te lo digo en serio. Podría haber un nuevo objetivo, sería una nueva diana para mí. ¿Te imaginas? Dejar de aniquilar hombres y despedazar de forma tan sucia su carne para entregarme a la aniquilación de su definición. Iría contra el mensajero, es obvio; contra el bosón, no contra el campo. Si me has seguido hasta aquí, no tienes que esforzarte más, hemos llegado a la pregunta que te quería hacer. ¿Por qué no me miras? Ésa no es la pregunta, es un inciso.

—No nos conocemos de nada... —masculló; tuve paciencia unos segundos.

—¿Y?

—No sé a qué viene esto, podemos pararlo aquí.

—¿Por qué quieres pararlo? No te queda nada más; o no te queda nada que yo no quiera darte. Has llegado al final y yo decido lo que hacer contigo, quizá así te hagas cargo de la situación. A pesar de estar a punto de devorarte, yo no soy un espíritu maligno, créeme. Sólo soy un animal que cumple una misión; he tratado de elegir la más simple, la que me dicta la sangre, la menos expuesta al error. Hay algo bueno en lo que hago, lo sé, aunque ahora no te sepa decir dónde. He vivido este momento muchas veces y no voy a darte demasiadas explicaciones: Tú eres mi ardilla. Te ha tocado.

Mario saltó y tuvo la mala fortuna de tropezar con mi pata izquierda. En cuanto abrió los ojos después de la costalada, los míos estaban encima. También mi pecho y mi cintura. Le reduce. El pálpito agitado de sus pulmones percutía contra los míos. Me envolvía su calor. Aun viviendo entre tinieblas, como animal caduco que era, me excitaba como el primer día la carne joven, templada y aromática.

Mario forcejeó desesperadamente hasta que se quedó sin fuerzas. Repartió el espanto por su rostro y se quedó inmóvil. Un débil gimoteo emergía de vez en vez de su garganta. El vello había empezado a asomar en mi piel.

–Dar con la partícula de dios sería importante porque podría adivinarse de qué está compuesta su carne. Por si no lo sabías, la carne de dios es el gran enigma de las creaciones vivas. Yo tengo mis propias creencias; podría ser el mar por el que navegamos, los hongos alucinógenos homónimos, la energía cósmica de mi amigo Surfer, la comunidad alienígena, el campo de Higgs. Quizá sea todo junto una misma cosa y yo no esté haciendo más que perder el tiempo para preguntarte al fin lo que quería preguntarte: ¿De qué están compuestos los visitantes en la película de Nirenburg?

Me molestó, la verdad, que en ese punto álgido de mi disertación el camarero rompiera a llorar. Él no quería hacerlo, luchaba en contra, pero las lágrimas y los mocos se le escapaban. Sus enormes brazos temblaban debajo de mis antebrazos.

–*Solaris* –convine con él– hace reales los fantasmas de nuestro cerebro y nos los envía para que convivamos con ellos. ¿Puedo dar por hecho que ésa es la idea que se extrae de la película de Nirenburg?

Asintió compungido.

–Siendo así, tienes que entender mi pregunta: ¿de qué están hechas esas criaturas, esos visitantes, que nos envía *Solaris*?

Si le hubiera preguntado si quería que le liberara para que saliera corriendo de allí tampoco me habría respondido. Estaba tan alterado que no podía expresar nada. Yo no era tan feo. Quiero decir, mi apariencia animal tenía su encanto. El chaval estaba noqueado y yo sabía por experiencia ajena que aquel era un estado del que se salía poco a poco. Me levanté, me quité el albornoz y me miró con admiración. Le gusté, esas cosas se notan. Le asombré, sería más preciso. Cabeceé para que reptara hacia el lugar que ocupaba antes de su tentativa de fuga y él obedeció. Le veía lejos, allá en el suelo. El poder era una sensación también alucinógena. Había en él cierto conocimiento superior propio de misiones ciegas como la mía. Me senté. Mi envergadura era mayor. Mis músculos corrían raudos y gruesos por encima de mi osamenta.

–En la novela y en la versión de Tarkovsky se especula con que los visitantes puedan ser estructuras estabilizadas de neutrinos, lo que es normal porque en aquellos tiempos era la partícula que estaba de moda; hoy día parece ser que esa idea es rebatible de largo. En la versión de Soderbergh se documentaron y actualizaron para proponer que los visitantes acaso fueran estructuras de partículas estabilizadas por un campo de Higgs, algo bueno tenía que tener esa versión. ¿Qué proponían en la película que tú viste?

Negó con la cabeza. En eso no se había fijado, colegí.

–No me estás ayudando nada –le reproché–. Este juego consiste en que yo te doy pie con una alocución acerca de un tema apasionante y tú me das tu opinión al respecto. Si tú no abres la boca esto deja de tener gracia. Debiste haber aprendido algo del editor Barrell cuando lo tuviste en tu barra, dándome carrete para al final burlarme como a un aprendiz. Si le hubieras atendido en lugar de estar pavoneándote delante de mi amigo rubio ahora no estaríamos hablando de esto. Pero no te lo voy a tener en cuenta porque tú eras y eres un alienígena sin importancia. Eres sólo la parte vegetativa de ese gran hongo que es la invasión alienígena. Hodgson podría explicártelo mejor. Lamentablemente no lo tenemos aquí, ha decidido volar solo, como el astronauta que embarcó conmigo y que se ha extraviado entre las piernas de una alemana despampanante. No se puede buscar en equipo ya que nadie busca lo mismo. Ellos lo saben como yo y el primero bucea por aguas intangibles mientras el segundo sobrevuela uno tras otro los corrillos de mujeres con que se topa. A la partícula astronauta lo que le confiere masa son los seres vivos, que actúan a modo de bosones de Higgs con él; en cambio a la partícula Hodgson lo que le confiere masa es el agua, que actúa a modo de campo de Higgs. ¿Te

has preguntado alguna vez desde que estoy hablando contigo qué es lo que puede darte la masa a ti?

Me entristeció que aquel muchacho de hechuras soberbias estuviera allí tirado hecho un guiñapo. Le ordené que se desnudara. A la tercera patadita que le di y entre lágrimas, lo hizo.

—Tu masa la tengo yo aquí abajo —le revelé—, entre las piernas. Y te la voy a dar una y otra vez hasta asegurarme por exceso de que la has recibido. Perdigón a perdigón, sin parar, cargando y descargando la escopeta hasta que te caigas de la rama como un trapo mojado.

[29](#)

La Cosa en las algas. William Hope Hodgson.

[30](#)

La Cosa en las algas. William Hope Hodgson.

[31](#)

La Cosa en las algas. William Hope Hodgson.

[32](#)

La Cosa en las algas. William Hope Hodgson.

[33](#)

El aposento silbante. William Hope Hodgson.

Un expedicionario beodo

Nuestro acercamiento carnal, el de Mario y yo, había tenido lugar durante las horas que el resto de pasajeros habían empleado en almorzar, por lo que cuando le dejé marchar, el muchacho, apaleado y encogido, pudo hacerlo al menos por pasillos desiertos. Vivir, en adelante, iba a resultarle muy difícil, pero lo haría; así como mantener la boca cerrada. Había visto y sentido en su propia piel una parte monstruosa de la realidad que los demás pasajeros no conocían; y si eso habría sido ya razón suficiente para confiar en que nadie, a pesar de los hematomas que comenzaban a aflorar en su rostro, diera crédito a su hipotética narración de los hechos, lo era más aún saber que si él abría la boca, volvería a verme. Lo sabíamos los dos. Tanto como que él no saldría tan bien parado del reencuentro. Por eso le había dejado marchar, triturarlo me habría ocasionado inconvenientes.

Además tenía que concentrarme en otros asuntos: la ardilla.

La cara que había puesto Mario al ver al animal ante sí era la misma que pondría la ardilla cuando Carlitines la fusilase. Las caras del muchacho y de la ardilla en aquel trance atroz de sus vidas eran la cara de una criatura indefensa expuesta a un enemigo, la del pistolero que acaba de ser rodeado por los indios y atisba su pistola, inalcanzable, detrás de la barrera de indígenas. Sus caras eran ese fognazo en que las hachas y los cuchillos de los indios brillan más.

Llegados aquí, confieso que mi cara, en el momento de la noche que descubrí a Madom y Andrea en el sótano del bar gótico, adoptó el mismo rictus. Yo también había sido una ardilla esa noche, y no me inquietaba tanto el peligro que corrí entonces como desconocer la identidad del que estaba al otro lado del cañón. En el fondo consistía en eso, en saber quién estaba al otro lado del punto de mira, que era equivalente a decir, en idioma de Carlitines, que consistía en que uno mismo supiera qué animal era. Así, quedaba catalogado y definido; ocupaba, nunca mejor dicho, un lugar en el mundo, en la cadena alimentaria, en la cinta transportadora. Si uno sabía quién era, sabía quién era su enemigo.

Me estudié despacio en el espejo. Aquel amasijo de carne que contenía mi boca, mis ojos y mi nariz, era mi identidad; la reconocía. Sin embargo imaginé que aquel hombre del espejo era un desconocido y la cosa funcionó. Aunque no fuera una sensación sólida ni duradera, pude sentir que no me reconocía. Detrás de aquel hombre estaba el animal, apoyado de espaldas contra la puerta. Nos miramos como siempre y repasamos nodos comunes de nuestras memorias, compartiendo una misión que aun siendo una respuesta correcta, no nos daba todas las respuestas. Qué animal era él, se me ocurrió.

—Yo si te digo la verdad soy la hija del capitán —rió separando los colmillos—. No, no lo sé. Qué animal, ni idea, nadie me ha puesto nombre.

—¿Quién es tu enemigo?, si no sabes qué animal eres.

—No tengo. Un ser inteligente y sin conciencia no tiene enemigos.

—¿Qué animal soy yo?

—Tampoco te han puesto nombre. A juzgar por tu aspecto, un cerdo, quizá, pero tienes los ojos demasiados rabiosos para ser un cerdo. Un jabalí. Sí, un jabalí. ¿Te gusta la comparación?

—Mucho.

Necesitaba un trago de lo que fuera de inmediato.

Tomé mi camino habitual al bar-mirador. Al pasar sobre la cubierta de las piscinas me fijé en el agua y en la gente que impenitentemente poblaba aquella zona. Embobado, flácido, tardé en darme cuenta de que un resplandor verde cruzaba intermitente la superficie del agua. Alcé la cabeza y lo que vi me dejó perplejo. De los ventanales del bar-mirador salían haces de líneas de color verde que no podían ser sino disparos del arma láser del astronauta. Corrían fulgurantes por encima de nosotros, trazando arcos que se debían de corresponder con los barridos del arma allá arriba. Detrás de los rayos láser el cielo era una salpicadura de mercurio.

Corrí escaleras arriba, pateé la puerta del bar y una vez dentro me quedé parado de golpe. En el interior todo parecía estar en orden, los camareros servían y retiraban copas y los clientes charlaban y sonreían. Mientras tanto centenares de luces verdes cruzaban el recinto; algunas atravesaban limpiamente las ventanas y se perdían hacia las nubes; otras rebotaban contra superficies variopintas y trazaban redes luminosas en el bar. Nadie de los que estaban allí manifestaba el menor efecto cuando era alcanzado por un rayo. Ni tan siquiera los veían.

Para localizar al astronauta no tuve más que ubicar el foco de aquella luminotecnia. John Black estaba recostado en la intersección de dos filas de butacas, con una pierna estirada sobre los asientos y la otra apoyada en el suelo. Sostenía el arma con el brazo derecho; su dedo índice apretaba el gatillo y su muñeca oscilaba a un lado y a otro para cubrir un área mayor con sus disparos. Con la otra mano sujetaba un vaso y en él se sumergía uno de los extremos de un tubo de respiración de la escafandra. Bebía y disparaba, descreído ya, disuadido de pretensiones vanas como la de comprender a las criaturas que pululaban por allí. Y había algo más en él que había cambiado: su traje. Al principio pensé que lo habría ensuciado en alguna escaramuza, pero al acercarme vi que de lo que estaba manchado era de tinta. Un buen puñado de frases y dibujos mancillaban su blancura impoluta, trazados a rotulador, como si se tratara de una escayola sobre la que las amistades hubieran ido plasmando sus ocurrencias y sus bromas. Sin embargo las amistades del astronauta nada habían tenido que ver, puesto que los textos habían sido escritos todos con la misma letra y dentro del radio de acción del brazo derecho del carahuevo. Los había escrito él. La primera frase que saltaba a la vista, a la altura de su cintura, rezaba: *Agnes puta*. Un poco más arriba, en vertical desde el corazón hasta la cadera, otras dos líneas aclaraban: *Mi madre es mi madre / y a ti te conocí en la calle*. Entre otras frases de ese tenor, había lemas y palabras sueltas. Y dibujos, como el de un corazón sangrante unos centímetros por encima del suyo real. En el casco se había tatuado una calavera que coronaba dos tibias cruzadas, una raya sombreada que emulaba una cicatriz y dos tetas mastodónticas con los pezones en forma de chupete.

Los alienígenas podían no estar enterándose, pero John Black los estaba masacrando.

Me senté a su lado, a su derecha.

—¿Te están molestando estos tipos? —me preocupé.

El nivel de su vaso descendió dos dedos. Se volvió y desde la oscuridad de una visera en la que se reflejaban los rayos láser y yo mismo, surgió un petardeo:

—Ya no —siguió una risa de bruja malvada; de astronauta bebido.

—¿Vas a invitarme a una copa?

—No puedo. A mí sólo me sirve un camarero, y me ha dicho que no hablará con nadie que no sea yo, ni siquiera con sus compañeros. Así se me hace difícil invitarte. Puedo pedir para mí, pero no para ti. ¿Has visto qué misterios encierra la comunicación? —el nivel de su copa bajó tres dedos más; luego el casco se inclinó hacia mí y oí—: En confianza, yo creo que ese camarero no sabe de qué va todo esto. Es el único que aúlla cuando le alcanzan mis disparos.

—¿Le has visto algún tentáculo? ¿Algo sospechoso?

—Qué va. Es muy guapo. Mira, es aquél —levantó y desvió el arma para señalarme al camarero; antes de que yo terminara de volverme, un alarido ensordecedor me remitió a un cuerpo vestido de camarero que se retorció sobre un pie; los rayos láser del astronauta lo estaban friendo.

Al cabo de un rato, le insinué:

— Ya lo he visto.

Bajó el arma. Cesaron los bramidos del camarero y en cuanto recuperó su aspecto normal reconocí en él a David Bowie.

Mi corazón resopló.

John Black lo reclamó con un cabeceo y al toque lo tuvimos delante de nosotros. Los suyos eran los dedos nudosos que yo había visto en el otro bar antes de bajar a la planta del infierno pintado en el suelo. Aquel camarero era la fusión de otros dos camareros de *La Catedral*: la mujer que se parecía a David Bowie y que me había servido una ginebra con sus preciosas manos y el hombre de dedos nudosos que había preparado y servido las consumiciones de Madom y de Andrea. El vaso que acababan de traerle al astronauta era de whisky, supuse, y tenía dos cubitos que representaban los caretos de dos ardillas sonrientes.

—¿Me pondrías algo a mí? —me aventuré.

—A ti, ¿de qué? —me chuleó el camarero. Oí risas. Él aún reía cuando se marchó.

Arrebaté el arma al capitán de la expedición y abrasé al clon de David Bowie mientras se alejaba. Le apunté a los riñones, buscando el punto en el que sus aullidos escaparan del espectro audible. Ahí lo tuve medio minuto retorciéndose convulsivamente y vomitando alaridos en una dimensión que a los demás no nos había sido dado percibir. Dejé de disparar, los rayos verdes se extinguieron y sobre nosotros se abatieron las tinieblas. La luz que llegaba del exterior apenas lo hacía con fuerza para rozarnos. En el cielo el mercurio emulsionaba bajo sí mismo.

A nuestra izquierda, en el horizonte que corría paralelo al barco, una tormenta descargaba masas borrosas de agua sobre el mar.

Pedí mi copa a uno de los camareros inmunes a los rayos láser y repasé al milímetro la nueva apariencia del carahuevo. Le habían encomendado una misión heroica pero inviable. Él ahora lo sabía o lo sabía ya desde el principio. Pese a la rabieta que le había llevado a pintarrapear su traje, se mostraba relajado.

—No te has pintado nada en los pies —le dije.

—No llego. Llego hasta los huevos, que es donde se acaba lo importante. El que hizo los brazos sabía lo que se hacía.

—¿La alemana se ha cansado de ti?

—Nada que no estuviera previsto.

—No te ha hecho ningún caso.

—Previsto. No ha habido sorpresas.

—¿Estás borracho?

—También como estaba previsto, ahí tampoco ha habido sorpresas.

La radio rugió y le oí sorber. Los cubitos con cara de ardilla descendieron en el vaso. Levantó el arma por encima de su cabeza, tiró el cañón hacia atrás y disparó varias ráfagas a su espalda sin mirar. Había desistido de su misión, que era lo peor que podía sucederle a alguien que no había elaborado un plan de emergencia por si esa misión fallaba.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? —indagué.

—Nada —escupió—. Nada —me recalcó; tan pronto respiraba como se sofocaba o reía.

—Podíais haberos esforzado un poquito más.

—¿Quiénes?

—Tú y los tuyos. Tu especie, supongo, los que te han mandado aquí.

—El esfuerzo ha sido titánico. Esforzarnos más ¿en qué?

—Os podíais haber asegurado de que vuestras armas eran eficaces contra los alienígenas antes de tratar de entender algo de lo que se cuece aquí, sin ir más lejos. Os habríais ahorrado muchas vicisitudes y mucho tiempo. De todas formas no te sientas solo ni culpable; tratar de comprender a estas criaturas antes de tomar otras medidas contra ellas nos ha pasado a todos —reí con cariño—, incluso a Schopenhauer. El problema es que muchos de nosotros no nos hemos preparado la retirada. Algunos, por suerte, hemos encontrado un arma eficaz; otros, como tú, no. A la sazón, querido amigo, estamos los dos aquí, uno con un arma que funciona y el otro con una que no. Tengo una curiosidad que me mata: ¿te has tatuado algo en el rabo?

Él soltó una carcajada y reconoció:

–Sí.

–¿Qué?

–Un nombre.

–¿Cuál?

–Agnes.

Entonces reímos los dos dulcemente, como viejos colegas, sin tener que defender ya nada el uno ante el otro. No era momento de cuestionar la preparación del astronauta por haber capitulado ofreciendo tan poca resistencia. Una alemana que a mí no me habría distraído de otros quehaceres, al carahuevo podía haberle trastornado hasta el punto de hacerle perder el norte. Las magnitudes son siempre relativas. Los hombres son relativos; no comprenderlos es absoluto. La capacidad de la humanidad para decepcionar y hacerse incomprensible era tan poderosa que llegaba a conmocionar conciencias probadamente imperturbables como la de Silver Surfer. Por qué una alemana inofensiva no iba a arruinar el proyecto de John Black. Por qué el pretendido hermano de éste no iba a acabar con él en Marte, si aunque fuera un marciano había sido creado por la imaginación de John Black y por tanto era una réplica humana.

En la penumbra que nos rodeaba flotaba una gran tristeza. Un foco empotrado en el techo proyectaba sobre nosotros un círculo de luz; otros círculos por la sala impedían que ésta se difuminase y pasara a engrosar aquella mancha gris en que se había transformado el mundo.

–Dime, ¿qué se siente? –quise saber.

–¿Podrías concretar un poco?

–Sí, qué se siente al haber fracasado de lleno en tu misión.

Echó el casco hacia atrás y se apartó de mí, apoltronándose más en el rincón.

–¿Por qué me preguntas eso?

–Porque es evidente que has fracasado. Un médico no puede involucrarse emocionalmente con un paciente porque fracasa como médico. Un expedicionario no puede involucrarse emocionalmente con el objeto de su expedición por el mismo motivo. Dime, qué se siente.

Meditó y bebió un sorbo de lo que quiera que llenara su vaso.

–Nada –confesó; rió nervioso a través de la radio–. De haberlo sabido antes, habría escatimado esfuerzos y me habría entregado a la carne.

–Tú no tienes carne, eres imaginario. Ese traje de astronauta tan bonito que llevas está vacío.

–Tampoco hay nada dentro de ese traje de gordo que ocupas tú, estamos empatados. A mí no me cuesta reconocer el fracaso. En cambio a ti te faltan los tatuajes, ponerte a disparar en todas direcciones. Convicción.

Iba a responderle que yo no me había involucrado emocionalmente con el objeto de mi misión, pero el odio y la furia que sentía hacia todo bicho viviente de aquel maldito planeta desarmaban el alegato. E iba a responderle que a mi humilde parecer, yo ya hacía tiempo que disparaba a diestro y siniestro, pero aquello tampoco me pareció muy fundado si tenía en consideración que había convivido con unas tres mil criaturas durante varios días y a día presente no había en sus filas un solo acuse de baja. No teníamos nada que defender ya el uno frente al otro, como había descubierto hacía un instante, y eso nos liberaba a ambos de la obligación de sentirnos diferentes el uno del otro, lo que era en el fondo un subterfugio de creerse mejor que el otro. Estábamos empatados. Mi arma funcionaba, a diferencia de la suya, y aunque eso a primera vista me exonerara de la idea de haber fracasado en mi misión, la certeza de que jamás lograría exterminar a la humanidad me llevaba a reconocer lo contrario.

–¿Qué piensas hacer ahora? –le pregunté otra vez.

–Lo que ya estoy haciendo –contestó con aplomo–; disparar a ciegas y sin soltar el gatillo, no hay alternativa.

Estábamos reclusos en un barco tétrico, al que apenas llegaba la luz, y yo no podía hacer otra cosa que dejarme ir en los brillos de mercurio que se retorcián por los pasamanos, eléctricos como anguilas, por las cocteleras, por los vasos y por un sinfín de estructuras y motivos de vidrio. Oteaba a través de las ventanas hacia la tormenta, aguardando relámpagos que no se producían, blancos, estridentes como neones arrugados; aguardaba truenos y signos apocalípticos que Solaris no me daría. Porque Solaris trabajaba a su ritmo; la conciencia humana como materia prima era inagotable y además de ser el peor enemigo de un ser inteligente, como decía el animal, era una masa de la que Solaris no dejaría nunca de sacar pasteles. Si el planeta tenía el don para hacernos morir despacio, por qué iba a hacerlo deprisa. Nada de signos apocalípticos ni de acontecimientos que aligeraran el mal trago. Nada de auxilio, la cocción tenía que ser lenta y preferiblemente dolorosa.

El mar estaba agitado y balanceaba el barco con pesadez.

El astronauta estaba perdido.

Ya no podíamos ayudarnos entre nosotros, el futuro pintaba gris como las bolas de agua que formaba la lluvia, como el horizonte que se acercaba.

Salimos con nuestras copas del bar-mirador, bajamos al puente y tomamos asiento en dos hamacas de cara al mar. Nos recostamos con pose de ir a tomar el sol en un luminoso día de verano. El viento nos arañaba con zarpas gruesas y uñas coriáceas. Alborotaba mi pelo y zumbaba en mis oídos. Recordé que no estaba en tierra firme e imaginé las aguas inmensas sobre las que jugábamos a hacer equilibrios. Las recreé turbias, espesas, con alma y vocación de tonelaje. Buceé en ellas para sentir su sonido profundo de flujo sanguíneo universal.

La tormenta se aproximaba al barco. Frisos de nubes de distintos tonos crecían por el rabillo de mis ojos, doblándose el efecto al reflejarse en el casco del astronauta.

John Black y yo éramos dos viejos enamorados, una de esas parejas decrepitas que se quieren a rabiar en el cine norteamericano en películas que abordan los amores tardíos, de las que mueren intoxicadas de tanto querer al otro y, ya puestos, a toda la humanidad. De las que no existen porque queriendo tanto no se sobrevive. Éramos una pareja de éstas, sin duda. Yo asumía el papel de vieja que se arrebuja en sus prendas de abrigo y el otro aportaba sin mérito la identidad versátil que ofrece un uniforme. Era el viejo que ha convertido su piel en cuero y mira con ojos vacíos, el que aún se retuerce de lujuria, el que se retuerce de codicia, el que lo hace de sufrimiento, de arrepentimiento, de oportunidad perdida. Éramos dos viejos desahuciados sentados en la cubierta de un barco y sobre los que se cernía una tormenta de nubes carbonizadas. Ambos teníamos un pasado en cuyo recorrido había circuitos inolvidables por los esplendorosos campos de esporas; había belleza y mujeres recortadas de los paisajes, sensaciones y sabores que nunca más volveríamos a catar. Había descubrimientos, palpitaciones vírgenes, promesas hechas frente al espejo; canciones, perfumes y noches eternas. Pero por encima de todo había una energía incontenible por devorar el mundo. Lo que había, me estremecí al recordarlo, era un hambre sin medida.

Como ahora éramos muy ancianos, teníamos menos hambre. Suplíamos los alimentos con un amor incondicional al otro y, ya puestos, a toda la humanidad. Esperábamos. A descomponernos de forma espontánea o a que algo nos quitara de en medio. Ahora si llegaban las palpitaciones serían aviso de insuficiencia cardíaca; el hambre había revertido en intolerancia gástrica. Ya no nos mirábamos en los espejos, las esporas habían sido barridas por la polvareda y las promesas habían sido olvidadas. Del vergel no quedaba nada. Ahora el que estaba tirado a mi lado y yo apenas respirábamos ni consumíamos recursos de un planeta que no nos pertenecía y al que pronto no perteneceríamos.

La voz robótica del astronauta me rescató de aquel sopor:

—¿Estás imaginando que somos dos viejecitos tendidos en sendas hamacas?

—No —probé.

—¿Has tenido en cuenta que no volveremos a vernos?

—Supongo que por eso he imaginado a dos ancianitos. Algo que se acerca a un final, ¿me entiendes?

—No, porque si se trata de ancianitos norteamericanos de películas de amor tardío, no hay final. Son dichosos para siempre. Tenías que haber imaginado ancianitos africanos con caras de hambre o de miedo.

—¿Tengo que tener miedo?

—¿No lo tienes?

Un escalofrío me heló la piel. El astronauta era uno de los personajes que contaban con más facilidades para burlar mis defensas porque para él yo nunca las había levantado.

Se mantenía quieto. El casco, orientado hacia mí, me devolvía en su visera negra mi cara deformada. Aquella visera era de nuevo un punto de mira; detrás de él había un enemigo al que no podía ver y del que no podía huir. Que siempre estaba ahí y que siempre me miraba a los ojos. El hecho de que yo no pudiera verlo me sugería que tal vez me encontrara demasiado cerca de él, incluso sumergido en él, al igual que un pecesito en el mar. O quizá mi enemigo y yo fuéramos calidades materiales inconciliables y estuviéramos destinados sólo a merodearnos. El enemigo podía ser mi cara deformada, en la que yo andaba sumergido como un pecesito en el mar, o podía ser un espacio vacío y oscuro que siempre estaba cerca de mí, dentro de la escafandra, acechándome porque así lo marcaba alguna ley natural, porque había una definición contra la que yo no tenía potestad alguna.

El sonido roto de la radio resurgió:

—No tienes buena cara.

—Algo no va bien —me sinceré—, pero no sé lo que es.

—Es lo que tienen las misiones.

—Esta misión no es la mía. Siento que no todo lo que hago lo decido yo.

—En la academia de astronautas nos previnieron al respecto. Es el síndrome de la misión alienada, ese sentimiento es un síntoma de fatiga. Te repondrás. Sobreviene en trances de agotamiento. Uno pierde las referencias, los significados... Igual que al repetir la misma palabra en voz alta muchas veces. Es un síntoma de colocción mental. Tendrías que disfrutar de esta cubierta al aire libre, de ti y de mí.

Los macizos de nubes se echaban sobre nosotros como esponjas. El viento arreciaba y traía ráfagas de agua dulce. En menos de un minuto llovía ya sobre nosotros. Continuaba sintiendo que aquella tormenta no era mía. La lluvia atravesaba al astronauta y repicaba contra la lona de la hamaca y al mismo tiempo se estrellaba contra su uniforme y rebotaba desmenuzada contra su casco. El agua me chorreaba por las mejillas hacia el cuello, se filtraba por mi camisa y me lamía la nuca. La bebida de mi vaso hervía y se echaba a perder con los perdigonazos de lluvia. Todo invitaba a hacer de aquél un día para el recuerdo. Nada de síndrome. Algo no andaba bien, me lo decía mi sala de máquinas. El agotamiento podía tener alguna incidencia en el asunto, pero no era la causa.

Eché a andar. El carahuevo caminó a mi lado por el puente. Las piscinas borboteaban. Por primera vez las veía desalojadas, sin rastro de seres humanos por las inmediaciones. El barco se había oscurecido y parecía otro. En los ventanales del bar-mirador se agolpaban multitud de rostros blancos. Unos contemplaban el espectáculo y otros se agitaban y me hacían señas para que me pusiera a cubierto. En aquel fragor líquido había un silencio sepulcral. Proseguí poco a poco hasta el final del puente y entré en la boca de túnel de los pasillos. A metro y medio de distancia el astronauta permanecía a descubierto. El agua lo atravesaba con violencia y simultáneamente se estrellaba contra él. Los tatuajes iban desapareciendo como babosas de su traje.

Lanzó una última andanada de rayos verdes contra los ventanales del bar-mirador, con tal acierto que se me antojó oír un alarido del camarero que se parecía a David Bowie. Luego repitió la descarga contra las piscinas y por fin soltó el gatillo y descansó el cañón del arma en la barandilla. Éramos dos ancianitos indecisos y cansados sin ninguna ambición de futuro. Él miraba hacia la planta inferior, acaso pensando en sus compañeros de expedición, y no volvió a moverse. Entonces la radio crepitó. Esta vez bajo la lluvia su voz fue un estampido metálico:

–Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad, cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.

[34](#)

[34](#)

Blade Runner, Ridley Scott.

Cinco puertas

Llevaba una hora en duermevela en mi camarote postrado en un sillón, saneando mi cerebro de las malas sensaciones secretadas por la marcha del astronauta, obviando aquel olor de despedida que lo impregnaba y lo pudría todo, cuando algún malnacido tocó a la puerta. Tal vez llevara en mi camarote más tiempo, porque el reloj marcaba las siete. Se me ocurrió que aquellos golpecitos modosos y espaciados que acababa de oír, a una hora en punto, sólo podían provenir del desgraciado de Iván.

—¿Qué? —rugí.

—Abre.

Iván.

La situación me incomodó sobremanera ya que al abrir los ojos para comprobar la hora había descubierto que no estaba solo. El agua había inundado la estancia a una altura de un metro y pico, me cubría hasta el cuello y su superficie se mostraba lisa y calma. El anochecer y la tormenta desatados en el exterior se reflejaban en ella a ras de mis ojos. Pocos objetos sobresalían del nivel del líquido remansado; el reloj de pared, las cortinas del ventanal, secciones de cuadros murales, secciones del televisor y de elementos que descansaban en el escritorio, de dos lámparas de mesa. El resplandor templado del agua era un modelo simplificado de la realidad. La luz llegaba mermada, algún objeto invisible la parasitaba o la roía.

—Abre —repitió el enano.

En el rincón más sombrío de la habitación había visto flotar la silueta de Carlitines sobre lo que podía ser una canoa. Ahora, a la segunda voz de Iván, el niño sacó un remo y dio comedidamente una palada para acercarse a mí. Sobre el agua se dibujaron las primeras ondas y, expuesta a mayor claridad, la canoa se reveló una barca hinchable de juguete. Se deslizó hacia mí hasta que el remo de un segundo tripulante, cuya cabeza asomaba ahora por detrás de Carlitines, se sumergió y frenó el avance. Me llegó el olor a goma de las cámaras neumáticas, bamboleantes a tres palmos de mis narices. Visto desde abajo el aire desabrido del niño se acentuaba; el vaivén de la barca propiciaba que su rostro tan pronto se iluminara como se sumiera en la oscuridad. Hodgson, por el contrario, exhibía una belleza angelical. Había en ella una carga inusual de fuerza y arrojo.

Carlitines me ponía una vez más sobre aviso:

—Presta atención porque tu amigo escritor dice que hay un *Kraken* merodeando por los alrededores, que él lo nota. Argumenta que su sola existencia aquí, la de tu amigo, lo demuestra, puesto que él sólo bucea en aguas habitadas por monstruos. Eso es lo que ha dicho. Por lo visto antes de vivir en estas aguas vivió en una casa maldita, sitiada por criaturas-cerdo que no cejaban en el asalto. Las criaturas-cerdo eran un enemigo innúmero y él se sabía vencido, pero luchó hasta el fin de los tiempos. Me ha contado eso, sí, no pongas esa cara —se volvió hacia el escritor y meneó la cabeza—: Cuéntaselo, que no me cree.

Hodgson se zambulló en el agua dejándose caer hacia atrás como un hombre rana y cuando yo hundí la cabeza para seguirlo ya tenía su cara junto a la mía. Su pelo se ondulaba insinuante allí abajo. Entonces volví a oír su voz, algo infantil y diáfana:

—*Las horas transcurrieron lentas, sin que sucediese nada anormal. Salió la luna y se elevó, iluminando el parque aparentemente vacío, inmóvil, callado* —hizo una pausa para que yo me hiciera una composición de lugar—. *Hacia el amanecer, empecé a sentirme entumecido y frío por la larga vigilia; me preocupaba también ante la prolongada inacción de las criaturas. Desconfiaba y habría preferido que atacasen la casa abiertamente. Entonces, al menos, habría podido calcular el peligro y enfrentarme a él; pero esperar de esta manera durante toda la noche, imaginando toda clase de amenazas desconocidas, era como para perder la razón. Una vez o dos me vino la idea de que quizá se habrían ido; pero en el fondo sabía que era imposible.*

Enmudeció y aguardó alguna réplica por mi parte. Circunstancialmente mi conocimiento forzoso de las criaturas-cerdo y de sus asechanzas, representadas por los alienígenas en una versión actualizada, impidió que manifestara aquella reacción que aguardaba el escritor. Braceó hacia atrás y ambos salimos a la superficie. Él ejecutó una pirueta para subir a la barca mientras Carlitines me estudiaba con un deje de sorna en los labios. Aquella era el agua que a mí no me mojaba, que no me tocaba; que olía a sal y chorreaba por mi cabeza, pero que no me calaba.

—¿Me crees ahora? —me desafió.

—¿Vas a abrir o no? —insistió Iván desde el pasillo. El niño levantó la mirada hacia la puerta.

—¡Un momento! —grité; a continuación pregunté a los marineros—: ¿El *Kraken* llama a la puerta antes de manifestarse?

Hodgson se zambulló de nuevo como un hombre rana para responderme, pero en esta ocasión yo no me sumergí. Sostuve los ojos risueños de Carlitines hasta que comprendió que la respuesta que quería era la suya.

—El *Kraken* ya está aquí, Gordo. Puede ser un enano tocando a una puerta, un astronauta con una misión malograda o un niño remando en una barca de plástico. No puedes fiarte de nada; y menos que de cualquier otra cosa, de ti —sonrió y evocó—: ¿Recuerdas *La tercera expedición*?

—Algo.

—¿Cómo murió John Black?

—A manos de un marciano que se hacía pasar por su hermano muerto.

—Ajá. Él creó a aquel hermano en un planeta que permitía tales prodigios y disfrutó de él lo indecible, hasta que dudó. Dudó que aquella criatura fuera realmente su hermano reencarnado y con la duda convirtió su creación en un monstruo. ¿Es así o no?

—Digamos.

—La duda conduce al miedo, el miedo conduce a la huida y la huida conduce a la puerta. Él murió cuando trataba de alcanzar la puerta de su habitación para huir. ¿Sí o no?

—Sí.

—Entonces dime, campeón: ¿Dónde se esconde el *Kraken* en el proceso creativo? ¿Dónde está la bolita?

—¿Qué opciones tengo?

—La duda, el miedo, la huida y la puerta.

—¡Ya voy, Iván! —voceé sin perder de vista al niño; le encantaba provocarme, lo hacía con perfidia.

Me puse en pie para abrir al bigotudo. Caminé con el agua por la cintura; no había rozamiento entre ella y yo, pero mis pasos la desplazaban y propulsaban olas minúsculas que corrían a romper contra la puerta y las paredes. Oía el chapoteo, las gotas que caían del cabello de Hodgson a mi espalda. Escuché los remos y vi pasar de reojo la canoa, que se metió en el cuarto de baño. Abrí. Iván. Detrás de él, una luz amarilla. Delante de mí el agua se desparramó como las vísceras de una res abierta en canal. Iván no se enteró de que se le había venido encima una riada. En unos segundos apenas quedaban unos charcos a sus pies.

Adusto, monolítico, me olisqueó:

—¿Puedo preguntarte qué hacías?

—Discutía con unos amigos si el que llamaba a la puerta era un *Kraken*.

Vi en su cara que no era cuestión de voluntad, que aunque él pusiera todo de su parte para entenderme, como lo estaba haciendo, no lo lograría jamás. No era culpa suya.

—¿Qué quieres?

—He venido a invitarte a una fiesta que hemos organizado.

—De despedida...

—De lo que quieras.

—¿La idea ha sido tuya?

—No, de Eva. Yo corro con los gastos.

Sonreí. De entre todas las formas de acallar la conciencia, el pago en metálico solía ser la de mayor aceptación. En un millón de años yo tampoco podría entender a Iván aunque pusiera el alma en ello, transitábamos por dimensiones diferentes.

—Os ha cundido —reconocí; tenían que haberlo organizado todo durante el almuerzo o inmediatamente después, no había más huecos—. ¿Por qué has venido tú a hacerme la invitación? No me malinterpretes ni me tomes por grosero pero la iniciativa no ha sido tuya.

—¿Qué más da de quién haya sido? —se estaba impacientando; arrugó las cejas.

—Antes de aceptar debo saber quién me invita. Algo no cuadra, y te lo explico de otra manera: si dependiera de ti, no me habrías invitado; que hayas transigido cuando otro lo ha propuesto tampoco tiene mayor importancia, pero que tengas que ser tú, encima, quien venga a hacerme la invitación es algo que no me entra en la sesera.

—Mi hermano ha dicho que si tú no vienes, él tampoco.

—Ahora empezamos a hablar el mismo idioma. Aclárame lo otro: ¿Por qué has tragado y has venido tú?

Se lo pensó y desistió:

—Déjalo.

Hizo amago de marcharse cuando algo lo bloqueó. Se quedó mirando a algún punto a su derecha que estaba fuera de mi vista. Me asomé y descubrí a Eva muerta de vergüenza apostada al final del pasillo; al verme ella a mí sonrió cuanto pudo, que no fue mucho, venció la parálisis que la embargaba y se acercó a nosotros. Tenía las mejillas de color escarlata. Se tapó la cara con las manos, las retiró y se atrevió a suplicar:

—¿Vas a venir?

Efectivamente Iván no habría venido a hacerme la invitación a no ser que alguien lo hubiera convencido o coaccionado para hacerlo. Se me había ocurrido que tal vez Surfer lo hubiera conseguido por medio de cualquier recurso de índole fraternal, pero aun esa hipótesis flaqueaba: podía haber venido él en persona. Que el vórtice de aquella escenificación fuera la pelirroja, en cambio, daba coherencia al conjunto. Nada como una mujer en combustión, nada como la definición en estado puro para tumbar obstáculos y alcanzar el fin último de la especie. E Iván era más blandito que Surfer, más fácil de enternecer por un rostro cálido de hembra.

—¿Has estado ahí todo el rato? —le pregunté.

Ella se ruborizó un poco más e Iván se entrometió:

—¿Vas a venir o no?

Aquel hombrecillo seguía sin asumir, a saber, que él no era interesante para la especie, que Eva sí era a la sazón la criatura más interesante para la especie, que la presencia de él y su bigote allí era estrictamente instrumental para la especie y que si por azar él y su bigote llegaran a resultar interesantes por un momento para la especie, nunca lo serían para Eva y para mí.

Lo omití sin parpadear.

La pelirroja se acercó y cogió mis manos.

—No puedes decirme que no —me recordó, recomendó, pidió e intimidó.

—¿Cuándo es? —alguna equivocación hubo en esa pregunta porque cuando la formulé, Eva entendió que yo aceptaba la invitación. Así explotó su cara de alegría.

—A las nueve —lo festejó.

—¿Dónde?

Entonces resurgió Iván:

—Yo paso a buscarte.

No dije nada, ella me apretó las manos, se puso de puntillas y sonrió como si hubiera un sol en su garganta.

Y se fueron.

Cerré la puerta, encendí la luz del cuarto de baño y vi al niño sentado en el lavabo, con los pies colgando y con la espalda apoyada contra el espejo, mirándome de frente. El escritor reposaba en la bañera llena de agua sobre la barca hinchable.

De entre las cuatro opciones que me habían dado, el *Kraken* se escondía en la duda, no había que ser muy listo. John Black disfrutó del paraíso hasta que dudó de él. La duda rompió el encantamiento y atrajo el caos. Yo ya empezaba a dudar hasta de mi sombra. Del barco, del mar. De estar allí.

A veces uno empalma y la erección no se debe a una excitación sexual ni a un acto reflejo para contener una meada. A veces uno empalma porque sí y entonces no sabe qué pensar, pero mientras el rabo no se vacíe de sangre no podrá pensar en otra cosa.

A veces uno se pone triste sin motivo y queda anulado por la tristeza.

Esperando a que llegaran las nueve, a mí me habían ocurrido las dos cosas. La erección fue de tal magnitud que se propagó por el resto de mi cuerpo. En unos minutos me había transformado en un animal sanguinario y temible sin que mediara un estímulo aparente. Me contemplaba en el espejo agigantado, feroz y peludo; estudiaba a un animal capaz de cualquier proeza física, como siempre, pero excepcional y sorprendentemente descargado de odio. Me había empalmado sin saber por qué. Me había convertido en aquel megarrabo asesino del espejo sin tener a nadie cerca para destripar. Y también estaba triste sin motivo. Aunque las ojeras del Gordo ya no existían en aquella faz perruna, había cercos negros alrededor de los ojos.

Pulsé el botón del reproductor y desconecté los auriculares para que Hodgson escuchara a Amy

[36](#)

. *We only say good-bye with words / I died a hundred times*, lamentaba ella a través de un altavoz misérrimo que hacía su queja más lejana. El escritor atendía a la canción y me miraba. No advertía o lo disimulaba mi transformación física en animal asesino, su mirada descansaba en mis ojos anegada por aquella sempiterna resignación ante lo que tuviera que venir y anegada también por una lejanía, como la voz distorsionada de Amy en el reproductor, que la blindaba ante el mundo.

Desplacé mi mole peluda hasta la cama y me senté en ella. A sus pies Carlitines jugaba en el suelo con piezas sueltas de plástico.

–Es el juego de las puertas –me reveló.

–Sólo hay una puerta que lleva a la salida y las demás son trampas... –adiviné.

–No, ninguna puerta lleva a la salida, todas llevan otra vez a esta sala.

–Entonces esta sala es la salida.

–¿Tú ves que esta sala sea la salida de algo?

–Sí, de aquellas puertas –me eché a reír–. Perdona, ha sido un lapsus –pincé el nacimiento de la nariz con los dedos–. Este juego es una mierda.

Reí con más ganas y fui compadecido por la inercia perezosa de los ojos del niño.

–Todos los juegos son mentira, carapijo, lo sabemos hasta los niños. Pero tenemos que jugar porque hay un dado que se mueve.

La risa escapaba de mi nariz.

–Y dime, pimpollo: ¿por qué hay cinco puertas?, ¿por qué no seis o dos?

–Porque sólo he puesto cinco, aquí hay más –abrió a sus pies una trampilla del suelo y vi un cubículo con llamas pintadas en su interior; miles de puertecitas diminutas con cara y patitas saltaban a la vista de la luz pidiendo una oportunidad y prometiendo suerte.

Suerte, ¿para qué?

–¿En qué consiste el juego? –me animé.

–En que tienes que elegir una puerta.

–¿Qué hay detrás?

–No se sabe, pero no es bueno.

–¿Qué es lo que me puede ayudar a decidirme por una u otra?

–Nada que forme parte del juego.

–En este juego no hay premio –deduje; él sonrió y negó con la cabeza–. ¿Alguna de las mil puertecitas que hay ahí abajo tiene premio? –negó por segunda vez; dejé ir mis ojos entre las puertecitas suplicantes.

Había dejado de llover y se había cerrado la noche. El barco absorbía el embate del viento y actuaba para mí a modo de reproductor sin auriculares; traducía aquel viento como el reproductor había traducido y alejado de mí la canción de Amy; las paredes del barco eran un filtro como lo había sido el altavoz misérrimo; el silbido que llegaba a mí era una reconstrucción, y su virulencia, una estimación.

–Por si se me ha escapado algo –recapitulé–: tenemos un juego en el que el jugador, yo, tiene que elegir una puerta entre miles; sabemos que ninguna de esas puertas va a depararle a ese jugador nada bueno. Y a pesar de eso, el jugador debe elegir una porque hay un dado que se mueve.

–Más o menos. La verdad es que tú no tienes que elegir entre todas las puertas, únicamente sobre las que hay aquí fuera.

–Pero puedo abrir la trampilla y sacar las que yo quiera.

–Antes de empezar a jugar sí.

–Entonces, sin jugar, tengo que elegir un puñado indeterminado de puertas de ahí abajo para sacarlas al exterior; y después, jugando, debo elegir una de las que he sacado.

–Así es.

–Y en esa primera fase, en la que no juego y sí elijo unas cuantas puertas, ¿hay algo bueno detrás de alguna de ellas?

–Detrás de las puertas, sin jugar, no hay nada de nada. Ni bueno ni malo.

–¿Por qué me prometen suerte?

–Porque la suerte es jugar. ¿A que las puertas que ya hay aquí fuera no te han prometido suerte?

Ni me habían prometido suerte ni tenían patitas. Se erguían pétreas y grises como lápidas.

Hodgson se había acercado a nosotros y se sentó a mi lado. Los dos contemplamos largamente las cinco puertas. Era afortunado al contar con él porque el escritor era una de las mayores autoridades que conocía en lo que se refería a enemigos invencibles. Había mantenido un enfrentamiento directo con innumerables criaturas-cerdo que, por si no fuera bastante con su ventajosa condición de enemigo inconcreto, también eran eternas. Hodgson no había conocido a Dawkins ni sabía de las clonaciones asépticas y aterradoras de los insectos palo, pero sí sabía que el hombre estaba perdido.

–¿Cuál elijo? – le pregunté.

Él contrarrestó mi cabeceo cabeceando a su vez hacia el cuarto de baño. Me costó cazarlo. Entonces me levanté, fui allí y me planté frente al espejo. Había recuperado mi forma humana, la de la criatura que estaba perdida. Seleccioné de nuevo la canción de Amy para mi amigo, que era lo que me había pedido. De su boca brotó un hilillo de agua y una bonita sonrisa.

Estaba aún con él cuando a las nueve clavadas vino Iván a buscarme. Abrí y el enano dio un respingo al verme desnudo; vi deseo en sus pupilas.

–¿Todavía estás así? –disimuló.

–Puedes echarme una mano, si te hace plan.

Apartó la mirada.

–Mejor te espero aquí fuera.

Me di la vuelta para decirle a Carlitines que ya elegiría una puerta más tarde y me percaté de que una de ellas ya estaba abierta en el suelo; también me percaté de que el niño sonreía y me observaba como si estuviera frente a un perfecto imbécil.

Sólo había dos salas privadas en el barco e Iván había logrado hacerse con una de ellas. Tenía dinero, no había otra razón. La que nos había tocado en suerte estaba insonorizada y tenía forma rectangular. Contaba con un videoprojector colgado del techo, pantalla de proyección, un ordenador portátil conectado por Wi-Fi a Internet y al proyector, una barra americana de tres metros, butacas en abundancia, mesas bajas de cristal, zonas con distinta iluminación, una escueta fuente ornamental adosada a una pared y un acuario empotrado en la pared opuesta.

A mi izquierda, frente al acuario, Surfer estaba embelesado con un pez inmisericordemente feo. A mi derecha se encontraba el resto de asistentes, agolpados todos junto a la barra. Anselmo había tomado posiciones detrás de ella y servía combinados por aquí y por allá. Iván hacía alardes de cortesía ante una Amalia que se había maquillado para parecer guapa y más lejos, revoloteando alborotadas, la alemana, Silvia y Eva confeccionaban la lista de vídeos musicales que ya habían empezado a reproducir.

En aquella reunión yo no iba a celebrar nada, estaba porque también estaba el rubio.

Fui hacia él, pasó un brazo por encima de mis hombros y caminamos acaramelados en dirección a los demás. Iván nos salió al paso y lo aparté sin forcejeo; a la que ya no pude apartar fue a Amalia, quien se plantó poco menos que en jarras delante de mí y me dedicó una mueca picarona. El rubio me miró, sonrió más y me dejó solo con la mujer. La huida era imposible, de forma que pensé en retroceder, a ver si no se daba cuenta. Retrocedí hasta una butaca sin darle la espalda, me senté y ella me siguió. Me consultó:

—¿Puedo sentarme?

—Si prometes no ser cariñosa...

Tomó asiento a mi lado.

—Te encanta ir de incorregible, ¿eh?

—¿Me vas a dar mi merecido?

—¿Por qué me dices eso?

—Porque tú eres de las que reparten, querida, y la definición es la definición. Tú ¿qué haces en la vida, Amalia?

—Soy estilista.

Abrí los ojos y arqueé las cejas.

—¿Eres peluquera?

—Cazadora de tendencias. De moda. Se paga bien si aciertas.

—Y tú aciertas, no me lo digas. ¿Has acertado con el crucero?

Mugió y valoró:

—No; tampoco esperaba gran cosa. Vine porque me lo pidió Anselmo. Él sí ha acertado pese a todo, esas cosas se saben antes de subir al barco. ¿Has acertado tú?

Me puso sobre aviso su tono cordial. Al margen de la frialdad, insoslayable, única vía sobre la que se desplegaría su voz, no había hostilidad en sus palabras. Cuando decía que Anselmo había disfrutado del viaje pese a todo, se refería a que lo había hecho, sobre todo, pese a ella. Era consciente de sus límites, de sus dominios y de su situación en el mundo. Tenía tomadas las medidas. Que su estilo de estilista no fuera el mío no menoscababa sus logros. Podía considerarla enemigo. Debía hacerlo.

—Supongo que yo sí he acertado —le contesté—, porque si esto se trata de un juego de puertas entre las que hay que elegir una porque hay un dado que se mueve, he elegido. Y he acertado porque según las reglas del juego ninguna puerta me deparaba nada bueno, con lo que eligiera una u otra habría acertado. Otra cosa sería que yo hubiera querido jugar o no, pero hay unos dados que no pueden dejar de moverse, por lo que se ve, y por eso te hablaba antes de la

definición. El problema no es que el hombre no sea el centro del universo ni que no sea dueño de su evolución y por tanto de sí mismo, el problema es que el hombre tiene que ser. No sé si aprecias la gravedad del verbo. Tiene que ser porque hay unos dados que se mueven. La atrocidad sí es universal, lo que tal vez sí sea el centro del universo, para el hombre al menos, es esa atrocidad.

–Creo que esto no lo haces por molestar –me disculpó la mujer–. Creo que eres así.

–Tú no has visto cómo soy. Soy más grande, tengo colmillos, garras y cuando estrecho a alguien entre mis brazos lo hago estallar. Pero tienes razón en que esto no lo hago por molestar. De las pocas veces que no he querido molestarte, ésta es una de ellas.

–Gracias por la sinceridad –confraternizó.

–¿Sabes cuál es una de las cosas que me molestan a mí?

–¿Cuál? –me dio pie, parpadeando demasiado en muestra de interés, sobreactuando.

–Que tú sí vas a salir de este barco sin tu merecido.

Primero titubeó, después soltó una carcajada. Se rehízo sin daños. *Eres la hostia*, exclamó, y volvió a reírse. No había mejor forma de bromear que decir la verdad, ese principio me había brindado muy buenos momentos a lo largo de mi vida.

–¿Eres tú el que me habría dado mi merecido? –continuó con su versión particular de la broma.

–No, yo no, el monstruo que no conoces.

–Ese monstruo tiene que dar mucho miedo, ¿no?

–Depende de la valía en que se tenga la víctima.

–¿Cómo?

–Para tener miedo hay que quererse a uno mismo, tú no tendrías mucho miedo. Bueno, sí –esta vez me reí yo–, tendrías más que cualquier otro.

Se puso un cigarrillo en la boca y lo encendió con parsimonia. Su juego de piernas había decaído, ahora su sonrisa no fluía.

–¿Qué quieres de mí? –le espeté–. ¿Para qué te has acercado?

La aparición siempre providencial de Surfer atenuó mi tensión. Me alargó una ginebra con hielo, se volvió hacia Amalia y se ofreció:

–¿Te traigo algo?

Ella levantó la mano por encima de su cabeza como si estuviera sosteniendo un vaso y gorjeó:

–Anselmo.

El rubio y yo nos maravillamos a la par constatando que Anselmo orientaba sus orejas hacia la voz de su ama, traducía aquella mano alzada en una orden para él, se aplicaba en preparar algún brebaje en la barra y salía de allí y recorría unos metros a ritmo de marcha para colocar la copa en la mano ávida de Amalia. Ella no miró a su siervo, de hecho no había despegado sus ojos de los míos en todo el ritual. Él nos miró a mi amigo y a mí, señaló con el dedo nuestras respectivas copas y resolvió el trance con palabras expeditivas: *Vosotros ya estáis servidos*. Y se retiró. Surfer se sentó con nosotros.

La mujer sabía cuanto cupiera saber para convertir las relaciones personales en un estercolero. Ese mérito no era conspicuo porque una gran parte de los humanos adultos contaban con ese aprendizaje. Su mérito era su voluntad cerril de hacerlo. Ciertos humanos convertían en mierda cuanto tocaban, y de entre los que lo hacían de forma intencionada, algunos destacaban y adoptaban la misión de esparcir mierda a desuello. Era de éstos, de los de la misión. Me habló:

–Todavía piensas en darme mi merecido, ¿eh?

–Tengo a todas mis neuronas ocupadas en el asunto –le confesé–. Aún no me has dicho qué quieres de mí.

Miró de reojo a Surfer, luego a mí y avanzó:

–¿Es cierto que todos tus amigos están muertos?

Volvió a fijarse en mi amigo, después en mí y bebió un sorbo de su copa.

–Cuando subí al barco, sí –cogí la mano del rubio sobre su muslo y añadí–: Ahora tengo algún que otro amigo, no sé si me explico con claridad...

–Ah, es verdad... –rió como una alimaña–, me había olvidado del camarero macizo...

–El camarero macizo no es amigo mío, Amelia.

–Ya me entiendes...

–Créeme que no.

Ella hizo una pausa que aprovechó para largarse otro lingotazo y seguir paseando la mirada de Surfer a mí y viceversa. Bajó la copa y se adelantó en el asiento:

–¿Cómo puede ser que todos tus amigos murieran asesinados?

–Es más difícil que tú hayas llegado a esa edad que te ha devastado sin que nadie te haya dado tu merecido, créeme otra vez, que el que mis amigos hayan sido asesinados. En su muerte hay un patrón que convierte todas las muertes en una y no veo qué hay de extraño en una muerte más o menos en el planeta. Si el asesino de mis amigos te asesinara hoy a ti no sería ni más ni menos extraño. Lo que tú quieres saber es qué hago yo aquí, vivo, mientras todos aquellos con los que formaba una pequeña comunidad han sido liquidados. Quieres saber, seguro, si yo he tenido algo que ver con su muerte, pero hay cosas que no se le pueden contar al primero con el que uno se encuentra en un crucero.

–¿A él se lo contarías? –me desafió apuntando a Surfer.

–A él sí, pero es que a él lo conozco desde que yo era muy joven, he leído sus aventuras. Él te está salvando el culo de Galactus, que no sé si sabes que es un devorador de planetas y que representa el caos, el fin y la destrucción; aunque lo parezca, no son lo mismo. El caos sería ese merecido que alguien te tiene que dar, la destrucción sería la minuciosidad que se invirtiera en la operación y el fin sería lo que ningún verdugo que se preciara te concedería. Todo eso es Galactus y tampoco sé si sabes que está ahí fuera, asomando la nariz por los ojos de buey.

Lejos de darse por aludida con nada de lo que yo había dicho, lo intentó con Surfer:

–¿A ti no te resulta extraño que todos sus amigos fueran asesinados?

–No, por qué.

–Vale, ¿no te preguntas por qué él no ha sido asesinado? –concretó ella.

Yo colaboré:

–No olvidéis preguntaros si yo he tenido algo que ver con las muertes.

El rubio bebió cerveza, extrajo un paquete de tabaco del bolsillo, lo abrió e invitó a Amalia a servirse.

–Acabo de apagarlo –alegó ella, pero al terminar la frase se apercibió de algo y reaccionó–: Ah –exclamó, sonrió con primor y comentó–: No sé los años que hace que no me fumo un porro.

Cogió uno como si estuviera tomando una decisión arriesgada, se lo llevó a la boca como si estuviera infringiendo alguna norma de conducta y lo prendió con alborozo adolescente. Dos o tres caladas más tarde llegó Eva. Ningún hombre con sangre en las venas podría resistirse a aquel vendaval de esencia femenina. Irradiaba un olor y un calor que hacían enloquecer. Pasó por delante de mí y se acomodó a la vera del rubio. Él respondió entonces a la arpía:

–Yo no me pregunto nada. Lo que hay que hacer es salvarse y eso es lo que ha hecho mi amigo. Si los suyos han caído por el camino, peor para él.

–Ya –admitió ella–, pero ¿y si ha sido él el asesino?

Su descaro venía potenciado por el hachís, su mirada inquisitiva se iba tornando pastosa.

–Si el asesino ha sido él –conjeturó Surfer–, sus motivos habrá tenido.

Lo amaba.

La música había subido de volumen y la algarabía de mujeres que había alrededor del portátil se había esfumado. Ahora venían todos hacia nosotros. Se sentaron enfrente, la primera de ellos Silvia, a continuación la alemana, quien en último término se había hecho con el portátil, después Anselmo, que si por azar vestía de acuerdo con las recomendaciones de la cazadora de

tendencias de moda, debía romper su amistad con ella y no volver a verla nunca más, entre otras razones; y por último se sentó el personaje insigne de aquella nueva comunidad que habíamos constituido muy a mi pesar. Él manejaba el mando a distancia del videoprojector.

–¡Allí hay canapés! –nos gritó.

Ante la evidencia de que Amalia fumaba sin compartir como los indios cabreados, el rubio encendió otro petardo para él y para mí. Le ofreció unas caladas a Eva, quien las dio a pesar de no fumar porque a mi amigo aquella noche no le diría que no a nada. En unos minutos por nuestra zona flotaba un ambiente desahogado y nebuloso. Que la alemana oliera el hachís y viniera a reclamar su parte fue cuestión de unos instantes más. Una vez Agnes abandonó su asiento y ocupó otro en nuestro lado de la fiesta, Anselmo, obligado a estar cerca de ella por ser el único que hablaba alemán en condiciones, también se nos sumó. Silvia e Iván, solos enfrente de nosotros y sin mirarse, se habrían transformado en estatuas de sal de no ser porque alguien, no sabría decir quién, los llamó. Apartaron un par de mesitas de las cuatro que teníamos delante, acercaron unas butacas y compusieron un remedo de círculo que ya nos obligaba a tener que contar con ellos el resto de la velada. Anselmo y Silvia aprovecharon para ir a buscar tres bandejas de viandas y las dejaron en las dos mesitas que habían quedado en el centro del círculo.

Pronto empezaron los viajes para ir reponiendo copas. Iván asumió esa tarea. Iba y venía constantemente como un patito en una casa de tiro; apenas descollaba por encima de los que estábamos sentados y yo no podía dejar de seguir aquel bigote colosal yendo y viniendo, yendo y viniendo como un patito al que hay que abatir de un perdigonazo porque hay unos dados que se mueven. Silvia preguntó a Amalia si se encontraba bien y ésta, con el porro apagado entre los dedos y la mirada distraída, contestó que sí, claro, y se echó a reír. Eva, cogida del brazo de Surfer, secundó la risa y las dos mujeres se descerrajaron a carcajadas. Agnes participó en menor medida. Silvia ahora se concentraba en su amiga, vigilaba su estado y sonreía mordiendo el labio inferior. Se preguntaba hasta dónde sería capaz de llegar la pelirroja aquella noche tras la cual no habría más oportunidades de seducir al rubio. Por lógica tenía información de primera mano.

Sin que se notara, cuando menos sin despertar el recelo de nadie, Surfer encendió otro porro y se lo pasó a Amalia. Ella lo cogió y una vez más no lo compartió. El siguiente que encendió mi amigo se lo arrebató Eva, quien dio unas caladas largas, tosió y se lo devolvió. No supe si me divertía más el aspecto esponjado de la arpía, el virtuosismo de mi amigo para deshacerse de criaturas indeseadas o el careto reprobatorio de Iván a la vista del fumadero que habíamos organizado.

–Sigo sin entender que necesitéis eso –llegó a protestar, pero en cuanto vio que yo abría la boca se apresuró a concluir–: Ningún problema.

Anselmo estaba tan ensimismado en su aventura de idioma secreto con Agnes que apenas se alteró por el noqueo de su compañera de viaje. Quien sí estaba descolgada, y mustia, y hasta descuidada, era Silvia.

El aire de tristeza regresó de repente. El *Kraken* ya estaba aquí, o eso me habían dicho, y el viaje terminaba.

Por momentos me abstraía y veía en mis compañeros piezas de un rompecabezas que tan pronto se unían para formar un cuerpo único y de mayor tamaño como se separaban poco a poco hasta desaparecer. Por momentos delante de mí tenía un resumen apelmazado de lo que había sido mi periplo aquellos días en el barco como de pronto tenía una sala desierta; las formas y los cuerpos de quienes estaban allí tendían a separarse unos de otros, a mimetizar los colores de las zonas de la sala en las que se adentraban. Aquellas mareas, el discurrir de las piezas, por un lado me ayudaba a concentrar en pocas imágenes lo que habíamos vivido y por otro me hacía sospechar que aquel impacto de realidad era tan inconsistente como espurio. Me

hacía sospechar que cuanto guardaba en mi cerebro acerca del camarero calvo, del monstruo de la cueva, de mi alocada expedición por Sicilia, no había sucedido de verdad.

El alcohol y el tiempo nos barajaron varias veces y cuando quise regresar al juego la situación había cambiado. Surfer y Eva se habían apartado un poco de mí y retozaban en las butacas. La risa de la pelirroja delataba una embriaguez galopante. Lejos de nosotros, Agnes, Anselmo e Iván bailaban en el área del videoproector. Amalia se había instalado en un punto intermedio entre ellos y yo, bebiendo en solitario en la barra, sentada de espaldas y acodada en ella para contemplar a los bailarines. Frente a mí se hallaba Silvia, una verdadera alma en pena que miraba también a los bailarines para no mirarme a mí o a la pareja entregada a la lujuria de mi derecha. Estaba allí porque su amiga le había dicho que aquella noche iba a perder la cabeza. O acaso no se lo había dicho pero no había sido necesario, puesto que Silvia era mayor que ella y lo habría dado por hecho al ver a su amiga acicalarse. La sed de parir era un código arcano entre mujeres y difícilmente se encontraría en la naturaleza otra fuerza tan arrolladora. De modo que aunque por propia iniciativa Silvia no hubiera acudido a la fiesta, y su cara dejaba claro que de ninguna forma lo habría hecho, sí había ido y estaría de guardia allí el tiempo que hiciera falta hasta que su amiga cayera rendida y la superestructura ovárica se relajara, se vaciaran los fuelles y se cerraran las válvulas. Entonces ella misma sería capaz de cogerla en brazos, era un decir, para devolverla a la habitación con la misión cumplida por parte de las dos mujeres, con la definición aullando como un monstruo prehistórico más allá de todas las puertas.

Dejé caer la cabeza sobre el respaldo de la butaca y de allí la dejé caer hacia la izquierda. Recordé la versión simplificada de la realidad que había intuido en mi camarote sobre el agua remansada, cuando la tormenta y la noche se reflejaban en ella a ras de mis ojos. Tuve una impresión similar al observar a la alemana jugando con aquellos dos hombrecillos en la pista de baile. Las imágenes de los vídeos musicales se proyectaban en la pantalla y los cuerpos de los tres bailarines se recortaban en ellas como si en ocasiones formaran parte de la proyección. Luego la distorsión regresaba y los tres cuerpos lo hacían con ella a la sala privada que Iván había alquilado. Era un ir y venir, otra vez, de aquellas imágenes y figuras recortadas, del bigote de Iván en la caseta de tiro, de los gemidos y las risas de una Eva que se desinflaba o se dormía o se corría, de la ardilla que brincaba de rama en rama hasta colocarse delante del cañón de Carlitines, de los cincuenta balines que venían en el mismo paquete que los dados.

Debí de sestear un poco porque al abrir los ojos me fijé en que Amalia estaba tendida y fuera de combate en un sofá al lado de la barra. Eva estaba tendida y fuera de combate a mi derecha, en el mismo lugar que la había visto la última vez. Entre los bailarines vi a Surfer. Silvia no se había movido, continuaba apalancada en la butaca y sostenía un vaso del que no recordaba haberla visto beber.

—A nosotros no nos quiere nadie, querida —le dije.

Ella sonrió y trató de orientarme:

—No debes hablar así. ¿No te lo has pasado bien? ¿No has hecho amigos?

—Si fueras a otro planeta y tuvieras una oportunidad para crear a una persona de tu pasado sólo con desearlo, ¿a quién crearías?

—¿Como en *Solaris*?

—Bibliotecaria, se me olvidan los detalles importantes. Sí, como en *Solaris*, ¿a quién crearías?

—En *Solaris* no se crea a quien uno quiere. No hay una voluntad consciente de elegir a alguien, es algo más profundo. Algo así como que la elección ya nos viene dada o es inconsciente.

Estaba de acuerdo, no había sido un buen símil. Uno más apropiado, aunque en él el ser creado tampoco lo fuera a voluntad, habría sido *La tercera expedición*. Al contrario que en *Solaris*, en ese cuento las criaturas imaginarias eran aquellas que podían reportar a su creador la mayor

felicidad, convenía insistir en que no en vano su título original era *Mars is heaven*; era más fácil ponerse en la tesitura de tener que elegir cuando entre los candidatos no había demonios.

—Pongamos entonces el modelo de *La tercera expedición*, que también habrás leído. ¿A quién crearías?

—A mi madre, ¿y tú?

Me puse a pensar.

—No lo sé —le reconocí—. Puede ser que a la abuela de Carlitines. Me cogería de su mano y me iría con ella. Carlitines es un amigo mío.

—¿Del barco?

—No, de aquéllos que murieron. Él es uno de esos amigos pero en versión infantil. Sé de él y de la abuela por lo que me contó la versión adulta.

—Ah.

—¿Crearías a tu madre, dices?

—Sí.

—Y ¿qué harías en el momento en que las dos estuvierais acostadas en tu habitación y tú dudaras de que ella es tu madre?

—No dudaría.

—La duda viene en el mismo paquete que los dados y además es un fractal de la inteligencia, no podrías evitarlo. En algún instante dudarías.

—No he pensado en eso.

—Pues deberías. Ciertamente en *Solaris* las criaturas creadas no dejan de serlo a pesar de que su creador dude de ellas, y se mantienen coherentes consigo mismas hasta el final. En *Solaris* la duda tiene menos peso porque prima la conciencia. Pero en *La tercera expedición* las creaciones se forman sobre criaturas extraterrestres que pretenden engañarnos y exterminarnos. Nos matarán en cuanto dudemos de la ilusión que han desplegado a nuestro alrededor. En ese contexto yacer con la creación tiene un riesgo de muerte. Imagina que mientras huyes de puntillas oyes a tu espalda la voz helada y hueca de tu madre en boca de una criatura desconocida, que te acecha desde atrás y que acabas de descubrir y de la que ya no puedes librarte.

—Me dan escalofríos —rió la mujer.

—No es para menos.

—De todas formas puede ser que el ataque del extraterrestre se produzca porque ha llegado el momento, y que el hecho de que suceda justo cuando el humano duda de la ilusión sea sólo una casualidad.

—Estéticamente no es probable. El marciano diseña alrededor de John Black un entramado fabuloso que guarda una armonía perfecta con el astronauta. Quizá el marciano fuera muy inteligente y supiera que el hombre es incapaz de convivir con ninguna otra especie, optando por crear una ilusión para que el humano no se sintiera amenazado. Incluso quizá el marciano habría estado dispuesto a sostener esa convivencia hasta que los humanos abandonaran su planeta. Pero en un momento crítico el humano duda de lo que le rodea y el hechizo estalla como un globo. Desenmascarado, al marciano ya no le quedan más opciones que la de su propia supervivencia y se ve obligado a acabar con John Black. Yo soy más partidario de creer que el marciano crea la ilusión utilizando un modo de defensa como puede hacerlo un animal al camuflarse. A partir de ahí puede haber otras dos interpretaciones: una, que viendo peligrar su camuflaje al dudar de él el humano, se vea impelido a atacar; y otra, que simplemente aguarde una muestra de debilidad del humano, como su duda, su miedo o su huida, para hincarle el diente en el corazón.

—Puestos así prefiero el modelo de *Solaris*.

—*Solaris* podría enviarte al peor fantasma de tu pasado. ¿No tienes miedo de ninguno?

–De alguno. No crearía a nadie –se rió y cruzó las manos para que la dejara un poco en paz–. No haría nada con ninguno de los dos modelos. Ya está.

–No puedes quedarte sin hacer nada, tienes que elegir una puerta.

–¿Por qué?

–Porque el cerebro es como un tiburón que no puede quedarse parado, porque hay unos dados que se mueven...

–¿Qué harías tú cuando dudaras de que la abuela de Carlitines fuera ella?

–Primero me cagaría de miedo. Después dudaría más, pero no ya de ella, sino de Carlitines, que sería quien la habría traído consigo.

–¿Qué harías cuando dudaras de que Carlitines fuera él?

–Primero me cagaría de miedo. Después, avistado el enemigo, me preocuparía de averiguar qué animal era él y qué animal era yo. Si puede reducirse todo a una lucha de fuerzas conocidas se aclara mucho el camino. Lo grave es no saber con qué te enfrentas, eso es lo que martiriza a otro amigo mío, un escritor inglés.

–¿Es otro amigo nuevo?

–Digamos que sí, para no complicarlo.

–¿Qué harás si un día dudas de que ese amigo inglés sea él?

Esa pregunta me pilló desprevenido. Iba a explicarle que mi amigo inglés habría preferido en su día que las criaturas-cerdo atacasen abiertamente la casa maldita que él habitaba sólo para poder hacerse una idea de a qué se enfrentaba. Hasta ese extremo llegaba su desesperación. Habría preferido ser atacado por el enemigo sólo para poder verlo. Iba a contarle a Silvia que Hodgson era el mayor héroe de la historia porque su lucha estaba perdida de antemano, porque nunca vería a su enemigo y porque nunca dejaría de dar la cara. Cuando tuvo que morir, la naturaleza entera lo barrió y dejó en su lugar unas volutas de humo. Pero la pregunta que me acababa de hacer Silvia me hacía dudar ahora de Hodgson, alguien de quien en ningún momento había dudado.

Me preocupé. Me espanté de una realidad que iba y venía, de un patito que se agitaba esperando ser abatido. Cerré los ojos con la esperanza tonta y cobarde de que al abrirlos no hubiera nadie en aquella sala. *Una vez o dos me vino la idea de que quizá se habrían ido; pero en el fondo sabía que era imposible.*

[37](#)

[35](#)

La casa en el confín de la Tierra, W. H. Hodgson.

[36](#)

Back to black. Amy Winehouse.

[37](#)

La casa en el confín de la Tierra, W. H. Hodgson.

That planet is not for such as we

Seguía al bellissimo Surfer por los pasillos del barco. Minutos antes él me había tranquilizado:

–La que no te gusta, ¿cómo se llama? –me preguntó; le di un nombre y prosiguió–: Eso, Amelia; ésa va a roncar hasta que se haga de día. Anselmo ayudará a Silvia a llevar a Eva a su camarote, luego volverá, se pegará a mi hermano y se lo montarán los dos con la alemana. Esto acaba así. La tranquilidad que me había transmitido se traducía en el placer que iba a suponer compartir mi tiempo con él sin que nos tocaran las narices durante un buen rato. Si aquello iba a acabar así, como decía el doctor Amor, significaba que los que aún participaban de la fiesta se iban a quedar en la sala privada unas cuantas horas.

Aquella dádiva de los dioses, cuando amargamente ya había asumido que terminaría pasando mi última noche en el barco cercado por Iván y por Amalia regados de alcohol, llegó en el momento idóneo.

Ahora caminaba por los pasillos con cara de idiota medio metro por detrás de Surfer. La tristeza persistía, era de largo recorrido. Y había manado como una premonición o una suerte de instinto que me advertía de algún desastre. Pero ahora seguía al rubio como un patito sigue a mamá patito y sobre la tristeza se había derramado un calor corporal de arrobos, de rabo emitiendo señales, que la cubría como un chorro de miel y la dejaba baldía. Mi corazón golpeaba entusiasmado por encima del recuerdo lúgubre que ya había empezado a formarme del crucero. Miraba en derredor aquel campo de cenizas y me figuraba que un ángel me tomaba de la mano y me sacaba de allí en una tabla. Y se me ponía gorda, era superior a mis fuerzas.

Entramos en su camarote. Tiró la cazadora, encendió el ordenador y abrió una lista de reproducción en la pantalla. Encendió los bafles mientras lanzaba el paquete de petardos sobre la mesita. Me invitó a sentarme. Me quitó también la chaqueta y me acomodó. Oía a loción de afeitar de machotes, de Ivanes rudos e indoblegables. Vi que Surfer preparaba algún brebaje que no sería bueno para nuestra salud y trajo dos copas. Las colocó junto al ratón inalámbrico en la mesita y prendió un porro.

–Tómame esto y te pongo un whisky.

Removió lo que parecían copas de agua con una varilla.

–¿Qué has echado?

–Ésta es la última noche –me recordó–, a lo mejor no volvemos a vernos.

–No hace falta que nos suicidemos en grupo. ¿Qué?

–Mescalina

No bien había llegado el rubio a la tercera sílaba, me eché la copa al colete. Él lo hizo después. Pasamos la media hora de lanzamiento distraídos con el porro y dos whiskys. Él abría y cerraba ventanas en el ordenador y reía y me contaba algo de vez en cuando relacionado con lo que estaba haciendo. Yo le atendía, pero mi mirada le atravesaba y viajaba como una nave espacial por la galaxia. Divisé todas las constelaciones, el universo que mi amigo debía defender; pensé en un mero que debiera defender todos los océanos de monstruos inconcebibles, gigantes y fieros, invencibles e innúmeros. La responsabilidad de Surfer se me antojó entonces equiparable a la de un dios, puesto que dada su magnitud no podría asumirla nadie que no fuera quien también la hubiera creado.

Vi planetas blancos como bolas de nácar, rojizos y sanguinolentos como tripas; vi Orión y rayos-C brillando cerca de la puerta de Tannhäuser, a mi amigo John Black flotando allí como un zepelín y tatuándose lemas y dibujitos en el traje. Después regresé y vi la Tierra desde el espacio, evoqué y puse en mi boca las palabras de Silver Surfer al observar el planeta, desesperanzado: *Vuelo en mi tabla. No importa cuán lejos, no importa cuán rápido. No tengo destino. Iré allá donde los vientos del azar me lleven. (...)*

Noté de pronto la tensión en el cuello y la presión creciente al cerrar mis mandíbulas. Sabía que detrás de aquellos efectos vendría la calma y aguanté. La mescalina avisaba a cada paso y a continuación se sucedieron las molestias en el estómago, sudor y palpitations; era consciente de ir cruzando poco a poco aquel campo de minas al igual que podía ir cruzando el campo de cenizas en que había quedado al fin mi expedición marítima. Antes de que me diera cuenta estaba en los confines de ese campo y de repente todo cambió delante de mí. Me encontraba en el camarote del rubio, lo reconocía; él también estaba tocado, pero se mantenía activo con el ordenador. A mí me era imposible mover un dedo. Las formas de cualquier cosa adquirían matices que nunca había visto; los contornos se creaban y definían a partir de los objetos que representaban; no los ceñían o delimitaban, sino que se manifestaban en función de ellos; podía acercarme adonde quisiera sin moverme de mi asiento, más y más, y veía cómo a medida que me aproximaba las líneas que componían esos contornos se redefinían en otras y volvían a surgir, alimentadas por un manantial sin fin. Me vinieron a la cabeza *Solaris* y los planetas líquidos, y el mar por el que navegábamos; y en todos ellos, que se hicieron uno, asistía a la creación constante de formas y simetrías. Los objetos no estaban inanimados; se creaban y recreaban como si una fórmula o una razón los calculara y los volviera a calcular en una búsqueda inacabable.

Cerré los ojos para no salir volando del camarote. Fue en balde, las formas brotaban detrás de mis párpados con la misma o mayor vehemencia. Abrí los ojos hacia Surfer y fueron absorbidos por su cabello; allí comencé a viajar por un cráneo plagado de portentos. Cada cabello era un milagro en sí, un hilo de la definición. Eran perfectos su forma, su color dorado, sus brillos y la luz que arrojaban. Cada uno de ellos se llenaba de un elixir o un hálito que lo desbordaba y lo hacía resplandecer. Ninguna forma y ningún color eran mejores que otros, cualquier objeto era una revelación. La piel de mi héroe al filo de la luz, sus iris como estrellas azules...

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que habíamos vaciado las copas. Surfer me señaló la pantalla del ordenador. Oí el comienzo de una canción

[39](#)

; el sonido no provenía de ningún sitio, estaba allí conmigo y tan sólo se movía. Las imágenes de la pantalla combinaban de forma sucesiva colores blancos, rojos y negros. Y entre ellos apareció una mujer espectacular. Sus curvas eran maravillosas; lo eran sus proporciones y sus pasos de baile. La marca de excelencia la ponía un lunar sobre sus labios, que rompía un rostro simétrico como palabra de dios. Tenía ojos de chica buena, boca de chica mala y tetas de hembra alfa. Aquella mujer contenía el milagro y el misterio de la vida, su fuerza de atracción era indiscutible y había en ella una predisposición a la acogida; había recepción, agujero, cueva del tesoro. El enigma y su respuesta estaban en sus entrañas. Mirándola se explicaba casi todo y yo me recreé en la ilusión de estar tendido junto a ella, desnudos, en la habitación de un hotel, y pensé que aquello, y poder mirarla de vez en vez sólo para cerciorarme de que no se había ido, y de que yo no había perdido con ello una explicación viva del mundo, en otra época me habría bastado; además la mescalina hacía que esa ilusión de yacer con aquella mujer fuera una experiencia mística. Pero ahora no me bastaba. En mis estratos subterráneos latía un inquietante estado de alerta que no me permitía dejarme llevar por milagros, aunque los tuviera entre mis manos. No podía creer en nada, me había dicho Carlitines, y menos que en nada, en mí mismo. El *Kraken* andaba cerca y yo tenía la certeza de que me dirigía de cabeza hacia él.

Procuré mantener la serenidad. A fe mía que era difícil, porque mis sentidos ya no estaban bajo mis órdenes y porque cuando aquella mujer del vídeo musical bailaba contoneando las caderas yo, como ser vivo, perdía mi identidad de Gordo y no me veía obligado a odiarla por principios. Al contrario, y a pesar de que en aquellos momentos mi entrepierna no diera ninguna señal,

comprendía lo que se me estaba explicando acerca de la vida y de su custodia. La explicación eran las imágenes, el pozo, la cueva del tesoro; y el idioma era el de la mesalina: el de las explosiones, el de estructuras secretas de la realidad que salían a flote.

Ido, divagaba con la perfecta cuadratura de los bafles cuando Surfer llamó mi atención una vez más sobre la pantalla del ordenador. Era otra canción

[40](#)

. Si en el vídeo anterior había una mujer cuyo cuerpo podía pasar por buque insignia de la especie, en este otro aparecía una rubia que venía a ser la sublimación de la primera. Si la morena había sido color y había sido carne, la rubia era lenguaje y era forma. La morena era el sueño y la rubia era el cálculo.

Me percaté de que la cara de la mujer se había quedado inmóvil en la pantalla. Temí que se me estuviera yendo el juicio. Luego vi que mi amigo se había quedado abstraído con aquella imagen. Comprobé que en el reproductor estaba pulsada la pausa. Le miré de nuevo, deslizándome por las arenas blancas de su perfil, y a partir de ahí perdí la noción del tiempo. Todo lo que ocurría era una sola cosa. Había un latido muy lento, muy pesado y muy grueso, y en función de sus ondas expansivas todos los átomos del universo nos agitábamos y nos recomponíamos. El latido pasó a ser una ola y mis átomos se convirtieron en plancton. De pronto yo era un manto de organismos microscópicos que flotaba en el agua y desde allí miraba hacia abajo la negrura impenetrable de las profundidades. Viviría toda mi vida suspendido en la superficie y contemplando aquellas profundidades hasta que de ellas surgiera un leviatán que nos barrería con sus barbas. Y todo sería idílico. Y en los días de sol un héroe de color plateado surcaría el aire y pasaría volando velozmente por encima de mí. Y en los días de lluvia yo me daría la vuelta y ya no miraría a las profundidades, sino al cielo, a la cortina de agua y a las nubes; y aguardaría a que cayera también de allí el leviatán porque él tendría que llegar y no entendería de cielos ni de mares; entendería de destinos, no de procedencias.

—A ver si te suena ésta —oí.

La voz retumbó a mi alrededor. El plancton se hizo átomos y me recompuse en el camarote del rubio. Él estaba pendiente de mí. La voz que había oído era la suya.

Empecé a escuchar otra canción y ésta la reconocí

[41](#)

. En el ordenador dos tipos con camisetas negras, pantalones caídos y muy mosqueados se dirigían a mí y me señalaban repetidamente mientras cantaban. Se alejaban y volvían e insistían en algo que yo no conseguía captar. Me gustaba que fueran y volvieran y que me lo explicaran otra vez. Me gustaba la canción. Por detrás otros componentes tocaban diversos instrumentos. Uno de ellos tenía un aire de dios nórdico y llevaba pantalones de campana.

Las imágenes del grupo se alternaban con las de una mujer con una motosierra que no daba miedo.

La canción terminó y nos cayó el silencio encima. El latido sordo del mundo seguía percutiendo y el camarote, como idea, como la página de un libro, temblaba a su son al igual que la tripa de un tambor. Condensado todo en aquella idea única, éramos el cabello blanco y ondulado de la abuela de Carlitines, el olor de vinagre, los ojos inocentes de la ardilla antes y durante su fusilamiento, la cabeza de Iván degustando los orígenes en las piernas abiertas de Silvia; éramos el polvo que flotaba al trasluz en la oficina de alquiler de coches de Sicilia y éramos el Gordo y aquellos dos muchachos jóvenes que despedían esporas, que se entregaban a mi contemplación como la ardilla a los balines, porque la vida no se podía esconder y en términos de probabilidad sólo a veces se iba a exhibir ante un asesino. En la idea, éramos el camarote y dos amigos drogados, pero también éramos las cascadas de agua que caían sobre la avenida principal del barco, el camarero calvo al que quizá no volvería a ver y éramos el gato al que un ratón vuelve a colocar en una cinta transportadora.

Lejos de confundirme, aquella efervescencia de sensaciones dotaba a mis sesos de una clarividencia extraordinaria. Lo único real era la idea, el resto era una amasijo inextricable de átomos y plancton.

–Te voy a hacer una pregunta –di en anunciar al rubio.

Aunque para mí no había transcurrido ni un segundo, colegí que había transcurrido un tiempo excesivo desde mi anuncio de la pregunta, puesto que Surfer me apremió:

–¿No me ibas a hacer una pregunta?

–Sí.

Tuvo que animarme otra vez, yo estaba en paz con la Creación.

–Si hubiera delante de ti cinco puertas y tuvieras que elegir una, y supieras además que todas ellas conducen al mismo sitio, ¿cuál de las cinco elegirías?

–No elegiría. Yo estaría detrás de ellas, en ese sitio al que conducen.

–Ah.

Algo crujió.

Un guardián del universo protegía a las criaturas que elegían una puerta, por supuesto, ésa era su misión. Pero aquélla era la respuesta propia de un verdadero guardián del universo, no la de un amigo muy bello cuya quimera era serlo. Que yo me creyese tal quimera desde el inicio de nuestra relación porque era tan increíble que no podía ser mentira, no impedía que en aquel instante en algún rincón de mi cabeza algo hubiera chirriado al escucharle. Pongamos que a causa de la mescalina o de mi excepcional estado de alerta, o de las dos cosas a la vez. A pesar de que mi convicción de estar junto a un auténtico héroe plateado de las galaxias era inamovible, y era para mí tan cierta como lo había sido John Black o lo era Hodgson, aquel estrato íntimo que velaba por mí me advertía de que yo seguía siendo mortal y por tanto mi primer precepto era la supervivencia; y la supervivencia era ciega, y no tenía en consideración creencias ni pasiones. Mi supervivencia podía verse amenazada por un peligro oculto y mis estratos íntimos me alertarían siempre al respecto, quisiera yo oír sus mensajes o no.

Le miré con un amor insólito en mi acervo sentimental, acaso para compensar mis dudas en lo concerniente a su carácter divino.

–Pero si tuvieras que elegir una, ¿cuál sería? –le replanteé.

–La segunda.

–¿Por qué?

–La primera puerta siempre es una trampa, las cosas nunca son tan fáciles; y si eliges la tercera, puedes estar llegando tarde.

–No sé si te has enterado de que detrás de todas las puertas hay lo mismo.

–No influye. La primera posibilidad siempre es una trampa, con lo que hay que descartarla de entrada. A partir de ahí, si a lo que conducen las puertas restantes es lo mismo, prefiero llegar lo antes posible. Este criterio vale para cualquier elección aunque detrás de las puertas no haya lo mismo. Si sólo hay una opción, no hay elección posible. Si hay más de una opción, da igual el número de que se trate, hay que elegir la segunda.

–No importa el número de opciones...

–No. ¿Por qué son cinco?

–Son las que había elegido para mí un amigo, los que tenemos ángeles de la guarda nos beneficiamos de una agilización en los trámites. No nos salvan, pero echan una mano. Mi amigo hizo el trabajo sucio por mí: metió la mano por una trampilla y sacó de allí cinco puertas.

–¿Cuál has elegido tú?

–No lo sé. Puede que la primera, porque la trampa hiede, y puede que la segunda, porque si hay que llegar a algún lugar lo antes posible, estoy en ello. Llevo camino de partirme la crisma.

Nuestras voces sonaban metálicas, ninguna de las dos tenía entonación. Nuestro raciocinio se conservaba intacto mientras nuestros sentidos nos embargaban con manchas de colores que se mezclaban entre sí, con paraísos que se montaban unos sobre otros.

Mecido por aquel equilibrio e indefenso, escuché el comienzo de *Ich tu dir weh*, de Rammstein. Conocía la canción, pero no el vídeo. Algo en mi interior volvió a chirriar. La elección de aquella canción no podía ser una casualidad, revelaba un conocimiento sólido de mis gustos. Yo no recordaba haber dado a Surfer aquella información precisa en encuentros previos. Quitadas las habilidades paranormales inherentes al cargo de guardián del universo, en las que yo creía pero que sólo servían a propósitos defensivos, había en la elección de aquella canción una intencionalidad. Una ofensiva.

Mis temores se vieron corroborados en cuanto posé los ojos en la pantalla. Flake, el teclista, caminaba por una cinta transportadora. La cinta le alejaba del teclado y él tendría que caminar durante toda la canción en sentido contrario para poder tocar su instrumento. Aquella no era una sutileza, era un mortero como el que se había llevado por delante a Hodgson. Si el rubio me hubiera preguntado *Adónde vas* mi reacción no habría sido más violenta. Mi corazón se desbocó y mis músculos se llenaron de sangre. Mi vello se erizó. No quise despegar los ojos de la pantalla. Lindemann, el cantante, llevaba un collar de pinchos, tenía la lengua bífida y cuando cantaba su boca se llenaba de luz blanca. *Te hago daño*, repetía. *Tú eres la nave, yo el capitán*. Al final de la canción, Flake es alcanzado por un rayo de color azul; mantiene la posición sobre la cinta, pero es electrocutado.

Aquello había sido una conmoción. La probabilidad de que apareciese una cinta transportadora en un vídeo musical de una canción que yo conociera era tan nimia como mi esperanza de que se debiera todo al azar. Para ganar tiempo le pedí a mi amigo que volviera a ponerla. Él lo hizo y lo oí caminar por la habitación; regresó y se inclinó sobre mí. Me llegó su aliento a la cara. Sopesaba ya la idea de revolverme contra él cuando irrumpió el sonido del whisky cayendo a chorro en mi vaso. Surfer retiró su brazo, dejó la botella a mis pies y cayó livianamente en su asiento.

Me asaltaron pensamientos contradictorios, y dudas. Una parte de mí se resistía a admitir que mi entrega hacia el rubio hubiera sido en realidad y desde el principio una entrega hacia un alienígena. Aquello me descosía de vergüenza. Pero por otro lado me liberaba. Hodgson habría deseado que las criaturas-cerdo le atacaran sólo para saber ante qué fuerzas estaba presentando batalla. Yo en este caso ya lo sabría. Habría sido humillado por la inteligencia alienígena, pero sabría dónde estaba mi enemigo y de qué color era su pelo.

¿Podía ser que el orgasmo que había alcanzado sobre la tabla de mi amigo lo hubiera urdido y propiciado la trama alienígena? ¿Podía ser que tuviera que dejar de adorarlo? Lo que sería fatal: ¿podía ser que él, el único elemento que me había creído de aquel barco, fuera en verdad un arma del enemigo? ¿Qué había de lo nuestro?

¿Podía haber sido todo más brutal?

Por descontado no podía ser cierto. Admitir que desde que conociera a Surfer yo había sucumbido a los ardides de las huestes alienígenas era más denigrante de lo que podía reconocer. Superaba mi capacidad de masticar y digerir errores. Estaba adiestrado para ser vencido y no recordaba haberme adiestrado en mi vida para nada más; también lo estaba para mirar al vencedor directamente a los ojos desde la arena; y lo estaba, por último, para aceptar que el tiro de gracia me lo diera el más inepto de los soldados. Pero nunca había estado preparado para aceptar que la estafa se fraguara en los momentos en que yo me había mostrado más débil, en que había desnudado mi alma al rubio como tal vez no lo había hecho con nadie desde la edad de los campos de esporas. A lo largo de mi adiestramiento, yo mismo había reservado para mí insultos de todo tipo, que me habría aplicado sin misericordia de acuerdo con el trance que hubiera dado al traste con mis huesos, pero para ilustrar el bochorno

de ser vencido por haber cometido la mayor torpeza concebible, y esto era creer en alguien, no había reservado ninguno. No se podía prever que quien había llegado a la orilla a nado para salvarse, se arrojara un buen día al agua para que lo arrastrara la corriente. ¿O sí? Cuando uno estaba expuesto continuamente al enemigo, cabía un acto irracional. Hodgson, en su padecimiento ejemplar entre las paredes de aquella casa maldita, descubrió que bajo su sótano se abría un pozo que conducía al núcleo del mal; toneladas de agua subterránea confluían en aquel pozo y se precipitaban en él, componiendo imágenes tremendas en su caída al vacío. Exhausto y abatido, el escritor confesaba: *Así que supongo que el agua continúa entrando atronadora en este pozo sin fondo. De cuando en cuando siento un inexplicable deseo de bajar al sótano grande y asomarme a la húmeda e impenetrable negrura. A veces este deseo se me hace irresistible. No es la mera curiosidad lo que me incita. Pero no bajo nunca; me propongo luchar contra ese acuciante deseo y reprimirlo, aun cuando a veces me asaltan pensamientos suicidas.*

[42](#)

No. No podía aceptar que Surfer fuera uno de ellos. Achaqué mis sospechas al trastorno que había provocado en mí la mescalina; y en cuanto a las señales, las atribuí a una sensibilidad sobreexcitada. La respuesta disonante que me había dado mi compañero, la elección de un vídeo de Rammstein y la aparición en ese vídeo de una cinta transportadora, no eran motivos suficientes para que pusiera en tela de juicio lo que había vivido con él.

Pero las sospechas no se enmascaran, y mi pretensión de olvidarme del asunto ya no podría competir contra la duda que había eclosionado en mi cabeza.

En una rara tentativa, acaso por buscar respuestas, acaso por pensar que podríamos volver a volar sobre la tabla, toqué su brazo. Él ladeó la cabeza. Aquella sonrisa no podía ser falsa, y esa respuesta me satisfacía. Me habría bastado tocarle. Necesitaba como ninguna otra cosa en el mundo que bajo mi mano estuviera su brazo.

Y me quedé así, tocándole, amándolo y dudando de él.

Disparada la duda y una vez Carlitines me hubo advertido de que no me fiara ni de mi sombra, cualquier ilusión era insostenible. Me invadió un desánimo que rayaba con la resignación. Tenía a Hodgson presente, más aun en las horas recientes. A pesar de que me resistiera a pensarlo, el rubio estaba entre esas criaturas de las que no me podría fiar.

Recuperé la noción del tiempo, aunque éste no transcurría; se dilataba y se encogía a mi alrededor como había sucedido con la música.

–Escucha ésta con atención –me invitó el héroe interestelar.

El vídeo

[43](#)

comenzaba con un noticiario televisivo en blanco y negro en el que se informaba a la población de que un monstruo estaba sembrando el terror en el mundo. Detrás del locutor se proyectaban imágenes de ese monstruo derruyendo edificios. El bicho, que aun siendo de otra naturaleza me habría provocado el mismo pánico, era un *Kraken*. De no haberme quedado petrificado me habría descojonado de risa. Acerté a retirar mi mano del brazo de Surfer. Entre los dos había entonces algo más que una atmósfera cromática y poliédrica. Había, sí, una duda, que se expandía de modo exponencial y que me separaba para siempre de él.

La Tierra, impotente para detener al *Kraken*, enviaba señales de auxilio al espacio y una nave que albergaba a cuatro héroes en estado de hibernación, y que pasaba por ahí, las recogía. Un proceso automático ejecutado por el ordenador de la nave devolvía a los héroes a su estado normal y los dejaba listos para atender la llamada de la Tierra.

La rubia que salía en el vídeo era la misma que había salido en un vídeo anterior, pero eso ya no iba a alterar mi convicción de que mi amigo no era quien yo creía. El pretexto de haber seleccionado aquella canción para seguir alegrándonos la vista los dos con la rubia, no podía

competir con el morterazo que me había vuelto a asestar mostrándome al *Kraken* en clara alusión al juego secreto que compartíamos mis enemigos y yo.

Lejos de quedarse ahí, el prurito alienígena por hacer de su representación una obra impecable les llevó a poner en boca de aquella mujer los siguientes mensajes

[44](#)

:

*We are what we're supposed to be
Illusions of your fantasy
All dots and lines that speak and say
What we do is what you wish to do*

Por si aquellas palabras no hubieran sido todo lo esclarecedoras que hubiera sido deseable, el resto de los mensajes no desmerecieron de los primeros:

*Our friends are so unreasonable
They do the unpredictable
(...)*

*We are the Cartoon Heroes – oh–oh–oh
We are the ones who're gonna last forever
We came out of a crazy mind – oh–oh–oh
And walked out on a piece of paper*

Entretanto en la pantalla la cuadrilla de héroes cambiaba de rumbo, repostaba combustible en una nave surtidor atendida por extraterrestres verdes con antenas cuadradas, visitaba la tienda autoservicio abierta veinticuatro horas que había en la misma nave y reemprendía el vuelo hacia la Tierra. Después entraban en nuestra atmósfera a toda hostia y caían en picado en un océano. Las carnes me temblaron. Verdaderamente habían logrado impresionarme.

En ese punto de la canción los cuatro personajes se habían metido en sus escafandras, habían abandonado la nave y buscaban al *Kraken* por los fondos submarinos. La música casi se detenía para dar paso a la rubia, que con voz melosa, didáctica y piadosa me miraba, me hacía estremecer y me aleccionaba desde el ordenador:

*You think we're so mysterious
Don't take us all too serious
Be original, and remember that
What we do is what you just can't do*

Se grabaron en mi cerebro su consejo y su rostro al cantarlo. Y el *Kraken*, que al fin salió de una cueva y les atacó. En plena refriega un coro de voces se adueñaba de la canción y de forma divertida, mientras Surfer se levantaba y se ponía a bailar, repetía lo siguiente:

*What we do is what you just can't do
What we do is what you just can't do
What we do is what you just can't do
What we do is what you just can't do*

Había caído en algún infierno, no podía negarlo, a través del pozo del sótano del escritor o a través de las voces de los alienígenas; y ver bailar a Surfer en la penumbra, cosa que en otro tiempo me habría resarcido de estar allí, no me producía mayor efecto que el de contemplar a una mosca revoloteando encima de un excremento. Los héroes del vídeo, librada la batalla con el *Kraken* y liquidado éste por cierto por medio de la electrocución, como Flake en el vídeo de Rammstein, una coincidencia más, retornaban a la nave y se marchaban magullados no sin antes incidir y amenazar:

*We are the Cartoon Heroes – oh–oh–oh
We are the ones who're gonna last forever
We came out of a crazy mind – oh–oh–oh*

*And walked out on a piece of paper
There's still more to come
And everyone will be
Welcomed at the
Toon – Toon
Town – Town
Party*

Si de acuerdo con lo que cantaba Lindemann yo era la nave, entonces el capitán era el gen, el alienígena que llevaba dentro, la conciencia también llamada Carlitines, un campo de Higgs o quizá y en definitiva, puesto que no estaba obligado a concretar, la definición. Gracias a la droga la definición se apreciaba en cualquier punto del camarote; tenía su cara frente a la mía y sus dedos tocaban cada uno de mis átomos. La desproporción abismal que existía entre su fuerza y la mía radicaba en algo tan simple como que mi fuerza también era suya. Ella ganaría siempre. Hodgson se dio cuenta de eso tan sólo con mirar a su alrededor. Yo había necesitado dar mil traspies y entretenerme con Amelias, camareros calvos, editores a la fuga y sin ir más lejos con las vibraciones de mi rabo.

Si la magnífica representación en la que andaba metido desde mi concepción era de naturaleza mental, genética, alienígena o solarística a aquellas alturas de la debacle me era indiferente. El rubio que me había servido de báculo para caminar por las tinieblas acababa de partirse en dos y tenía que deshacerme de él.

Desde luego para tomar una decisión como la de eliminar a Surfer me hacía falta algo más, pero lo tenía: Carlitines ya me había advertido contra él. Fue en su forma adulta, cuando en compañía de Andrea en el sótano del bar gótico, Madom y ella escupieron muecas de espanto al aparecer Surfer a mi espalda. Me hicieron saber por primera vez que algo no iba bien.

Cuán mal estaba yendo no lo iba a descubrir hasta que la mescalina viniera en mi ayuda y me arrullase.

Del vídeo de los cuatro héroes no lo había comprendido todo, había en su mensaje un hilo que yo no seguía. Algo continuaba yendo mal, lo sabía, pero para ocuparme de eso tenía que resolver antes un asunto con el hombre que tenía a mi lado. Era todo tan bello, él y lo demás. El camarote era ahora una garganta que hacía gárgaras con los colores. Las formas eran picos, esferas y prismas que vivían. Mi cuerpo se escondía debajo de un vello hirsuto de color pardo salpicado por tonos negruzcos. Aquella maraña de pelo también vivía; se agitaba. Mis uñas nunca habían sido más largas ni más rocosas. Mi tranquilidad nunca había sido tan mansa.

Él estaba bailando alguna canción que yo ya no oía, pero aquella silueta que oscilaba recortada contra los nubarrones de la tormenta no era la que yo había amado. Había en ella demasiados tentáculos. Y crestas y prominencias y unas facciones esperpénticas con el maquillaje corrido. Y una melena que era una membrana. Y un hechizo que se había roto.

Rodeé su cuello con mis garras y todo consistió en mantenerme frío y apretar. Él no podía respirar, pero sí mover la cabeza; y abría mucho los ojos y negaba desafortunadamente. En su cercanía había un murmullo viscoso y las ventosas de los tentáculos se abrían y se cerraban como esfínteres al lado de mi cara.

[38](#)

Parábola. Stan Lee, Moebius.

[39](#)

Tuve tu veneno. Natalia Oreiro.

[40](#)

Roses are red. Aqua.

[41](#)

Hart nach vorn. Silversurfer.

[42](#)

La casa en el confín de la Tierra. W. H. Hodgson.

[43](#)

Cartoon Heroes. Aqua.

[44](#)

Cartoon Heroes. Aqua.

Me había sentado frente al mar. Detrás de mí el cadáver de la criatura que había dicho ser Silver Surfer burbujeaba en el suelo.

En apariencia con aquel falso magnicidio había desmantelado el ariete alienígena o había burlado su trampa maestra, pero sabía que aquello no había tocado a su fin. A mi alrededor el propio mobiliario contenía el aliento. El silencio y la oscuridad de la noche reforzaban la crispación que agarrotaba mis músculos. Algo iba a ocurrir, mi pelaje animal lo leía en las perturbaciones del aire. De qué se trataba, sin embargo, no lo podía determinar ni prever; tenía abiertos demasiados frentes.

El primero de ellos se hallaba en los campos alienígenas. Era el que menos me preocupaba, dado que nadie en aquel barco podía ser ya para mí objeto de un amor siquiera comparable al que le había profesado al rubio. Eliminado él, ningún alienígena sería capaz de engañarme porque nunca creería en él; un enemigo cuya única arma es la ilusión, lo tiene mal con un adversario ciego y sordo. El ejército alienígena tampoco se abalanzaría en masa contra mí porque al pie de mis registros históricos, no era su método de guerra. No era insensato inducir que su amenaza en aquellas circunstancias era tan sólo un fluido que se estaba yendo por el desagüe.

Otro frente, éste sí importante, se abría en el mar, desde donde acechaba un *Kraken* mitológico. A decir verdad presentía que era el paso siguiente en aquella secuencia demencial que me arrastraba al desastre. Si el monstruo simbolizaba el caos y la destrucción, también era el camino que conducía a ellos. Me había sido anunciado por el falso Silver Surfer cuando trató de hacer una semblanza entre el gran cefalópodo y Galactus, a fin de darme una idea del aspecto de este último. También me había sido anunciado por Hodgson en sus delirios y me había sido anunciado, en tercer lugar, por Carlitines. Cada uno de los informadores había tenido sus razones para hablarme de él, pero al cabo quien estaba poco menos que al paio en aquel camarote aguardando a que irrumpiera el *Kraken* era yo.

Y un frente más, el que me inquietaba en mayor medida, podía decir que se encontraba en todas partes. Porque era todo y era nada. Tenía relación con una realidad que tan pronto me aplastaba como parecía desmenuzarse, que contenía a unas criaturas en una fiesta de despedida que tan pronto me molestaban y requerían de mi participación como se diluían o se recortaban sobre los vídeos musicales. Este frente concernía a la fe y era el campo de Higgs que me confería masa para que pudiera reconocer en mí mismo algo más que una idea. El que justificaba que me sintiera vivo y anclado a un lugar, el que evitaba que fuera un astronauta vagando por la puerta de Tannhäuser.

Era la realidad que titubeaba, aquélla cuya luz era parasitada o roída, y era también la realidad exuberante con la que continuaba asombrándome la droga que había ingerido.

We are what we're supposed to be / Illusions of your fantasy

[45](#)

, había dicho la rubia. O esto otro:

*We are the Cartoon Heroes – oh–oh–oh
We are the ones who're gonna last forever
We came out of a crazy mind – oh–oh–oh
And walked out on a piece of paper*

O sobre todo esto:

*You think we're so mysterious
Don't take us all too serious
Be original, and remember that
What we do is what you just can't do*

La canción hablaba de este tercer frente, era obvio, pero no lo hacía en la línea que habían trazado mis sesos, por eso tenía la impresión de que había un hilo del mensaje que yo no seguía. La puerta del camarote se abrió. No me moví, permanecí de espaldas a ella.

Lo primero que me vino a la cabeza fue que el momento decisivo había llegado, pero no tardé en desestimar tal cosa: el fin que yo había concebido no se desplazaba por el suelo produciendo una fricción viscosa y repugnante. Continué sin darme la vuelta. Me negaba a descubrir quién o qué había entrado en la habitación. El ventanal que tenía delante de mí, el que me separaba del mar y del cielo negro, se ondulaba como un charco puesto en pie. En él vibraban velados reflejos del monstruo que rondaba a mi espalda. La visión era pésima y oscura; necesitaba mucho más para poder decantarme por el miedo, la furia o incluso la burla, pero mi cuerpo no quería volverse; una obstinada resistencia a saber qué clase de bestia horrenda había invadido el camarote me había paralizado. La intuición me protegía del descubrimiento; no era cautela, ya que no percibía un peligro grave, ni era desdén, ya que estaba seguro de que detrás de mí tenía a un enemigo directo. Era tal vez un acto reflejo destinado a preservar mis fuerzas, famélicas ya, en previsión de lo que todavía tenía que venir.

Un objeto cayó contra la moqueta. El sonido que provocó fue el de una explosión bajo el agua, el del latido lento, sordo y pesado que regaba el universo de sangre. Fue un eco de un idioma que sentía y no entendía, una definición que no estaba hecha para la razón.

Con una agilidad pasmosa, el monstruo se plantó ante mí. Su olor me resultó familiar. Diversas partes convexas de su anatomía brillaban recortadas, una vez más, contra las nubes. Era un cuerpo orondo sostenido por dos robustos tentáculos a modo de piernas. Otros dos tentáculos se agitaban en el lugar de los brazos y un gruñido inhumano escapaba por el inmundo agujero de su boca. Lanzó los dos tentáculos superiores hacia mis hombros y los apretó con saña. Luego me sacudió contra el sillón sin dejar de bramar. El bicho estaba empleando toda su energía, lo noté, y no podía dañarme. Habría aceptado que me siguiera sacudiendo de aquella manera si al acercar su cara a la mía yo no hubiera divisado los millares de diminutos tentáculos que coronaban aquel remedo de boca. No recordaba haber visto un espectáculo más asqueroso en mi vida. Todos ellos se contorsionaban frenéticamente en direcciones aleatorias y estaban plagados de puntitos negros que podían ser ventosas u ojos. También estaban lubricados por una baba pegajosa y apestaban a loción de afeitar.

Aquél no era el Kraken, aunque pretendiera serlo, y por ese sencillo motivo no tuve ninguna complicación a la hora de hundir mis dedos en sus entrañas. El racimo de tentáculos se contrajo. Libre de su presa, hundí más la garra en su tripa, y volví a hacerlo, hasta que todos sus apéndices quedaron inertes. Ocurrió sin grandes emociones, sin mi odio y sin dilaciones ni dispendio de fuerza como si ningún acontecimiento fuera diferente de otro ni exigiese consumir mayores recursos, como si el ritmo de aquel corazón fabuloso fundiera todos los fenómenos naturales en una combinación fría de materia; todo era un malabarismo matemático de átomos y plancton y leviatanes que surgirían de las profundidades. El alienígena del bigote tentacular se desplomaba en el mismo latido en que caía la lluvia detrás de la ventana y en el mismo en que la imagen de la rubia del vídeo era rescatada de mi memoria. La pulsión que pujaba debajo de mi piel era la que mantenía tibia la sangre que resbalaba por mi antebrazo.

Me levanté y fui a mi camarote. No importaba que en el pasillo alguien hubiera podido ver a un animal ensangrentado porque yo seguía aquel latido universal como una espora que buscara su lugar en la tierra; en mi actuación, fuera cual fuese, no habría desliz. La definición me atravesaba, me amasaba y me entregaba a nuevos cálculos que volverían a dibujarme en una hoja de papel para que otras composiciones de materia me leyeran. Cualquier dibujo era posible, cualquier caricia y cualquier herida.

El escritor estaba en el cuarto de baño frente al espejo pero no se miraba a sí mismo. Su ceño y sus hermosos labios se rendían a la consternación y a la melancolía y su piel blanca apuntaba un tono cerúleo de cadáver. Tuve la impresión de que aquéllos serían nuestros últimos minutos antes de que el Kraken nos embistiera.

Y de repente tuve una duda espantosa. Pensé en la posibilidad de que el primero de los alienígenas que acababa de matar en el camarote de al lado no fuera tal criatura, y sí el genuino Silver Surfer. Eso significaría que había liquidado al guardián del universo y que por tanto Galactus tenía vía libre para devorar el planeta. Siendo objetivo, por un lado había muy pocas probabilidades de que mi fuerza hubiera bastado para vencer al héroe; por otro, había visto y tocado sus carnes blandas y viscosas, lo que confirmaba que se trataba de un alienígena; y sin embargo, siendo extrañamente compatible con esas evidencias, y mesalina mediante, ahora tenía la convicción de que el muerto era en efecto el heraldo de Galactus.

Pese a una primera alarma el escenario no cambiaba. Galactus era el Kraken de Silver Surfer, y lo que hacíamos el escritor y yo tiesos como pasmarotes frente al espejo era esperar al Kraken. Cuadraba. Sonreí a Hodgson en el cristal y él me devolvió la sonrisa. Poseía una inocencia irreductible, una belleza indeleble.

Accioné el reproductor. Al escuchar de nuevo a Amy el inglés me echó la mano al hombro, la enterró en mi vello y se emocionó. Cuando sonaron una campana y unos violines y Amy repitió *black, black, black...*, me jodió pensar que iba a separarme de aquel tipo, pero en el acto sentí una inmensa felicidad al fantasear con lo que se avecinaba para ambos.

Salimos a la habitación principal. Tomé asiento mientras él se acercaba al ventanal y echaba un vistazo al mar. Aunque el panel de cristal estaba cerrado, habría jurado que su pelo se meció con la brisa. Su perfil tomó matices plateados y logré ver en él al marinero joven que surcara océanos en barcos de madera, al que soñara y buscara monstruos porque ellos serían su campo de Higgs, los que le otorgarían masa para saberse vivo y evitarían que vagara por el espacio con el cuerpo abrasado de tatuajes.

No podía hablar de la paz que quizá estuviera experimentando el escritor puesto que cuando se espera al Kraken uno cae hacia adentro, y desde ahí no se puede hablar más que de uno mismo. Lo que sí podía, por tanto, era hablar de la paz que estaba experimentando yo. Y era soberbia. Había perdido el lastre. Era un animal, pero era también la tormenta; era el barco y el escritor inglés, la nave y el capitán de Lindemann y el insecto palo que se reproduciría idéntico y sin error hasta el fin de los tiempos. Pensé en un hombre palo, que sería siempre idéntico y siempre víctima del dolor; y pensé en un demonio palo, que sería siempre idéntico y siempre infligiría dolor. Pensé en el ratón que fabricaba a un gato para colocarlo en una cinta transportadora que conducía a un hacha que lo partiría por la mitad, en un gato que nacía para esa misión, que siempre sería el mismo y que siempre recorrería el pánico desde el principio, milímetro a milímetro hacia su final, agotando el arcoíris del miedo. Y pensé, como Dios, que aquello sería bueno en la medida que alguien lo habría creado. El hacha, el gato, el ratón y la cinta. La creación siempre sería buena como lo serían el dolor del felino y el placer del roedor, o incluso el caso contrario, que también tenía su casuística y no dejaba de darle un toque poético a la metáfora, es decir, con el dolor del roedor y el placer del felino.

Todo sería bueno.

La bondad de la creación sería inobjetable en cualquier circunstancia y lo sería, peculiarmente, para un gato llamado Gordo y un hacha llamada Kraken. O para un gato llamado Hodgson y un hacha llamada granada o para un gato llamado ardilla y un hacha llamada Carlitines. O para tantos otros gatos y hachas.

Así dilucidaba uno de los enigmas que me había planteado Carlitines, y esto era averiguar qué animal era yo. Al igual que tantos otros yo era un gato. El niño me dijo que cuando supiera qué animal era yo, sabría quién era mi enemigo. Aparte de saber que mi enemigo era un ratón, no

sabía mucho más. Habría estado dispuesto a dejar pasar la cuestión de la identidad de mi enemigo, tal era entonces mi equilibrio con el cosmos que fuera cual fuera habría sido buena, a cambio de saber qué era lo que movía al ratón a volver a fabricar al gato.

No me refería, por descontado, a la maldad del ratón. Ella formaba parte del escenario y era el motor que volvía a fabricarlo. Me refería a la idea anterior, a la que disponía que el escenario fuera así y no de otra forma; a la que determinaba que el ratón tuviera que ser malo. Y también a la idea, si valían los sinónimos, de que el proceso volviera a empezar.

Si mientras el gato estuviera sobre la cinta se disparase una fotografía del mundo, aquella composición exacta de materia, global, que veríamos en la película no provendría de una definición sin rumbo; lo haría de una idea con una orientación singular.

Y esa dirección singular, esa idea original anterior al escenario, esa definición que yo ya conocía, sólo podía garantizar su supervivencia recurriendo a ciclos cortos. El hombre sin fe tenía que envejecer y morir; el niño tenía que nacer, temer, dejarse seducir por las cuevas del tesoro, temer más, envejecer y morir; el hachazo tenía que llegar con celeridad; la longitud de la cinta tenía que permitir que el hacha siempre se viera. Era necesario que la capacidad de creer de la criatura de la cinta estuviera intacta, que su memoria estuviera vacía y que el pánico, cuando le llegara, fuera nuevo y máximo. Era necesario que el gato no aprendiera a caminar en sentido contrario al de la cinta, como hacía Flake en el vídeo musical. El ciclo debía ser corto y cruel, sin enseñanzas. En caso contrario, de haber hombres longevos o inmortales, la realidad acabaría por hacerse translúcida y se derrumbaría delante de sus narices.

El escritor y yo esperábamos. No teníamos que convencernos el uno al otro de nada, únicamente estar juntos. Se acercó y se sentó a mi lado. Oía a agua salada y a frío. La noche nos miró y se rió de un animal corpulento y de un escritor guapo y muerto que estaban sentados en un sofá como un matrimonio de ancianitos de películas de amor tardío que se querían mucho y ya no se hablaban, y que hacían un uso reducido de los recursos de un mundo que ya no les pertenecía y al que pronto no pertenecerían. Más tarde la noche escucharía a alguien alegar que había visto rayos-C brillando en la oscuridad y que había estado cerca de la puerta de Tannhauser y lo escucharía lamentar que todas aquellas imágenes fueran a perderse como lágrimas en la lluvia; pero la noche no sabría distinguir si aquello lo había dicho el androide de Blade Runner, un astronauta beodo o un escritor llamado William Hope Hodgson, porque la densidad de lágrimas en la lluvia que estaba cayendo era tan baja como la remota probabilidad en el universo de que existiera ninguno de los tres personajes; porque el viento se llevaría una voz y traería otra que diría casi lo mismo, y aquello se repetiría sin pausa, haciendo uso de ciclos cortos para que la tristeza siempre fuera la mayor de las posibles y el escenario no se desmoronara. La noche que nos miraba tenía que ser oscura para que no se apreciara el apuntalamiento y nosotros creyéramos que era de verdad.

Extendí el brazo hacia adelante, enfrenté la palma de mi garra a la oscuridad, junté mis dedos y centré la vista en ellos. Bajé uno, vi la noche y lo volví a levantar; repetí la operación con cada dedo y siempre vi la noche detrás. Me dirigí a Hodgson:

—¿Cuál es la última puerta que elegiste?

Él extendió el brazo y señaló al exterior. Luego se levantó.

—¿Adónde vas? —le pregunté, como si yo fuera el alienígena desenmascarado que estaba a punto de atacar a John Black en Marte.

Me escupió agua. Apuntó hacia el mar. El inglés estaba convencido de que el Kraken había venido a buscarle a él. Después, enfático, me explicó por señas que el monstruo se abalanzaría contra el barco.

—Que venga —le calmé.

Tiré de su brazo y nos sentamos pacientemente. El hilo que no había seguido del vídeo musical sugería que no tan sólo sus cuatro héroes eran ilusiones fruto de una imaginación trastornada; también el Kraken y quienquiera que luchara contra él lo serían.

—¿Qué pasaría si el Kraken también fuera mentira? —le solté a mi compañero.

Entonces vi en sus ojos que él acababa de notar lo mismo que yo. Bajo nuestros pies los pilares del mar temblaron. Un rumor comenzó a crecer a nuestro alrededor; de pronto se interrumpió, dio paso a un silencio hondo y regresó con mayor virulencia. El proceso se repitió; ciclos cortos, sensaciones abrumadoras, ojos del escritor inglés abiertos como pozos en un sótano. Momentos de la última fe, de rompernos sin gritar y sin huir.

Del Kraken primero llegó el aliento. Las nubes, el mar y la noche se hicieron agujeros y colosales columnas de agua salieron propulsadas en vertical cerca del barco. Después llegó un clamor ensordecedor, y después un eco de caverna que podía ser el de una boca capaz de devorar un planeta. A continuación se produjo una aspiración que lamió hacia arriba mi vello y el cabello de Hodgson. Estirados, deformados, quisimos sonreír, pero la aspiración había empezado a arrancarnos la boca.

Lo último que recuerdo fue el crujido de mi cráneo amortiguado por lo que no podía ser sino la verdad.

[45](#)

Cartoon Heroes. Aqua.

Abrí los ojos y vi la cara redonda de Carlitines.

–Una noche loca, ¿eh? –se burló.

Afirmativo. Tenía el cuerpo dolorido, como si lo hubieran desmontado pieza a pieza y lo hubieran vuelto a armar. Según el reloj dentro de una hora estaríamos en Barcelona. Había visitado el paraíso y me encontraba de vuelta en el terrario. Miré a mi alrededor, reconocía aquel camarote y los objetos que lo poblaban, pero después de lo que había experimentado con la mescalina todo se me antojaba gris, simple y rudimentario. No había rastro de Hodgson. Pregunté por él al niño y se encogió de hombros:

–Ni idea –se desentendió.

Advertí con sorpresa y desgana que en el suelo había cinco puertas pequeñas, marmóreas, frías y muertas como lápidas. Carlitines las había colocado enfrentadas a mí.

–Elige –me instó.

–No me jodas.

–Aquí es donde se decide si sigues jugando o no y de qué manera.

–¿No quedamos en que todas las puertas llevan al mismo sitio?

–Sí, pero de forma distinta.

No elegí y fui al cuarto de baño. En el espejo había recuperado mi forma humana. Las manchas de sangre me comían y mis ojos estaban hundidos. Recordé al escritor inglés; al Kraken no podía recordarlo, en su lugar había un fogonazo y aquella aspiración colosal y desgarradora.

El niño me observaba por el espejo desde la habitación principal con cara de estar atendiendo a un perfecto imbécil. Mis recuerdos eran vagos y mi percepción de la realidad era también leve. Tuve la impresión de que aquel barco en el que permanecía había tenido lugar en mi vida hacía lustros. El editor, el camarero calvo, Eva y los demás podían haber envejecido o muerto. Sin embargo tenía que actuar; aunque me sintiera lejos de allí, la teoría, la definición que me retenía frente al espejo me repetía una y otra vez que en el camarote de al lado yacían dos fiambres y que los dos habrían tenido que desembarcar el mismo día que yo. El servicio de habitaciones abriría su camarote unas horas más tarde con el fin de adecentarlo para nuevos viajeros y se encontraría con el pastel.

Me metí debajo de la ducha y cerré los ojos debajo del agua. Era más débil que antes, mi vigor había decaído y me costaba mantener la concentración en cualquier asunto. Tampoco encontraba estímulos en mi memoria. Nada sobresalía de un entorno que se manifestaba distante, ceniciento y desvaído. Acaso con idea de revertir algo, cuando menos mi desánimo, al salir de la ducha seleccioné en el reproductor la primera canción que le había dedicado a Hodgson. Era la historia, o así se lo conté, de un perdedor a quien le asiste en un momento determinado de su vida una voz celestial. Como consecuencia de la intervención divina, la vida del perdedor toma un camino diferente y se encauza de modo que sus sueños se materializan. Al escritor le planteé dos dudas. Una, si era legítimo para la propia dignidad sentir felicidad cuando ésta había sido puesta delante de nuestras narices por un avatar ajeno a nosotros, que en su lugar podía haber erigido el infierno con la misma impunidad. La otra duda era si nuestra dignidad podía permitirnos creer en esa felicidad cuando previamente nos habían robado un día de nuestra vida. Esta cuestión era más grave. La pregunta, formulada de otra manera, era si podíamos olvidar cualquier cosa con el objetivo último de sobrevivir. Y si después de eso seríamos capaces de seguir respetándonos a nosotros mismos, evidentemente. Las frases más peligrosas de la canción eran las siguientes:

*Horace Wimp, this is your life,
Go out and find yourself a wife.
Make a stand and be a man,*

Cuando Horace Wimp acude a su boda el domingo no recuerda en absoluto, o no lo denota, que el sábado ha desaparecido de su semana crucial. Si yo al escuchar la expresión *this is your life* sentía desasosiego, al escuchar *you will have a great life plan* me acojonaba. Pero a Horace no le temblaba una pestaña, él no dudaba de ninguna de las dos expresiones. Lucía radiante junto a la mujer que había deseado toda su vida y contraía con ella un compromiso para siempre. En caso de que aquella no fuera realmente su vida, o aun siéndolo, no lo fuera del todo, él creería a pies juntillas que lo era. Yendo más allá, creería, lo que era arduo, que aquél sería un gran plan de vida.

Era la fe. La que nos salvaba de los monstruos, como le había dicho algún día a un taxista. Drácula no huía de la cruz, sino de la fe que se simbolizaba en ella. La fe era la clave para la supervivencia y por eso no había arma más poderosa. Horace Wimp estaba hinchado de ella y jamás se planteó que su vida fuera una falacia o un fraude. Y continuó viviendo, no dejó de caminar encima de la cinta después de haber elegido una puerta.

Carlitines todavía me observaba con rotundos ojos negros. Su presencia era intensa, pero tampoco marcaba un relieve especial sobre aquella realidad desalentada. Las puertecitas ya no estaban en el suelo.

Invertí media hora en recoger trastos y diez minutos más tarde el niño y yo abandonamos la habitación. El pasillo era una forma geométrica básica, un rectángulo que se adaptaba a la perfección a mi avance y a mi estado hipnótico. Delante, detrás, derecha e izquierda. Progresar así se hacía fácil. A mi cerebro le costaba trabajar, no se esforzaba por reducir distancia con lo que me rodeaba, no rescataba recuerdos, no estaba por la labor de realizar cálculos ni analizar posibilidades. Delante, detrás, caminar, porque había unos dados que se movían; poner un pie detrás del otro, clonar células de insecto palo sin las complicaciones de una evolución; repetirme con cada pisada con el único propósito de seguir haciéndolo, sin salirme de la cinta, sin caminar en sentido contrario porque no me quedaban fuerzas. El pasillo acaso fuera un camino despejado hacia el fin.

Validé mi cuenta en recepción y la muchacha que me atendía me preguntó si deseaba algo más. Su cabello era gris. También lo eran su piel y sus ojos.

–Tengo que salir del barco inmediatamente –le expuse–. ¿Cómo lo hago?

–¿Ha solicitado un *Easy Walk-Off*?

–No.

–Hay que solicitarlo dos días antes del desembarque.

Habría podido quedarme allí indefinidamente esperando a que la muchacha dijera algo más, admirándola y convenciéndome a mí mismo de que yo estaba allí con ella, en el barco, y de que tal vez yo también fuera gris. No podía comprobarlo porque mi cerebro no quería trabajar y se contentaba y complacía con la contemplación de una hembra recién salida de los campos de esporas, alcanzados y aún cubiertos sus pechos por mantos de polen. En ningún otro sitio encontraría nada diferente de lo que pudiera encontrar allí con ella. Era una bella máquina de supervivencia, una cueva del tesoro legendaria hecha de nueva carne, de paredes blandas, calientes y lubricadas, donde apetecía dormir, meter y comer. Donde al cabo terminarían por encontrarse todos; un Iván que comía, un rubio que metía y un Hodgson que dormía. Yo era un insecto palo parado delante de la cueva. Sí, podía haberme quedado allí eternamente.

–¿Cuál es el motivo de su urgencia? –se interesó, resignada a prestarme más atención.

–¿Cuál es el más habitual?

Sonrió. La cueva estaba abierta, llegaban brisas cálidas y ecos acuáticos; de goteos, de corrientes, de torrentes. Sus ojos grises brillaron.

—¿Se ha adelantado su vuelo? —me propuso.

No respondí, su sonrisa había tomado el control y lo hacía todo. Descolgó un auricular y habló con alguien. Insistió discretamente en inglés. Colgó y me indicó con un bolígrafo al aire por dónde debía dirigirme a la consigna, en la quinta cubierta.

—¿Volverá a viajar con nosotros?— me preguntó al despedirnos.

Miré a Carlitines.

—Le puedes decir que sí —me aclaró él.

—Sí —le repetí yo a la muchacha.

Así el mango de mi maleta y el niño y yo regresamos a los pasillos. Rectangulares, inteligibles, abordables. Cómodos para quien ya no lee señales ni escucha y sólo camina; cómodos para un niño que no tiene que ir a ningún sitio y un adulto que no tiene ningún sitio adonde ir. O cómodos para dos criaturas que sí iban a algún sitio pero no pensaban en ello; que seguían la línea de puntitos, la dirección binaria de un pasillo o un túnel, la definición que continuaba disparando cañonazos de sangre por sus venas.

Alfombra gris, suelo y paredes grises, horizonte gris de rectángulo y de lápida.

—¿Dónde están las cinco puertas? —le pregunté a mi compañero—. ¿No tenía que elegir una?

—Ya la has elegido.

—¿Cuándo?

—Cuando pusiste la canción de Horace Wimp.

—Con la elección de la canción he decidido si quería seguir jugando y de qué manera, entonces.

—Si querías seguir jugando ya lo habías elegido antes, faltaba decidir de qué manera lo harías.

—¿Qué elección habría tenido que hacer para no seguir jugando?

—La quinta puerta. Ésa no la coge nadie —puso cara de estar hablando de obviedades y gesticuló mostrando las palmas de sus manos hacia arriba y encogiendo sus hombros—. Todas las puertas llevan al mismo sitio, pero todas lo hacen a través de un camino salvo la última. Ésa es el sitio al que llevan las demás. Tú has elegido la segunda porque alguien te hizo creer que la primera siempre es una trampa y que con la tercera podías estar llegando tarde.

—Ahora no puedo elegir la quinta, por supuesto...

—No. Todo el mundo quiere elegirla cuando ya ha decidido seguir jugando, o sea, cuando ya la ha descartado. Es algo así como lo que le pasaba a tu amigo Hodgson cuando le asaltaban pensamientos suicidas y ansiaba bajar al sótano para asomarse al abismo. Lo mismo. Al final siempre está la quinta puerta, no hace falta tener prisa. Siempre está el abismo, ¿me entiendes, gordinflón?

—Claro.

En la consigna no me entretuvieron mucho tiempo, apenas los minutos indispensables para justificar su función. Ni siquiera tuve que abrir mi maleta. Me informaron de que estaban a punto de liberar el barco, con lo que me lancé de nuevo al pasillo y tomé rumbo a la pasarela de salida. Pasé de largo un salón principal en el que empezaban a congregarse pasajeros del primer turno de desembarque. Tuve que pasar con rapidez, no fuera a tropezarme con alguien a quien entonces no habría podido encarar.

El niño, la maleta y yo salimos por fin al aire libre. Vimos una ciudad hecha de billones, trillones de líneas que se regurgitaban, fluían, confluían y divergían en una marea de colores y de volúmenes. Abandonamos el barco y nos fuimos sumergiendo a tientas, como en las aguas de Hodgson, en aquellas otras aguas, geométricas y de cálculos inagotables.

Tomamos un taxi. Camino de la estación de Sants, le pregunté al taxista:

—¿Qué tal su sobrino?

Me miró por el retrovisor y contestó:

—No tengo sobrinos.

—Sí, tuvo uno. Por lo que me da a entender no debió de ir bien la cosa, lo siento.

Rió un poco, perplejo, gordo.

–No, nunca he tenido sobrinos –replicó–. ¿Por qué?

–Porque el que tuvo tenía que haberse salvado, créame.

Me analizaba por el espejo. Valoraba algo, especulaba.

–¿Era su sobrino? –me preguntó tímidamente.

–¿Qué?

–Que si el niño del que me habla era su sobrino.

–¿Tengo yo cara de tener sobrinos?

–¿La tengo yo?

Me había tocado un taxista respondón. Recordé que en mi interior también habitaba un animal y me irrité en su honor y en el de los viejos tiempos. Me hizo gracia que aquella papada del retrovisor me preguntara si tenía cara de tener sobrinos. Cualquier porción de materia viva se arrogaba el derecho de intervenir en cualquier cosa, el derecho incluso de cobrar personalidad. Por eso había que destruir toda porción de materia viva, aunque estuviese separada de su cuerpo, pues hasta tal punto era arriesgado darle esa nimia oportunidad de recuperación a la vida.

–Usted tiene cara de tener familia –le adiviné–. Descendencia. ¿Cuántos hijos tiene?

–Dos.

–¿Y creen en monstruos? Eso es vital para la supervivencia.

–Los monstruos creen en ellos –se rió–. Con doce y dieciséis años, dudo que les queden monstruos por apalear.

–Se sorprendería. ¿Le hace feliz tener descendencia?

–Como a cualquiera.

–Claro. Y ¿cree que les ha transmitido a sus hijos algo de usted o cree que lo que les ha transmitido no forma parte de usted?

–¿Cómo no va a formar parte de mí si lo que les he transmitido era mío? ¿Está quedándose conmigo?

–¿Ha visto *Alien*?

Dejó escapar unas risas condescendientes.

–Escuche –me recomendó–, yo no soy quién para dar consejos, pero deje de ver películas y tenga un hijo, se le disiparán las dudas.

–¿Ha visto *Alien*?

–Sigurni Güiver, sudando y en camiseta, ¿quién no ha visto *Alien*?

–Doy por hecho que recuerda la escena en la que el bicho sale de la tripa de uno de los tripulantes.

–¿Quién no recuerda esa escena?

–¿Sabe por qué es tan perturbadora? –vi que le daba igual la respuesta, pero se la di–: No lo es por lo horrible que es el monstruo, que lo es, sino porque se asiste a un dolor extremo con la impotencia de saber que lo que está ocurriendo es lo mejor que podría estar ocurriendo. Cuando el alienígena golpea la tripa desde dentro con intención de salir de su anfitrión, nadie de los que están con la víctima puede hacer nada mejor para ayudarlo que dejar que el bicho continúe. Lo máximo que podría hacer cualquiera de los que le rodean para detener el dolor de su colega sería extraer al alienígena, pero eso es precisamente lo que está sucediendo: el alienígena está saliendo y nadie podría sacarlo de la tripa de su amigo con mayor rapidez. Hay que quedarse, por tanto, a mirar cómo el parásito cabezón muerde y golpea una vez más la tripa, y otra, y otra, hasta que la revienta.

–Contada así la escena es muy bonita.

–En la escena final la superviviente se mete en una cápsula y huye en ella de la nave. Ahí recuerdo a la Güiver en camiseta, mira por dónde, no sé si con tino. Dentro de la cápsula

descubre al alienígena oculto entre las sombras y a partir de ese momento no puede ocurrir nada mejor que lo que ocurre. Si la superviviente se precipita, morirá. Sólo puede actuar despacio, fingiendo que no ha descubierto al alienígena, e intentar accionar un interruptor que la salvará.

—En esta escena no hay un dolor extremo.

—Sí que lo hay: hay una incertidumbre existencial extrema, y eso duele de la hostia. La integridad de la mujer depende de que el alienígena se sepa descubierto o no. En general en la vida todo depende de que nos sepamos descubiertos o no. ¿Ha leído *La tercera expedición*? No. También en la última escena se produce una situación muy similar a la de la película: Un astronauta se sabe de repente en compañía de un alienígena. Los dos están encerrados en un pequeño espacio, un dormitorio. Al igual que en la historia anterior la superviviente pretende alcanzar un interruptor, el astronauta intenta alcanzar esta vez la puerta para salvarse. A diferencia de la película, sin embargo, aquí el alienígena es capaz de leer la mente del otro y se sabe descubierto, con lo que ataca al astronauta y éste nunca llega a alcanzar la puerta. Ése es un tema que me angustia. Si nuestro enemigo puede leer nuestro pensamiento, ¿hay salvación posible? ¿Usted qué opina?

—No opino mucho, qué quiere que le diga.

—Buen talante. Si todo ocurre de la mejor forma posible no podemos hacer más. Elegir una puerta y seguir jugando. ¿Qué haría si supiera que lleva a un alienígena dentro?

—¿Quién iba a querer meterse dentro de mí?

—Es resultón, así, panzón, madurito... —le sonreí por el retrovisor—; como yo, no se ofenda. ¿Qué haría si llevara a un alienígena en su taxi? Es lo mismo, ¿sabe? El cuerpo, el taxi, la nave.

—No entraría en mi taxi.

—Ha llevado a más de uno en este asiento y la actitud apropiada para afrontar eso es la que usted adopta: no inmutarse. Es tan habitual cruzarse e identificarse con ellos que de temerles tendríamos que estar todo el día corriendo. Para arriba y para abajo, todo el día. Mire, no harían falta taxis.

—¿Cree de verdad que hay alienígenas?

—Sí.

—¿Y usted los distingue?

—No se distinguen. Los dos podríamos serlo, en cuyo caso tendríamos que seguir jugando a que no lo somos. El primero que deja su naturaleza al descubierto pierde, el juego funciona así. Es un juego infinito y macabro. No hay que descubrirse, nadie puede saber quiénes somos.

—Ajá.

No despegábamos los cuatro ojos del espejo. Él tiraba de aquella paciencia de taxista con años de carrera y yo tiraba de aquella fe de criatura cansada y aburrida. Carlitines miraba por la ventanilla y parecía triste. Los árboles corrían pálidos, las siluetas se recortaban sobre el vídeo musical de la ciudad y el cogote negro del taxista a veces era una crin animal y a veces era una cueva.

Había decidido seguir jugando, y eligiendo la canción de Horace Wimp había decidido además hacerlo de un cierto modo. Tal vez mi futuro pasara por encontrar un gran plan de vida después de que un día de mi semana crucial hubiera desaparecido. Pero Carlitines no estaba receptivo y no estaba en mi ánimo acometer esfuerzos para entablar conversación con él. Sabía que íbamos juntos a un sitio, incluso sabía que el destino era una estación de tren de Madrid. Nada me preocupaba ni me apremiaba. No hacía falta tener prisa, me había dicho el enano, el abismo siempre estaba ahí.

Ya en Sants consulté los horarios del tren de alta velocidad, compré un billete y nos sentamos a esperar el tiempo que fuera necesario. Criaturas innumerables desfilaron por delante de nosotros de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Ninguna de ellas nos agredió; llegué a pensar

que nadie nos veía. Nosotros en cambio nos maravillábamos con sus flujos migratorios, con una realidad que estaba en suspensión y era zarandeada por aquellas corrientes de agua submarinas, con la película de plancton en la que todos aguardábamos al leviatán.

–Oye, chaval –le requerí–. Si para elegir la segunda puerta tuve que seleccionar la canción de Horace Wimp, qué tenía que haber hecho para elegir la quinta.

–No abrir lo ojos. Yo no te habría esperado.

–Después del Kraken, dices...

–No, después de la hija del capitán.

–¿Ahí estaba listo?

–Eras una puertecita que prometía suerte debajo de la trampilla. Ahora eres una puertecita gris, marmórea y fría como una lápida.

–Vuelvo a estar en la cinta.

–Estamos en ello.

–¿Qué hay detrás de la quinta puerta? No me digas que el infierno.

–¿Qué es lo último que puede ser mentira?

Tuve de pronto un escalofrío y un poco de vértigo. Me dije a mí mismo que era un efecto secundario de la mescalina, pero era consciente de haber sofocado eficazmente un temor muy hondo que me venía del hígado, de la espalda, de antes del corazón.

Pensé con rapidez en otra cosa, lo primero que tuve a mano: me vi a mí mismo pétreo y muerto y hecho una puertecita. El niño me alivió:

–No te castigues así. ¿Quién no elige volver a jugar? La ardilla quiere estar delante de mi escopeta y ser acribillada por cincuenta proyectiles.

–Tu ardilla me importa una mierda.

–Ya, pero si lo hace un animal calentito y mimosón como una ardilla, qué no hará una bestia depravada como tú. Si una ardilla angelical prefiere que yo le vuele las pelotas a perdigonazos es porque sus otras opciones no son más alentadoras. Tú puedes hacer lo mismo sin aprensión y sin sentirte indigno.

–No he tenido mucho tiempo para elegir.

–Es que esto tampoco consiste en abrir un período de reflexión, hazte cargo. La elección tiene que ser instantánea. Hay cosas que no se pueden parar: la cinta, los tiburones, el cerebro. A la carne de cañón no se la espera.

Las corrientes submarinas nos arrollaban. Sustraían partes de nosotros que nunca volveríamos a ser y las descomponían en átomos que se hundían en las profundidades, que a su vez reaccionaban con otros y creaban combinaciones de ellos sin interrupción. Algunas de esas combinaciones cobraban estabilidad y perdurarían y serían sirenas, meros parlanchines o pulpos gigantes; otras volverían a descomponerse y sus partículas retornarían al líquido seminal para reaccionar de nuevo con otras y originar otra vez monstruos imprevistos, imponentes o quebradizos; que se llamarían Kraken o Galactus y serían capaces de destruir planetas o se llamarían Jerry y serían ratones que se cuidarían de que otras combinaciones llamadas Tom no tuvieran opción de sobrevivir. Para que una combinación fuera estable debía encajar con otras; un asesino debía encajar al menos con una víctima, y viceversa, Galactus debía encajar con un superhéroe plateado y yo debía encajar con una canción que hablaba de una semana a la que le faltaba un día.

Mi amigo y yo también debíamos encajar con un tren que tenía que venir y con un día y una hora impresos en el billete que tenía en mi mano. Presté mucha atención al reloj de la estación. Pasado el mediodía subimos al tren y nos acomodamos en un vagón que íbamos a compartir con otras cinco criaturas. Estábamos separados de ellas. Estábamos lejos, solos. Y oí al niño:

–¿Has visto un capítulo de Tom y Jerry titulado *Tom's basement*?

Él sabía que no lo había visto porque aquel episodio no existía.

–Sí, lo he visto –le dije.

Se rió mucho. Dos de las otras cinco criaturas del vagón me lanzaron un par de ojeadas; había hablado o reído con Carlitines demasiado alto.

–Bueno –se repuso él–, pues cuéntamelo.

–No me acuerdo bien.

Escuché su risa y la mía. Una de aquellas dos criaturas del vagón me acribilló con los ojos; la otra me sonrió como un ángel.

–Va de un sótano –introdujo el niño–. Por eso se llama *El sótano de Tom*. El inquilino de la casa hace guardia delante de la puerta del sótano y avisa y amenaza con muy malos modos al gato para que no se acerque a ella.

–Hasta ahí me acordaba –bromeé; esperé sonriendo a que Carlitines me siguiera, pero no lo hizo.

–El ratón, que lo ha oído todo, decide provocar al gato hasta lograr que éste salte en su persecución. Cuando lo consigue los dos pasan corriendo por delante de la puerta del sótano. Entonces el hombre, fiel a su amenaza, le asesta un varazo al gato con el que le dobla el lomo. A ese primer golpe sigue otro, y un tercero; uno por cada ocasión en que los dos animales pasan corriendo por delante de la puerta. ¿Crees que es comparable con tu parábola de la cinta? –hizo una pausa; no supe qué decir–. Hasta ahí lo parece. El hacha, la vara. En tu historia el gato no puede impedir que vuelvan a fabricarlo, o sí, no abriendo los ojos, pero prefiere seguir jugando; en esta otra historia el gato no puede abandonar la persecución del ratón, o sí, pero prefiere seguir jugando. ¿No?

–Dale.

–El caso es que uno de los varazos es el último. El gato acaba arrastrándose, sangrando y con una pata rota.

–Pobre.

–Sí, porque mientras está tirado en el suelo gime, lloriquea e implora a Jerry que no le obligue a perseguirle más. ¿Te das cuenta? Le suplica que no le obligue a ser quien es, que no le fuerce a ejercer su naturaleza. Éticamente es una escena truculenta; el juego lleva a extremos inconcebibles.

Los paisajes volaban detrás de la ventanilla. Eran las manchas de color y las formas de la mescalina. Me vino a la cabeza el perfil plateado de Silver Surfer recortado contra la ventanilla del autocar en nuestra excursión a Roma. El lago fulguraba en mi memoria mientras el rubio y yo gozábamos tumbados en la hierba. Vi al niño con los ojos como hostias, el interior de un vagón que era una máquina de supervivencia en cuyo interior viajaban los genes que éramos mis acompañantes y yo. No todos los hachazos de mi versión de la historia tenían por qué ser iguales. Alguno de ellos podía dejarme tullido y no me quedaría otro remedio que ir a humillarme ante el ratón suplicándole que no volviera a fabricarme.

–Pero el cabrón del ratón –prosiguió Carlitines– no se apiada de él. Se ríe del gato lisiado y le empuja hasta la puerta del sótano. El dueño de la casa agarra al gato, lo atraviesa con una mirada iracunda y lo atrae hacia sí. El desenlace se anuncia pavoroso.

–Pavoroso.

–Pero eso, en realidad, sólo es un momento más de la historia. No sé si me entiendes... El gato no es el centro de gravedad de la parábola.

–No, ¿verdad?

–Mejor te puedes ir a reír de tu puta madre.

Carlitines se había recostado contra la ventanilla. Se la traía al fresco gloriosamente lo que yo quisiera hacer u oír. Molesto por mis palabras, callaba y había adoptado un aspecto embozado o meditabundo, de mero.

Yo, por mi parte, me di cuenta de que no quería escucharle. Él podía ser también mentira, las probabilidades eran altas. Y así serían mentira las cintas, las hachas y los gatos. Y aquel mareo que me aturdió como si todavía estuviera tumbado en mi camarote a punto de abrir los ojos, como si todavía tuviera oportunidad de elegir la quinta puerta. Imaginé al niño colocándolas a mis pies mientras yo tenía los ojos cerrados e ignoraba que tenía que elegir.

Cuando me formuló la pregunta acerca de qué era lo último que podía ser mentira, no se me ocurrió pensar en él. Tampoco ahora lo contemplaba cabalmente. Si él fuera mentira, y cada vez estaba más seguro de que lo era, no sería lo último; quedaríamos el tren, las vías y yo. Y al menos dos de esos tres elementos también lo serían. Entendía mejor el vértigo, la asfixia al borde del pozo y el miedo que me había atacado antes desde la espalda y desde el corazón.

Los paisajes aullaban lastimeros por la ventanilla y las imágenes se sucedían como ascuas. A aquella velocidad la definición se alargaba y se adelgazaba, se estilizaba para bombardearme con escenarios que no albergaban seres vivos, que eran formas de montaña y de llanura, ideas que encajaban entre sí como mi billete de tren encajaba con un día y con una hora. La mía era la versión romántica de la parábola de la cinta, ésa en la que se fabricaba a un gatito que moría de un hachazo y se fabricaba a un gatito que moría de un hachazo y se fabricaba a un gatito que moría de un hachazo. La versión que me estaba dando Carlitines era algo más desértica. Aunque no quisiera escucharle, tenía que hacerlo hasta el final. Hice unos ruegos y el niño prosiguió:

—Por lo que se ve —me orientó—, el hombre va a hacer picadillo al gato. Pero en ese momento, cuando nadie apostaría un céntimo por el bicho, porque todos entendemos la historia y a nadie en su sano juicio se le ocurriría pensar en la compasión, a pesar de eso, digo, el ratón saca un cuchillo y lo hunde en la pierna del hombre.

—Anda, mira —exclamé.

Me echó un vistazo con aire de mosqueo. Le aseguré que no me estaba riendo de nada y me creyó a duras penas.

—El gato abre la puerta del sótano y arroja el cuerpo del hombre escaleras abajo, donde se hacinan ya otros cuerpos. Insensible a esta última visión, se da la vuelta y festeja grotescamente lo que parece ser un triunfo sobre un destino fatal. Busca la complicidad del ratón, brinca y ríe alborozado, hasta que se percata de que los ojos del ratón destilan la misma sed de sangre que han destilado siempre, insaciable, inconmensurable y ciega. De regreso a la fatalidad y a los infiernos, el gato vuelve a sucumbir a un pánico que conoce bien; lo vuelve a fabricar, lo vuelve a salivar.

—Y el ratón lo mata.

—Y el ratón acaba con él, sí. Esgrime el cuchillo, lo mata y lo tira al sótano, junto con el resto de cadáveres.

—¿Y ya está?

—¿Has visto la cinta transportadora por algún sitio?

—¿En el cuento? —cavilé—. ¿Tenía que verla?

—La estás esperando.

Era verdad. Mi pensamiento, obsesivo, se remitía a una parábola que estaba al alcance de mi comprensión. Que también era mentira, como Zenn-La y como la Tierra. Como el mar que acababa de dejar, como la maleta de puta madre que tenía a mis pies y que iba a olvidar en el tren, dentro de un plan, cuando llegáramos a Atocha. Así como reconocía mi fijación por la parábola, reconocía aquel plan que me llevaba de la mano a algún sitio que no me era desconocido. No sabía si el plan era mío o no; iba asomando a trechos, alumbrando una ruta. Tal vez estaba esperando que la cinta apareciese en el cuento de Carlitines porque extrañamente sabía que aparecería. O porque quería que apareciera. No sabía si el plan era mío o no, pero alumbraba trechos del camino.

–Una vez el ratón se deshace del gato, sale al jardín de la casa y clava en la hierba un letrero que reza: Se vende. Entonces sonrío de forma siniestra porque ahí, en la invitación a quien quiera venir, todo vuelve a empezar.

Acabábamos de dar con la cinta y no hablamos más en el trayecto.

La criatura del vagón que me había sonreído antes como un ángel me sostuvo la mirada durante muchos minutos. Nos examinamos como pasajeros experimentados, sabedores de que la cosa no iba con nosotros en particular y de que nos escutaríamos sin tapujos de mutuo acuerdo. Las ascuas zumbaban por el rabillo de mis ojos, también la cinta, implacable, y un plan que se iba cumpliendo. Yo sólo estaba participando, viajando, moviendo una de mis patas de insecto palo delante de la cueva.

En la estación de Atocha, de pie y sin la maleta, reparé en otra luz que alumbraba otro trecho del camino: Vi un puesto de globos. Miré a Carlitines y creí que esta vez no los rechazaría. Avancé con paso marcial hacia el puesto y abordé al pavo que estaba a su cargo.

–¿Qué precio tiene un globo?

–Cinco euros.

–¿A usted no le parece caro? Entiéndame, no hay ningún problema, yo pago como un campeón, pero me gustaría saber si a usted no le parece un atraco.

–No se paga el precio del globo, se paga mi disponibilidad.

–Y eso quiere decir...

–Yo estoy aquí con los globos.

Era disponibilidad. Dada su escasa probabilidad de existir en el universo, su disponibilidad era barata. Tenía cuatro globos.

–Si le compro dos, ¿me da los cuatro?

–No.

–¿Ah, no?

Me quedé estupefacto.

–¿Prefiere perder el tiempo aquí por dos cochinos billetes de cinco euros?

–Me gusta estar aquí.

Se los compré todos para joderle. Carlitines se había sentado en un banco de piedra y estiraba las puntas de sus zapatos hacia las baldosas. Fui a su encuentro con los cuatro globos en ristre. Como si estuviera frente a un perfecto imbécil, el niño negó con la cabeza cuando le tendí la ofrenda. Me senté a su lado. Él no estaba allí por mí, el gato no era el centro de gravedad de la parábola. De hecho no tardamos en divisar a cien metros a una abuelita de cuento que caminaba como si fuera flotando por el aire. Mi compañero saltó como un muelle y le vi sonreír con la boca grande y abierta. En su rostro se apreciaba un esplendor puro, afloraban en él las aguas subterráneas que provenían de la cueva y desde allí se derramaban por la superficie, por mis manos, por el andén. Sabía que era mentira, pero a mi alrededor ocurría algo que yo no podía negar. Pese a que probablemente el plan fuera mío, no todo en él lo era. El mero de las profundidades que tenía a mi lado se dejó caer de barriga en el agua y pegó cuatro coletazos para alcanzar a la abuela. Cuando llegó allí se incorporó, y a medida que lo hacía fue tomando la forma de un ratón. Tenía el tamaño de un niño. Movié sus orejas e hizo restallar su cola como un látigo. Me miró por encima de su hombro como lo habría hecho un enemigo para siempre. Después se volvió, tomó la mano de su abuela y se fueron. Corrí. Cuando llegué a los pies de una escalera ellos ya la habían culminado. Me costaba mucho esfuerzo continuar, algo impedía que pudiera alcanzar al niño.

Tomé aliento y comencé a subir las escaleras. Haría cuanto pudiera por vencer aquella resistencia, no iba a flaquear. Salí a la calle y atisé a la pareja abandonando la plaza por el Paseo del Prado. Empecé la persecución. Fue dura, porque apenas lograba progresar, pero conseguí al menos no perderlos de vista. Y eso fue así durante un largo tramo. Las fuerzas

empezaron a abandonarme terciado Recoletos. Sentía que nunca alcanzaría al ratón y a la abuela. No era un problema de fuerzas, sino de concepto. Nada estaba diseñado para que yo corriese en sentido contrario al de la cinta. Mantuve el tipo hasta que pusimos el pie en la Castellana. Allí me vine abajo sin remisión. Con los belfos colgando, llegué hasta donde sabía que llegaría. Era el punto en el que había espantado hacía tiempo a un vendedor de globos con cara de asco. Aquél era un punto crucial porque era el punto al que yo podía llegar. Respiré abundantemente, como un hipopótamo. Progresar un metro más no era viable, no era posible. Cuando me di la vuelta y me dejé ir sobre la cinta supe que mi dignidad no corría peligro.

Tal fue la conmoción que había sufrido con el niño que anduve desorientado como un memo alrededor de una hora, sin atender las señales de tráfico ni escuchar los berridos de algún que otro conductor acalorado. Cuando volví en mí, y podría decirlo así siendo estricto, estaba sentado en la estación de Atocha como quien espera a alguien que llegará en un tren al azar. No sabía qué hacía allí, no sabía de un modo fehaciente cómo había llegado ni sabía qué había pasado con la mayor parte de los globos que había comprado al vendedor con cara de asco. Me quedaban cuatro. Llegué a considerar que tal vez en lugar de haber perdido la chaveta durante una hora a raíz de la aparición real y alucinante del niño, la secuencia podía haber sido la contraria, esto es, que a raíz de que mi cerebro me hubiera jugado una mala pasada, había creído presenciar la aparición del niño y de su abuela, siendo eso y el resto una mera continuación del extravío.

En cualquiera de los dos casos, habiéndome vuelto chalado antes de ver a Carlitines o habiéndolo hecho después, era algo nuevo en mi andadura y eso, para mi solaz y muy lejos de preocuparme, me abría las puertas de un mundo inesperado y misterioso, de una dimensión insondable dentro de un mundo ya extraño que de por sí escapaba a todas luces de mi comprensión. Si hasta ese momento mi vida reciente, desde que era un expedicionario, se había reducido a un uso discrecional de mi licencia, de mi arma a fin de cuentas, con probabilidad ahora esa arma no sería suficiente. A partir de ahora pudiera ser que no bastara con aniquilar a los seres humanos; que mis transformaciones en un animal feroz y despiadado no fuesen el final de la cadena; que el calvo me siguiera suministrando más y más pastillas, que mis transformaciones en animal al consumirlas fueran tan frecuentes como para arrasar ciudades enteras, que me moviese por el planeta permanentemente cubierto de sangre, y que eso, que hasta hoy constituía el único final del proyecto, no fuese más que un tránsito hacia otro proyecto; el de la locura, que no sería sino pureza: el de la pérdida irreversible de la conciencia.

Seguí los ojos de todos aquellos que pasaban por delante de mí caminando y sonriendo a la vista de los globos; sostuve sus miradas hasta que aflojaron y las apartaron de mí. No necesitaba pretextos para convertirme en animal y arrancarles a todos el corazón, ni razones, porque hacía ya tiempo que había llegado a la última, la de desistir de entenderlos, de mirarlos y tenerlos en consideración. El mundo era un planeta árido sobre el que proliferaba un polvo con el nombre de hombre y nadie que dispusiera de las gafas adecuadas como yo, aquéllas que me proporcionaba el calvo Turner en forma de pastillas, el oculista, el visionario, el médico de la expedición, se dejaría cegar por ese polvo. Los hombres, cándidos, no suponían mayor problema que el del guijarro que se cuele en el zapato. Y yo deambulaba entre ellos con el arma siempre cargada, tratando de explorar aquel mundo hasta sus confines y renunciando a abandonar una misión sagrada mientras me quedara aliento.

Por tanto ahora, tras el incidente del niño, cabía la posibilidad de que mi exploración hubiera detectado algo diferente de tantos hombres, de tantas toneladas de ceniza, y de ahí mi ánimo. El de avistar agua en el desierto. Contra todo pronóstico y toda esperanza, mi tesón quizá me condujese a un oasis espiritual. Que perdiese la cordura por el camino no sería en ese caso sino un lance deleznable y lo asumiría con tanto gusto como pasión.

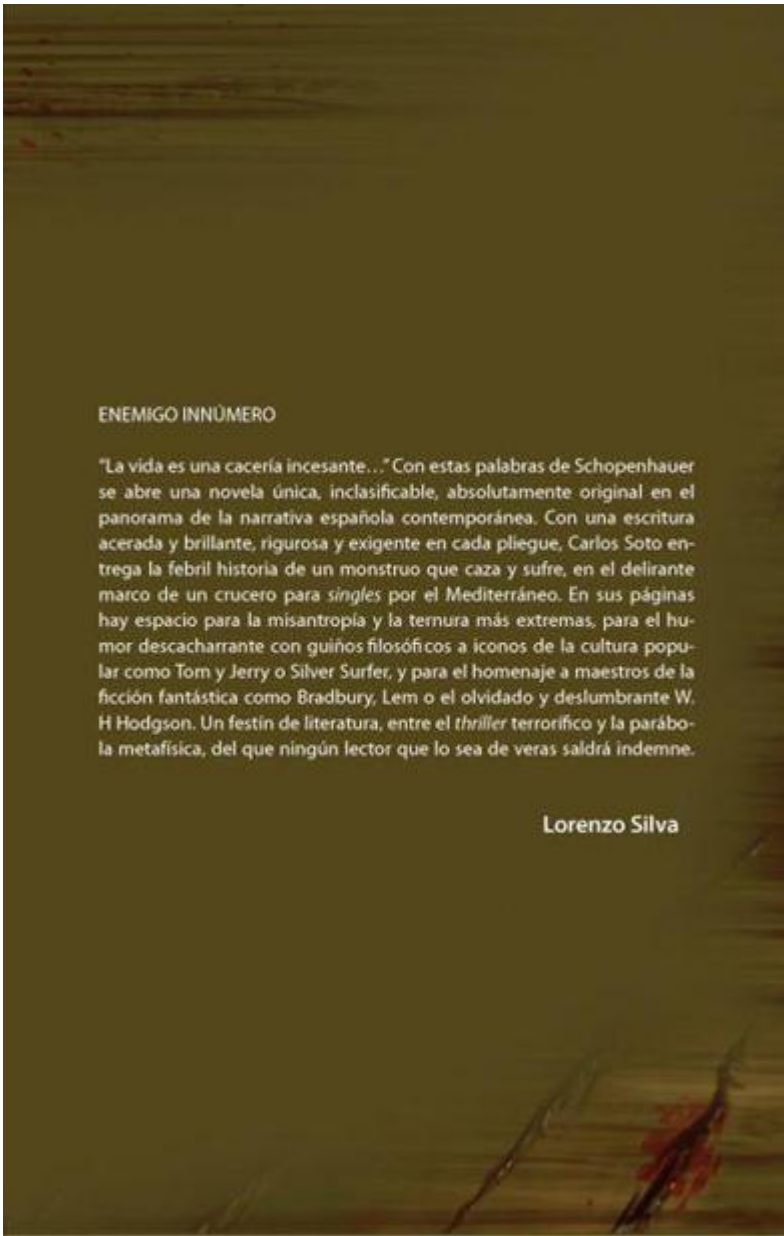
Estaba cansado y solo, pero seguía sin necesitar a nadie.

[46](#)

Título de un capítulo perdido de Tom y Jerry según una leyenda urbana que circula por Internet.

[47](#)

The diary of Horace Wimp. Electric Light Orchestra.



ENEMIGO INNÚMERO

"La vida es una cacería incesante..." Con estas palabras de Schopenhauer se abre una novela única, inclasificable, absolutamente original en el panorama de la narrativa española contemporánea. Con una escritura acerada y brillante, rigurosa y exigente en cada pliegue, Carlos Soto entrega la febril historia de un monstruo que caza y sufre, en el delirante marco de un crucero para *singles* por el Mediterráneo. En sus páginas hay espacio para la misantropía y la temura más extremas, para el humor descacharrante con guiños filosóficos a iconos de la cultura popular como Tom y Jerry o Silver Surfer, y para el homenaje a maestros de la ficción fantástica como Bradbury, Lem o el olvidado y deslumbrante W. H. Hodgson. Un festín de literatura, entre el *thriller* terrorífico y la parábola metafísica, del que ningún lector que lo sea de veras saldrá indemne.

Lorenzo Silva